CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

EL PEDAGOGO

EDITORIAL GREDOS

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

EL PEDAGOGO

INTRODUCCIÓN POR
ÁNGEL CASTIÑEIRA FERNÁNDEZ

TRADUCCIÓN Y NOTAS POR
JOAN SARIOL DÍAZ

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 118

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por MERCEDES LÓPEZ SALVÁ.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1998.

PRIMERA EDICIÓN, 1988.
1.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 6625-1998.

ISBN 84-249-1295-0.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1998.

INTRODUCCIÓN

1. *El legado cultural de Alejandría*

La ciudad egipcia de Alejandría, fundada por Alejandro Magno el año 331 a. C. y dedicada a las ciencias y las artes gracias a la protección de los Ptolomeos, fue, mucho antes de la aparición del cristianismo, cuna del helenismo [1], crisol intelectual de una civilización en la que se fundían las culturas oriental, egipcia y griega y a la que se añadió desde el primer momento la cultura hebrea [2]. Por su localización estratégica, en la encrucijada de las rutas de África y Asia, Alejandría era un centro mercantil y cultural de primer orden que rivalizó y tomó el relevo de Atenas.

El legado que encuentra Clemente hacia el año 180 d. C., cuando entra en la superpoblada metrópolis (un mi-

---

[1] Helenismo significaba, originalmente, hacer uso gramaticalmente correcto del griego, es decir, emplear un lenguaje libre de barbarismos y solecismos. A partir del siglo III a. C., la palabra significa: adopción de los usos griegos o de la forma y cultura griegas de vivir. En el mundo cristianizado, especialmente en los Padres de la Iglesia griegos, fue empleado para referirse no sólo a la cultura griega, sino especialmente al culto y a la religión paganos. (Cf. W. JAEGER, *Cristianismo primitivo y Paideia griega* [trad. esp.], México, 1952, págs. 13-14, n. 6.)

[2] Cf. FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judaicas* XIX 5.

llón de habitantes) de Alejandría, tras haber recorrido la Italia meridional, Siria y Palestina, es inmenso: una Biblioteca incomparable[3], iniciada por Demetrio Falereo; un Museo que era la verdadera universidad del helenismo[4]; la industria del papiro dedicada especialmente a la colaboración con la actividad intelectual; la traducción griega, realizada entre los siglos III y I a. C., de la *Biblia* hebrea (la *Biblia* de los Setenta); la obra del filósofo judío Filón, en la que, desde los tiempos de Jesús y Pablo, demostraba que la religión judaica podía ser comprendida en los mismos términos racionales de la filosofía griega; el centro cristiano más antiguo de ciencias sagradas dirigido por su maestro Panteno, la escuela de Alejandría o *didaskaleíon;* la herencia pastoral de diez obispos catalogados en la ciudad; la influencia en las escuelas gnósticas cristianas de Valentín, Basílides (120-161) y Carpócrates (130-160); el ímpetu que en Egipto poseían la afición a las ciencias ocultas, a la teosofía y a los misticismos religiosos (ya anteriormente a su conversión, Clemente parece haber sido iniciado en Atenas en los misterios de Eleusis); y, evidentemente, el importantísimo papel que aún tenían los filósofos paganos, especialmente un cierto ecleticismo

---

[3] Según Tzetzes, la Biblioteca «externa» de Alejandría contenía 42.800 volúmenes, mientras que la Biblioteca principal de Palacio contenía unos 400.000 volúmenes «mezclados» (rollos mayores) y unos 90.000 «no mezclados» o «simples» (pequeños rollos de papiro). Cf. FR. COPLESTON, *Historia de la filosofía*, vol. I: *Grecia y Roma*, Barcelona, 1974, pág. 383.

[4] El Museo estaba dotado de Jardín Botánico, Observatorio Astronómico, Anfiteatro de Anatomía y laboratorios, además de la Biblioteca principal de Palacio ya mencionada. El Museo fue levantado bajo el poder de Ptolomeo Soter (323-283 a. C) en el centro de la ciudad, junto al Palacio real, en el barrio aristocrático o *Brûcheien*.

asimilado sincréticamente por la Academia, la escuela peripatética y el estoicismo, pero también los filósofos epicúreos, cínicos, escépticos y neopitagóricos, así como el notable interés dado a la investigación científica y al cultivo de las ciencias exactas y naturales.

Las corrientes culturales con las que rivaliza el cristianismo —no sólo en Alejandría—, durante los siglos II y la primera mitad del III, pueden ser agrupadas en dos grandes bloques. Por un lado, las de *ámbito externo* al propio cristianismo —las religiones paganas y el judaísmo, las corrientes filosóficas— y, por otro, las que ha de combatir desde su propio *ámbito interno*, especialmente el gnosticismo cristiano y el montanismo.

Durante el siglo II, la literatura cristiana se caracterizó especialmente por su carácter apologético. Iba dirigida al mundo exterior, tanto a frenar la actitud agresiva del paganismo [5], a justificar frente al Estado y frente a la majestad del Emperador la posibilidad de un nuevo culto, a contestar a las críticas de superstición y fanatismo con que los filósofos la tildaban [6], como, especialmente, a desvanecer la opinión de que el cristianismo era una amenaza creciente contra el Imperio universal de Roma. Pero la literatura cristiana se dirigía también, evidentemente, hacia el propio interior de la iglesia, sobre todo en los trabajos antiheréticos. Esta doble respuesta, externa e interna a un tiempo, obliga a los cristianos a poner los cimientos de

---

[5] Así, por ejemplo, la obra de Luciano de Samosata, *Sobre la muerte de Peregrino* (año 170).

[6] Por ejemplo, Cornelio Frontón de Cirta en su *Discurso*, o el platónico Celso en su libro *Doctrina verdadera* (año 178), donde afirma: «al adherirse a una doctrina es necesario dejarse llevar por la razón; si no, se cae en todo tipo de prácticas oscuras y uno se deja engañar por gente perversa» (recogido por ORÍGENES, en *Contra Celso* I 9).

la teología. Este *viraje* supone, por primera vez, la confrontación directa con el pensamiento —especialmente, filosófico— de una época. De ahí que los cristianos del siglo II deban ser, a su vez, filósofos. Es ésta la razón por la que algunos eruditos han llegado a hablar de la «helenización del cristianismo», dado que «con el uso del griego penetra en el pensamiento cristiano todo un mundo de conceptos, categorías intelectuales, metáforas heredadas y sutiles connotaciones» [7]. Sin embargo, como después tendremos ocasión de comprobar con Clemente de Alejandría, el nuevo discurso teológico irá mucho más allá en sus intenciones, intentará presentarse como la continuación de la *Paideía* griega clásica.

Esta respuesta bifronte —externa e interna— queda reflejada paradigmáticamente en la obra del primer filósofo cristiano que se enfrenta al problema: Justino (100-165). Así, en su *Diálogo con Trifón* (o *Diálogo contra el judío Trifón),* Justino afirma que, aunque haya muchas tendencias filosóficas, sólo hay una filosofía (por eso, los que se dicen filósofos no lo son): «La filosofía es verdaderamente lo mayor que poseemos y lo más venerable; sólo ella nos lleva a Dios. Pero lo que en el fondo es la filosofía y la razón por la cual ha sido enviada a los hombres se le escapa a la masa. Si no, no habría en la filosofía estas tendencias diferentes, como los platónicos, los estoicos, los peripatéticos, etc., ya que esta ciencia es una» (I 6-1 y 2). Y, del mismo modo, aunque haya muchas personas que se adhieren a diferentes sectas en el cristianismo (marcionitas, valentinianos, etc.) y se llaman cristianos, no lo son porque sólo hay un cristianismo (I 35, 6).

---

[7] Cf. JAEGER, *Paideia,* pág. 14. La misma afirmación la encontramos también en la escuela de Harnack.

La doble respuesta tiene, pues, ya en los apologistas una conclusión muy clara: así como sólo hay un cristianismo, también sólo hay una única filosofía, de la cual el cristianismo es su continuación, ya que ni el platonismo ni el resto de sistemas griegos nos muestra esa verdadera filosofía [8].

Justino no hacía sino comenzar junto a otros una tradición de teólogos apologistas [9], de escritos antiheréticos papales o episcopales [10] o de refutaciones teológicas [11], que llegaría hasta el mismo Clemente de Alejandría y Orígenes, conformando un peculiar *intellectus fidei christianae* frente a las diversas corrientes culturales de la época.

Sin embargo, nadie pudo escapar a la influencia del sincretismo helenístico. El esfuerzo intelectual de los teólogos y filósofos cristianos sólo puede comprenderse, si se tiene en cuenta que la Alejandría que habitó el joven Clemente, allá por el año 180, contaba con una notable presencia del judaísmo, de las religiones paganas y de los cultos orientales, y que, aunque los dioses olímpicos griegos estaban en franca decadencia, el orfismo y las asociaciones dionisíacas alcanzaban Asia y todo Egipto.

Los primeros judíos de la Diáspora que llegaron a Alejandría fueron llevados por Ptolomeo I, y, luego, siguie-

---

[8] Cf. E. VILANOVA, *Història de la teologia cristiana*, vol. I: *Des deis orígens al segle XV*, Barcelona, 1984, pág. 111.

[9] Cuadrato, Arístides de Atenas, Aristón de Pela, Taciano el Sirio, Milcíades, Apolinar de Hierápolis, Atenágoras de Atenas, Teófilo de Antioquía, Melitón de Sardes.

[10] Sotero, Eleuterio, Víctor I, Ceferino, Dionisio de Corinto, Pinito de Cnosos, Serapión de Antioquía.

[11] Teófilo de Antioquía, Felipe de Gortina, Agripa Castor, Modesto, Rodón, Máximo, Musano, Cándido, Apión, Sexto, Heráclito, Hegesipo, Ireneo de Lyón.

ron llegando durante todo el siglo III, hasta conseguir, bajo el reinado de Ptolomeo II, la instalación de tres sinagogas. Ya en el siglo II a. C., los judíos suponen un mundo aparte dentro del mundo griego, aunque estaban acostumbrados al idioma y nomenclatura griegos, aunque habían adoptado las formas externas de la civilización helénica, y aunque algunos descuidaran la circuncisión o practicaran los juegos atléticos griegos. Edificaron sus sinagogas marcando distinciones con el pueblo griego. En Leontópolis, por ejemplo, Onías, en el 160 a. C., bajo Ptolomeo VI, construyó una copia reducida del Templo de Jerusalén, al que los judíos de Egipto acudieron como centro religioso hasta el 73 d. C. A partir del siglo I, el número de judíos aumenta considerablemente, hasta conseguir, después de la Era cristiana, ocupar más de dos de los cinco barrios de Alejandría. La *Ley* judía seguía imperante dentro de las sinagogas suplantando, a menudo, la de los tribunales griegos, hasta llegar a convertirse en un derecho acordado oficialmente. Desde el siglo I d. C., los judíos no eran considerados simples metecos, sino que por su gran número formaron un *políteuma*, convirtiéndose así en «colonos» casi autónomos. Los *politeúmata* judíos eran gobernados por un etnarca o por una reducida junta de arcontes. Sin embargo, en Alejandría nunca alcanzaron a poseer la plena ciudadanía, dado que ésta incluía la adoración de los dioses de la ciudad. En cambio, sí poseían la *isopoliteía* o ciudadanía potencial, por la cual su previa apostasía los convertía en plenos ciudadanos.

La reacción judía frente al helenismo provocó también un movimiento propio interno apologético, donde se intentó demostrar la superioridad de la *Biblia* sobre las doctrinas filosóficas (Aristobulo, por ejemplo, en el 150 a. C.), o conciliar el platonismo y el estoicismo con la fe judía

(Filón, 40/30 a. C.-40/50 d. C.). Clemente, sin duda, conoció e, incluso, comentó sus obras [12]. De modo que la doctrina teológico-filosófica judaica, especialmente la de Filón, penetró en todas las ramas del neoplatonismo, pero también en la filosofía árabe y en la propia escolástica cristiana a través del Pseudo Dionisio y de Máximo Confesor.

Por otro lado, desde Babilonia se hacía notar el influjo de la creencia en la *haimarméne* o doctrina del Destino basada en el culto a las estrellas, que desde Alejandría se extendió por todo el Mediterráneo. Con frecuencia la vía de escape a ese determinismo se buscó desde la Gnosis [13], la Magia o las religiones mistéricas, las cuales apelaron durante mucho tiempo a Sérapis e Isis como los

---

[12] La doctrina de Aristobulo nos ha llegado, entre otros, por el propio CLEMENTE (cf. *Strom.* V 14, 27). H.-I. MARROU habla de «la influencia, tan marcada» que ha ejercido sobre Clemente la obra de Filón de Alejandría. «Filón —dice— no es citado nunca en *El Pedagogo;* sin embargo, cuántas veces se le siente, subyacente: basta poner los textos en paralelo; se constata fácilmente que tales páginas de nuestro tratado no son sino de Filón, transpuesto casi literalmente, hábilmente recompuesto. El gran pensador judío, alimentado en el mismo medio de cultura alejandrina, suministraba a Clemente un precioso modelo y estimulaba a realizar la transposición de la herencia clásica en un clima nuevo de pensamiento y de piedad bíblicos», cf. «Introduction générale», en *Clément d'Alexandrie. Le Pédagogue,* París, 1960, págs. 68-69.

[13] Frente a la posición de los «historiadores de la Iglesia» (Lipsius, Hilgenfeld, Harnack, de Faye, Burkitt), el estudio de los últimos descubrimientos manifiesta que al inicio de la Era cristiana ya existía una gnosis cristalizada en sistemas (cf. VILANOVA, *Història de la teologia...*, pág. 117). El mismo año que Clemente llegaba a Alejandría (100), IRENEO DE LYÓN escribía cinco libros titulados *Contra las herejías,* donde trataba el tema de la gnosis comparando su complejidad con un «cultivo de setas» (I 29, 1). H. CH. PUECH ha estudiado la diversidad de movimientos gnósticos en *Ann. Coll. Fr.* 53 (1953), 163 y sigs.

dioses principales del helenismo en Alejandría y en gran parte de Egipto. Sérapis, por ejemplo, contó con cuarenta y dos templos dedicados a él[14]. La destrucción del Serapeion de Alejandría y de su estatua el año 391 por el obispo Teófilo fue, a la postre, el mejor símbolo del triunfo del cristianismo. Del mismo modo, y previo al saqueo del Serapeion, el culto cristiano a la Virgen incorporó características de la diosa de los Mil Nombres e, incluso, aprovechó estatuas de Isis para representar posteriormente a la Virgen.

Por lo que respecta a la filosofía, en el siglo II predomina la corriente platónica y neopitagórica; a menudo, ambas a la vez mezcladas con elementos procedentes de doctrinas aristotélicas y estoicas o de las religiones orientales. Este movimiento se inicia en Roma con Publio Nigidio Fígulo, aunque el centro principal del neopitagorismo reside en Alejandría, donde desarrolla una extensísima literatura. Dentro de ella pudo tener especial interés para el cristianismo la obra, escrita por Filóstrato de Lemnes (170-249) —y encargada por la mujer de Septimio Severo, cruel perseguidor del cristianismo—, sobre la vida de un neopitagórico del siglo I: Apolonio de Tiana. La obra *Vida de Apolonio* pretendía proponer la vida del «filósofo» como la forma más pura de religión y fue aprovechada especialmente por Hierocles, Sosiano de Bitinia y Porfirio para contraponerla a la vida de Cristo o a la doctrina cristiana.

De especial interés es la obra de Numenio de Apamea

---

[14] CLEMENTE polemizará virulentamente contra las religiones paganas de misterios, proponiendo que la *gnôsis* que ofrece la teología cristiana era el único misterio verdadero del mundo (*Protrepticus,* caps. 1 y 2). Según JAEGER, «los misterios son la *paideía* de los gnósticos (*Strom.* VII 1). Su maestro es Cristo», *Paideia,* pág. 85.

(Siria, 160-180), influido por la doctrina del estoico y ecléctico Posidonio (135-51 a. C., considerado el mayor genio enciclopédico griego después de Aristóteles, y originario también de Apamea), pues sus teorías son recogidas en la apología de Justino. En ellas se expresa la fe en el poder del conocimiento humano tal como se manifiesta en el espíritu primitivo e inocente. Según Posidonio, y posteriormente Numenio, los primeros hombres poseían una gran sabiduría debido a su aproximación a los dioses. Este conocimiento primitivo con carácter de revelación divina, ya defendido por Platón como más perfecto *(Filebo* 16c5), se daba en los pueblos más antiguos (brahmanes, judíos, magos y egipcios). Por eso, Numenio considera a Platón un *Moyses attikízon*[15]. La tarea del filósofo en el siglo II, dirá Numenio, consistirá en *retornar* a la sabiduría de esos antiguos pueblos. Por eso, aquella *única filosofía* que anteriormente vimos defendida por Justino *(Diál. con Trifón* I 6-2) y que se identifica ahora con el cristianismo coincide, a su vez, con la de aquella revelación mencionada por Numenio y Posidonio. No hay, por lo tanto, ocasión en que los apologistas cristianos no intenten conciliar o completar el platonismo con su propia fe. Queda constancia de que también Clemente de Alejandría conoció la doctrina de Numenio *(Strom.* I 22) y de que ésta, en parte, determinó su respuesta. Según Jaeger:

Cuando se enfrenta a un fenómeno que le es difícil aceptar, pero que no puede negar, por ejemplo, el rango espiritual de la filosofía platónica, tiene que suponer que todo se deriva de Moisés, y que Platón es un *Moyses attikízon,* o bien admitir que es el *Antiguo Testamento* del mundo pagano, sea cual fuere su

[15] Cf. fr. 9 (*Fragmenta Philosophorum Graecorum,* ed. MULLACH, III, París, 1881, pág. 166 [cit. por JAEGER, *Paideia,* pág. 91]).

relación con la tradición hebrea. Como verdadero cristiano, Clemente no puede creer que los filósofos griegos, si fueron capaces de reconocer parte de la verdad, hayan podido alcanzarla por puro azar y sin ninguna dispensación divina. Desde este punto de partida, su pensamiento teológico avanza hacia una nueva concepción de la divina providencia. De acuerdo con los historiadores griegos de la filosofía, Clemente distingue entre una filosofía de los bárbaros y otra de los griegos, esto le hace más fácil el ver un plan en la evolución de la mente humana. Las dos se complementan una a otra y, así, Clemente reconoce en la filosofía, aunque no sea perfecta, la *propaideía* del gnóstico perfecto. La verdadera *paideía* es la religión cristiana, es decir, el cristianismo en su forma teológica, tal como es concebido por el propio sistema de *gnôsis* cristiana de Clemente, ya que es obvio que la interpretación del cristianismo como *gnôsis per se* implica que es la *paideía* divina[16].

Por lo tanto, *El Pedagogo* de Clemente de Alejandría y, posteriormente, la obra de Orígenes abren una nueva etapa de la historia que deja ya atrás la mera obra apologética y constituye, en gran medida, «la enorme tarea de crear una teología cristiana que sólo podía ser una teología filosófica, ya que esto es lo que significa la palabra griega *theologia*»[17].

Esta nueva teología se enfrentará luego con la importante obra del platónico Celso (178-180), quien, en su *Doctrina verdadera*, contesta a Justino afirmando que, si bien es cierto que la filosofía pagana estaba escindida en multitud de escuelas, no menos cierto es que en el cristianismo hay también gran número de sectas: judaizantes, simonianos, marcelianos, carpocracianos, marcionitas, etc. A su vez, contesta a la afirmación de que los filósofos

---

[16] *Ibid.*, págs. 91-92.

[17] *Ibid.*, pág. 76, n. 8.

griegos habían plagiado sus doctrinas de la sabiduría primitiva judaica. Según Celso, Platón no copió a Moisés, sino que Moisés tomó la circuncisión de los egipcios y su sabiduría de otros pueblos anteriores (asirios e indios). Si Moisés es un corruptor de doctrinas anteriores, el cristianismo es la corrupción de una corrupción, la corrupción de la doctrina judía. Esta polémica anticristiana será continuada aún por Porfirio *(Contra los cristianos)*, Hierocles *(Discurso amigo de la verdad)*, Libanio *(Discursos)* y Juliano el Apóstata *(Contra los galileos)*. Orígenes, en su *Contra Celso* (248), brillando a un altísimo nivel filosófico, dará buena cuenta del libro de Celso (cf. *Contra Celso* I 14 y 16) y, posteriormente, Eusebio, ya a comienzos del siglo IV, en su *Demostración evangélica* (I 2, 1) continuará la polémica. Acaba así una primera fase del diálogo entre cristianismo y filosofía griega, donde, curiosamente, será el cristianismo y no el paganismo quien acabará asumiendo la defensa de los derechos de la razón.

2. *Los escritos de Clemente*

Al final de la introducción a *El Pedagogo* afirma Clemente:

> «De esta manera, el Logos —que ama plenamente a los hombres—, solícito de que alcancemos gradualmente la salvación, realiza en nosotros un hermoso y eficaz programa educativo: primero, nos *exhorta* [nos invita a la conversión]; luego, nos *educa* como un pedagogo; finalmente, nos *enseña*» (I 1, 3).

Los tres objetivos atribuidos al Logos divino en la vida del cristianismo corresponden a lo que se ha dado en llamar, en los escritos de Clemente, su trilogía. Tres obras que intentarían desarrollar el cometido 1.°) del *Logos-*

Protréptico, o exhortador a la conversión, 2.°) del *Logos-Pedagogo* o formador moral del bautizado, y 3.°) del *Logos-Maestro* que conduce al buen cristiano al Conocimiento perfecto o Gnosis.

La primera obra, *El Protréptico,* nos aproxima aún más a la tradicional teología apologética de todo el siglo II, donde es claramente manifiesto el esfuerzo racional por colaborar en la creación de un discurso de exhortación que favorezca la conversión del pagano, criticando, al mismo tiempo, las creencias paganas en misterios ocultos o en la mitología antigua. Aunque, en el caso de Clemente, está ya ausente una nota típica de la mayor parte de apologistas anteriores: la defensa del cristianismo contra las falsas acusaciones y calumnias de las que era objeto.

Cual si de un programa educativo griego se tratara, la acción del Logos divino es progresivamente ascendente. La exhortación, primero, la educación, después, y, por último, la enseñanza responden a un plan previa y racionalmente planeado. Esta lógica sucesión, entre *El Protréptico* y *El Pedagogo* al menos, queda explicitada al comienzo de la introducción antes mencionada. Dice Clemente, aprovechando la distinción de la naturaleza humana realizada por Aristóteles [18]:

«De las tres cosas que hay en el hombre: costumbres, acciones y pasiones, el Logos *Protréptico* se ha encargado de las costumbres... Un Logos preside también nuestras acciones: el Logos *Consejero;* y un Logos cura nuestras pasiones: el Logos *Consolador* [19]... Ahora, actuando sucesivamente en calidad de terapeu-

---

[18] ARISTÓTELES utiliza dicha distinción para analizar el poder expresivo de la danza (cf. *Poética* 1447a28).

[19] Clemente utiliza el vocabulario de filosofía moral extraído del es-

ta y de consejero, aconseja al que previamente se ha convertido, y, lo que es más importante, promete la curación de nuestras pasiones. Démosle, pues, el único nombre que naturalmente le corresponde: el de *Pedagogo*» *(Ped.* I 1, 1.3-7).

El Logos de Dios —término, como nos recuerda Henri-Irénée Marrou, empleado conscientemente por Clemente de forma ambigua, en tanto que designa a la vez el discurso redactado, la razón humana, la razón increada, el Verbo divino, la Segunda Persona de la Trinidad, el Salvador, Cristo, Jesús[20]— asume, por tanto, las tres funciones principales adaptadas a los tres elementos constitutivos del hombre. En cuanto Logos-Pedagogo su función es práctica, la de

«educador, no experto, no teórico (cf. I 1, 4); su objetivo es la mejora del alma, no la enseñanza, como guía que es de una vida virtuosa, no erudita» *(Ped.* I 1, 1.3).

El Pedagogo cumple una tarea intermedia y esencial entre la conversión y la vida perfecta.

Queda, pues, aún por realizar la tercera tarea de la acción del Logos: la enseñanza del *Maestro* que conduce a la Gnosis. Todo parece indicar que Clemente tenía intención de componer una tercera obra titulada *El Maestro* y que estaría dedicada al nivel superior de iniciación religiosa (posteriormente realizada por Orígenes) o alta teología. Ésta consistiría en una enseñanza sistemática, científica, de contenido dogmático, donde se realiza la exégesis de los enigmas y parábolas de las *Escrituras* y donde las enseñanzas más elevadas alimentan la contemplación o

---

toicismo. En SÉNECA (*Ep.* 95, 65) podemos encontrar el equivalente en latín *(exhortatio, suasio, consolatio).*

20 Cf. MARROU, «Introduction...», pág. 8.

theoría del gnóstico. ¿Coincide esta intención con la tercera obra conocida de Clemente titulada *Stromáteis (Tapices)*? Los especialistas no llegan a un acuerdo. J. Quasten afirma, junto con algunos otros, que «Clemente no poseía las cualidades que se requieren para escribir esta clase de libros» y que «abandonó, pues, su plan primitivo y escogió el género literario de los *Stromáteis*»[21]. H.-I. Marrou, sin pronunciarse definitivamente, afirma que, al menos en alguna ocasión, los *Stromáteis* cumplen la función atribuida al Logos-maestro[22].

Sea o no ésta la intención de los *Stromáteis*, es indudable que Clemente sigue en sus escritos el modelo de enseñanza común a las escuelas filosóficas del helenismo, tan practicado por los efebos atenienses en los concursos literarios durante los años 180-192 d. C.[23]. Desde los tiempos de Aristóteles las leyes del género estaban fijadas. Las introducciones exhortativas en forma de Protréptico, animando, por ejemplo, al estudio de la filosofía o a la elección de la medicina, pueden encontrarse en Aristóteles, Epicuro, los estoicos Cleantes, Crisipo y Posidonio. Galeno (contemporáneo de Clemente), o en el mismo *Hortensius* de Cicerón (cuya lectura supuso la «conversión filosófica de S. Agustín[24]). El paralelo entre la «conversión a la filosofía» y la «conversión religiosa» no pasó desapercibida a Clemente[25]. Al mismo tiempo, el esfuerzo de purificación moral que, como segunda etapa, corresponde

---

[21] Cf. J. QUASTEN, *Patrologia*, vol. I, Madrid, 1968, pág. 327.

[22] «Introduction...», págs. 9-10.

[23] Cf. H.-I. MARROU, *Historia de la educación en la Antigüedad* (trad. esp.), Madrid, 1985, pág. 492, n. 8.

[24] Cf. *Confesiones* III 4, 7-8.

[25] El mismo MARROU señala dicho paralelismo, cf. *Historia...*, pág. 271.

al Pedagogo aparece también como una etapa clásica obligatoria que prepara al nivel de estudios superiores contemplativos impartidos por el Maestro.

Por último, al hacer coincidir la enseñanza del Logos-Maestro con la verdadera Gnosis, Clemente parece intentar aprovechar la doctrina gnóstica de la época, que afirmaba que la realidad divina (Primer Principio o Superprincipio) se manifiesta en Inteligencia *(Noûs)* y Verbo *(Lógos)* u Hombre Primordial. La verdadera *Sophía* por la que los hombres serán regenerados y salvados será identificada, en Clemente, con el Logos-Hijo o enseñanza de Dios transmitida en las *Escrituras* y, especialmente, en el *Nuevo Testamento (Ped.* I 2, 4 y 6). De este modo, el aprendizaje, la formación y el conocimiento deben ser ahora tarea de la religión:

> «La religión es una pedagogía que comporta el aprendizaje del servicio de Dios, la educación para alcanzar el conocimiento de la verdad, y la buena formación que conduce al Cielo» *(Ped.* I, 7, 53; cf., también, I 12, 99).

3. *La figura del pedagogo*

El *paidagogós* (en latín, *paedagogus)* designaba en la Antigüedad (donde se reconocía el estilo de vida aristrocrático) al servidor, normalmente un esclavo. El pedagogo estaba encargado de «conducir al niño» a la escuela. Se trataba de ayudar al joven amo a llevar su pequeña maleta, la linterna para alumbrarle el camino o, inclusive, llevar al mismo niño. Pero, sobre todo, su papel consistía en protegerlo contra los peligros de la calle, tanto físicos como, especialmente, morales. Dado que la inmoralidad griega con frecuencia se cebaba en los niños, la misión del pedagogo consistía en velar por el comportamiento del

muchacho y en exigir de él unos modales correctos y dignos. La costumbre antigua atribuía a esta exigencia, por tanto, implicaciones morales. De ahí que el «pedagogo» fácilmente pasara, de ser mero acompañante, a convertirse en formador del carácter y de la moralidad. Este ascenso de la consideración e importancia de su papel como elemento básico de la educación infantil tomó forma real, bajo la época del helenismo y del Imperio romano, en la figura del *paedagogorum custodia*.

El pedagogo ahora complementaba la tarea de padres y maestros. Según Quintiliano, el pedagogo no se separa del niño ni siquiera en la casa, puede, a veces, realizar también el papel de repetidor o *studiorum exactor*[26], ayudándole en los deberes o a estudiar la lección, siempre —claro está— subordinado a las directrices del maestro cualificado o *didáskalos*. Sin embargo, el servicio técnico de instructor o maestro, remunerado económicamente, nunca fue considerado propiamente como educación, ni siquiera bien visto. Era considerado oficio humilde y menospreciado, precisamente, por ser *oficio* en el sentido comercial del término, por ser retribuido. Especialmente en el caso de la pederastia, pero no necesariamente sólo en ese caso, para el mundo griego la educación residía en «las relaciones profundas y estrechas que unían de modo personal a un espíritu joven con una persona de más edad, que era el mismo tiempo su modelo, su guía y su iniciador»[27]. Fundamentalmente la educación consistía en la formación moral, en la formación del carácter y del estilo de vida.

Por tanto, la figura del pedagogo en Grecia responde

---

[26] I 3, 14.

[27] MARROU, *Historia...*, págs. 52-53.

mejor a la de *tutor* (G. W. Butterworth) o a la de *preceptor* (H.-I. Marrou), que a la de *educador* (Stählin) o *instructor* (W. Wilson). Perpetuaba, en parte, dentro de la burguesía helenística, el papel del «ayo» de los héroes homéricos. Por eso —dice Marrou—, el pedagogo, ese humilde esclavo, desempeñaba en la educación del niño un papel más importante que el del maestro de escuela: «Este último no es más que un técnico que se ocupa de un sector limitado del entendimiento; el pedagogo, por el contrario, permanece al lado del niño durante toda la jornada, lo inicia en los buenos modales y en la virtud, le enseña a comportarse en el mundo y en la vida (lo cual es más importante que saber leer)»[28].

4. *El «Pedagogo» de Clemente de Alejandría*

«La pedagogía es, según se desprende de su mismo nombre, la educación de los niños»[29], dice Clemente. Y algo más adelante: «Consideramos que la pedagogía es la buena conducción de los niños hacia la virtud»[30]. De manera análoga a la educación moral pagana, Clemente propone una formación moral cristiana:

> La palabra «pedagogía» engloba diversos significados: puede referirse al que es guiado y aprende; al que dirige y enseña; en tercer lugar, a la educación misma; finalmente, a las cosas enseñadas; por ejemplo, los preceptos. La Pedagogía de Dios es la que indica el camino recto de la verdad, con vistas a la contemplación de Dios; es también el modelo de la conducta santa propia de la ciudad eterna[31].

[28] *Ibid.*, pág. 286.
[29] *Ped.* I 5, 12.
[30] *Ibid.*, I 5, 16; cf., también, I 7, 54.
[31] *Ibid.*, I 7, 54.

Como formador moral del bautizado, la figura del Logos-Pedagogo llamado, sucesivamente, educador, experto, guía de una vida virtuosa, médico y fortalecedor del alma (curador de pasiones), modelo sin defecto, guía infalible y certero, persuasivo y no temible, etc., se identifica con Jesús:

«Nuestro Pedagogo: se llama Jesús»[32]. «Nuestro Pedagogo... es el Santo Dios, Jesús, el Logos que guía a toda la humanidad; Dios mismo, que ama a los hombres, es nuestro Pedagogo»[33]. «Jesús, nuestro Pedagogo, nos ha diseñado el modelo de la verdadera vida, y ha educado al hombre en Cristo»[34].

Esta propuesta de un nuevo «formador moral» o «pedagogo» va dirigida, en el caso de Clemente, tanto contra la antigua *Ley* educadora de los judíos (la *Ley* mosaica), como contra la educación moral pagana helenística.

En el judaísmo de la diáspora, y más concretamente en el judaísmo alejandrino, la vida religiosa era eminentemente una vida *práctica,* encarnada en el conocimiento y aplicación de la *Ley* revelada: la *Torah.* Ésta era transmitida, tanto desde la propia educación familiar, como, y especialmente, desde un sistema de enseñanza colectiva basada en las escuelas rabínicas organizadas en tres grados: la lectura de la *Biblia,* el estudio de los comentarios jurídico-exegéticos de la *Mishna* y, por último, el *Talmud.* Utilizando el texto de S. Pablo en la *Epístola a los Gálatas* (3, 23-25):

Antes de llegar la fe, estábamos sujetos a la custodia de la

---

32 *Ibid.,* I 7, 53.

33 *Ibid.,* I 7, 55.

34 *Ibid.,* I 12, 98; cf., también, I 11, 97.

Ley (mosaica), a la espera de la fe que había de revelarse. De suerte que la ley fue nuestro Pedagogo para elevarnos a Cristo, para que fuésemos justificados por la fe. Mas, llegada ésta, ya no estabamos bajo el (antiguo) Pedagogo.

Clemente concluye:

¿Es que no os dais cuenta de que ya no estamos bajo *esta* ley, bajo el yugo del temor, sino bajo el Logos de libertad, el (nuevo) Pedagogo? [35].

En primer lugar, hubo una antigua alianza para el pueblo antiguo; la ley educaba al pueblo con temor, y el Logos era su Ángel. Pero el pueblo nuevo y joven ha recibido una nueva y reciente alianza... El mismo Pedagogo que en otro tiempo dijo: «Temerás al Señor tu Dios», nos exhorta ahora: «Amarás al Señor tu Dios» [36].

Hay, por tanto, una acción continuadora del Logos que comienza en Moisés y los profetas y se desarrolla en toda la historia del pueblo elegido. La noción de una nueva «Pedagogía divina» aplicada a la humanidad que encontramos en la obra de S. Ireneo [37] es, pues, adaptada ahora por Clemente frente a la antigua pedagogía judía.

Sin embargo, la nueva *Paideía* propuesta por Clemente pretendía ser, sobre todo, una alternativa a 1) las escuelas helenísticas y 2) a la propia *paideía* griega.

Como constata Marrou [38], es cierto que los primeros cristianos no crearon una escuela de inspiración religiosa, distinta y rival de la escuela pagana de tipo clásico. Pero,

---

35 *Ibid.*, I 6, 30-31.

36 *Ibid.*, I 7, 59-60; cf., también, I 11, 97.

37 *Adv. haer.* IV 25, 2-3.

38 MARROU, *Historia...*, pág. 405.

¿acaso no es cierto también que algunos, como Justino, Clemente, Orígenes o Hipólito de Roma, no cejaron de intentar la creación de una escuela superior de teología cristiana capaz de hacer sombra a la alta cultura filosófica pagana o al propio movimiento gnóstico herético?

Gracias a la *Oratio panegirica (Discurso de despedida)* del capadocio Gregorio el Taumaturgo, conocemos el sistema de enseñanza teológica que Orígenes seguía en Cesarea. Después de una *exhortación* a la filosofía, proseguía con un *curso preliminar* que adiestraba a los estudiantes para la educación científica mediante un ejercicio mental constante; por último, el *curso científico* comprendía la lógica y la dialéctica, las ciencias naturales, la geometría y la astronomía y, al fin, la ética y la teología. Según J. Quasten, «el curso de ética no se reducía a una discusión racional de los problemas morales, sino que daba toda una filosofía de la vida» [39]. Gracias a Eusebio, sabemos que Orígenes adaptó ingeniosamente a dicha escuela los métodos característicos de la enseñanza superior de tipo helenístico [40].

No cabe, pues, duda de que, tanto en el autor de *El Pedagogo* como en Orígenes y otros, había claramente la intención de plantear una pedagogía alternativa a la de la época, aunque este objetivo no se consiguiera, por distintas razones, hasta la aparición de la escuela monástica de Oriente con los Padres del Desierto en Egipto.

Con todo, el plan más ambicioso de la teología clementina y del propio Orígenes no radicaba en la mera posibilidad de proponer una alta escuela alternativa (en este caso, de teología) sino —con palabras de Jaeger— en

[39] QUASTEN, *Patrología,* I, pág. 353.

[40] EUSEBIO, *P.E.* VI 18, 3-4.

«enfrentarse a la idea cultural de los griegos como un todo»[41]. No se trataría tanto de subrayar el papel del Pedagogo como el de la nueva *Paideía* o programa pedagógico que éste lleva consigo. El Logos-Pedagogo cristiano encarnaría, así, un nuevo ideal de existencia humana:

> Pero, cuando Cristo es visto como el educador de la humanidad, es contrastado, por ello, con toda la idea griega de cultura, pues tal es el significado exacto que la palabra *paideía* había alcanzado en el curso de su historia. El uso de la palabra «pedagogo», en este sentido exaltado, indica que ya no significa el esclavo que en los siglos clásicos de Grecia tenía la función de llevar y traer al niño a la escuela, sino que está más cerca del significado filosófico que Platón dio a la palabra *paidagogeîn* en las *Leyes,* donde define de esta forma la relación de Dios con el mundo: «Dios es el pedagogo de todo el mundo» *(Leyes* X 879b). Esta transformación del significado y rango de la palabra fue la consecuencia necesaria de la dignidad filosófica que Platón había dado al concepto de *paideía.* Y fue esta dignidad teológica platónica la que hizo posible que Clemente presentara a Cristo como pedagogo de todos los hombres[43].

El cristianismo podía, en este caso, cumplir una *misión paidéutica* nueva: ser iniciador de la *civilización cristiana.* Bajo esta nueva perspectiva, la filosofía griega es degradada (también en Orígenes) a ser una *propaideía* de la teología cristiana, verdadera y nueva *paideía* cuya fuente es el Logos divino. Frente a la antigua afirmación de Isócrates proclamando la *paideía* griega:

> Nuestra ciudad ha dejado al resto de la humanidad tan atrás, por lo que respecta a la inteligencia y al discurso, que sus dis-

---

41 JAEGER, *Paideia,* pág. 89.

42 *Ibid.,* pág. 90, n. 29.

cípulos se han convertido en maestros de todos; el nombre «griego» ya no señala a un hombre en particular, sino a este tipo de inteligencia; quienes participan en nuestra *paídeusis* son llamados «griegos» con preferencia a aquellos que sólo tienen la naturaleza física en común con nosotros [43],

podemos encontrar ahora la respuesta de Clemente:

Así como hay un estilo de vida propio de los filósofos, otro, de los rétores, otro, de los luchadores, así también haya una noble disposición del alma, que corresponde a la voluntad amante del bien, y que es consecuencia de la pedagogía de Cristo. Tal educación confiere a nuestro comportamiento una radiante nobleza [44].

Respuesta que no dudará en hacer suya la razón de los filósofos:

La filosofía se define como el estudio de la recta razón... El comportamiento propio del cristiano es una actividad del alma racional inspirada en el buen juicio, y en el deseo de verdad... La vida de los cristianos, que ahora enseñamos, es un conjunto de acciones racionales, la práctica perseverante de lo que nos enseña el Logos, que nosotros llamamos fe [45].

Del mismo modo que hará, posteriormente, Orígenes:

Ruégote que tomes de la filosofía griega aquellas cosas que puedan ser conocimientos comunes o educación preparatoria para el cristianismo, y de la geometría y astronomía lo que puede ser útil para la exposición de la *Sagrada Escritura,* a fin de que lo que los discípulos de los filósofos dicen de la geometría, y música, y gramática, y retórica, y astronomía, a saber, que son siervas de la filosofía, podamos decirlo nosotros de la filosofía misma en relación con el cristianismo [46].

---

43 *Panegírico* 96, 47 ss.

44 *Ped.* I 12, 99.

45 I 13, 101-103.

46 *Epístola a Gregorio el Taumaturgo* (13, 1).

5. *Estructura de la obra*

El Pedagogo es una obra claramente dividida en dos partes. La primera, que corresponde al libro I, es un largo preámbulo que fundamenta y justifica el papel de una pedagogía cristiana y sus caracteres principales. Los libros II y III componen la segunda parte y responden al tema anunciado y propio de la acción del «Pedagogo», es decir, intentan ser un tratado amplio de moral práctica, pensado especialmente para el joven cristiano de Alejandría. Porque, del mismo modo que la vida pagana dispone de deberes, el cristianismo, para alcanzar la vida «feliz», debe conocer los deberes cristianos:

> «Los (deberes) que están prescritos para la vida pagana, ya son conocidos por casi todos; mas los relativos a la vida feliz, y merced a los cuales se conquista la vida eterna de allí arriba, podemos examinarlos esquemáticamente, a partir de las mismas Escrituras» *(Ped.* I 13, 103).

La «pedagogía» del Logos-Jesucristo dicta ahora deberes, da consejos, exhorta, propone modelos a imitar, en otras palabras, establece un «modelo de vida cristiana»[47].

Dicho objetivo práctico queda, sin embargo, definido en la primera parte del libro. En ella se nos dice que el Logos «con su obrar y sus palabras *nos prescribe* lo que debemos hacer, y *nos prohíbe* lo contrario». Además, el Logos-Pedagogo posee otro lenguaje: *el didáctico*. Éste es «escueto, espiritual, de notable precisión», el propio del arcano[48]. Dos son, por tanto, los objetivos prácticos del Pedagogo justificados en la primera parte:

---

[47] Cf. *Ped.* I 10, 95 y 98.

[48] *Ibid.*, I 3, 8.

a) El prescriptivo o método parenético: que dicta preceptos y conduce a la obediencia [49].
b) El didáctico, que pone ejemplos de conducta. Ya sea 1) de imitación y elección del bien (género exhortativo y laudatorio); o 2) de rechazo de malos ejemplos (género de censura o disuasión) [50].

Ambos objetivos persiguen el fin propio del Pedagogo: la salud o mejora del alma, que la distingue, al mismo tiempo, de la tarea del Logos-Maestro, porque —afirma Clemente— «salud y conocimiento no son lo mismo; aquélla se obtiene por la curación (Pedagogo), éste, en cambio, por el estudio (Maestro)» [51]. La obtención de dicho fin permite establecer, a su vez, una jerarquía ética de doble dirección —ascendente o descendente, dependiendo, respectivamente, de si fijamos nuestra atención en el modelo mayor o menor— compuesta por:

1) la de aquel que no comete la más leve falta (Dios),
2) la de quien no comete ningún pecado deliberado (el sabio),
3) la de quien no comete demasiadas faltas involuntarias (los bien educados),
4) la de quien permanece en el pecado el menor tiempo posible (el recién converso).

En la segunda parte, Clemente pasa a la descripción y al consejo de deberes concretos, lo que, sin duda, nos permite hoy a nosotros poseer, probablemente, uno de los mejores frescos de la vida cotidiana de la época. Es, por

---

49 *Ibid.*, I 1, 2.
50 *ibid.*, I 10, 89.
51 *Ibid.*, I 1, 3.

lo tanto, la parte menos rigurosa y la más descriptiva y compleja. En ella los detalles más concretos de la vida diaria son repasados: el arte de comer, la bebida, el lujo de la vajilla y del mobiliario, los modales que deben mantenerse durante un banquete, los adornos y perfumes, el dormitorio, las reglas para dormir, la conducta sexual de los esposos, la procreación de los niños, el vestido, el lujo de la vestimenta, el calzado, las joyas, la belleza espiritual, la crítica a la coquetería femenina y masculina, la pederastia, el aseo, el trato a los criados y a los animales domésticos, los baños, los ejercicios físicos, y todo ello mezclado de vez en cuando con algunos capítulos más teóricos en los que diserta sobre la riqueza, el lujo o los ejemplos bíblicos de conducta. Esta extensa descripción de la «jornada de un cristiano» finaliza en un par de capítulos de recapitulación (el XI y XII) que conectan de nuevo con la primera parte de la obra gracias a la exposición del famoso «Himno de Cristo Salvador».

La obra intenta proponer una *moral racional* claramente influida por la filosofía, en la que el *Logos-Pedagogo* es más que nunca, en su divinidad, razón, espíritu lógico o razonable. De ahí que, más que escisión entre filosofía pagana y cristianismo, podamos hablar en Clemente de *yuxtaposición de autoridades* y de *penetración íntima*[52]. La filosofía —en cuanto que *propaideía*— es ahora ratificada en su componente moral por la nueva *paideía* moral derivada de las *Escrituras:* la moral ascética cristiana. La facilidad de derivación, el eclecticismo y montaje de las enseñanzas bíblicas con ejemplos filosóficos o de la tradición histórica, y viceversa, es constante en la segunda parte del libro. Ello indica claramente que el recurso

[52] Cf. MARROU, «Introduction...», pág. 57.

a remitirnos con frecuencia a la cultura clásica supone, a diferencia de la etapa apologística de rechazo y defensa, el comienzo de una asimilación selectiva de la cultura anterior, mucho más armónica y conciliadora, en Clemente, que refutadora. La incorporación de Homero, Platón, Aristóteles, los poetas líricos, los trágicos, los historiadores, los comediógrafos e, incluso, los filósofos epicúreos y estoicos es una muestra clara de que el cristianismo de comienzos del siglo III, a diferencia del aislacionismo judaico, se enraiza en la sabiduría mundana del helenismo y, sin diluirse en él, consigue forjar, si no una escuela cristiana, sí una cultura propia, que incorpora y hace suyo el «ideal civilizado» y aristocrático del legado griego, especialmente los ideales estéticos y éticos: el equilibrio armónico, la proporción exacta, el justo medio o el «nada en exceso».

En definitiva, *El Pedagogo* debe leerse como ejemplo, a un tiempo, de aplicación de la moral cristiana «mundana» —es decir, como historia social del cristianismo— y de espejo aproximado del modelo de vida o historia costumbrista del mundo helénico alejandrino ya en su finalización. Tal vez por ello, H.-I. Marrou ha dicho de *El Pedagogo* que podemos extraer de él «un cuadro, pintoresco y colorista», de la «jornada de un rico alejandrino alrededor de los siglos II-III», el equivalente a la «jornada del romano», de nuestros viejos manuales de antigüedades: *El Pedagogo* representa para su medio y para su tiempo un testimonio que corresponde, en vivacidad al menos, al de *El Satiricón* de Petronio para la Italia del siglo I»[53].

ÁNGEL CASTIÑEIRA

[53] *Ibid.*, págs. 86-87.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Ediciones y traducciones de la obra*

Ofrecemos a continuación una relación cronológica de las principales versiones de *El Pedagogo* —en algún caso, parciales—, cuya conservación debemos a los desvelos e inestimable devoción filológica del humanista y bibliófilo bizantino ARETAS, arzobispo de Cesarea de Capadocia.

G. H. AURELIANO, *Clementis Alexandrini omnia opera,* Florencia, 1551.

—, *Clementis Alexandrini, viri longe doctissimi qui Panteni quidem martyris fuit, disciplulis praeceptor vero Origenes, omnia quae quidem exstant opera, a paucis iam annis inventa et nunc denuo accuratis excussa,* Basilea, 1566.

—, *T. Flavii Clementis Alexandrini opera omnia e graeco in latinum conversa, commentariis illustrata a Gentiano Herveto Aureliano,* París, 1590.

N. FONTAINE, *Le Pédagogue* (Les Oeuvres de Saint Clément d'Alexandrie), París, 1696.

J. POTTERUM, *Clementis Alexandrini Opera. Recognita et illustrata,* Venecia, 1757.

N. S. GUILLON (Bibliothèque choisie des Pères de l'Église grecque et latine), I, París, 1824, págs. 240-433.

MGR. A. E. DE GENOUDE, *Le Pédagogue* (Les Pères de l'Église traduits en français), IV, París, 1839, págs. 193-411.

W. WILSON (en inglés) (Ante-Nicene Christian Library), IV, Edimburgo, 1867, págs. 111-345.
—, *The Writings of Clement of Alexandria,* Edimburgo, 1882/1884.
J.-P. MIGNE, *Clementis Alexandrini opera quae exstant omnia* (Series graeca), VIII-IX (trad. al latín), 1, París, 1891.
O. STÄHLIN, *Clemens Alexandrinus. Protrepticus und Paedagogus* (trad. al alemán), Leipzig, 1905.
G. BARDY, *Clément d'Alexandrie* (Les moralistes chrétiens, textes et commentaires), París, 1926.
A. BOATTI, *Il Pedagogo. Testo, introduzione e note* (Series graeca), II, Turín, 1937.
M. HARL, *Clément d'Alexandrie. Le Pédagogue,* I (Les Éditions du Cerf. Sources Chrétiennes), París, 1960.
H. MUSURILLO, *Clemens Alexandrinus. Hymn to the Savior* (Paedagogus, III, 12) [s.l.], 1964.
CL. MONDÉSERT, *Clément d'Alexandrie. Le Pédagogue,* II (Les Éditions du Cerf. Sources Chrétiennes), París, 1965.
—, *Clément d'Alexandrie. Le Pédagogue,* III (Les Éditions du Cerf. Sources Chrétiennes), Paris, 1970.
E. BAND, *Clemens Alexandrinus. Protrepticus und Paedagogus* (Akademie Verlag), Berlín, 1972.

2. *Estudios generales*

G. BOISSIER, *La fin du Paganisme,* II, París, 1891.
E. J. GOODSPEED, *Index Patristicus,* Leipzig, 1907.
A. OLTRAMORE, *Les origines de la diatribe romaine,* Ginebra, 1926.
A. PUECH, *Histoire de la Littérature grecque chrétienne,* París, I-II, 1928; III, 1930.
E. MOLLAND, *The conception of the Gospel in the Alexandrian theology,* Oslo, 1938.
E. J. GOODSPEED, *A history of early christ. Literature,* Chicago, 1942.

H.-I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité* (Éditions du Seuil), París, 1948. (Hay trad. esp.).

W. JAEGER, *Cristianismo primitivo y Paideia griega* (trad. esp.), Méjico, 1952.

L. M. DE CÁDIZ, *Historia de la literatura patrística,* Buenos Aires, 1954.

H. A. MUSURILLO, *Acta Alexandrinorum. The Acts of the pagan Martyrs,* Oxford, 1954.

FR. OVERBECK, *Ueber die Anfänge der patristischen Literatur,* Basilea, 1954.

P. LE COUR, *Hellénisme et Christianisme,* París, 1955.

J. MOREAU, *La persécution du Christianisme dans l'Empire romain,* París, 1956.

W. SCHNEEMELCHER, *Bibliographia Patristica,* Bonn, 1956.

M. SPANNEUE, *Le Stoïcisme et les Pères de l'Église de Clément de Rome à Clément d'Alexandrie,* París, 1957.

J. PEPIN, *Mythe et Allégorie, les origines grecques et les contestations judéo-chrétiennes,* París, 1958.

G. W. H. LAMPE, *A patristic Greek lexicon* [s.l.], 1961.

M. PELLEGRINO, *Letteratura greca cristiana,* Roma, 1963.

H. KRAFT, *Clavis Patrum Apostolicorum,* Darmstadt, 1963.

A. H. ARMSTRONG, R. A. MARKUS, *Fe cristiana y filosofía griega,* Barcelona, 1964.

E. J. GOODSPEED, R. M. GRANT, *A history of early christian Literature,* Chicago, 1966.

J. N. D. KELLY, *Initiation à la doctrine des Pères de l'Église,* París, 1968.

R. CANTARELLA, *La Letteratura greca dell'età ellenistica e imperiale,* Milán, 1968.

M. SIMONETTI, *La Letteratura cristiana antica greca e latina,* Milán, 1969.

G. W. H. LAMPE, *A patristic Greek Lexicon with addenda and corrigenda,* Oxford, 1976.

M. LÓPEZ SALVÁ, «El sueño incubatorio en el cristianismo oriental», *Cuad. Filol. Clás.* 10 (1976), 147-188.

3. *Estudios particulares*

E. DE FAYE, *Clément d'Alexandrie: étude sur les rapports du Christianisme et de la philosophie grecque au IIème siècle,* París, 1906.

R. B. TOLLINTON, *Clement of Alexandria,* I, Londres, 1914, págs. 96-148.

G. LAZZATI, *L'Aristotele perduto e gli scrittori cristiani* (en particular, Clemente), Milán, 1938, págs. 9-34.

—, *Introduzione allo studio di Clemente Alessandrino* (Vita e Pensiero), VIII, Milán, 1939.

CL. MONDÉSERT, *Clément d'Alexandrie. Introduction à l'étude de sa pensée à partir de l'Écriture,* París, 1944.

P. TH. CAMELOT, *Foi et Gnose. Introduction à l'étude de la connaissance mystique chez Clément d'Alexandrie* (Études de Théologie et d'Histoire de la spiritualité), III, París, 1945.

A. COLUNGA, «Clemente de Alejandría, escriturario», *Helmántica* 1 (1950), 453-471.

J. DANIÉLOU, «Typologie et Allégorie chez Clément d'Alexandrie», *Studia Patristica* ([s.l.], 1950), 50-57.

H.-M. MARROU, «Morale et spiritualité chrétiennes dans le *Pédagogue* de Clément d'Alexandrie», *Studia Patristica* 1 (París, 1950), 538-546.

A. MÉHAT, «Les ordres d'enseignement chez Clément d'Alexandrie et Sénèque», *Studia Patristica* 2 ([s.l.], 1950), 352-357.

CL. MONDÉSERT, «Vocabulaire de Clément d'Alexandrie: le mot *logikós*», *Rech. Sc. Rel.* 42 (París, 1954), 258-265.

A. ORBE, «Teología bautismal de Clemente Alejandrino», *Gregorianum* 36 ([s.l.], 1955), 410-448.

C. GUASCO, «Lo gnostico cristiano in Clemente Alessandrino», *Sophia* 36 (1955; Padua, 1956), 264-269.

K. ADAM, «Die Kirche bei Clemens von Alexandrien», *Vitae et veritati* (Düsseldorf-Patmos, 1956), 11-27.

A. QUACQUARELLI, «I luoghi comuni contro la retorica in Clemente Alessandrino», *Rass. Sc. Filos.* 4 (Bari, 1956), 457-476.

P. J. G. GUSSEN, «Het leven in Alexandrië volgens de cultuurhistorische gegevens in de *Paedagogus* (boek II-III) van Clemens van Alexandrië», *Van Gorcum's Historische Bibliotheek* 46 ([s.l.], 1956).

E. F. OSBORN, *The philosophy of Clement of Alexandrie*, Cambridge, 1957.

H.-I. MARROU, «Humanisme et christianisme chez Clément d'Alexandrie d'après le *Pédagogue*», *Entr. Ant. class.* 3 (Ginebra, 1957), 181-200.

J. WYTZES, «The Twofold Way (Platonic Influences in the work of Clement of Alexandria)», *Vig. Christ* 2 (Amsterdam, 1957), 226-245.

P. VALENTIN, «Héraclite et Clément d'Alexandrie», *Rech. Sc. Rel.* 46 (París, 1958), 27-59.

M. I. MANOUSAKA, «La concepción de la filosofía helénica de Clemente de Alejandría» (en griego), *Gregorios ho Palamas* 44 (Tesalónica, 1961), 38-47.

TH. FINAM, «Hellenism and Judeo-Christian history in Clement of Alexandría», *Theol. Quart.* 28 (Stuttgart, 1961), 83-114.

S. LILLA, «Middle Platonisme, Neoplatonism and Jewish-Alexandrine philosophy in the terminology of Clement of Alexandria's ethics», *Arch. Ital. Stor. Pietà* 3 ([s.l.], 1962), 1-36.

FR. H. JR. BRIGHAM, «The Concept of New Song in Clement Alexandria's Exhortation to the Greeks», *Coll. Franc.* 16 (Roma, 1962), 9-13.

C. A. M. DEYEN, «Acerca de la pneumatología de Clemente Alejandrino», en *Las potencias de Dios en los primeros siglos cristianos*, I, Roma, Buenos Aires, 1963.

J. PIQUEMAL, «Sur une métaphore de Clément d'Alexandrie, les dieux, la mort, la mort des dieux», *Rev. Philol., Litt. Hist. Anc.* 153 (París, 1963), 191-198.

P. VALENTIN, *Clément d'Alexandrie* (Église d'Hier et d'Aujourd'hui), París, 1963.

E. TSIRPANALI, «La Teología de la Historia en Clemente de Alejandría» (en griego), *Ekklesia* 41 (Atenas, 1964).

CH. OEYEN, «Eine frühchristliche Engelpneumatologie bei Kle-

mens von Alexandrien», *Riv. St. Chiesa It.* 19 (Roma, 1965), 102-120.

G. W. BOTTERWORTH, *Clement of Alexandria,* Cambridge-Londres-Harward-Heinemann, 1968.

GR. FLOYD, *Clement of Alexandria's Treatment of the problem of Evil,* Oxford, 1971.

J. SARIOL DÍAZ, «Clemente de Alejandría, un teólogo liberal», *An. Inst. Est. Ger.* XX (Gerona, 1971), 357-361.

A. LÓPEZ PEGO, *Clemente de Alejandría y la Medicina* (Tesis doct.), Madrid, 1973 (inédita).

J. BERNARD, *Klemens Alexandria: Glaube, Gnosis, griech. Gest.,* Leipzig, 1974.

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente traducción ha sido realizada sobre el texto griego de las autorizadas ediciones de *El Pedagogo,* ya reseñadas en nuestra Bibliografía, de Les Éditions du Cerf, París, 1960, 1965 y 1970.

Livre I: Introd. y nn. de HENRI-IRÉNÉE MARROU, y trad. de MARGUERITE HARL.
Livre II: Trad. de CLAUDE MONDÉSERT, y nn. de HENRI-IRÉNÉE MARROU.
Livre III: Trad. de CLAUDE MONDÉSERT, y nn. de CHANTAL MATRAY.

También hemos cotejado, en todo momento, la edición de J.-P. Migne y su versión en lengua latina:

Clementis Alexandrini opera quae exstant omnia (Series graeca), VIII-IX, París, 1891.

LIBRO I

1. *¿Qué promete el Pedagogo?*

1 Hemos establecido para vosotros, hijos míos, una base de verdad[1], fundamento[2] inquebrantable de conocimiento del sagrado templo del gran Dios; una bella exhortación, una apentencia de vida eterna que se alcanza por obediencia racional y que ha sido fundamentada en el terreno de la inteligencia.

De las tres cosas que hay en el hombre: costumbres, acciones y pasiones, el Logos-*Protréptico*[3] se ha encargado de las costumbres; guía de la religión, subyace al edi-

---

[1] En griego, *synkrotéō*, propiamente, «yo entrechoco», «compongo», «ensamblo» con el martillo, de donde «fraguo», «forjo». Dicho símil es también utilizado por SAN PABLO, en *I Cor.* 3, 10-17; *Ef.* 2, 20-21; *Tim.* 2, 19. Asimismo, CLEMENTE, en *Stromáteis* (= *Tapices*) III 31, 3.

[NOTA.—Para las citas bíblicas, ya desde el primer momento adoptamos el sistema de siglas comúnmente empleado en castellano.]

[2] Cf. HERÓDOTO, I 93; PÍNDARO, *Píticas* IV 245, VII 3; ESQUILO, *Los persas* 815; SÓFOCLES, *Las traquinias* 993; EURÍPIDES, *Ifigenia entre los tauros* 997; *Las troyanas* 16; JENOFONTE, *Memorables* I 5, 4. También CLEM., *Strom.* VII 55, 5 y 70, 1.

[3] *Estimulante, persuasivo.* Etimológicamente, «capaz de hacer cambiar».

ficio de la fe cual quilla de un navío. Gracias a Él abjuramos gozosos de nuestras viejas creencias, y nos rejuvenecemos para alcanzar la salvación, cantando con el profeta: «Qué bueno es Dios para Israel, para los que tienen un corazón recto»[4].

2 Un Logos preside también nuestras acciones: el Logos-*Consejero;* y un Logos cura nuestras pasiones: el Logos-*Consolador.* Pero es siempre el mismo Logos, el que arranca al hombre de sus costumbres naturales y mundanas, y el que, como pedagogo, lo conduce a la única salvación de la fe en Dios.

3 Pues bien, el guía celeste, el Logos, recibía el nombre de *Protréptico* puesto que nos exhortaba a la salvación —ésta es la denominación especial que recibe el Logos encargado de estimularnos, tomando el todo el nombre de la parte—; toda religión es, en efecto, *protréptica,* ya que genera en el razonamiento la apetencia de vida, de la presente y de la futura.

4 Pero ahora, actuando sucesivamente en calidad de terapeuta y de consejero, aconseja al que previamente ha convertido y, lo que es más importante, promete la curación[5] de nuestras pasiones. Démosle, pues, el único nombre que naturalmente le corresponde: el de *Pedagogo.*

El Pedagogo es educador, no experto, no teórico; su objetivo es la mejora del alma, no la enseñanza, como guía que es de una vida virtuosa, no erudita.

2,1 Aunque el mismo Logos es también maestro, no lo es todavía. El Logos-*Maestro* expone y revela las verdades

---

[4] *Sal.* 72, 1.

[5] El término *íasis,* expresivo y de innegable cuño griego, se encuentra con el mismo sentido en HIPÓCRATES, *Aforismos* 1245; SÓFOCLES, *Edipo Rey* 68; PLATÓN, *Banquete* 188c, y *Filebo* 46a. Aparece también en la obra clementina con el sentido de Cristo-Médico, referido al Logos.

dogmáticas; el Pedagogo, en cambio, en tanto que práctico, nos ha exhortado primero a llevar una vida moral, y nos invita ya a poner en práctica nuestros deberes dictando los preceptos que deben guardarse intactos y mostrando a los hombres del mañana el ejemplo de quienes antes han errado su camino.

Ambos métodos son altamente eficaces: uno conduce a la obediencia; es el género *parenético*[6]; el otro, que reviste la forma del ejemplo, se subdivide, a su vez —paralelamente—, en dos modos de proceder: consiste uno en que imitemos el bien y lo elijamos; el otro, en que nos apartemos de los malos ejemplos rechazándolos. 2

De esto se sigue la curación de las pasiones. El Pedagogo, con ejemplos consoladores, fortalece el alma; y, como si de dulces remedios se tratara[7], con sus preceptos, llenos de calor humano, cuida a los enfermos conduciéndoles hacia el perfecto conocimiento de la verdad. Salud y conocimiento no son lo mismo; aquélla se obtiene por la curación, éste, en cambio, por el estudio. 3

Un enfermo no podría asimilar nada de las enseñanzas hasta que no estuviera completamente restablecido; la prescripción que se dicta a los que aprenden no tiene el mismo carácter que la que se da a los que están enfermos: a los primeros, se les administra para su conocimiento; a los segundos, para su curación. 2

Así como los enfermos del cuerpo necesitan un médico, del mismo modo los enfermos del alma precisan de un pedagogo, para que sane nuestras pasiones. Luego acudiremos al maestro, que nos guiará en la tarea de purifi- 3

---

[6] *Apto, propio para exhortar.* Etimológicamente, «capaz de consolar», «de exhortar».

[7] HOMERO, *Ilíada* IV 218.

car nuestra alma para la adquisición del conocimiento y para que sea capaz de recibir la revelación del Logos.

De esta manera, el Logos —que ama plenamente a los hombres—, solícito de que alcancemos gradualmente la salvación, realiza en nosotros un hermoso y eficaz programas educativo: primero, nos exhorta; luego, nos educa como un pedagogo; finalmente, nos enseña.

4

2. *El Pedagogo nos dirige a causa de nuestros pecados*

Nuestro Pedagogo, pequeños, es semejante a su Padre-Dios, de quien es precisamente Hijo, sin pecado ni reproche y sin pasiones en su alma [8], Dios sin mancha en forma de hombre [9], cumplidor de la voluntad del Padre, Verbo-Dios, que está en el Padre, que está a la derecha del padre [10], Dios, incluso por su figura.

2 Es para nosotros modelo sin defecto; debemos procurar con todo empeño que nuestra alma se le parezca. Él, totalmente libre de pasiones humanas, es el único juez, por ser el único impecable. Nosotros, en cambio, debemos esforzarnos, en la medida que podamos, por pecar lo menos posible, pues nada es tan apremiante como alejarnos, en primer lugar, de las pasiones y enfermedades, y evitar depués la recaída en el hábito de pecar.

3 Lo mejor es, sin duda, no cometer de ningún modo la más leve falta: lo que afirmamos, ciertamente, ser privativo de Dios; en segundo lugar, no cometer ningún tipo de pecado deliberado, lo que es propio del sabio; en ter-

---

[8] En griego, *anamártētos, apathḕs tḕn psychḗn*. Son expresiones comunes a la literatura cristiana del siglo II d.C., en especial, de Ignacio de Antioquía, obispo y Padre apostólico, conocido por Teóforo.

[9] SAN PABLO, *Flp.* 2, 7.

[10] *Hechos* 7, 55; *Sal.* 109, 1.

cer lugar, no caer en demasiadas faltas involuntarias, lo que es propio de los que reciben una educación genuina. Finalmente, propongámonos permanecer en el pecado el menor tiempo posible, ya que es saludable que los que han sido llamados a la conversión renueven su lucha.

5 Me parece que el Pedagogo habló muy bien por boca de Moisés: «Si alguno muere repentinamente cerca de él, su cabeza consagrada quedará al punto mancillada y deberá rasurarse»[11]. Al decir «muerte repentina», se refiere al pecado involuntario. Y su mancha, dice, ensucia el alma. Por eso sugiere el remedio de que se rasure rápidamente la cabeza; y exhorta a cortar los cabellos de la ignorancia que oscurecen la razón, para que, al quedar libre de la densa espesura que es el mal, la razón, que tiene su sede en el cerebro, retorne al arrepentimiento. 2 Un poco más adelante añade: «los días precedentes eran irracionales»[12]; esto se refiere claramente a los pecados cometidos contra razón. A la falta involuntaria la llamó «una muerte repentina»; al pecado, «un acto irracional». Por eso el Logos-Pedagogo tiene la misión de dirigirnos, para apartarnos del pecado «irracional».

3 Considera ahora este pasaje de la Escritura: «por eso, he aquí lo que dice el Señor»[13]. En el pasaje que sigue se pone claramente de manifiesto lo que es el pecado anterior, ya que sigue el justo juicio; esto está muy claro —por lo que dicen los profetas: «Si no hubieses pecado, no habrías sido objeto de estas amenazas», y «por eso, he aquí lo que dice el Señor», o bien «puesto que no habéis escuchado estas palabras, he aquí lo que dice el Señor»—. Éste es, sin duda, el motivo de la profecía: la

---

[11] *Núm.* 6, 9.

[12] *Ibid.*, 6, 12.

[13] *Ez.* 13, 13, 20; *Jer.* 7, 20.

obediencia y la desobediencia; la primera, para que nos salvemos, y la segunda, para ser educados.

6 Así que el Logos, nuestro Pedagogo, es, por sus exhortaciones, quien cura las afecciones *contra natura* de nuestra alma. La curación de las enfermedades del cuerpo se llama propiamente medicina, y es un arte que enseña la sabiduría humana. Pero el Logos del Padre es el único médico de las debilidades humanas; es curador [14] y santo ensalmador del alma enferma. Así dice: «Salva, Dios mío, a tu siervo que en ti confía. Ten piedad de mí, Señor,
2 pues a ti clamaré todo el día»[15]. «La medicina, según Demócrito [16], cura las enfermedades del cuerpo, pero la sabiduría libera al alma de sus afecciones.» El buen pedagogo, que es la Sabiduría, el Logos del Padre, el que ha creado al hombre, se cuida de la totalidad de su criatura, y cura su alma y su cuerpo como médico total de la humanidad.

3 El Salvador dice al paralítico: «Levántate, toma la camilla sobre la que estás tendido y vete a casa.» Y, al punto, el que estaba sin fuerzas, recuperó su fuerza. Y al muerto le dijo: «Lázaro, sal»; y el muerto salió de su tumba, tal como estaba antes de morir, ejercitándose así para la resurrección.

4 Cura, en verdad, igualmente al alma en sí misma con sus preceptos y sus gracias. Con los consejos tal vez la curación se demora, pero, generoso en gracias, nos dice a nosotros pecadores: «Tus pecados te son perdonados» [17].

5 Nosotros, por un acto simultáneo a su pensamiento, nos convertimos en niños, participando, merced a su po-

---

[14] Sóf., *Traqu.* 1208.

[15] *Sal.* 85, 2-3.

[16] Fr. 31 Diels.

[17] *Lc.* 5, 20.23.

der ordenador, del rango más privilegiado y seguro. Dicho poder ordenador se ocupa, en primer lugar, del mundo y del cielo, de las órbitas del sol y del curso de los demás astros, y todo ello en función del hombre; luego se ocupa del hombre mismo, en torno al cual despliega toda su solicitud.

6 Considerando al hombre como su obra suprema, puso su alma bajo la dirección de la prudencia y de la templanza y dotó al cuerpo de belleza y armonía. Y en las acciones humanas inspiró la rectitud y buen orden propio de ellas.

3. *El Pedagogo ama al hombre*

7 El Señor, como hombre y como Dios, nos ayuda en todo. Como Dios, perdona nuestros pecados; como hombre, nos educa para no caer en ellos. Y es natural que el hombre sea caro a Dios, porque es su criatura.

Las otras realidades de su creación las hizo Dios sólo con una orden; al hombre, en cambio, lo ha modelado con sus propias manos y le ha inspirado algo propio de Él[18]. 2 Esta criatura que ha sido creada por Dios a imagen suya, o bien la ha creado por ser en sí misma digna de ser elegida, o la ha modelado por ser digna de elección por algún otro motivo.

3 Si el hombre es por sí mismo un ser digno de elección, Dios, que es bueno, ha amado a este ser bueno; el especial atractivo está dentro del hombre, y precisamente por eso lo denomina «soplo» de Dios. Mas si el hombre ha sido objeto de elección por razón de otras cosas, Dios no tenía otro motivo para crearlo que la consideración de que, sin el hombre, no hubiera podido manifestarse su

[18] *Gén.* 2, 7.

bondad de Creador, ni tampoco el hombre hubiera podido llegar al conocimiento de Dios; porque, de otro modo, es decir, si el hombre no hubiera existido, Dios no habría creado aquello por lo que el hombre existe; y este poder que Dios mantenía oculto, su voluntad, lo llevó a su plenitud por su potencia creadora externa; recibió del hombre el fruto de su misma creación: el hombre; vio lo que tenía, y el hombre llegó a ser lo que Dios quiso. Y es que nada hay que Dios no pueda.

8 Así pues, el hombre que Dios ha creado es digno de elección por sí mismo; ahora bien, lo que por sí mismo es digno de elección es naturalmente apropiado precisamente para quien él es digno de elección por sí mismo, y, por tanto, es también aceptado y amado por éste. Pero, ¿puede algo ser digno de amor para alguien sin que sea amado por él? El hombre, según hemos demostrado, es un ser digno de ser amado; por consiguiente, el hombre es amado por Dios. ¿Cómo no va a ser amado aquel por quien el Unigénito, el Logos de nuestra fe, ha descendido desde el seno del Padre? El Señor, que, sin lugar a dudas, es la razón de nuestra fe, lo afirma claramente al decir: «El mismo Padre os ama porque vosotros me habéis amado»[19]; y, de nuevo: «Y los ha amado como a Mí»[20].

3 ¿Qué desea, pues, y qué nos promete el Pedagogo? Con sus obras y sus palabras nos prescribe lo que debemos hacer y nos prohíbe lo contrario; todo está muy claro. En cuanto al otro género de lenguaje, el didáctico, es, sin duda, escueto, espiritual, de notable precisión, contemplativo. Pero, de momento, vamos a dejarlo al margen.

---

[19] *Jn.* 16, 27.

[20] *Ibid.*, 17, 23.

Debemos corresponder en el amor a quien amorosamente guía nuestros pasos hacia una vida mejor y vivir según las disposiciones de su voluntad, no sólo limitándose a cumplir lo que prescribe y evitar lo que prohíbe, sino también apartándonos de ciertos ejemplos e imitando, como mejor podamos, otros, a fin de realizar por imitación las obras del Pedagogo, para que así se cumpla aquello de «a imagen y semejanza». 9

Aprisionados en la vida como en una gran penumbra, necesitamos un guía infalible y certero. Y, como dice la Escritura, no es el mejor guía el ciego que lleva de la mano a otros ciegos hacia el barranco, sino el Logos de mirada penetrante, que conoce a fondo los corazones. 2

Así como no existe luz que no alumbre, ni objeto en movimiento que no se mueva, ni amante que no ame, tampoco hay bien que no nos sea provechoso y que no nos conduzca a la salvación. 3

Amemos, pues, los preceptos del Señor con nuestras obras. El Logos, al encarnarse[21], ha dejado bien claro que la misma virtud es la que dirige la vida práctica y la contemplativa. Si tomamos, pues, el Logos como ley, comprobaremos que sus preceptos y enseñanzas son camino corto y rápido que nos llevará a la eternidad, pues sus mandatos rebosan persuasión, no temor. 4

4. El Logos es igualmente el Pedagogo de hombres y de mujeres

Pues bien, abracemos, aún más, esta buena obediencia y entreguémonos al Señor, agarrándonos al sólido cable de la fe en Él, sabiendo que la virtud es la misma para el hombre que para la mujer[22]. 10

---

21 *Ibid.*, 1, 14.

22 Cf. PLUTARCO, *Mor.* 243C.

2 Porque si existe un único Dios para los dos, también hay un único Pedagogo; para ambos una sola Iglesia, una única moral, un único pudor, alimento común y común vínculo matrimonial. La respiración, la vista, el oído, el conocimiento, la esperanza, la obediencia y el amor, todo es igual. Los que tienen en común la vida también tienen en común la gracia y la salvación; y, en común también, la virtud y la educación.

3 «En esta vida —se nos dice— toman mujer y se casan»; sólo aquí en la tierra se distingue la hembra del varón, «pero no así en la otra vida» [23]; en el otro mundo, los premios merecidos por esta vida común y santa del matrimonio no son exclusivos del varón o de la mujer, sino de la persona, una vez liberada del deseo que la divide en dos seres distintos. El nombre de «persona» es común al hombre y a la mujer.

11 Según creo, los áticos usaban indistintamente el nombre de «niñito», para referirse al sexo masculino y al femenino, a juzgar por el testimonio del autor cómico Menandro, en su obra *La azotada:*

hijita mía [24]*..., porque el niñito siente*
por naturaleza un especial afecto por las personas [25].

2 «Corderos» es el nombre común por simplicidad del macho y de la hembra; y «Él, el Señor es nuestro pas-

---

[23] *Lc.* 20, 34-45.

[24] Menandro utiliza *paidárion* referido a *thygátrion,* propiamente «hijita», diminutivo de *thygatḗr* «hija». Como es sabido, en griego, como en algunos idiomas modernos, así el alemán, el diminutivo es siempre neutro.

[25] TH. KOCK, *Comicorum Atticorum Fragmenta,* vol. III, pág. 124, Leipzig, 1880-1888.

tor»[26] por todos los siglos, amén. «Sin el pastor no deben vivir ni las ovejas ni cualquier otro animal, ni los niños sin el pedagogo, ni los criados sin su amo»[27].

5. Todos los que residen en la verdad son niños ante Dios

12 Resulta claro que la pedagogía[28] es, según se desprende de su mismo nombre, la educación de los niños. Pero quedan por examinar los niños y a los que se refiere simbólicamente la Escritura, y luego asignarles el pedagogo. Los niños somos nosotros.

La Escritura nos celebra de muchas maneras, y nos llama alegóricamente con diversos nombres para dar a entender la simplicidad de la fe.

2 Por ejemplo, en el Evangelio se dice: «El Señor, deteniéndose en la orilla del mar junto a sus discípulos —que a la sazón se hallaban pescando—, les dijo: 'niños, ¿tenéis algo de comer?'». 3 Llama «niños» a hombres que ya son discípulos. «Y le presentaban niños», para que los bendijera con sus manos, y, ante la oposición de sus discípulos, Jesús dijo: «Dejad a los niños y no les impidáis que se acerquen a mí, pues de los que son como niños es el reino de los cielos»[29]. 4 El significado de estas palabras lo aclara el mismo Señor, cuando dice: «Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos»[30]. Aquí no se refiere a la regeneración, sino que nos recomienda imitar la sencillez de los niños.

---

26 *Sal.* 22, 1.

27 PLATÓN, *Leyes* VII 808d.

28 *paidagōgía* está formado sobre *paîs, paidós,* «niño», y el verbo *ágō* «yo conduzco»; de donde procede *agōgḗ,* propiamente, «traslado», «conducción», y posteriormente, «educación», «método».

29 *Mt.* 19, 13-14.

30 *Ibid.*, 18, 3.

5 El Espíritu profético nos considera también niños: Dice: «Los niños, habiendo cortado ramas de olivo y de palmera, salieron al encuentro del Señor gritando: 'Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor'.» Luz, gloria y alabanza con súplicas al Señor, he aquí lo que parece significar, en la lengua griega, el Hosanna.

13 Me parece que la Escritura cita alegóricamente la profecía que acabo de mencionar, para reprochar a los negligentes: «¿No habéis leído nunca que de la boca de los niñitos y lactantes sacaste alabanza?»[31].

2 También el Señor, en el Evangelio, estimula a sus discípulos: los incita a que le presten atención, porque ya le urge ir hacia el Padre; intenta despertar en sus oyentes un deseo más intenso, revelándoles que dentro de poco va a partir, y les muestra la necesidad de recoger los frutos abundantes de la verdad, mientras el Logos aún no haya subido al cielo.

3 De nuevo los llama «niños» diciéndoles: «Niños, yo estaré poco tiempo entre vosotros»; y, de nuevo, compara con el Reino de los Cielos «a los niños que están sentados en las plazas públicas y que dicen: para vosotros tocamos la flauta, mas no bailasteis; nos lamentamos, mas no os golpeasteis el pecho»[32], y prosiguió con otras pala-
4 bras semejantes a éstas. Pero no es el Evangelio el único que siente así; los textos proféticos hablan de la misma manera. Por ejemplo, David dice: «Alabad, niños, al Señor, alabad el nombre del Señor»[33]; dice también por me-

[31] *Ibid.*, 21, 16; *Sal.* 8, 3.
[32] *Mt.* 11, 16-17.
[33] *Sal.* 112, 1.

dio de Isaías: «Heme aquí con los niños que me confió el Señor»[34].

14 ¿Te maravillas de oír que el Señor llama «niños» a quienes los paganos llaman hombres? Me parece que no comprendes bien la lengua ática, en la que se puede observar que aplica el nombre de «niñitas» a hermosas y lozanas muchachas, de condición libre, y el de «niñitas», a las esclavas, jóvenes también ellas. Gozan de estos diminutivos por estar en la flor de su juventud.

2 Y cuando el Señor dice: «Que mis corderos sean colocados a mi derecha», alude simbólicamente a los sencillos, a los que son de la raza de los niños como los corderos, no a los adultos, como el ganado; y si muestra su predilección por los corderos, es porque prefiere en los hombres la delicadeza y la sencillez de espíritu, la inocencia. Asimismo, cuando dice: «cachorrillos lactantes»[35], se refiere a nosotros alegóricamente; lo mismo que cuando afirma: «como una paloma inocente y sin cólera».

3 Cuando, por boca de Moisés, ordena ofrecer «dos crías de palomas o una pareja de tórtolas» para la expiación de los pecados, está diciendo que la inocencia de las criaturas tiernas y la falta de malicia y resentimiento de los polluelos es agradable a los ojos de Dios, y da a entender que lo semejante purifica a lo semejante; pero también que la timidez de las tórtolas simboliza el temor al pecado.

4 La Escritura atestigua que nos da el nombre de «polluelos»: «Como el pájaro lleva bajo sus propias alas a sus polluelos»[36], esto mismo somos nosotros: los pollue-

---

34 *Is.* 8, 18.
35 *Am.* 6, 4; *II Sam.* 17, 29.
36 *Mt.* 23, 37.

los del Señor. De esta forma tan admirable y misteriosa el Logos subraya la simplicidad del alma en la edad infantil.

5 Una vez nos llama «niños»; otras, «polluelos»; otras, «niños de pecho»; otras, «hijos»; a menudo, «criaturas», y, en ocasiones, «un pueblo joven» y «un pueblo nuevo». Y dice: «A mis servidores les será dado un nombre nuevo»; llama «nombre nuevo» a lo reciente y eterno, puro y simple, infantil y verdadero. «Y este nombre será bendito en la tierra»[37].

15 Además, nos llama a veces alegóricamente «potros», porque desconocen el yugo del mal y no han sido domados por la maldad. Son simples y sólo dan brincos cuando se dirigen a su padre, no son «los caballos que relinchan ante las mujeres de los vecinos, como los animales bajo yugo y alocados», sino los libres y nacidos de nuevo[38]; los orgullosos de su fe, los corceles que corren veloces hacia la verdad, prestos a alcanzar la salvación y que pisotean y golpean contra el suelo las cosas mundanas.

2 «Alégrate mucho, hija de Sión; pregona tu alegría, hija de Jerusalén; he aquí que tu rey viene hacia ti, justo y portador de tu salvación, manso y montado en una bestia de carga, acompañada de su joven potro»[39].

No bastaba con decir tan sólo «potro», sino que se ha añadido «joven», para mostrar la juventud de la humanidad en Cristo, su eterna juventud junto con su sencillez.

3 Nuestro divino domador nos cría a nosotros, sus niños,

---

37 *Is.* 65, 16.

38 Alusión al Bautismo.

39 *Zac.* 9, 9.

tal como a jóvenes potros; y si en la Escritura el joven animal es un asno, se considera en todo caso como la cría de una bestia de carga. «Y a su potro, dice la Escritura, lo ha atado a la vid»; a su pueblo sencillo y pequeño lo ha atado al Logos, alegóricamente designado por la vid: ésta da vino, como el Logos da sangre, y ambas son bebidas saludables para el hombre: el vino para el cuerpo, la sangre para el espíritu.

4 El espíritu nos da testimonio cierto, por boca de Isaías, de que nos llama también corderos: «cual pastor, apacentará su rebaño y, con su brazo, reunirá a sus corderos»[40], queriendo decir mediante una alegoría que los corderos, en su sencillez, son la parte más tierna del rebaño.

16 Sin duda también nosotros honramos con una evocación de la infancia los más bellos y perfectos bienes de esta vida llamándolos *paideía* y «pedagogía»[41]. Consideramos que la pedagogía es la buena conducción de los niños hacia la virtud. El Señor nos ha indicado de manera bien clara qué hay que entender por «niñito»: habiéndose originado una disputa entre los Apóstoles sobre «quién de ellos era el más grande», Jesús colocó en medio de ellos a un niñito y dijo: «El que se humille como este niñito, éste es el más grande en el Reino de los Cielos»[42].

2 Ciertamente, no utiliza el término «niñito» para referirse a la edad en la que aún no cabe la reflexión, como algunos han creído[43]. Y cuando dice: «Si no llegáis a ser como estos niños, no entraréis en el Reino de los Cielos», no hay que interpretarlo de una manera simplista.

---

[40] *Is.* 40, 11.

[41] Véase *supra,* n. 28.

[42] *Mt.* 18, 1-4.

[43] Referencia a la polémica mantenida entre el filósofo platónico Celso y Orígenes. También es posible que Clemente aluda a los gnósticos.

3 No, nosotros no rodamos por el suelo como niños, ni nos arrastramos por tierra como serpientes, enrollando todo nuestro cuerpo en los apetitos irracionales; al contrario, erguidos hacia lo alto, merced a nuestra inteligencia, desprendiéndonos del mundo y de los pecados, «apenas tocando tierra con la punta del pie» —por más que parezca que estamos en este mundo—, perseguimos la santa sabiduría. Mas esto parece una locura para quienes tienen el alma dirigida hacia la maldad.

17 Son, por tanto, verdaderos niños los que sólo conocen a Dios como padre y son sencillos, ingenuos, puros, los enamorados de los unicornios[44]. A los que han progresado en el conocimiento del Logos, el Señor les habla con este lenguaje: les ordena despreciar las cosas de aquí abajo y les exhorta a fijar su atención solamente en el Padre, imitando a los niños.

2 Por esa razón les dice: «No os inquietéis por el mañana, que ya basta a cada día su propio afán»[45]. Así, manda que dejemos a un lado las preocupaciones de esta vida para unirnos solamente al Padre.

3 El que cumple este precepto es realmente un párvulo y un niño, a los ojos de Dios y del mundo; éste lo considera un necio; aquél, en cambio, lo ama. Y si, como dice la Escritura, «hay un solo maestro que está en los Cielos»[46], es evidente que todos los que están en la tierra deberán ser llamados —con razón— discípulos. Y, en efecto, la verdad es así: la perfección es propia del Se-

---

[44] En griego, *monókerōs* «de un solo cuerno»; aparece ya en Aristóteles, Plutarco y Eliano; más posteriormente, en el texto bíblico de los LXX: *Dt.* 33, 17; *Sal.* 91, 22. Sobre el particular, entre otras publicaciones, M. A. ELVIRA, «El mito del unicornio», *Hist.* 16, 140 (1987), 82-88.

[45] *Mt.* 6, 34.

[46] *Ibid.*, 23, 8.

ñor, que no cesa de enseñar; en cambio, el infantilismo y la puerilidad son propias de nosotros que no cesamos de aprender.

18 La profecía ha honrado con el nombre de «hombre» a quien es perfecto, y, por boca de David —refiriéndose al demonio— dice: «El Señor detesta al hombre sanguinario»[47], y lo llama «hombre» porque es perfecto en la malicia; mas el Señor es llamado «Hombre», porque es perfecto en la justicia. 2 Por eso, el Apóstol en la *Epístola a los Corintios* dice: «Os he desposado con un solo hombre para presentaros como casta virgen a Cristo»[48], es decir, como criaturas santas, y sólo para el Señor.

3 Y en la *Epístola a los Efesios,* con total claridad reveló el objeto de nuestra investigación, diciendo: «Hasta que lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, para que no seamos ya niños fluctuantes, dejándonos llevar por todo viento de doctrinas, al compás del engañoso juego de los hombres y de la astucia humana en la acechanza del error; sino que, viviendo en verdad y amor, crezcamos hacia él en todo»[49].

4 Y dijo esto «para la edificación del cuerpo de Cristo», «que es la cabeza»[50], y el único varón perfecto en justicia. Nosotros, niños pequeños, si nos guardamos de los vientos de las herejías que con su soplo arrastran hacia el orgullo y no confiamos en quienes pretenden imponernos otros padres[51], alcanzaremos la perfección, porque somos Iglesia, ya que hemos recibido a Cristo como cabeza.

---

[47] *Sal.* 5, 7.

[48] *II Cor.* 11, 2.

[49] *Ef.* 4, 13-15.

[50] *Ibid.,* 4, 12 y 15.

[51] De nuevo alude al pensamiento gnóstico.

19 Ahora debemos fijar nuestra atención en la palabra «infante»[52], que no se refiere a los que carecen de razón; éstos son los «necios». El «infante» es el «nuevamente dulce», porque «dulce» es el que tiene pensamientos de mansedumbre, y ha adquirido nuevamente un carácter delicado y dulce.

2 Esto ya lo manifestó claramente el bienaventurado Pablo: «Pudiendo hacer valer nuestra autoridad, por ser apóstoles de Cristo, nos hicimos dulces en medio de vosotros, como una madre que cría a sus hijos»[53].

3 El «infante» es un ser dulce; de aquí que sea más ingenuo, tierno, sencillo, sin doblez, sincero, justo en sus juicios y recto. Esto es el fundamento de la sencillez y de la verdad. «Hacia quién, pues, voy a dirigir mis ojos —dice la Escritura— sino hacia el ser dulce y apacible?» Éste es el lenguaje de una doncella: tierno y sincero; por eso se acostumbra a llamar a la muchacha, «virgen cándida», y al muchacho, «candoroso».

4 Somos cándidos cuando somos dóciles, fácilmente moldeables en la bondad, y la cólera no hace mella en nosotros, ni <provoca> tampoco el menor resentimiento de maldad ni falsedad. La generación pasada era falsa y tenía el corazón duro; nosotros, en cambio, que formamos un coro de infantes y un pueblo nuevo, somos delicados cual niños.

5 En su *Epístola a los Romanos,* el Apóstol declara alegrarse «de los corazones sin malicia»[54] y, al mismo tiempo, matiza el significado del término «infantes»:

---

[52] En griego, *nḗpios,* propiamente, «que no habla»; de ahí que hayamos adoptado la traducción de «infante», de acuerdo con las etimologías griega y latina. Equivale, pues, a «criatura», «niño pequeño», etc.

[53] *I Tes.* 2, 7.

[54] *Rom.* 16, 18.

«Quiero que seáis avispados para el bien y puros para el mal.»

No concebimos el nombre de «infantes» en un sentido negativo, de privación[55], aunque los hijos de los gramáticos concedan un sentido privativo a la sílaba *nē-*. Si los detractores de la infancia dicen de nosotros que somos «necios», mirad cómo blasfeman contra el Señor, pues tildan de necios a los que han encontrado refugio en Dios. 20

Si, por el contrario —y esto merece una especialísima atención—, aplican el nombre de «infantes» a los seres sencillos, regocijémonos de este título. Infantes son, en efecto, los espíritus nuevos que han recobrado su razón en medio de tanta locura, y se yerguen en el horizonte según la nueva alianza. 2

Muy recientemente Dios se ha dado a conocer por la venida de Cristo: «pues nadie ha llegado a conocer a Dios sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo revela». Son los nuevos los que constituyen el pueblo nuevo en oposición al pueblo antiguo, y conocen los nuevos bienes. Nosotros poseemos la fértil ventaja de la edad, la juventud sin vejez, y en la que, con plenitud de fuerzas, nos encaminamos hacia el conocimiento, siempre jóvenes, siempre dulces, siempre nuevos, pues necesariamente son nuevos los que participan del nuevo Logos. 3

Así como lo que participa de la eternidad suele asemejarse a lo incorruptible, así también el nombre que expresa nuestra condición de niños llena de primavera nuestra vida, dado que la verdad en nosotros no envejece, y dicha verdad informa nuestra conducta. 4

[55] Clemente alude al término griego *nēpios* (cf. *supra*, n. 52), en el que el prefijo de privación *nē* confiere al vocablo un claro valor despectivo.

21 La sabiduría es siempre joven, idéntica a sí misma, no conoce mutación alguna[56]. «Los niños —dice la Escritura— serán transportados a hombros y consolados sobre las rodillas; como la madre consuela a su hijo, así os consolaré yo»[57]. La madre lleva en brazos a sus pequeños, y nosotros buscamos a nuestra madre, la Iglesia[58].

2 Lo que de por sí es débil y tierno, y, por su misma fragilidad, necesitado de ayuda, es agradable, dulce y encantador; a una criatura así Dios no la deja de su mano. Así como los padres y las madres miran con más agrado a sus pequeños: los caballos, a sus potros; los bueyes, a sus becerros; el león, al cachorro; el ciervo, a su cervatillo, y el hombre, a su hijo, así también, el Padre de todos acoge a los que en Él buscan cobijo y, habiéndolos regenerado con su espíritu y adoptado como hijos, aprecia su dulzura, los ama, les presta singular ayuda, lucha por ellos, y por eso los llama «hijos».

3 Me referiré ahora a Isaac, el hijo. Isaac significa «risa». El rey, curioso, lo vio jugar con Rebeca, su esposa y colaboradora. El rey, llamado Abimelek, representa, en mi opinión, cierta sabiduría supramundana, que contempla desde lo alto el misterio del juego infantil.

4 El nombre de Rebeca significa «constancia». ¡Oh juego lleno de sabiduría! La «risa» es ayudada por la «constancia», mientras el rey observa. Se regocija el espíritu de los niños en Cristo, cuya vida transcurre en la constancia. Y ése es el juego divino.

22 Es el mismo juego al que, según Heráclito[59], jugaba

---

56 Expresión sacada de PLATÓN, *Fedón* 78c.

57 *Is.* 66, 12-13.

58 Clemente gusta de emplear la expresión «Iglesia-Madre».

59 Fr. de DIELS.

Zeus. ¿Qué otra ocupación conviene a un ser sabio y perfecto que la de jugar y regocijarse con constancia en el bien, administrando rectamente los bienes y celebrando al mismo tiempo las fiestas santas con Dios?

2 El mensaje profético puede interpretarse también de otra manera: nosotros nos alegramos y reímos por nuestra salvación como Isaac; aquél se reía porque había sido liberado de la muerte, y se divertía y se alegraba con su mujer, que es la ayuda de nuestra salvación, la Iglesia. Lleva el nombre de «constancia», que viene a significar solidez, sea porque ella, sola, permanece siempre airosa a través de los siglos, sea porque está constituída por la constancia de los creyentes, es decir, de nosotros, que somos miembros de Cristo[60]. El testimonio de «los que perseveran hasta el final»[61] y la acción de gracias que se le rinde por ellos son el juego místico, y la salvación auxiliadora que acompaña a la noble alegría de corazón.

3 El rey es Cristo, que, desde arriba, observa nuestra risa y, «asomándose por la ventana»[62], como dice la Escritura, contempla la acción de gracias, la bendición, la alegría, el gozo, la constancia colaboradora y la trabazón de todo, su Iglesia; él muestra tan sólo su rostro, el que faltaba a su Iglesia, que, por lo demás, es perfecta gracias a la cabeza del rey.

23 Pero ¿dónde estaba la ventana por la que se mostraba el Señor? Era la carne, por la que se ha hecho visible[63]. El mismo Isaac —ya que es posible interpretar el pasaje desde otro punto de vista— es el sello del Señor: niño en

---

60 *I Cor.* 6, 15; *Ef.* 5, 30.

61 *Mt.* 10, 22.

62 *Gén.* 26, 8.

63 Clemente insiste en el tema de la Encarnación.

tanto que hijo —porque era hijo de Abraham, como Cristo lo es de Dios—; víctima como el Señor. Mas no fue inmolado como el Señor; Isaac sólo llevó la madera para 2 el sacrificio, como el Señor el madero de la cruz. Su sonrisa tenía cierto aire misterioso: profetizaba que el Señor nos colmaría de gracias, a quienes hemos sido redimidos de la perdición por la sangre del Señor.

Pero Isaac no sufrió. Así que, no solamente reservó la primacía del sufrimiento para el Logos, como es natural, sino que, además, por el hecho de haber sido inmolado, apunta simbólicamente a la divinidad del Señor. Porque Jesús, después de haber sido sepultado, resucitó sin haber sufrido la corrupción[64], del mismo modo que Isaac fue liberado del sacrificio.

24 Voy a citar, siguiendo con mi propósito, otro testimonio de suma importancia: el Espíritu Santo, cuando profetizó por boca de Isaías, dio al mismo Señor el nombre de «niño»: «He aquí que nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, cuyo imperio reposa sobre su hombro y se le ha dado el nombre de Ángel de Gran Consejo»[65].
2 ¿Quién es este niño, a cuya imagen somos también nosotros niños? De su grandeza nos habla el mismo profeta: «Consejero admirable, Dios poderoso, Padre eterno, Príncipe de la paz, que dispensa con largueza la educación, y cuya paz no conoce límite»[66].

3 ¡Oh gran Dios! ¡Oh niño perfecto! El Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo. ¿Cómo no va a ser perfecta la pedagogía de este niño, si se extiende a todos nosotros que somos niños, guiando a todos sus pequeños? Él ha

64 Texto corrupto. Se ha aceptado la corrección por Stählin.
65 *Is.* 9, 5.
66 *Ibid.*, 9, 5-6.

extendido sus manos hacia nosotros[67], máxima garantía de nuestra fe. Juan que es «el profeta más grande entre 4 los nacidos de las mujeres» testifica acerca de este niño: «He aquí el cordero de Dios»[68], dado que la Escritura llama corderos a los niños pequeños, y ha denominado «cordero de Dios» al Logos Dios, hecho hombre por nosotros, deseoso de asemejarse en todo a nosotros, el Hijo de Dios, el pequeño del Padre.

6. Contra los que suponen que los términos «niños» y «párvulos» aluden simbólicamente a la enseñanza de las ciencias elementales

Con razón podemos atacar[69] a 25 los que encuentran satisfacción en las continuas querellas. El nombre de «niños» y de «párvulos» no se nos da por el hecho de haber recibido una enseñanza pueril y despreciable, como alegan calumniosamente los henchidos de saber. Porque, al ser regenerados, hemos recibido lo que es perfecto, lo que constituía el objeto mismo de nuestra afanosa búsqueda. Hemos sido iluminados; es decir, hemos conocido a Dios. Y no es imperfecto quien ha llegado a conocer la suprema perfección.

No me llenéis de oprobio si os confieso que he conocido a Dios; porque el Logos ha tenido a bien decir: «éste es libre».

Así, después del bautismo del Señor, se oyó desde el 2 Cielo una voz que daba testimonio del Hijo amado: «Tú eres mi hijo amado, yo te he engendrado hoy»[70].

---

67 *Ibid.*, 65, 2; *Rom.* 10, 21.

68 *Jn.* 1, 29, 36.

69 El término griego *epapodýsasthai,* de gran reminiscencia clásica, evoca la figura del luchador; más concretamente, «oponer un segundo luchador, un rival»; acción de desnudarse para luchar.

70 *Mt.* 3, 17; *Sal.* 2, 7.

Preguntemos a los sabios[71]: ¿El Cristo que hoy ha sido reengendrado es ya perfecto, o —lo que sería del todo absurdo— le falta alguna cosa? De darse esto último, forzoso es que aprenda; pero es imposible que aprenda alguna cosa, porque es Dios. Pues nadie podría ser más gran-
3 de que el Logos, ni ser maestro del único Maestro. ¿Reconocerán, entonces, nuestros adversarios, bien a su pesar, que el Logos, nacido perfecto del Padre perfecto, ha sido reengendrado perfecto según la prefiguración del plan divino? Y si ya era perfecto, ¿por qué, siendo perfecto, se bautizó? Porque convenía —se dice— cumplir la promesa hecha al hombre.

De acuerdo, también yo lo admito. ¿Recibió, entonces, la perfección en el momento mismo de ser bautizado por Juan? Es evidente que sí. ¿Y no aprendió de él nada más? No. ¿Recibió la perfección por la sola recepción del bautismo y se santificó por la venida del Espíritu? Así es.

26 Lo mismo ocurre con nosotros de quienes el Señor fue el modelo: una vez bautizados, hemos sido iluminados; iluminados, hemos sido adoptados como hijos; adoptados, hemos sido hechos perfectos; perfectos, hemos sido inmortales. Está escrito: «Yo os dije: dioses sois, y todos hijos
2 del Altísimo»[72]. Esta obra recibe diversos nombres: gracia, iluminación, perfección, baño. Baño, por el que somos purificados de nuestros pecados; gracia, por la que se nos perdona la pena por ellos merecida; iluminación, por la que contemplamos aquella santa y salvadora luz, es decir, aquella por la que podemos llegar a contemplar lo divino; y perfección, decimos, finalmente, porque nada
3 nos falta. Pues, ¿qué puede faltarle a quien ha conocido

[71] De nuevo arremete Clemente con sutil ironía contra los gnósticos.
[72] *Sal.* 81, 6.

a Dios? Sería realmente absurdo llamar gracia de Dios a lo que no es perfecto y completo: quien es perfecto concederá, sin duda, gracias perfectas.

Así como todas las cosas se producen en el instante mismo en que Él lo ordena, así también, al solo hecho de querer Él conceder una gracia, ésta se sigue en toda su plenitud; pues por el poder de su voluntad se anticipa el tiempo futuro. Además, principio de salvación [73] es la liberación del mal.

27 Sólo quienes hemos alcanzado las fronteras de la vida, somos ya perfectos, y ya vivimos quienes hemos sido separados de la muerte. Seguir a Cristo es la salvación: «Lo que fue hecho en Él, es vida» [74]. «En verdad, en verdad os digo —asegura—, el que escucha mi palabra y cree en quien me ha enviado, tiene la vida eterna, y no es sometido a juicio, sino que pasa de la muerte a la vida» [75].
2 De modo que el solo hecho de creer y ser regenerado es la perfección en la vida, porque Dios no es jamás deficiente. Así como su voluntad es su obra y se llama «mundo», así también su decisión es la salvación de los hombres y se llama Iglesia.

Él conoce a los que ha llamado, y a los que ha llamado los ha salvado; así, los ha llamado y salvado al mismo tiempo. «Porque vosotros, dice el Apóstol, sois instruidos por Dios» [76].

3 No nos es lícito considerar como imperfecto lo que Dios nos ha enseñado, y esta enseñanza es la salvación eterna del Salvador eterno, al cual sea la gracia por los

[73] Platón, *Gorgias* 478cd.
[74] *Jn.* 1, 3.
[75] *Ibid.*, 5, 24.
[76] *I Tes.* 4, 9.

siglos de los siglos, Amén. El que ha sido regenerado, como el nombre indica, siendo iluminado ha sido liberado al punto de las tinieblas y, por eso mismo, ha recibido la luz.

28 Como aquellos que, sacudidos del sueño, se despiertan en seguida interiormente, o mejor, como aquellos que intentan quitarse de los ojos las cataratas, y no pueden recibir la luz exterior, de la que se ven privados, pero, desembarazándose al fin de lo que obstruía sus ojos, dejan libre su pupila, así también nosotros, al recibir el bautismo, nos desembarazamos de los pecados que, cual sombrías nubes, obscurecían al Espíritu Divino; dejamos libre, luminoso y sin impedimento alguno el ojo del espíritu [77], con el único que contemplamos lo divino, ya que el Espíritu Santo desciende desde el cielo para estar a nuestro lado.

2 Esta mixtura de resplandor eterno es capaz de ver la luz eterna, pues lo semejante es amigo de lo semejante; y lo santo es amigo de Aquel de quien procede la santidad, que recibe con propiedad el nombre de «luz»: «Porque vosotros erais en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor» [78], de ahí que el hombre, entre los antiguos, fuera llamado, según creo, «luz» [79].

3 Sin embargo —se dice—, aún no ha recibido el don perfecto; también yo lo admito; con todo, está en la luz, y no le sorprende la oscuridad. Ahora bien, entre la luz

---

[77] Hermosa metáfora, de probable origen platónico (*República* VII 533d), que Clemente utiliza en otros tantos pasajes de su obra; así, *Ped.* II 1, 3, y 81, 1; *Protr.* 68, 4, y 113, 2; *Strom.* I 10, 4.

[78] *Ef.* 5, 8.

[79] Clemente, buen conocedor de la lengua griega, nos presenta el equívoco *tò phōs* «luz» / *ho phōs* «hombre», propio del lenguaje poético.

y la oscuridad no hay nada; la consumación está reservada para la resurrección de los creyentes, y no consiste en la consecución de otro bien, sino en tomar posesión del objeto anteriormente prometido. No decimos que se den [4] al unísono ambas cosas: la llegada a la meta y su previsión. No son, ciertamente, cosas idénticas la eternidad y el tiempo, ni el punto de partida y el fin. Mas ambas se refieren al mismo proceso y tienen por objeto un único ser. Y así, puede decirse que el punto de partida es la fe [5] —generada en el tiempo— y el fin es la consecución —para toda la eternidad— del objeto prometido.

El Señor mismo ha revelado claramente la universalidad de la salvación con estas palabras: «Ésta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en Él tenga vida eterna, y le resucite yo en el último día»[80].

En la medida en que es posible en este mundo —que [29] es designado simbólicamente como «el último día», «reservado» hasta que se acabe—, nosotros tenemos la firme convicción de haber alcanzado la perfección. La fe, en efecto, es la perfección del aprendizaje; por eso se nos dice: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna»[81].

Pues bien, si nosotros, que hemos creído, tenemos la [2] vida, ¿qué otra cosa nos resta por recibir superior a la consecución de la vida eterna?

Nada falta a la fe, que es perfecta en sí y acabada. Si algo le faltara, no sería perfecta; ni sería tal fe, si cojeara lo más mínimo. Después de la partida de este mundo, los que han creído no tienen ninguna otra cosa que esperar: han recibido las arras aquí abajo y para siempre. Este futuro que ahora poseemos por la fe, lo poseeremos [3]

---

80 *Jn.* 6, 40.

81 *Ibid.*, 3, 36.

del todo realizado después de la resurrección; de modo que se cumpla la palabra: «Hágase en vosotros según vuestra fe»[82].

Donde se halla la fe, allí está la promesa, y el cumplimiento de la promesa es el descanso final; de suerte que el conocimiento está en la iluminación, pero el término del conocimiento es el reposo, objetivo final de nuestro deseo.

4 Así como la inexperiencia desaparece con la experiencia y la indigencia con la abundancia, así también, necesariamente, con la luz se disipa la oscuridad. La oscuridad es la ignorancia, por la que caemos en el pecado y nos cegamos para alcanzar la verdad. El conocimiento, por tanto, es la luz que disipa la ignorancia y otorga la capacidad de ver con claridad.

5 Puede decirse también que el rechazo de las cosas peores pone de manifiesto las mejores. Pues lo que la ignorancia mantenía mal atado, lo desata felizmente el conocimiento. Dichas ataduras quedan rápidamente rotas por la fe del hombre y por la gracia de Dios. Nuestros pecados son lavados por el único remedio curativo: el bautismo del Logos.

30 Quedamos lavados de todos nuestros pecados y, de repente, ya no somos malos; es la gracia singular de la iluminación, por la que nuestra conducta ya no es la misma que la de antes del baño bautismal. Y como el conocimiento —que ilumina la inteligencia— surge al mismo tiempo que la iluminación, así, de súbito, sin haber aprendido nada, oímos llamarnos discípulos; la instrucción nos fue conferida anteriormente, pero no puede concretarse en qué momento.

---

82 *Mt.* 9, 29.

La catequesis conduce a la fe; y la fe, en el momento del santo bautismo, es ilustrada por el Espíritu Santo. El Apóstol ha explicado con gran precisión que la fe es la única y universal salvación de la humanidad, y que es un don —igual y común para todos— del Dios justo y bueno: «Antes de llegar la fe, estábamos sujetos a la custodia de la ley, a la espera de la fe que había de revelarse. De suerte que la ley fue nuestro Pedagogo para elevarnos a Cristo, para que fuésemos justificados por la fe. Mas, llegada ésta, ya no estamos bajo el Pedagogo»[83]. 2 3

¿Es que no os dais cuenta de que ya no estamos bajo esta ley, bajo el yugo del temor, sino bajo el Logos de la libertad, el Pedagogo? Más adelante, añade el Apóstol unas palabras que excluyen toda acepción de personas: «Todos, pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuantos habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, porque todos sois un cuerpo en Cristo Jesús»[84]. 31

Así pues, no son unos, «gnósticos», y otros, «psíquicos» en el mismo Logos; todos los que han rechazado la concupiscencia de la carne son iguales y «pneumáticos» ante el Señor. 2

Por otra parte, añade aún el Apóstol: «Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo espíritu para formar un solo cuerpo, ya judíos, ya griegos, ya esclavos, ya libres; y todos hemos bebido una única bebida»[85].

Sin embargo, no está fuera de lugar utilizar el mismo lenguaje de esta gente, cuando sostienen que el recuerdo 32

---

83 *Gál.* 3, 23-25.

84 *Ibid.*, 3, 26-28.

85 *I Cor.* 12, 13. En dicho pasaje paulino leemos *pnêuma* «espíritu», en lugar de *póma*, bebida.

de las cosas buenas es un «pasar por el filtro»[86] del espíritu. Entienden por «filtración» la separación del mal, operación que se consigue por el recuerdo de las cosas buenas. El que llega a recordar el bien se arrepiente necesariamente de sus malas obras; el mismo espíritu, alegan ellos, se arrepiente y se eleva presuroso hacia lo alto. Así también nosotros, cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y renunciamos a sus males pasando «por el filtro» del Bautismo, corremos hacia la luz eterna, como
2 hijos hacia el Padre. «Jesús, rebosante de gozo bajo la acción del Espíritu Santo, dice: Yo te alabo, Padre, Dios del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las ha revelado a los más pequeños»[87]. «Pequeños»: así nos llama nuestro Pedagogo y Maestro, a nosotros que estamos mejor dispuestos para la salvación que los sabios de este mundo, quienes por creerse sabios han quedado ciegos.

3 Rebosante de júbilo y de alegría, Jesús reclama, como con el balbuceo de los niños: «Así es, Padre, pues así fue tu beneplácito.» Por eso, lo que se mantuvo oculto a los sabios y a los prudentes de este siglo, fue revelado a los más pequeños. Y es que son pequeños, sin duda, los hijos de Dios, pues han depuesto al hombre viejo[88], se han quitado la túnica de la maldad y se han revestido de la incorruptibilidad de Cristo[89], a fin de que, renovados, pueblo santo, regenerados, conservemos al hombre sin mancha alguna y seamos niños cual criatura de Dios, purificada de la fornicación y del vicio.

---

[86] Los gnósticos.
[87] *Lc.* 10, 21.
[88] *Ef.* 4, 22, 24.
[89] *I Cor.* 15, 53.

Con gran claridad el bienaventurado Pablo nos ha resuelto la cuestión en su *Primera carta a los Corintios:* «Hermanos, no os comportéis como niños en la cordura; en la malicia, sí comportaos como ellos; mas, en la cordura, como hombres maduros»[90]. Por otra parte, añade: «Cuando yo era pequeño razonaba como un niño, hablaba como un niño»[91], aludiendo a su vida conforme a la ley; no quiere decir con esto que ya entonces fuese sencillo; por el contrario, como insensato, perseguía al logos, pues pensaba como niño, y blasfemaba al Logos, porque hablaba como un niño.

33

2

En efecto, el término «niño» tiene un doble sentido. Pablo dice de nuevo: «Cuando me hice hombre, acabé con las cosas de niño.» No se refiere al escaso número de años, ni a una medida determinada de tiempo, ni a otras enseñanzas secretas de doctrinas propias de hombres adultos y bien formados[92], cuando afirma haber dejado y superado la niñez y las cosas infantiles. Él llama «niños» a los que viven bajo la ley y están turbados por el miedo, como los niños por el «coco»[93]; llama, en cambio, «hombres» a los que son dóciles al Logos e independientes. Nosotros, que hemos creído, somos salvados por voluntaria elección, y, si sentimos temor, ello no es fruto de nuestra insensatez[94], sino de nuestra cordura. El mismo Apóstol testifica acerca del particular, al afirmar que

3

4

---

90 *Ibid.*, 14, 20.

91 *Ibid.*, 13, 11.

92 Clemente acomete de nuevo contra los gnósticos.

93 Gracioso término griego, *mormolykeîon / mormolýkeion,* propiamente, «muñeco» o «pelele para asustar a los niños»; formado sobre *mormṓ,* figura de mujer que gesticula con grandes muecas.

94 Antítesis *émphrōn* «sensato», «prudente», / *áphrōn* «loco», «insensato»; cf. lat. *amens.*

los judíos son los herederos según la antigua Alianza, y que nosotros lo somos según la promesa: «Mientras el heredero es un niño, aunque sea propietario de sus bienes, no se diferencia en nada del esclavo, ya que está bajo la tutela de sus tutores y administradores, hasta la fecha señalada por el padre. Así, nosotros, en nuestra niñez, estábamos sometidos a los elementos del mundo. Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, y para que recibiéramos la adopción filial»[95].

34 Mira cómo reconoció que eran niños los que estaban bajo el temor y el pecado, y, en cambio, dio el nombre de «hijos» a los que están bajo la fe, asimilándolos a los adultos, para diferenciarlos de los pequeños que están bajo la ley. Dice: «Ya no eres esclavo, sino hijo; y por ser hijo, eres también heredero por medio de Dios»[96]. Y ¿qué le falta al hijo, después de la herencia?

2 Es muy sugestivo interpretar así este pasaje: «Cuando era niño —es decir, cuando era judío: Pablo era, en efecto, de origen hebreo— razonaba como un niño», porque seguía la Ley. «Pero desde que me hice hombre» ya no tengo pensamientos de niño, es decir, de la Ley, sino pensamientos de hombre, es decir, de Cristo, sólo de aquel a quien la Escritura —como apuntábamos más arriba— llama hombre, «he dejado las cosas de niño». En efecto, la condición de niño en Cristo es la perfección en comparación con la Ley.

3 Llegados a este punto, debemos abordar la defensa de nuestra condición de niño y tratar, además, de dar una

---

95 *Gál.* 4, 1-5.

96 *Ibid.*, 4, 7.

explicación de las palabras del Apóstol: «Os di de beber leche, como criaturas en Cristo; no alimento sólido, pues aún no podíais tomarlo, como tampoco ahora»[97].

No creo que deba interpretarse este pasaje en sentido judaico. En efecto, citaré, por contraste, este otro texto de la Escritura: «Os conduciré a una tierra próspera, que mana leche y miel»[98].

35 La comparación de estos textos revela una seria dificultad de comprensión. Si la infancia con su régimen alimenticio de leche es principio de la fe en Cristo, y se la desprecia como infantil e imperfecta, ¿cómo el supremo reposo del hombre perfecto y «gnóstico», que ha ingerido alimento sólido, de nuevo es honrado con leche infantil?

2 Quizás el «como», al mostrar una comparación, revela una analogía; a buen seguro, el pasaje debe interpretarse así: «Os di de beber leche en Cristo», y, tras una breve pausa, añadir: «como a niños», de modo que esta pausa en la lectura permita esta interpretación: «Os he instruido 3 en Cristo con un alimento simple, verdadero, natural y espiritual.» Tal es la substancia nutritiva de la leche, que brota de los pechos que rebosan amor; de manera que en conjunto puede entenderse así: como las nodrizas alimentan con su leche a los recién nacidos, así también yo, con el Logos, que es la leche de Cristo, os infundo un alimento espiritual.

36 Así pues, la leche perfecta es un alimento perfecto, que conduce a la meta sin fin. Por esta razón, para el eterno reposo se promete esta misma leche y miel. Con razón el Señor promete aún leche a los hombres justos,

---

[97] *I Cor.* 3, 1-2.

[98] La leche y la miel simbolizaban entre los profetas un alimento de alto valor nutritivo. Denotaban, asimismo, abundancia y felicidad.

para mostrar que el Logos es, a la vez, *álfa* y *ōméga*, principio y fin[99].

Algo de esto vaticina ya Homero, cuando, sin proponérselo, llama a los hombres justos

seres que se alimentan de leche[100].

2 Pero también puede interpretarse dicho pasaje de la Escritura desde otro punto de vista: «Yo, hermanos, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a seres carnales, como a niños en Cristo»[101].

Por carnales puede entenderse los recientes catecúme-3 nos, todavía niños en Cristo. A quienes ya han creído por el Espíritu Santo, los llamó «espirituales», y a los recién catequizados y que no han sido purificados[102], los llamó «carnales»; naturalmente, los llama «carnales» porque, al igual que los paganos, tienen aún pensamientos 4 carnales. «Puesto que en vosotros hay envidia y discordia, ¿no sóis acaso carnales, y no os comportáis humanamente?»[103]. De ahí que el Apóstol diga: «os di de beber leche»[104], que viene a significar: os he derramado conocimiento, que, a través de la catequesis, os nutrirá hasta la vida eterna. Ahora bien, la expresión «os di de beber» es el símbolo de una participación perfecta. En efecto, son los adultos los que «beben», los niños, en cambio, «maman».

---

[99] *Ap.* 1, 8.

[100] HOM., *Il.* XIII 5-6. La forma adjetival *galaktophágos* «que se alimenta de leche» es bien expresiva.

[101] *I Cor.* 3, 2.

[102] Se refiere al Bautismo.

[103] *I Cor.* 3, 3.

[104] *Ibid.*, 3, 2.

«Mi sangre, dice el Señor, es verdadera bebida»[105]. 5 ¿Quizá cuando dice: «os di de beber leche», alude a la perfecta alegría en el Logos, que es leche, al conocimiento de la verdad? Y lo que a continuación dice: «no alimento sólido, pues aún no podíais»[106], puede aludir a la clara revelación que, a modo de alimento, se hará cara a cara en la vida futura. «Porque ahora vemos, como re- 6 flejado en un espejo —dice el Apóstol—, mas luego cara a cara»[107]. Y aún añade: «pues ahora no podéis, porque sóis carnales», puesto que albergáis pensamientos propios de la carne, deseos, amores, celos, cóleras, envidias; no porque aún estemos «en la carne»[108] —como algunos han creído—[109]. Porque con faz angélica, veremos cara a cara la promesa.

Si la promesa se realiza tras nuestra partida de esta 37 tierra, y se refiere a «aquello que jamás ojo alguno vio, ni pasó por mente de hombre»[110], ¿cómo prentenden algunos[111] conocer, sin el concurso del Espíritu, sino mediante el estudio, «lo que jamás oreja oyó», o sólo aquello «que ha sido arrebatado hasta el tercer cielo»? Y aun éste ha recibido la orden de callarse.

Si, por el contrario —como también puede suponer- 2 se—, el conocimiento del que se enorgullecen es una sabiduría humana, escucha la Ley de la Escritura: «Que no se gloríe el sabio en su sabiduría, que el fuerte no se glo-

---

105 *Jn.* 6, 55.
106 *I Cor.* 3, 2.
107 *Ibid.*, 13, 12.
108 *Rom.* 8, 9.
109 Los gnósticos; quizás también los platónicos.
110 *I Cor.* 2, 9.
111 Se refiere a los gnósticos.

ríe en su fuerza[112]; el que se glorie, gloríese en el Señor[113].» Pero nosotros, «que hemos sido instruidos por
3 Dios»[114], nos gloriamos en el nombre de Cristo. ¿Cómo, pues, no suponer que el Apóstol ha pensado en la «leche de las criaturas» en este sentido? Si los jefes de la Iglesia, a semejanza del buen Pastor, son los pastores y nosotros somos su rebaño, cuando el Apóstol afirma que el Señor es la leche del rebaño, ¿acaso no se expresa así para mantener la coherencia de la alegría? En este sentido debemos interpretar el citado pasaje: «Os di de beber leche, no alimento sólido, porque aún no erais capaces»[115]: esto no significa que se trate de un tipo de alimento distinto de la leche, pues en esencia son lo mismo. Igualmente, el Logos es siempre el mismo; fluido y dulce como la leche; sólido y consistente como el alimento sólido.

38 Sin embargo, aunque interpretamos el texto así, podemos pensar que la predicación es leche derramada con largueza, y alimento sólido, la fe, que por la catequesis se ha constituido en fundamento; la fe tiene más consistencia que lo que entra por el oído, y se la compara por eso al alimento sólido en cuanto se ha incorporado al al-
2 ma. El Señor nos da a conocer este alimento en el *Evangelio de San Juan,* mediante símbolos: «Comed mis carnes y bebed mi sangre», dice, aludiendo alegóricamente con las palabras comida y bebida a la manifestación de
3 la fe y de la promesa. La Iglesia —que, como el hombre, se compone de múltiples miembros— se reaviva, se desarrolla, se cohesiona y adquiere consistencia por este

---

112 *Jer.* 9, 23.

113 *I Cor.* 1, 31; *II Cor.* 10, 17.

114 *I Tes.* 4, 9.

115 *I Cor.* 3, 2.

doble alimento: la fe es su cuerpo; la esperanza, su alma. Como también el Señor está constituido de carne y sangre. La esperanza, en realidad, es la sangre de la fe; gracias a ella y al alma se conserva la fe. Y si la esperanza se desvanece, a modo de un flujo de sangre, la vitalidad de la fe desaparece.

39 Pero si los que tienen ganas de disputas , siguen sosteniendo que la leche significa las primeras enseñanzas, es decir, los primeros alimentos, mientras que el alimento sólido simboliza los conocimientos espirituales, por más que pretendan situarse en la cima del conocimiento, deben saber que, si llaman comida al alimento sólido, a la carne y a la sangre de Jesús, se enfrentan, por su orgullosa sabiduría, a la simplicidad de la verdad.

2 La sangre es, sin duda, el primer elemento generado en el hombre; algunos, incluso, se han atrevido a sostener que constituye la substancia del alma. Ciertamente la sangre se altera por una cocción natural, una vez que la madre ha dado a luz. Por una especie de simpatía de ternura palidece y se vuelve blanca, para que el niño no se asuste. La sangre es, además, lo más fluido de la carne; algo así como carne en estado de fluidez; a su vez, la leche es lo más sabroso y refinado de la sangre.

3 Este alimento tan apetecible para el recién nacido no es otra cosa sino sangre que se transforma, ya se trate de la sangre aportada al embrión y que le es enviada por el cordón umbilical de la matriz o se trate de la mera sangre menstrual, cuyo ciclo natural ha quedado interrumpido. Y se prepara por una efusión natural de la sangre, cuando Dios —que engendra y alimenta a todos los se-

---

[116] De nuevo, clara alusión a los gnósticos.

res— la hace fluir hacia los pechos ya dilatados y es alterada por un soplo caliente.

4 En efecto, en el momento del parto queda cortado el conducto por el que circulaba la sangre hasta el embrión, se produce una interrupción del circuito y la sangre lleva hacia los pechos la dirección de su impulso y éstos se dilatan por hacerse el aflujo muy abundante: y la sangre se transforma en leche de la misma manera que se transforma, en una ulceración, en pus.

5 También puede ser que por la dilatación de las venas que hay en los pechos, debida a la distensión del parto, la sangre fluya a los alvéolos naturales de los pechos. Entonces el *pneûma* impulsado desde las arterias vecinas se mezcla con la sangre, que, aun manteniendo íntegra su sustancia, al desbordarse, se vuelve blanca y se transforma en espuma por este choque. Experimenta la sangre algo parecido a la mar, que, bajo el embate de los vientos, «escupe espuma salina»[117]. Con todo, la sangre mantiene su sustancia.

40 De manera semejante, también los ríos, en su impetuoso curso, azotados por el viento, con el que se funden en toda su superficie, «bullen de espuma»[118]; también nuestra saliva se hace blanca por efecto del *pneûma*. Partiendo de estos hechos, ¿qué hay de absurdo en pensar que la sangre por efecto del *pneûma* se transforme en lo más brillante y lo más blanco? Sufre, en efecto, un cambio cualitativo, no sustancial. Con toda seguridad, sería

2 muy difícil encontrar algo más nutritivo, más dulce y más blanco que la leche. Pues bien, el alimento espiritual se le asemeja; es, en efecto, dulce, por la gracia; nutritivo

[117] Hom., *Il.* IV 426.

[118] *Ibid.*, V 599.

como vida; blanco como el día de Cristo; y ha quedado bien claro que la sangre del Logos es como leche.

41 Pues bien, así se le aporta al recién nacido la leche que se preparaba en el parto, y los pechos que hasta entonces se dirigían erguidos hacia el marido se inclinan ahora hacia el niño, aprendiendo a ofrecerle el alimento fácil de digerir elaborado por la Naturaleza para su saludable nutrición. Los pechos no están como las fuentes, repletos de leche ya preparada, sino que, transformando dentro de sí mismos el alimento, elaboran la leche que fluye de ellos.

2 Éste es el alimento apropiado y conveniente para un niño recién nacido y recién constituido, alimento elaborado por Dios —padre nutricio de todos los seres generados y regenerados—, como el maná que llovía del cielo para los antiguos hebreos, el alimento celeste de los ángeles. 3 Sin duda, las nodrizas también hoy llaman «maná» a los calostros, por homonimia con aquel alimento. Las mujeres embarazadas, al llegar a ser madres, manan leche; pero Cristo, el Señor, el fruto de la Virgen, no llamó bienaventurados los pechos de la mujer, ni los juzgó nutricios, sino que, cuando el Padre, amante y benigno, esparció como lluvia el Logos, se convirtió él en alimento espiritual para los que practican la virtud.

42 ¡Admirable misterio! Uno es el Padre de todos, uno el Logos de todos, y uno el Espíritu Santo, el mismo en todas partes; una sola la virgen que se ha convertido en madre; me complace llamarla Iglesia. Esta madre única no tuvo leche, porque es la única que no fue mujer; es al mismo tiempo virgen y madre; íntegra como virgen, llena de amor como madre. Ella llama por su nombre a sus hijos y los alimenta, amamantándolos con la leche santa, con el Logos infantil.

2 No tuvo leche porque la leche era ese niño bello e íntimo, esto es, el cuerpo de Cristo. Con el Logos alimenta al joven pueblo, que el mismo Señor trajo al mundo con dolor carnal y al que envolvió en pañales con su preciosa
3 sangre. ¡Santo parto! ¡Santos pañales!

El Logos lo es todo para esa criatura: padre y madre, pedagogo y nodriza. Dice: «Comed mi carne y bebed mi sangre.» He aquí el provechoso alimento que el Señor nos depara: nos ofrece su carne y nos derrama su sangre. Nada les falta a los niños para su desarrollo.

43 ¡Extraordinario misterio! Se nos manda despojarnos de la vieja corrupción de la carne —como también del viejo alimento— y seguir un nuevo régimen de vida: el de Cristo; y, recibiéndolo, si nos es posible, hacerlo nuestro y meter al Salvador en nosotros para destruir así las pasiones de la carne.

2 Pero quizás no quieras entenderlo en este sentido, y prefieras una explicación más común; escucha, pues, ésta: la carne es una alegoría del Espíritu Santo, ya que la carne ha sido creada por Él. La sangre alude alegóricamente al Logos, puesto que, como sangre preciosa, el Logos irriga nuestra vida; la mezcla mutua es el Señor, alimento de las criaturas. El Señor es, en efecto, Espíritu y Logos.
3 El alimento, es decir, el Señor Jesús, el Logos de Dios, es el Espíritu hecho carne, carne celeste santificada. El alimento es la leche del Padre, por quien únicamente nosotros, las criaturas, somos amamantados. Y Él, Logos «amado», quien nos alimenta, ha derramado su sangre por nosotros, salvando así a la Humanidad.

4 Nosotros, que por su mediación hemos creído en Dios, nos refugiamos en el regazo del Padre «que hace olvidar»[119], es decir, en el Logos. Solamente Él, como es

[119] *lathikēdēs:* compuesto homérico; cf. *ibid.*, XXII 83.

natural, ofrece a los pequeños, a nosotros, la leche del amor; y sólo son realmente felices quienes maman de este pecho.

44 Por eso dice Pedro: «Despojaos de toda maldad y de todo engaño, de la hipocresía, la envidia y la maledicencia; como niños recién nacidos, desead la leche espiritual, a fin de que, alimentados por ella, crezcáis para la salvación, si es que habéis gustado cuán bueno es el Señor» [120].

Pero si se les concediera que el alimento sólido es de diferente naturaleza que la leche, ¿cómo no van a caer en contradicción consigo mismos por no haber comprendido las leyes de la naturaleza?

2 En invierno, cuando el ambiente hace más compacto el cuerpo y no deja salir al exterior el calor que permanece enclaustrado en él, el alimento digerido y consumido se convierte en sangre que fluye por las venas. Éstas, privadas de transpiración, por estar llenas de sangre, se distienden al máximo y laten con fuerza; y es precisamente entonces cuando las nodrizas están repletas de leche. 3 Hemos demostrado hace poco que, al dar a luz, la sangre se transforma en leche sin tener lugar una mutación sustancial, como sucede con los cabellos rubios que se tornan blancos al ir envejeciendo.

En cambio, en el verano, el cuerpo, al estar más dilatado, deja pasar el alimento con más facilidad y la leche no abunda, porque tampoco abunda la sangre, pues no se retiene todo el alimento.

45 Si, pues, la elaboración del alimento deriva en sangre, y ésta se convierte en leche, la sangre es preparación de la leche, como la sangre lo es del hombre y el orujo de

120 *I Pe.* 2, 1-3.

la vid. Así pues, nada más nacer, somos amamantados con la leche, este alimento del Señor, y, del mismo modo, desde el momento en que somos regenerados, recibimos una buena nueva: la esperanza del reposo final en la Jerusalén de lo alto [121], en donde, según está escrito, manan la leche y la miel. Mediante este alimento material se nos promete también el alimento santo.

2 Los alimentos, como dice el Apóstol, se destruyen, mas el alimento que proporciona la leche conduce hasta los cielos, convirtiéndonos en ciudadanos de los cielos e incorporándonos al coro de los ángeles [122]. Y como el Logos es «fuente de vida» [123] que brota, y recibe también el nombre de «río de aceite», se comprende que Pablo lo llame alegóricamente «leche», cuando dice: «Os di de beber», porque el Logos, alimento de la verdad, se bebe.

3 Ciertamente, puede decirse que la bebida es un alimento líquido; un mismo alimento puede considerarse sólido o líquido, según, claro está, el aspecto que consideremos. Por ejemplo, el queso es coagulación de leche o leche coagulada.

No me preocupa ahora la precisión de las palabras; sólo pretendo decir que una única substancia suministra dos tipos de alimento. Así, la leche es de gran provecho para los lactantes y es, a la vez, para ellos, bebida y alimento sólido.

4 El Señor ha dicho: «Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis; mi alimento consiste en cumplir la voluntad del que me ha enviado» [124]. He aquí otro alimento

---

[121] *Gál.* 4, 26.

[122] Clemente revive el hermoso término clásico, *synchoreutés* «compañero de coro», «que participa en las danzas».

[123] *Ap.* 21, 6.

[124] *Jn.* 4, 32.34.

—la voluntad de Dios—, de análogo significado alegórico que el de la leche.

46 Con lenguaje figurado, llama «cáliz»[125] al cumplimiento de su Pasión, porque tenía que beberlo y apurarlo hasta el final él solo. Así, para Cristo, el alimento era el cumplimiento de la voluntad del Padre, mientras que para nosotros, pequeños, que mamamos del Logos celeste, el alimento es el mismo Cristo; de ahí que la palabra *masteŷsai*[126] sea sinónima de «buscar», ya que los pequeños que buscan el Logos se nutren de la leche que les proporcionan los amorosos pechos[127] del Padre.

2 Además, el Logos se llama a sí mismo «pan de los Cielos»: «No os dio Moisés el pan del Cielo, sino mi Padre, os da el verdadero pan del Cielo. Porque el pan de Dios es el que desciende del Cielo y da vida al mundo... el pan que yo os daré, es mi carne para la vida del mundo»[128].

3 Adviértase el sentido místico del «pan», que llama carne, y de la que se dice que resucitará; como germina el trigo tras la siembra y la descomposición, también su carne mediante el fuego se reconstituye, para gozo de la Iglesia, como pan que ha sido cocido.

47 Pero mostraremos de nuevo con más detenimiento y claridad estas cuestiones en nuestro tratado *Sobre la Resurrección*[129]. Porque dijo: «el pan que yo os daré es mi

---

[125] *Mt.* 20, 22-23; 26, 39.42.

[126] Clemente juega con el doblete *masteŷsai* «buscar, anhelar, desear» / *mastós* «pecho, teta»; en realidad, no está del todo aceptada la similitud etimológica de ambos términos.

[127] La imagen de los «pechos del Padre» difícilmente encaja en el hombre actual. Con todo, los gnósticos creían en el carácter bisexual de la divinidad. Es una imagen simbólica.

[128] *Jn.* 6, 32.33.51.

[129] Obra perdida. Más tarde aludirá a ella: *Ped.* II 104, 3.

carne»[130], y la carne es irrigada por la sangre, y el vino designa alegóricamente la sangre. Como es sabido, cuando echamos migas de pan a una mezcla de agua y vino, éstas absorben el vino y dejan el agua; pues bien, así también la carne del Señor, el pan de los Cielos, absorbe la sangre, y este alimento eleva al hombre para que alcance la incorruptibilidad y deje aquellos deseos carnales que llevan a la corrupción.

2 De muchas maneras se llama alegóricamente al Logos: alimento, carne, comida, pan, sangre, leche. El Señor es todo beneficio nuestro, pues hemos creído en Él. Que nadie se extrañe si alegóricamente llamamos leche a la sangre del Señor. ¿No se le llama también, mediante una ale-
3 goría, vino? «El que lava —dice— en el vino su manto y en la sangre de la viña su hábito»[131]. Afirma que en su propia sangre se embellecerá el cuerpo del Logos y que con su espíritu alimentará a los que tengan hambre del Logos.

Que la sangre es el Logos lo atestigua la sangre del
4 justo Abel, que clama a Dios. En efecto, la sangre jamás puede emitir sonidos, a no ser que por sangre entendamos, alegóricamente, el Logos. Aquel justo antiguo era figura del justo nuevo, y la sangre antigua hablaba por boca de la sangre nueva. Quien clama a Dios es la sangre, que es el Logos, pues revelaba el Logos destinado a sufrir.

48 Por lo demás, la misma carne y la sangre que en ella hay, es irrigada y crece con la leche, como fiel testimonio de amor filial.

La formación del embrión se lleva a cabo cuando el

---

130 *Jn.* 6, 51.

131 *Gén.* 49, 11.

esperma se une al residuo purificado que queda después del flujo menstrual[132]. La potencia del esperma, al coagular la naturaleza de la sangre, como el cuajo coagula la leche, elabora la substancia del objeto formado. La mezcla equilibrada germina, mas las situaciones extremas implican el peligro de la esterilidad. La semilla de la tierra, inundada por una lluvia excesiva, se echa a perder y, si por la sequedad está falta de humedad, se seca; contrariamente, una humedad viscosa permite la cohesión de la semilla y la hace germinar. 2

Algunos suponen que la semilla del ser vivo es sustancialmente la espuma de la sangre que, agitada violentamente por el calor natural del macho en el momento de la unión, forma espuma y se esparce por las venas espermáticas. De ahí pretende Diógenes de Apolonia que han tomado nombre los *aphrodísia.*

49 Es del todo evidente que la sangre es la substancia del cuerpo humano. Las entrañas de la mujer albergan en primer lugar un conglomerado líquido de aspecto lechoso; luego, este conglomerado se convierte en sangre y después en carne, condensándose en el útero por la acción del *pneûma* natural y caliente, que configura el embrión y lo vivifica. Después del parto, el niño sigue alimentándose aún gracias a esta misma sangre, puesto que el producir leche está en la naturaleza de la sangre y la leche es fuente de nutrición[133]; por ella se evidencia también que realmente la mujer ha dado a luz y es madre. Con la leche adquiere la mujer el encanto de la ternura maternal. 2

[132] Los antiguos y, en especial, la escuela *neumática* creían que la generación se debía a la acción del esperma, causa eficiente, que hacía «coagular» la sangre del flujo menstrual, causa material.

[133] Expresión platónica: *Menéxeno* 237e.

Por esa razón, el Espíritu Santo que estaba en el Apóstol habla misteriosamente por boca del Señor: «Os di de beber leche.»

3 Si, en efecto, hemos sido regenerados en Cristo, el que nos ha regenerado nos alimenta con su propia leche, es decir, el Logos. Y lógico es que todo procreador procure alimento al ser que acaba de generar. Y así como ha sido espiritual para el hombre la regeneración, así también lo ha sido el alimento.

4 Hemos sido asimilados a Cristo plenamente: en parentesco por su sangre que nos ha redimido; en simpatía por la alimentación y educación que hemos recibido del Logos; en incorruptibilidad por la formación que nos ha dado.

Entre los mortales, educar a los hijos proporciona a menudo más compensaciones que el mero hecho de engendrarlos[134].

Lo mismo es, pues, sangre y leche, símbolo de la Pasión y de las enseñanzas del Señor.

50 Por tanto, como niños que somos, podemos gloriarnos en el Señor y exclamar:

Me enorgullezco de haber nacido de un padre tan
[bueno y de tal sangre[135].

Que la leche procede de la sangre por un proceso de transformación, está más que claro; no obstante, podemos fijarnos, a modo de lección práctica, en los pequeños rebaños de ovejas y de vacas.

2 Durante la estación que nosotros convenimos en llamar primavera, cuando el tiempo es húmedo, y la hierba y

[134] Fr. de la *Medea* del trágico BIOTOS.

[135] HOM., *Il.* XIV 113.

los pastos son abundantes y frecos, estos animales se hinchan primero de sangre, a juzgar por la distensión de las venas que dilatan los vasos; esta sangre se convierte en leche abundante. En cambio, en verano, sucede todo lo contrario, pues la sangre se calienta y se seca por el calor, paralizando dicho proceso de transformación; por tanto, al ordeñar, se obtiene menor cantidad de leche. Ésta 3 tiene una cierta afinidad natural con el agua, como la tiene el lavado espiritual con el alimento espiritual [136].

Por ejemplo, si a la leche le añadimos un poco de agua fresca, la combinación reporta, al punto, notorios beneficios: la mezcla de la leche con el agua impide que aquélla se agríe, porque la leche se digiere, no por «antipatía», sino por «simpatía» con el agua.

El Logos tiene con el Bautismo la misma afinidad que 4 la leche con el agua. La leche es el único líquido que posee esta propiedad: se mezcla con el agua para purificarnos, como también se recibe el Bautismo para la remisión de los pecados.

La leche también se mezcla con la miel, buscando un 51 efecto purificador, al tiempo que resulta agradable. El Logos, al mezclarse con el amor del hombre, sana las pasiones y purifica también los pecados. Aquello de que

su voz fluía más dulce que la miel [137],

creo que fue dicho por el Logos, que es miel.

En diversos lugares la profecía lo eleva «por encima de la miel y del jugo de los panales» [138]. La leche se mezcla también con el vino dulce, y dicha mezcla resulta sa-

136 Alusión a la Eucaristía y al Bautismo.

137 HOM., *Il.* I 249.

138 *Sal.* 18, 11; 118, 103.

ludable; es como si su naturaleza, al mezclarla, se volviera incorruptible: bajo el efecto del vino, la leche se transforma en suero, se descompone, y lo sobrante se desecha.
2 Así la unión espiritual entre la fe y el hombre sometido a las pasiones, convirtiendo en suero los deseos de la carne, confiere al hombre una mayor firmeza para la eternidad, haciéndole inmortal merced a la providencia divina.
3 Son muchos los que para alumbrarse utilizan la grasa de la leche, que recibe el nombre de manteca; con ello simbolizan claramente al Logos, rico en aceite: el único, en verdad, que alimenta, fortifica e ilumina a los pequeños.

52 Por eso la Escritura dice del Señor: «les dio como manjar los frutos del campo, los alimentó con miel salida de la roca, y aceite sacado de la dura piedra, mantequilla de las vacas, y leche de las ovejas con la grasa de corderos» [139]; éstos fueron los alimentos que, amén de otros, les proporcionó. Y el profeta, anunciando el nacimiento del niño, manifiesta que «se alimentará de manteca y miel» [140].
2 A veces me sorprende el hecho de que algunos se atrevan a llamarse «perfectos» y «gnósticos» [141], y, llenos de orgullo y arrogancia, se consideren superiores al Apóstol. Pablo dice de sí mismo: «No es que ya lo haya conseguido todo o que ya sea perfecto; pero sigo adelante por si logro apresarlo, pues yo, a mi vez, fui apresado por Cristo. Hermanos, estoy convencido de no haber alcanzado aún la meta; una cosa sí hago: olvidando lo que dejo atrás, y lanzándome a lo que me queda por delante, pues-

---

[139] *Dt.* 32, 13-14.
[140] *Is.* 7, 15.
[141] Nuevo ataque contra los gnósticos.

tos los ojos en la meta, sigo veloz hacia el premio de la soberana vocación en Cristo Jesús»[142].

3 Si se cree perfecto es por haber abandonado su vida anterior y porque tiende a una vida mejor. Se considera perfecto, no en el conocimiento, sino porque desea la perfección. Por eso añade: «Los que somos perfectos, tenemos tales pensamientos»[143].

Es evidente que llama perfección a la liberación del pecado, al resurgimiento de la fe en Aquel que es el único perfecto, al olvido de los pecados cometidos anteriormente.

7. Quién es el Pedagogo y cuál su pedagogía

53 Tras haber mostrado que la Escritura nos da a todos el nombre de niños, y que cuando seguimos a Cristo se nos llama alegóricamente criaturas[144], y que sólo el Padre de todos es perfecto —pues en Él está el Hijo, y en el Hijo está el Padre—, siguiendo nuestro plan, debemos decir quién es nuestro Pedagogo: se llama Jesús[145].

2 Algunas veces se llama a sí mismo pastor, y exclama: «Yo soy el buen pastor»[146]. Con una metáfora tomada de los pastores que guían sus ovejas se indica al Pedagogo, guía de los niños, solícito pastor de los pequeños. Se les denomina alegóricamente ovejas a los pequeños por su sencillez. 3 «Todos formarán —afirma— un solo rebaño y un solo pastor»[147]. Con razón el Logos es llamado Peda-

142 *Flp.* 3, 12-14.
143 *Ibid.*, 3, 15.
144 *nēpioi*, cf. *supra*, n. 52.
145 Clemente prefiere el nombre de *Jesús* al del *Verbo*.
146 *Jn.* 10, 11.14.
147 *Ibid.*, 10, 16.

gogo, pues a nosotros, los niños, nos conduce a la salvación. Con toda claridad, el Logos dice de sí mismo por boca de Oseas: «Yo soy vuestro educador»[148].

La religión es un pedagogía que comporta el aprendizaje del servicio de Dios, la educación para alcanzar el conocimiento de la verdad, y la buena formación que conduce al Cielo.

54 La palabra «pedagogía» engloba diversos significados: puede referirse al que es guiado y aprende; al que dirige y enseña; en tercer lugar, a la educación misma; finalmente, a las cosas enseñadas: por ejemplo, los preceptos. La Pedagogía de Dios es la que indica el camino recto de la verdad, con vistas a la contemplación de Dios; es también el modelo de la conducta santa propia de la ciudad eterna.

2 Como el general que dirige el grueso de su ejército velando por la salvación de sus soldados, o como el piloto que gobierna su nave y procura poner a salvo a la tripulación, así también el Pedagogo guía a los niños hacia un género de vida saludable, por el solícito cuidado que tiene de nosotros. Si obedecemos al Pedagogo, obtendremos todo lo que razonablemente pidamos a Dios.

3 Como el piloto no cede siempre ante el empuje embravecido de los vientos, sino que en ocasiones se coloca con la proa frente a las borrascas, así el Pedagogo no cede a los vientos que soplan en este mundo, ni expone al niño frente a ellos como si de un barco se tratara para que lo haga pedazos, en medio de una vida animal y desenfrenada; al contrario, llevado sólo por el espíritu de verdad, bien pertrechado, agarra con firmeza el timón —sus ore-

---

148 *Os.* 5, 2.

jas[149], quiero decir— hasta que lo ancla sano y salvo en el puerto de los cielos.

Lo que los hombres suelen llamar educación paterna no es duradera; la educación divina, en cambio, es un tesoro que dura siempre.

55 Se dice que el Pedagogo de Aquiles era Fénix, y el de los hijos de Creso, Adrasto; el de Alejandro, Leónidas; el de Filipo, Nausito. Pero Fénix era un mujeriego[150], y Adrasto, un desterrado[151]; Leónidas no abatió el orgullo del macedonio, ni Nausito logró sanar la embriaguez[152] del de Pela. El tracio Zófiro no logró contener la lujuria de Alcibíades; Zófiro era un esclavo comprado[153], y Sikino, el pedagogo de los hijos de Temístocles, era un esclavo negligente[154]. Cuentan de él que bailaba, y que fue el inventor de la conocida danza *síkinis*[155].

2 No nos olvidamos de los pedagogos que, entre los persas, eran llamados «reales». Eran elegidos entre todos los persas en número de cuatro; los reyes les confiaban la educación de sus hijos[156]. Sin embargo, los niños aprendían sólo de ellos el manejo del arco[157], y, cuando llega-

---

149 Término frecuente utilizado en los libros sapienciales, y, en general, en la rica tradición pedagógica de los pueblos antiguos.

150 *gynaikomanḗs* «loco por las mujeres»; HOM., *Il.* IX 449.

151 HERÓD., I 34-35.

152 DEMÓSTENES, *Haloneso* 7: referido a Alejandro el Magno.

153 PLATÓN, *Alcibíades, I* 122 B; PLUTARCO, *Alcibíades* 1, y *Licurgo* 16, etc.

154 HERÓD., VIII 75; PLUTARCO, *Temístocles* 12.

155 En griego *síkinnis / síkinis / síkinnos,* danza de Sátiros: HERÓD., VIII 75; PLUTARCO, *Temístocles* 12; EURÍPEDES, *El Cíclope* 37; LUCIANO, *La danza* 22; ATENEO, 20E, 630B.

156 PLATÓN, *Alcibíades, I* 121e.

157 HERÓD., I 136.

ban a la pubertad, se unían a sus hermanas [158], a sus madres y a innumerables mujeres, legítimas o concubinas. Practicaban las relaciones sexuales como los jabalíes.

Nuestro Pedagogo, en cambio, es el Santo Dios, Jesús, el Logos que guía a toda la humanidad; Dios mismo, que ama a los hombres, es nuestro Pedagogo.

56 En el *Cántico*, el Espíritu Santo habla de Él así: «Abasteció a su pueblo en el desierto, cuando estaba atormentado por la sed y carecía de agua; lo circundó, lo educó y lo protegió como a la niña de sus ojos; como el águila desea proteger su nido y a sus polluelos, así él, extendiendo sus alas, los acogió y los llevó sobre sus plumas. Sólo el Señor los guiaba, y entre ellos no había ningún Dios extranjero» [159].

Me parece que la Escritura presenta el Pedagogo de 2 forma muy clara, describiendo su pedagogía. De nuevo, hablando en su propio nombre, se considera a sí mismo pedagogo: «Yo soy el Señor tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto» [160]. ¿Quién es el que tiene poder para conducir dentro o sacar fuera? ¿No es el Pedagogo? Él se apareció a Abraham y le dijo: «Yo soy tu dios; sé 3 agradable a mis ojos» [161]. Como excelente pedagogo lo va educando en la fidelidad, y le dice: «Sé irreprochable; yo estableceré mi alianza contigo y con tu descendencia» [162].

Existe una comunicación amistosa por parte del maestro. Es evidente que fue también el pedagogo de Jacob,

---

[158] La religión del Irán estimulada ese tipo de relaciones incestuosas. CLEMENTE se refiere también a ello en *Strom.* III 11, 1.

[159] *Dt.* 32, 10-12.

[160] *Éx.* 20, 2.

[161] *Gén.* 17, 1.

[162] *Ibid.*, 17, 2.7.

como lo muestran sus palabras: «Mira, yo estaré contigo 4 y te guardaré dondequiera que vayas, te restituiré a esta tierra, y no te abandonaré hasta haber cumplido lo que he dicho»[163]. Y se dice que combatió con él: «Jacob se quedó solo y un hombre —el Pedagogo— combatió con él hasta el alba»[164].

Era él, el hombre que combatía, que luchaba con él, 57 y que, untándole con aceite[165], entrenaba al luchador Jacob contra el Maligno. Y dado que el Logos era a la vez entrenador de Jacob y Pedagogo de la humanidad, la Escritura dice: «le preguntó[166] y le dijo: 'Revélame tu nombre'; a lo que el Señor respondió: '¿Por qué preguntas mi nombre?'»[167]. En efecto, reservaba el nombre nuevo para el pueblo joven, para el pueblo niño.

El Señor Dios aún no tenía nombre, porque aún no 2 se había hecho hombre. Pero: «Jacob dio a este lugar el nombre de *Visión de Dios,* porque —dijo— he visto a Dios cara a cara, y mi vida ha quedado a salvo»[168]. La cara de Dios es el Logos, por el que Dios es iluminado y conocido. Fue entonces cuando Jacob recibió el nombre de Israel[169], cuando vio al Señor Dios.

---

163 *Ibid.,* 28, 15.

164 *Ibid.,* 32, 25.

165 Clemente nos transporta con singular elegancia al mundo de las antiguas competiciones atléticas griegas. En efecto, las formas participiales *syngymnadsómenos* y *aleíphōn* nos evocan, respectivamente, la acción de «compartir con un compañero un determinado ejercicio físico», y «untarse de aceite antes de cualquier competición atlética». De ahí que el término *aleíptēs* «que frota con aceite» (en el gimnasio, baño, etc.) adquiera el significado de «maestro de gimnasia», entrenador.

166 Se refiere a Jacob.

167 *Gén.* 32, 30.

168 *Ibid.,* 32, 31.

169 *Ibid.,* 32, 29.

3 El mismo Dios, el Logos, el Pedagogo, le dijo en otra ocasión: «No tengas miedo de ir a Egipto»[170].

Mira cómo el Pedagogo sigue al hombre justo, y cómo entrena al atleta, enseñándole a derribar al adversario. 4 Él mismo enseña a Moisés el papel de Pedagogo; en efecto, dice el Señor: «Si alguno ha pecado contra mí, yo lo borro de mi libro. Y ahora, marcha y conduce a tu pueblo donde te he dicho»[171].

58 En este momento es maestro de Pedagogía. El Señor, por medio de Moisés, fue realmente el Pedagogo del pueblo antiguo, mientras Él mismo en persona fue, cara a cara, el guía del pueblo nuevo. Dice a Moisés: «Mira, mi ángel te precede», poniendo ante él la potencia del Logos 2 como mensajero y guía. Pero se reserva la dignidad de Señor y afirma: «El día que los visite, los castigaré por sus pecados»[172]. Lo que viene a decir: el día en que me erija juez, les haré pagar el precio de sus pecados, pues es, al mismo tiempo, pedagogo y juez que juzga a los que transgreden sus mandatos; y como amante que es de los hombres, el Logos no silencia sus pecados; muy al contrario, se los reprocha para que se conviertan: «El Señor quiere el arrepentimiento del pecador más que su muerte.»

3 Nosotros, cual niños, cuando oímos hablar de pecados cometidos por otros, tememos vernos amenazados con castigos semejantes, y nos abstenemos del mismo tipo de faltas. ¿En qué pecaron? «En que en su ira asesinaron hombres, y, por capricho, destrozaron toros; maldita sea su ira»[173].

---

170 *Ibid.*, 46, 3.

171 *Éx.* 32, 33 ss.

172 *Ibid.*, 32, 34.

173 *Gén.* 49, 6-7.

¿Quién, pues, podía educarnos con más cariño que Él? 59 En primer lugar, hubo una antigua alianza para el pueblo antiguo; la Ley educaba al pueblo con temor, y el Logos era su Ángel. Pero el pueblo nuevo y joven ha recibido una nueva y reciente alianza; el Logos ha sido engendrado, el miedo se ha trocado en amor, y aquel ángel místico, Jesús, ha nacido.

El mismo Pedagogo que en otro tiempo dijo: «Temerás al Señor tu Dios»[174], nos exhorta ahora: «Amarás al Señor tu Dios»[175]. Por esta misma razón nos ordena: «Dejad vuestras obras —los antiguos pecados— y aprended a hacer el bien; huye del mal y practica el bien: tú has amado la justicia y has odiado la iniquidad.» Ésta es mi alianza, mi nueva alianza, impresa con letra de la antigua Ley. Así pues, no debe hacerse objeción alguna a la novedad del Logos. 2

En el *Libro de Jeremías* dice el Señor: «No digas: yo soy más joven[176]; antes de formarte en el vientre de tu madre ya te conocía; y antes de que salieses del seno materno ya te consagré»[177]. Quizá esta palabra profética estaba dirigida simbólicamente a nosotros, que fuimos conocidos por Dios, con vistas a la fe, antes de la creación del mundo; a nosotros, ahora niños, pues la voluntad de Dios acaba de cumplirse recientemente. De modo que somos recién nacidos, en cuanto a la vocación y a la salvación. 3

Y añade: «Te he hecho profeta de las naciones»[178]; con ello le dice que debía ser profeta y que el tratamien- 60

174 *Dt.* 6, 2.
175 *Mt.* 22, 37.
176 *Jer.* 1, 7.
177 *Ibid.*, 1, 5.
178 *Ibidem.*

to de «joven» no debía interpretarse como un deshonor para los que son llamados «niños». La Ley fue una antigua gracia otorgada por el Verbo por mediación de Moisés. Por eso dice la Escritura: «La Ley fue dada por mediación de Moisés; no por Moisés, sino por el Logos. Moisés hizo de intermediario, como siervo suyo; razón por la cual dicha ley sólo tuvo una vigencia pasajera. Mas la gracia eterna y la verdad han venido por medio de Jesucristo»[179].

2 Considerad estas palabras de la Escritura: respecto a la Ley, sólo afirma que «fue dada», mas la verdad, que es una gracia del Padre, es la obra eterna del Logos; asimismo, la Escritura no explicita que «fue dada», sino que fue hecha «por Jesús», «sin el cual nada ha sido hecho»[180]. Moisés, pues, cede proféticamente el lugar al Logos, el perfecto Pedagogo, prediciendo su nombre y su pedagogía, al mismo tiempo que presenta el Pedagogo al pueblo, cuando le entrega los Mandamientos de la obediencia.

3 «Dios os otorgará un profeta como yo —dice— entre vuestros hermanos»[181]. Es Jesús, hijo de Navé, que alegóricamente significa Jesús, el Hijo de Dios. Porque el nombre de Jesús anunciado en la Ley era un esbozo del Señor. Moisés aconseja prudentemente al pueblo: «a él escucharéis —dice—, y el hombre que no escuche a este profeta»[182], y sigue amenazante. Así nos predice el nombre del Pedagogo Salvador.

---

179 *Jn.* 1, 17.

180 *Ibid.*, 1, 3.

181 *Dt.* 18, 15.

182 *Ibid.*, 18, 19.

La profecía le atribuye también una vara [183], una vara de pedagogo, de mando, propia del que ejerce la autoridad. A quienes el Logos persuasivo no sana, los sanará la amenaza; y si tampoco la vara los cura, el fuego los consumirá. «Saldrá —dice la Escritura— un brote de la vara de Jesé» [184]. 61

Considera la solicitud, la sabiduría y el poder del Pedagogo. «No juzgará según las apariencias, ni acusará según las habladurías, sino que hará justicia a los humildes, y acusará a los pecadores de la tierra» [185]. Y, por boca de David, exclama: «El Señor, que educa, me ha educado, y no me ha librado a la muerte» [186]. 2

Ser castigado por el Señor y tenerlo por Pedagogo, equivale a ser liberado de la muerte. Por boca del mismo profeta añade: «Los regirás con vara de hierro» [187]. Asimismo, el Apóstol, inspirado, escribe a los corintios: «¿Qué queréis? ¿Que venga a vosotros con la vara, o con caridad y espíritu de mansedumbre?» [188]. Y aún, por boca de otro profeta, añade: «El Señor hará surgir de Sión una vara de poder» [189]; «Tu vara, ésta de pedagogo, y tu cayado me han persuadido» [190], dice por boca de otro. 3

Tal es el poder del Pedagogo: venerable y grave, consolador y salvador.

---

183 Con el término *rhábdos*, Clemente alude a la vara o bastón de mando utilizado por el maestro como símbolo de autoridad.

184 *Is.* 11, 1.

185 *Ibid.*, 11, 3-4.

186 *Sal.* 117, 18.

187 *Ibid.*, 2, 9.

188 *I Cor.* 4, 21.

189 *Sal.* 109, 2.

190 *Ibid.*, 22, 4. En este pasaje, el término *baktēría*, «cayado, báculo, bastón insignia de juez», es sinónimo de *rhábdos*, cf. n. 18. El mundo romano generalizará la *férula*, palmeta, especie de látigo; báculo.

8. Contra quienes estiman que el justo no es bueno

62 Hay quienes[191] se obstinan en decir que el Señor no es bueno porque usa la vara, y se sirve de la amenaza y del temor. Según parece, no han entendido el pasaje de la Escritura que dice así: «Quien teme al Señor se convierte en su corazón»[192]; olvidan, por otra parte, ese gran amor 2 que le llevó a hacerse hombre por nosotros. Precisamente por esa razón el profeta le dirige esta afectuosa plegaria: «Acuérdate de nosotros, porque somos polvo»[193], es decir, compadécete de nosotros, pues has experimentado con tu dolor la debilidad de la carne. Sin lugar a dudas el Señor, nuestro Pedagogo, es, con creces, bueno e irreprochable, porque, en su inestimable amor hacia los hombres, 3 ha participado de los sufrimientos de cada uno. «Nada hay que el Señor odie.» No puede, en verdad, odiar una cosa y querer al mismo tiempo su existencia; ni puede querer que no exista algo, y hacer que exista aquello que no quiere que sea, ni puede querer que no sea lo que es. Ciertamente, si el Logos odia algo, quiere que ese algo no exista; y nada existe si Dios no le da existencia.

Nada, pues, es odiado por Dios; y, por tanto, nada 4 es odiado por el Logos. Porque los dos son la misma cosa, es decir, Dios: «En el principio —dice— el Logos estaba en Dios y el Logos era Dios»[194]. Y si el Logos no odia a ninguno de los seres que ha creado, es evidente que los ama.

63 Y, naturalmente, amará al hombre más que a los otros, porque es la más bella de todas sus criaturas, un ser vi-

[191] Nueva alusión a los gnósticos.

[192] *Ecle.* 21, 6.

[193] *Sal.* 102, 14.

[194] *Jn.* 1, 1.

viente capaz de amar a Dios. Por tanto, Dios ama al hombre; luego, el Logos ama al hombre. Quien ama desea ser útil al ser amado; y ser útil es más útil y ventajoso que no serlo.

Por otra parte, nada es superior al bien; así pues, el bien es útil.

Dios es bueno —todos los reconocemos—; por tanto, Dios es útil. Y lo bueno, en tanto que bueno, no hace 2 otra cosa que ser útil: así pues, Dios es útil en todo. No puede decirse que es útil al hombre, pero que no cuida de él; ni tampoco que se preocupa, pero que no se ocupa de él.

Porque ser útil deliberadamente es superior a serlo sin proponérselo, y nada es superior a Dios. Por otra parte, ser útil deliberadamente no es más que ocuparse del objeto de sus desvelos: así pues, Dios se ocupa y se preocupa del hombre. Y lo demuestra efectivamente educándolo por 3 obra del Logos, que es el verdadero colaborador del amor de Dios hacia los hombres. El bien no es tal porque tenga la virtud de ser bueno, como a la justicia no se le da el nombre de bien por tener virtud, ya que ella misma, de por sí, es una virtud, sino por el hecho de ser buena en sí misma y por sí misma.

Con otras palabras se dice que lo útil es bueno, no 64 porque produzca placer, sino porque es provechoso. Ésta es la naturaleza de la justicia: es un bien, porque es virtud y merece elegirse por ella misma, no porque engendra placer; pues no juzga con miras a un favor, sino que da a cada uno lo que merece. Así que lo que es útil es provechoso.

Sean cuales fueren los elementos constitutivos del bien, 2 también la justicia presenta esas características: de los mismos rasgos participan ambos; las cosas que se caracterizan

por lo mismo son iguales entre sí y semejantes; por tanto, la justicia es un bien.

3 Entonces —dicen algunos—, ¿por qué se irrita y castiga el Señor, si ama a los hombres y es bueno? Es del todo necesario tocar este punto, aunque sea de la manera más breve posible; pues este modo de proceder es de suma utilidad en orden a la recta educación de los niños, y debe inscribirse dentro de la categoría de los recursos in-

4 dispensables. La mayoría de las pasiones se curan[195] por medio de castigos y preceptos muy rígidos, y por la enseñanza de algunos principios. La reprensión actúa como una operación quirúrgica en las pasiones del alma. Las pasiones son una úlcera de la verdad, y deben reducirse enteramente sajándolas con una disección.

65 El reproche se parece mucho a un remedio: disuelve los endurecimientos de las pasiones, limpia la suciedad de las impurezas de la vida, la lujuria, y allana aún las hinchazones de la soberbia, restituyendo al hombre a la san-

2 tidad y a la verdad. La amonestación es como un régimen dietético para el alma enferma; aconseja lo que debe tomar y prohíbe lo que no se debe tomar. Y todo esto tiende a la salvación y a la salud eterna.

El general que impone a los culpables multas pecuniarias o castigos corporales, encarcelándolos y castigándolos con las peores deshonras, a veces incluso con la muerte, persigue un fin bueno; pues ejerce su autoridad para amo-

3 nestar a sus subordinados. Así, este gran general nuestro, el Logos, señor del Universo, reprendiendo a los que desobedecen la ley, los libera de la esclavitud, del error y de la cautividad del Enemigo, reprime las pasiones de su al-

---

[195] PLAT., *Ley.* XI 934a, y *Gorg.* 478d: referencia a la comparación de los castigos con la terapia médica.

ma y los conduce en paz hacia la santa concordia de convivencia cristiana.

66 Así como los géneros persuasivo y exhortativo pertenecen al deliberativo, así también los géneros del reproche y de la censura pertenecen al género laudatorio[196]. Este género es una especie de arte de la reprensión; mas reprender es signo de buena voluntad, no de odio. Las amonestaciones pueden llevarlas a cabo el amigo y el enemigo: éste, con espíritu de burla; aquél, con amor. El Se- 2 ñor no reprende al hombre por odio; podría destruirlo por sus pecados, y, sin embargo, él mismo sufrió por nosotros. Con admirable habilidad, como buen pedagogo que es, reviste la admonición con el reproche, y empleando palabras duras como flagelo, despierta la mente entorpecida; luego, con nuevos métodos, intenta exhortarlos a la conversión. A quienes la exhortación no convierte, los 3 irrita la reprensión; y a los que como si fuesen cadáveres la reprensión no logra excitar a la salvación, el áspero lenguaje los resucita a la verdad. «Látigos y disciplina son siempre principio de sabiduría. Enseñar a un necio es como componer un cacharro roto»[197], suele decirse, como hacer comprender a la tierra y estimular hacia la sensatez al que ha perdido la esperanza. Por eso añade la Escritura: «Es como despertar de profundo sueño al que está

---

[196] Clemente utiliza gráficamente diversos tecnicismos propios del género retórico antiguo; así:

symbouleutikós: deliberativo
paraklētikós: exhortativo
protreptikós: persuasivo
enkōmiastikós: laudatorio
loidorētikós: injurioso
oneidistikós: recriminatorio.

[197] *Ecle.* 22, 6-7.

dormido»[198]; sueño que se parece muy notablemente a la muerte.

4 El mismo Señor revela claramente su manera de proceder, cuando describe alegóricamente sus múltiples y útiles desvelos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el viñador», y añade: «Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo arranca; y todo el que da fruto lo poda, para que dé fruto más copioso»[199]. Cuando la vid no es podada,
5 se hace silvestre; lo mismo le ocurre al hombre. El Logos es el machete que poda y limpia las ramificaciones insolentes, y las constriñe para que den fruto y no se pierdan en aspiraciones y deseos.

La reprensión que se hace a los pecadores tiene por finalidad su salvación; el Logos se adapta como una melodía al modo de ser de cada uno: unas veces tensa las cuerdas; otras, las relaja[200].

67 De forma bien clara se expresó Moisés: «No temáis, pues Dios ha venido para probaros, a fin de que no os asalte a vosotros su temor, y para que no pequéis»[201]. Bien lo aprendió Platón, cuando dice: «Todos los que sufren un castigo reciben en realidad un gran bien, ya que se benefician en el sentido de que su alma, al ser justamente castigados[202], experimenta una notable mejora.»
2 Platón, al creer que los hombres corregidos por el Justo obtienen un gran beneficio, reconoce que el Justo es bueno. Sí, el temor tiene en sí algo provechoso; ha sido inventado como algo bueno para el hombre: «El espíritu

---

198 *Ibid.*, 22, 8.

199 *Jn.* 15, 1-2.

200 Hermosa comparación con los melódicos acentos de la lira.

201 *Éx.* 20, 20.

202 PLAT., *Gorg.* 477a.

que teme al Señor vivirá, pues su esperanza está depositada en quien los salva»[203]. Este mismo Logos es juez 3 cuando nos aplica un castigo. Isaías dice de Él: «El Señor lo ha entregado por nuestros pecados»[204]; es decir, como reformador y enmendador de nuestros pecados.

Así constituido por el Padre de todos, nuestro Pedagogo 68 es el único que puede perdonar los pecados, el único que puede discernir la obediencia de la desobediencia. Cuando amenaza, es evidente que no persigue el mal, ni desea cumplir sus amenazas; mas, al suscitar el miedo, bloquea el impulso que lleva al pecado; muestra su amor a los hombres, retardándolos y haciéndoles ver los sufrimientos que les aguardan si permanecen en sus pecados. Pero no actúa como la serpiente que ataca y muerde súbitamente a su presa. Dios, pues, es bueno. El Señor, la 2 mayoría de las veces, prefiere advertir antes que actuar: «Lanzaré contra ellos todas mis saetas; costreñidos por el hambre, serán presa de las aves; sufrirán convulsiones incurables; mandaré contra ellos los dientes de las fieras y el veneno de las bestias que reptan por el polvo. Por fuera asolará la espada, y, dentro de las cámaras, el pavor»[205].

Dios no se encoleriza, como algunos[206] suponen. La 3 mayoría de las veces amenaza, y siempre exhorta a la humanidad, mostrándole lo que debe hacer. Es éste un excelente método: suscitar el temor para que evitemos el pecado. «El temor del Señor aleja de los pecados; sin temor no se puede ser tenido por justo»[207], dice la Escritura.

---

203 *Ecle.* 34, 13.14.

204 *Is.* 53, 6.

205 *Dt.* 32, 23-25.

206 Los gnósticos.

207 *Ecle.* 1, 21-22.

El castigo lo impone Dios, movido, no por su cólera, sino por su justicia; porque no es bueno omitir la justicia por causa nuestra.

69 Cada uno escoge su propio castigo, cuando peca voluntariamente; «La culpa es de quien ha elegido; Dios no es responsable»[208]. «Pero si nuestra injusticia pone de manifiesto la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Que será, tal vez, injusto Dios al descargar su cólera? Seguro que no»[209]. Habla amenazando: «Afilaré mi espada y mi mano empuñará el juicio; tomaré venganza de mis enemigos, y daré su merecido a quienes me odian. Embriagaré con sangre mis saetas, y mi espada devorará la carne ensangrentada de los heridos»[210].

2 Es evidente que quienes no son enemigos de la verdad y no odian al Logos, tampoco odian su salvación, ni se hacen acreedores de los castigos que nacen del odio. «El temor del Señor es la plenitud de la sabiduría», dice la Sabiduría[211].

3 Por boca del profeta Amós, el Logos ha revelado de forma bien evidente su plan: «Os destruí como cuando Dios asoló Sodoma y Gomorra, y quedasteis como tizón sacado de un incendio; pero ni aun así os habéis convertido a mí, dice el Señor»[212].

70 Mirad cómo Dios, por su bondad, busca nuestro arrepentimiento, y cómo, en la misma amenaza, muestra tácitamente su amor al hombre: «Les ocultaré mi rostro —dice— y les mostraré qué será de ellos»[213]. Allí donde el

208 PLAT., *Rep.* X 617e.
209 *Rom.* 3, 5-6.
210 *Dt.* 32, 41-42.
211 *Ecle.* 1, 18.
212 *Am.* 4, 11.
213 *Dt.* 32, 20.

Señor dirige su mirada hay paz y alegría; mas de donde la aparta, impera la maldad. Él no quiere mirar el mal, porque es bueno. Pero si voluntariamente aparta sus ojos, el mal hace presa de la especie humana por su infidelidad. Dice San Pablo: «Considerad, pues, la bondad de Dios y su severidad; ésta, con los que cayeron; aquélla, contigo, para que perseveres en la bondad»[214], es decir, en la fe de Cristo. Él, que es bueno, precisamente porque lo es por naturaleza, odia el mal. 2

Así pues, reconozco que su castigo alcanza a los infieles —el castigo es bueno y provechoso para el que lo recibe; es corrección también para el que ofrece resistencia—, pero no quiere la venganza. Ésta consiste en devolver mal por mal, y persigue la utilidad del vengador. Y no puede, en modo alguno, querer la venganza el que nos enseña a orar por los que nos calumnian. 3

71 Que Dios es bueno todos lo reconocen, si bien algunos muy a pesar suyo. En cambio, para demostrar que Dios es justo, me veré obligado a presentar, sin más discursos, el testimonio del Señor, en un pasaje del Evangelio; en él dice de sí mismo que es *uno:* «para que todos sean *uno;* como tú, Padre, en mí y yo en ti, para que también ellos en nosotros sean *uno* a fin de que el mundo crea que tú me has enviado. Y yo les he entregado la gloria que tú me has dado, para que ellos sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí para ser consumados en la unidad»[215]. 2 Dios es *uno,* más allá del uno y de la mónada misma[216]. Por esa razón, el pronombre «tú», en su sentido deíctico-demostrativo, designa al

214 *Rom.* 11, 22.

215 *Jn.* 17, 21-23.

216 Concepto griego de unidad.

Dios único, que existe realmente, el Dios que fue, que es y que será. Un solo nombre se emplea para los tres tiempos: «El que es»[217].

Que este mismo ser, el Dios único, es «justo», lo atestigua el Señor en el Evangelio, cuando dice: «Padre, los que me has dado, quiero que, donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te reconoció, mas yo te conocí; y éstos también conocieron que tú me enviaste. Y yo les manifesté tu nombre, y se lo daré a cono-
3 cer»[218]. Él es «para los que le odian el que castiga los pecados de los padres en los hijos, y él concede el perdón a los que lo aman»[219].

El que coloca a unos a su derecha y otros a su izquierda, considerado como padre, puesto que es bueno, recibe él solo el nombre de «bueno». En tanto que Hijo, y siendo su Logos, está en el Padre y recibe el nombre de «justo», por su recíproco amor; y esta denominación implica una igualdad de poder. Dice la Escritura: «Juzgará al hombre según sus obras»[220]. Dios nos ha revelado en Jesús la faz de la balanza equilibrada de la justicia. Pues, por medio de Él, hemos conocido a Dios, bajo la imagen de una balanza de pesas iguales.

72 De Él habla textualmente la Sabiduría: «Piedad y cólera están en Él.» Él es, en efecto, el Señor de ambas, «poderoso en el perdón, al tiempo que derrama su cóle-

---

217 *Éx.* 3, 14.
218 *Jn.* 17, 24-26.
219 *Éx.* 20, 5-6.
220 *Ecle.* 16, 12.

ra; grande en su misericordia, y grande también su reproche»[221].

Su misericordia y su reprensión tienen como fin la salvación de quienes son objeto de reprensión. Que el «Dios y Padre de Nuestro Señor Jesús» es bueno[222], lo confiesa de nuevo el mismo Logos: «pues es bueno con los ingratos y malvados». Y sigue: «Sed misericordiosos como vuestro Padre lo es»[223]. Y añade de forma bien contundente: «Nadie es bueno sino mi Padre, que está en los Cielos»[224]; y agrega: «Mi padre hace brillar su sol sobre todos»[225]. 2

Hay que resaltar aquí cómo reconoce que su Padre es bueno y que es el Creador; y que el Creador es justo, nadie lo discute. Y aún afirma: «Mi Padre hace llover sobre los justos y los injustos»[226]. Como autor de la lluvia, es el Creador del agua y de las nubes; en cuanto que provoca la lluvia sobre todos, reparte sus dones justa y equitativamente; y por ser bueno, hace llover igualmente sobre justos o injustos. 3

Con toda evidencia podemos, pues, concluir que Dios es uno y el mismo; el Espíritu Santo lo cantó en los *Salmos:* «Cuando veo tus Cielos, hechura de tus manos»[227], y «El que ha creado los Cielos habita en ellos», y «El Cielo es su trono»[228]. 73

221 *Ecle.* 16, 11-12.
222 *II Cor.* 1, 3.
223 *Lc.* 6, 35-36.
224 *Mt.* 19, 17.
225 *Ibid.*, 5, 45.
226 *Ibidem.*
227 *Sal.* 8, 4.
228 *Ibid.*, 10, 4.

Por su parte, el Señor se ha expresado así en su oración: «Padre nuestro que estás en los Cielos»[229]. Los Cielos pertenecen a quien ha creado el mundo; de manera que, sin discusión, creemos que el Señor es también Hijo del Creador. Y si todos reconocen que el Creador es justo, y que el Señor es Hijo del Creador, se infiere que el Señor es Hijo del Justo. Por eso dice también Pablo:
2 «Ahora, sin ley, se ha manifestado la justicia de Dios», y de nuevo, para que mejor puedas comprender que Dios es justo: «La justicia de Dios se hace realidad por la fe en Jesucristo, en todos los que creen; pues no hay distinción»[230]; y todavía, para dar testimonio de la verdad, escribe más adelante: «En el tiempo de la paciencia de Dios: para la demostración de su justicia en el tiempo presente, y para probar que es justo y que justifica a todo el que
3 creen en Jesús»[231]. Y como sabe que el justo es bueno, lo pone de manifiesto cuando dice: «de suerte que la ley es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno»[232]; emplea las dos palabras para referirse al mismo poder.

74 Sin embargo, «nadie es bueno sino mi Padre»; pues bien, su mismo Padre, que es uno, se manifiesta en múltiples poderes. «Nadie ha conocido al Padre»[233], pues Él mismo lo era todo antes de la llegada de su Hijo. Así que es evidente, en verdad, que el Dios del Universo es uno solo, bueno, justo, creador, Hijo en el Padre, para quien sea la gloria por los siglos de los siglos, amén.

2 No obstante, no es contrario al carácter del Logos sal-

---

229 *Mt.* 6, 9.

230 *Rom.* 3, 21-22.

231 *Ibid.*, 3, 26.

232 *Ibid.*, 7, 12.

233 *Mt.* 11, 27.

vador el reprender con solicitud. Se trata, sin duda, de una medicina de la divina bondad que hace nacer el rubor del pundonor e introduce la vergüenza ante el pecado. Si la exhortación es necesaria, no lo es menos la reprensión, a la hora de herir ligeramente el alma que se ha descarriado, no para buscar su muerte, sino su salvación: un pequeño dolor para evitar una muerte eterna.

3 Grande es la sabiduría de su pedagogía, y diversos los modos de administrarla en orden a nuestra salvación. El Pedagogo da testimonio en favor de los que practican el bien, y exhorta a los elegidos a obrar mejor; desvía el impulso de quienes habían emprendido el camino del pecado, y los anima a seguir una vida mejor.

4 No deja sin testimonio a uno cuando atestigua en favor del otro; y es un beneficio muy grande el que se deriva de este testimonio. La cólera de Dios —si realmente es correcto tildar así a la reprensión de que nos hace objeto— es una prueba de su amor hacia el hombre. Es Dios quien, al descender, comparte los sentimientos del hombre, por quien también el Logos de Dios se ha hecho hombre[234].

9. *Al mismo poder pertenece hacer el bien y castigar justamente; ¿cuál es, a este respecto, el método pedagógico del Logos?*

75 Con todas sus fuerzas, el Pedagogo de la humanidad, nuestro Logos divino, sirviéndose de los múltiples recursos de su sabiduría, se vuelca materialmente para salvar a sus pequeños; amonesta, reprende, increpa, reprocha, amenaza, cura, promete, premia, «atan-

[234] Clemente abunda sobre el tema del «amor de Dios hacia los hombres», «el antropocentrismo» y la «Encarnación».

do como por múltiples riendas»[235] los irracionales apeti-
2 tos de la naturaleza humana. En una palabra, el Señor hace con nosotros lo que nosotros hacemos con nuestros hijos. «¿Tienes hijos? Edúcalos —recomienda la Sabiduría—, doblégalos desde su infancia. ¿Tienes hijas? Cuida de su cuerpo, y no les muestres un rostro complaciente»[236]. Y, ciertamente, a nuestros hijos, niños y niñas, los queremos mucho, por encima de cualquier cosa.

3 Hay quienes con sus palabras sólo persiguen agradar a sus oyentes, pero su afecto es escaso hacia aquellos que no desean conquistar; otros, en cambio, que reprueban con útiles advertencias, duros en el presente, benefician cara al futuro. El Señor no persigue el placer momentáneo, sino la felicidad futura.

Mas volvamos a la bondadosa pedagogía del Logos, según el testimonio de los profetas.

76 La admonición es un reproche solícito que estimula la mente. El Pedagogo amonesta así, como cuando dice en el Evangelio: «¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas, y vosotros no quisisteis»[237]. De nuevo amonesta la Escritura: «Han cometido adulterio con la piedra y con el leño, y han quemado perfumes a Baal»[238].

2 La prueba más grande de su amor hacia el hombre es

---

235 PLAT., *Ley.* VII 808d.

236 *Ecle.* 7, 23-24.

237 *Mt.* 23, 37.

238 *Jer.* 3, 9; 7, 9. Baal era la divinidad masculina suprema entre los pueblos semitas occidentales: fenicios, cananeos e, incluso, hebreos. Su nombre significa «señor». Reinaba sobre la tierra cultivada y la lluvia. Más tarde, fue el dios del Sol y del Cielo. Su animal preferido era el toro. Su culto se difundió entre el pueblo israelita, como lo demuestra la adoración al becerro de oro. Los profetas lo criticaron duramente.

que, a pesar de conocer perfectamente la desvergüenza de este pueblo reacio y rebelde, lo exhorta al arrepentimiento, y exclama por boca de Ezequiel: «Hijo de hombre, estás entre escorpiones; háblales, si es que te escuchan»[239]. Dice igualmente a Moisés: «Ve y di al Faraón que deje marchar al pueblo; pero bien sé yo que no los dejará partir»[240]. Pone de manifiesto dos cosas: su divinidad, pues conoce el futuro, y su amor hacia el hombre, ya que la ocasión para el arrepentimiento es gracia que concede al libre arbitrio del alma. 3

Amonesta también preocupándose por el pueblo cuando, por boca de Isaías, dice: «Este pueblo me honra con sus labios, mas su corazón está lejos de mí»[241]; lo cual es un reproche acusador: «en vano me rinden culto, pues enseñan doctrinas que son mandatos de los hombres». Aquí, la solicitud, a la vez que revela el pecado, muestra, por contraste, la salvación. 4

La censura es un reproche por los malos actos, que predispone para el bien. Un buen ejemplo nos lo ofrece por boca de Jeremías: «Se han convertido en caballos sementales; cada uno relincha tras la mujer de su prójimo; ¿y no habré yo de reprenderles por tales acciones —exclama el Señor— y tomar venganza de semejante pueblo?»[242]. Por todas partes se entremezcla el temor, porque «el temor del Señor es el principio del sentir espiritual»[243]. De nuevo, por boca de Oseas: «¿No los repren- 2 deré —exclama— porque tienen tratos con prostitutas, 77

239 *Ez.* 2, 6-7.
240 *Éx.* 3, 18-19.
241 *Is.* 29, 13.
242 *Jer.* 5, 8-9.
243 *Prov.* 1, 7.

ofrecen sacrificios con los iniciados, y el pueblo inteligente se une a la prostitución?»[244].

Muestra claramente su pecado afirmando que tienen plena conciencia de él, como quienes pecan deliberadamente. La inteligencia es el ojo del alma. Por eso, Israel significa «el que ve a Dios», es decir, el que comprende a Dios.

3 La reprensión es un reproche que se hace a los negligentes o despreocupados. El Pedagogo emplea este tipo de pedagogía cuando afirma por boca de Isaías: «Escuchad, cielos; presta oído, tierra; es el Señor quien habla: 'Engendré hijos y los eduqué, mas no se han rebelado contra mí. El buey conoce a su amo, y el asno el pesebre de su dueño, pero Israel no me ha reconocido'»[245].

4 ¿No es, en verdad, extraño que el que conoce a Dios no reconozca al Señor? El buey y el asno, bestias estúpidas e insensatas, conocen a quien los alimenta; en cambio, Israel se muestra más necio que dichas bestias. Y, por medio de Jeremías, tras exteriorizar su descontento, añade: «Me han abandonado, dice el Señor»[246].

78 La reprimenda es una censura severa, un reproche duro. El Pedagogo se sirve de él cuando exclama por boca de Isaías: «¡Ay de vosotros, hijos rebeldes! He aquí lo que dice el Señor: 'tomasteis resoluciones sin mí; hicisteis pactos ajenos a mi espíritu'»[247].

En cada caso se sirve del temor como un revulsivo muy duro; por medio de él abre las llagas y, a la vez, convierte al pueblo, dirigiéndolo hacia la salvación; de forma parecida a como suele hacerse con la lana que se va

---

244 *Os.* 4, 14.

245 *Is.* 1, 2-3.

246 *Jer.* 2, 13.19.

247 *Is.* 30, 1.

a teñir: se le aplica una sustancia para que quede bien preparada para recibir el tinte.

2 La reprobación consiste en exponer públicamente los pecados. El Pedagogo utiliza con harta frecuencia dicho procedimiento por considerarlo necesario, a causa del relajamiento de la mayoría en la fe. Habla por boca de Isaías: «Habéis abandonado al Señor y habéis despreciado al Santo de Israel»[248]; y por boca de Jeremías: «El cielo está pasmado, y la tierra se ha quedado atónita, pues dos maldades cometió mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, para excavarse aljibes agrietados, que no podrán retener el agua»[249]. 3 Y, de nuevo, por boca del mismo profeta: «Ha pecado gravemente Jerusalén; Por eso ha venido a ser objeto de horror. Todos cuantos la honraban la desprecian, pues han visto su vergüenza»[250].

4 El Pedagogo suaviza la acerbidad y dureza de esta reprobación, cuando exhorta por boca de Salomón, mostrando imperceptiblemente la bondad de su pedagogía: «No desprecies, hijo mío, la educación del Señor, ni tengas aversión a sus recriminaciones, porque el Señor educa a quienes ama, y aflige con su azote al hijo que le es querido»[251].

Porque «el pecador huye de la reprensión»[252]. Por eso, la Escritura añade: «Que el justo me repruebe y me eduque; pero que el aceite del pecador no adorne jamás mi cabeza»[253].

---

248 *Ibid.*, 1, 4.
249 *Jer.* 2, 12-13.
250 *Lam.* 1, 8.
251 *Prov.* 3, 11, 12.
252 *Ecle.* 35, 17.
253 *Sal.* 140, 5.

79 La advertencia es un reproche que hace a uno más reflexivo. El Pedagogo no deja de utilizar dicha pedagogía; al contrario, afirma por boca de Jeremías: «¿Hasta cuándo gritaré sin que me escuchen? He aquí que sus oídos son incircuncisos»[254]. ¡Bendita tolerancia! De nuevo habla por boca del mismo profeta: «Todas las naciones son incircuncisas, mas este pueblo tiene el corazón incircunciso»[255]. «Porque es un pueblo desobediente: hijos —dice— que no tienen fe.»

2 La supervisión[256] es una severa reprensión. El Pedagogo se sirve de ella en el Evangelio: «Jerusalén, Jerusalén, que mata a los profetas y apedrea a los que han sido enviados a ella!»[257].

La repetición del nombre confiere a la reprensión mayor dureza. En efecto, quien conoce a Dios, ¿cómo puede perseguir a sus seguidores? Por eso añade: «Vuestra casa quedará desierta; porque os digo: a partir de ahora no esperéis verme hasta que digáis: 'Bendito el que viene en nombre del Señor'»[258]. En efecto, si no recibís su bondad, conoceréis su autoridad.

80 La invectiva es un reproche muy grave. El Pedagogo, a guisa de medicina, se sirve de ella, cuando habla por boca de Isaías: «¡Ay, nación pecadora, hijos inicuos, pueblo preñado de pecados, raza malvada!»[259], y, en el Evangelio, por boca de Juan: «Serpientes, raza de víboras.»

2 La acusación es un reproche dirigido a los pecadores.

---

254 *Jer.* 6, 10.

255 *Ibid.*, 9, 26.

256 El término griego *episkopḗ* evoca la «visita» terrible de Dios; es decir, el día de Yahvé.

257 *Mt.* 23, 37.

258 *Ibid.*, 23, 38, 39.

259 *Is.* 1, 4.

De ella se sirve el Pedagogo cuando habla por boca de David: «Un pueblo que no me conocía me sirvió y me escuchó obediente. Los extranjeros me engañaron, y se extraviaron»[260]; y, por boca de Jeremías, exclama: «Le he dado el libelo de repudio, mas la pérfida Judá no temió»[261], y, de nuevo: «La casa de Israel me traicionó, y la casa de Judá renegó del Señor»[262].

3 La queja es un reproche disfrazado; con singular habilidad procura también nuestra salvación veladamente. El Pedagogo la utiliza cuando habla por boca de Jeremías: «¡Cómo ha quedado desierta la ciudad en otro tiempo populosa!; ha quedado viuda; la reina de las naciones se ha convertido en tributaria; ha pasado llorando todas las noches, en copioso llanto»[263].

81 La burla es un reproche que ridiculiza. El divino Pedagogo utiliza este recurso cuando exclama por boca de Jeremías: «Has adquirido aspecto de ramera; te mostraste desvergonzada con todos. Y ¿no me has llamado a tu casa, a mí, que soy el padre y guardián de tu virginidad?»[264]. «¡La bella y graciosa prostituta, maestra de hechizos!»[265].

Con gran habilidad ha ridiculizado a la muchacha llamándola prostituta; luego, el Pedagogo, cambiando de tono, la exhorta a recuperar la dignidad perdida.

2 La reprimenda es una increpación legal, una increpación a los hijos que se rebelan contra el deber. Así educaba el Pedagogo hablando por boca de Moisés: «Hijos degenerados, generación mala y perversa, ¿así pagáis al

260 *Sal.* 17, 44-46.
261 *Jer.* 3, 8.
262 *Ibid.*, 5, 11, 12.
263 *Lam.* 1, 1-12.
264 *Jer.* 3, 3-4.
265 *Nah.* 3, 4.

Señor? Este pueblo es insensato e ignorante, ¿no es éste el mismo Padre que te ha creado?»[266]. Y, por boca de Isaías, dice: «Tus príncipes son desobedientes y cómplices de ladrones; aman el soborno y persiguen recompensas, 3 y no hacen justicia al huérfano»[267]. En resumen: su técnica del empleo del temor es fuente de salvación; y el acto de salvar es propio del que es bueno. «La misericordia del Señor se extiende a toda carne; acusa, educa y enseña, como hace el pastor con su rebaño. Se apiada de quienes aceptan su correctivo, y de los que se afanan por unirse a él»[268].

Con este procedimiento, «seiscientos mil hombres a pie, unidos por la dureza de su corazón, azotándolos, compadeciéndose de ellos, golpeándolos, prodigándoles sus cuidados, los custodió con la compasión y la educación»[269]; «Pues su severidad es tan grande como su misericordia»[270].

Si es hermoso abstenerse de pecar, también lo es que el pecador se arrepienta; así como es un bien excelente estar siempre sano, también lo es recobrar la salud tras la enfermedad.

82 Así nos advierte también por boca de Salomón: «Azota a tu hijo con la vara, pero libra su alma de la muerte»[271], y, de nuevo: «No ahorres al muchacho correctivos; castígale con la vara, que no morirá.»

2 La reprobación y la reprimenda, como su mismo nom-

[266] *Dt.* 32, 5-6.
[267] *Is.* 1, 23.
[268] *Ecle.* 18, 13.
[269] Cf. *ibid.*, 16, 10 ss.
[270] *Ibid.*, 16, 12.
[271] *Prov.* 23, 14.

bre indica[272], son golpes que afectan el alma; curan los pecados y alejan la muerte, y reconducen a la moderación a quienes se han dejado llevar por la intemperancia.

El mismo Platón reconoce la gran fuerza del correctivo y la decisiva purificación producida por la reprobación: siguiendo al Logos, afirma que el hombre que ha cometido las mayores impurezas se convierte en incorregible y vicioso por no haber sido reprendido, ya que conviene que el hombre destinado a la felicidad sea purísimo y bellísimo[273]. En efecto: si «los magistrados no deben ser objeto de temor cuando se obra bien»[274], ¿cómo Dios, que es bueno por naturaleza, va a ser objeto de temor por parte del que no peca? «Mas si obrares mal, teme»[275], dice el Apóstol. 3 4

Por esa razón y no otra, el Apóstol amonesta a cada una de las Iglesias siguiendo el ejemplo del Señor, y, seguro de sí mismo y de la flaqueza de sus oyentes, dice a los gálatas: «¿de modo que me he convertido en vuestro enemigo por deciros la verdad?»[276]. 83

Así como los sanos no necesitan los cuidados del médico, porque están bien, pero sí necesitan de su arte los enfermos, así también nosotros, que en esta vida somos enfermos, aquejados por nuestros vergonzosos deseos, por nuestros excesos vituperables y por las demás inflamaciones de las pasiones, necesitamos del Salvador. Él nos aplica remedios no sólo dulces, sino también astringentes[277]: 2

---

[272] El término griego *epíplēxis* «castigo, reprimenda» denota propiamente «acción de golpear, de pegar».

[273] PLATÓN, *Sofista* 230d-e.

[274] *Rom.* 13, 3.

[275] *Ibid.*, 13, 4.

[276] *Gál.* 4, 16.

[277] HOM., *Il.* IV 218, XI 515, 830.

las raíces amargas del temor detienen las úlceras de los pecados. He aquí por qué el temor, aunque amargo, es saludable.

3 Nosotros, pues, enfermos, necesitamos del Salvador; extraviados, necesitamos quien nos guíe; ciegos, necesitamos quien nos dé luz; sedientos, necesitamos también de la fuente de la vida; quienes de ella beben nunca más tendrán sed; muertos, necesitamos de la vida; rebaño, necesitamos pastor; niños, necesitamos pedagogos; y toda la humanidad necesita a Jesús; no sea que, sin guía y pecadores, caigamos, al final, en la condenación. Antes al contrario, es preciso que estemos separados de la paja y amontonados en el granero del Padre. «El bieldo[278] está en la mano» del Señor, y con él separa del trigo la paja destinada al fuego.

84 Si queréis, nos es posible comprender la profunda sabiduría del Santo Pastor y Pedagogo, el Todopoderoso y Logos del Padre, cuando se expresa alegóricamente y se llama a sí mismo pastor del rebaño[279]; Él es también pe-
2 dagogo de los niños. Es así como, por boca de Ezequiel, se dirige a los ancianos, ofreciéndoles el ejemplo de una solicitud esmerada: «Curaré al que está herido, cuidaré del que está débil, convertiré al extraviado[280], y los apacentaré yo mismo en mi monte santo»[281]. Ésta es la promesa propia de un buen pastor. ¡Haznos pastar a noso-
3 tros, criaturas, como si fuésemos un rebaño! Sí, Maestro, sácianos con tu pasto, que es tu justicia; sí, Pedagogo, condúcenos hasta tu monte santo, hasta tu Iglesia, la que

---

278 Palo largo con púas largas o dientes que sirve para aventar.
279 *Jn*. 10, 2 s.
280 Cf. *Ez*. 34, 16.
281 *Ibid*., 34, 14.

se yergue, la que domina más allá de las nubes, la que toca los Cielos! «Yo seré —añade— su pastor, y estaré cerca de ellos», como la túnica de su piel.

Quiere salvar mi carne, revistiéndola con la túnica de la incorruptibilidad, y ha untado mi piel. «Ellos me llamarán —continúa—, y yo les diré: 'Heme aquí»[282]. Me has oído mucho antes de lo que yo esperaba, Señor. «Si cruzan las aguas, no resbalarán, dice el Señor»[283]. No caeremos en la corrupción nosotros que dirigimos nuestros pasos a la incorruptibilidad, porque Él nos sostendrá. Lo ha dicho Él, y así lo ha dispuesto.

Así es nuestro Pedagogo: justamente bueno. «No vine —ha dicho— para ser servido, sino para servir»[284]. Por eso el Evangelio nos lo muestra fatigado: se fatiga por nosotros y ha prometido «dar su alma como rescate para muchos»[285]. Sólo el buen pastor —añade— se comporta así. ¡Qué gran donador; entrega por nosotros lo mejor que tiene: su alma! ¡Qué gran bienhechor y amigo del hombre, que ha querido ser su hermano, cuando podía ser su Señor! Y hasta tal extremo ha llegado su bondad, que ha muerto por nosotros. Pero su justicia clama a gritos: «Si venís a mí con rectitud, yo seré recto con vosotros, dice el Señor de los ejércitos»[286]. Llama alegóricamente sendas tortuosas a las reprensiones de los pecadores. El camino recto y natural simbolizado con la letra *iôta* del nombre de Jesús en su bondad, que es inmutable e inconmovible para quienes, por obediencia, han creído:

---

282 Cf. *Is.* 58, 9.
283 *Ibid.*, 43, 2.
284 Cf. *I Cor.* 15, 42.
285 *Mt.* 20, 28.
286 Cf. *Lev.* 26, 21.23.27.

«Porque he llamado y no me habéis escuchado —dice el Señor—; habéis desechado mis consejos y no habéis hecho caso de mis amonestaciones»[287]. Y es que la reprensión del Señor es utilísima.

86 Sobre este particular exclama por boca de David: «Generación perversa y exasperante; generación que no conoce la rectitud de corazón y cuyo espíritu no ha sido fiel a Dios. No ha guardado la alianza de Dios y no ha querido caminar en su ley»[288].

2 He aquí los motivos de su ira, por lo que el juez viene a administrar justicia contra quienes han rehusado seguir una vida honesta. Razón por la que se comporta con ellos con extrema dureza, por ver si puede frenar el impulso que les conduce a la muerte. Por boca de David explica con suma claridad los motivos de su amenaza: «No creyeron en sus maravillas; cuando Él los mataba, ellos lo buscaban, y se convertían; andaban por algún tiempo junto a Dios, y se acordaban de que Dios era su ayuda, y de que Dios, el Altísimo, era su redención»[289].

3 Él sabe que el temor es lo que les mueve a convertirse, y que desprecian su amor por los hombres. Por regla general suele estimarse en poco el bien de que disponemos, mientras que se estima en sobremanera el que aviva el recuerdo y suscita en nostros el amoroso temor de la justicia.

87 Hay dos tipos de temor[290]: uno, que conlleva el respeto, y es el temor que experimentan los ciudadanos con respecto a los honestos gobernantes; éste es el que noso-

---

287 *Prov.* 1, 24-25.

288 *Sal.* 77, 8.10.

289 *Ibid.*, 77, 32.34-35.

290 Ya en PLAT., *Ley.* I 646e.

tros sentimos para con Dios, semejante al que los niños prudentes muestran para con sus padres. «Un caballo indómito —dice la Escritura— se hace ingobernable, y un hijo abandonado a su suerte se hace insolente»[291]. El otro tipo de temor conlleva el odio; es el temor de los esclavos ante los amos severos; es el que tenían los hebreos hacia Dios, a quien no consideraban como padre, sino como amo.

2 Creo que existe notable diferencia —casi total— entre las cosas que por la piedad se llevan a cabo libre y voluntariamente, y las que se hacen a la fuerza. Dice la Escritura: «Él es compasivo; sanará sus pecados y a ellos no los destruirá; refrenará a menudo su cólera y no encenderá todo su furor»[292]. Mira cómo se muestra la justicia del Pedagogo en sus castigos, y la bondad de Dios en su misericordia. Por eso, David —es decir, el Espíritu 3 Santo que habla por su boca—, aunando ambas funciones, dice del mismo Dios en el *Salmo:* «Justicia y juicio son el fundamento de su trono; misericordia y verdad caminarán delante de su faz»[293]. Reconoce que pertenecen al mismo poder juzgar y beneficiar; en ambas funciones se ejerce el poder del Justo que discierne entre lo justo y lo injusto.

88 El mismo ser es justo y bueno, y es, en verdad, Dios. Él es todo y el mismo en todo, porque él es Dios, Dios único.

Así como el espejo no es malo por reflejar el rostro de un hombre feo, pues lo refleja tal cual es, ni lo es tampoco el médico para el enfermo porque le diga que

---

291 *Ecle.* 30, 8.

292 *Sal.* 77, 38.

293 *Ibid.*, 88, 15.

tiene fiebre —el médico no le produce la fiebre; sólo le indica que la tiene—, así tampoco es malo el que acusa con dureza a quien está enfermo del alma. No infunde en él los pecados, sino que le muestra los que tiene, con el fin de que se aleje de semejante forma de proceder.

2 Así, Dios es bueno en sí mismo, y es justo con respecto a nosotros, y es porque es bueno. Por mediación del Logos nos muestra su justicia, desde el momento en que ha llegado a ser Padre. Antes de llegar a ser Creador era, ciertamente, Dios. Era bueno, razón por la que ha querido ser Creador y Padre. Y esta disposición amorosa es el principio de su justicia, tanto cuando hace brillar su sol, como cuando envía a su Hijo. Éste, en primer lugar, anunció la buena justicia venida del Cielo: «Nadie —dijo— ha conocido al Hijo, sino el Padre», y «nadie ha conocido al Padre sino el Hijo»[294].

3 Este recíproco y similar conocimiento es un símbolo de la justicia desde sus orígenes. Luego, ésta descendió hasta los hombres, en la letra y en la carne —es decir, por el Logos y por la Ley— para empujar a la humanidad a una conversión salvadora, pues aquella justicia era buena. Y, sin embargo, ¿tú no obedeces a Dios? No olvides que tú eres el responsable de la venida del Juez.

89 10. *El mismo Dios, por mediación del mismo Logos, aparta a la humanidad de los pecados con amenazas, y la salva exhortándola*

Pues bien, si hemos demostrado que el método de reprender a la humanidad, por ser bueno y saludable, es adoptado por el Logos, y que es un sistema idóneo para lograr el arrepentimiento y evitar el pecado, deberíamos ahora considerar la dulzura del Logos.

---

[294] *Mt.* 11, 27.

Hemos visto que el Logos es justo, y que sus advertencias exhortan a la salvación, y cómo, por medio de ellas, quiere, por voluntad de su Padre, hacernos conocer lo bello y lo útil.

Fíjate ahora en esto: lo bello es propio del género encomiástico, y lo útil, del deliberativo. El género deliberativo reviste dos formas: una persuade y otra disuade; el género encomiástico puede ser de censura. La inteligencia deliberativa es, en parte, exhortatoria y, en parte, disuasoria. Asimismo, el género encomiástico adopta, en ocasiones, la forma de censura y, a veces, la forma de alabanza. De todo esto se ocupa especialmente el Pedagogo justo, que busca nuestro bien. Como ya hemos hablado antes del género de la censura y del de la disuasión, debemos considerar ahora el género exhortatorio y laudatorio, equilibrando así, como en una balanza, los dos platillos iguales del Justo. 2 3 4

El Pedagogo, por boca de Salomón, se sirve de la exhortación para lograr cosas provechosas: «A vosotros, hombres, os exhorto, y hago sentir mi voz a los hijos de los hombres: escuchadme, porque voy a deciros cosas importantes»[295], y lo que sigue. Aconseja cosas provechosas para la salvación, porque el consejo se acepta o se rechaza, como hace por medio de David: «Feliz el varón que no sigue el consejo de los impíos, ni pone sus pies en el camino de los pecadores, ni se sienta en la cátedra de los maledicientes, sino que tiene puesta su voluntad en la ley del Señor»[296]. 90

Hay tres formas de aconsejar: la primera consiste en tomar los ejemplos del pasado, por ejemplo, en mostrar 2

295 *Prov.* 8, 4.6.

296 *Sal.* 1, 1-2.

qué castigo sufrieron los hebreos por haber rendido culto idólatra al becerro de oro, o qué sufrieron cuando fornicaron[297], y otros por el estilo; la segunda consiste en tomar ejemplo de cosas del presente, perceptibles a los sentidos, como de aquel consejo que les fue dado a los que preguntaban al Señor: «¿Eres tú el Cristo, o debemos esperar a otro?» «Id y decid a Juan: 'Los ciegos ven, los sordos oyen, los leprosos están limpios, los muertos resucitan, y bienaventurado aquel que no se encandalizare de mí'.» Todo esto lo había profetizado David: «Como lo oímos, así también lo hemos visto»[298].

91 La tercera forma de aconsejar se sirve de acontecimientos futuros, y exhorta a precaverse de las consecuencias. Así, se lee: los que caigan en el pecado «serán arrojados a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el rechinar de dientes»[299], y otros semejantes.

Todo esto muestra de forma palmaria que el Señor exhorta a la humanidad a la salvación, empleando todo ti- 2 po de recursos. Mediante exhortaciones aligera las faltas: disminuye el deseo y, al mismo tiempo, infunde esperanza de salvación. Dice por medio de Ezequiel: «Si os convertís de todo corazón y decís: 'Padre', yo os escucharé como a un pueblo santo»; y, de nuevo: «Venid a mí cuantos andáis fatigados y agobiados, que yo os aliviaré»[300], y otras palabras pronunciadas por el mismo Se- 3 ñor. Clarísimamente por boca de Salomón, nos invita al

---

[297] Clemente utiliza el término bíblico *ekporneúsantes* «llevar una vida deshonesta», «prostituirse», para caracterizar la idolatría e infidelidad del pueblo de Israel para con su divino Esposo.

[298] *Sal.* 47, 9.

[299] *Mt.* 8, 12.

[300] *Ibid.*, 11, 28.

bien: «Bienaventurado el hombre que ha encontrado la sabiduría, y el mortal que ha encontrado la cordura»[301]. Porque el bien lo alcanza quien lo persigue, y suele dejarse ver por quien lo ha hallado.

En cuanto a la prudencia, explica por boca de Jeremías: «Somos dichosos, Israel —dice—, porque conocemos lo que agrada a Dios»[302], y lo conocemos por mediación del Logos, y por él somos dichosos y prudentes. El conocimiento es llamado prudencia por el mismo profeta: «Escucha, Israel, preceptos de vida; pon oídos para conocer la prudencia»[303].

4 Por boca de Moisés promete también, por su gran amor hacia los hombres, una recompensa a quienes se esfuerzan por su salvación; afirma: «Yo os conduciré a la buena tierra que el Señor prometió a vuestros padres», y, luego, por boca de Isaías exclama: «Yo os conduciré al monte santo y os alegraré»[304].

92 Su pedagogía reviste aún otra forma: «la bienaventuranza»[305]. «Bienaventurado —dice por boca de David— el que no ha cometido pecado; será como el árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, que dará fruto a su tiempo, y cuyas hojas no se marchitarán (con estas palabras se refiere a la resurrección) y todo cuanto emprenda tendrá éxito.» Así quiere que seamos nosotros, para que consigamos la felicidad.

---

301 *Prov.* 3, 13.

302 *Bar.* 4, 4; Clemente lo atribuye a Jeremías.

303 *Ibid.*, 3, 9.

304 *Is.* 56, 7.

305 El vocablo griego *makarismós,* propiamente «acción de celebrar como feliz», «bendición», «celebración», se encuentra reflejado en el lenguaje retórico clásico: PLAT., *Rep.* 591d; ARISTÓTELES, *Retórica* 9, 4; PLUTARCO, *Morales* 471.

2 Pero, de nuevo, equilibrando el otro platillo de la balanza —el de la justicia— exclama: «No así, no así son los impíos» [306], «sino como el polvo que dispersa el viento por la faz de la tierra». El Pedagogo, mostrando el castigo de los pecadores y la fugacidad e inconsciencia de su suerte, los aparta de la culpa por medio de la pena; y exhibiendo la amenaza del castigo merecido, pone de manifiesto la bondad de su obra, porque, con gran habilidad, nos conduce, por este medio, al disfrute y plena posesión de lo bello.

3 Sí, ciertamente, también nos invita al conocimiento, cuando, por boca de Jeremías, dice: «Si anduvieras por el camino de Dios, vivirías en paz eternamente» [307]. Cuando evoca la recompensa del conocimiento, invita a los inteligentes a desearlo; y a los que se han extraviado, perdonándolos, les dice: «vuelve, vuelve como el vendimiador vuelve a su cesta» [308]. ¿Te percatas de la bondad de su justicia, que exhorta al arrepentimiento?

93 También por medio de Jeremías hace resplandecer la verdad ante los que se han equivocado: «Así dice el Señor: 'Deteneos en los caminos; mirad y preguntad cuáles son las sendas eternas del Señor, cuál es el buen camino; marchad por él, y encontraréis la purificación para vuestras almas'» [309]. Nos conduce al arrepentimiento, porque quiere salvarnos; por eso nos dice: si te arrepientes, «el Señor purificará tu corazón y el de tu prole» [310].

2 Ciertamente hubiese podido apelar en defensa de esta tesis a algunos filósofos, que afirman que sólo el hombre

---

306 *Sal.* 1, 1.3.4.

307 *Bar.* 3, 13; también erróneamente atribuido a Jeremías.

308 *Jer.* 6, 9.

309 *Ibid.*, 6, 16.

310 *Dt.* 30, 6.

perfecto es digno de alabanza, y que el malvado es digno de vituperio. Mas, como algunos acusan[311] al Ser bienaventurado, diciendo que no tiene actividad alguna ni en sí mismo, ni respecto a ningún otro, pues ignoran su amor al hombre, en atención a éstos y también a causa de quienes no aúnan lo justo con lo bueno, hemos prescindido de este razonamiento.

3 Sería inútil, por tanto, afirmar que la pedagogía del reproche y del castigo es adecuada para los hombres, pues —dicen— todos los hombres son necios; sólo Dios es sabio y de Él procede la sabiduría; sólo Él es perfecto y, por tanto, sólo Él es digno de alabanza.

94 Mas yo no comparto dicho razonamiento; antes al contrario, afirmo que la alabanza y el reproche, o cualquiera otra cosa semejante al reproche y a la alabanza, son remedios altamente necesarios para los hombres. Los que son difíciles de sanar se rinden a la amenaza, al reproche y al castigo, como el hierro al fuego, al martillo o al yunque; los otros, los que se entregan a la fe, como autodidactas y libres, crecen con la alabanza: pues

la virtud alabada
como un árbol crece[312].

Me parece que Pitágoras de Samos lo había comprendido bien, cuando prescribe:

---

[311] Curioso empleo del término *sykophantéō,* propiamente «ser un sicofanta», «calumniar», «acusar falsamente». En la antigua Grecia, los sicofantas eran los que denunciaban a los exportadores de higos del Ática, o también a los ladrones de los higos de las higueras sagradas, y, en general, quienes hacían el oficio de delator para obtener la recompensa ofrecida a todo acusador, cuya denuncia era aceptada por los tribunales como viable jurídicamente. Parece probable que su etimología sea: *sŷkon* «higo» y *phaínō* «yo muestro».

[312] BAQUÍLIDES, fr. 56 SNELL.

Si has obrado mal, repréndete; si has obrado bien, alégrate.

2 Reprender se dice también advertir, pues, etimológicamente, la advertencia[313] es lo que despierta la mente; por eso el género reprobatorio forma la mente. Mas, son miles los preceptos que se han ideado para conseguir el bien y huir del mal: «Los impíos, dice el Señor, no tienen 3 paz»[314]. De ahí que, por boca de Salomón, recomienda a los niños tener cuidado: «Hijo mío, cuida de que no te seduzcan los pecadores; no sigas su camino; no vayas con ellos si te llaman y dicen: 'Ven con nosotros, compartamos la sangre inocente, borremos injustamente de la tierra al hombre justo, hagámosle desaparecer como hace el Hades[315] con los vivos.»

95 Esta profecía se refiere a la Pasión del señor. A través de Ezequiel, la Vida[316] da también preceptos: «El alma que peca, morirá; pero el hombre justo, el que practica la justicia y no come por los montes, ni alza sus ojos a ídolos[317] de la casa de Israel, ni deshonra a la mujer de su prójimo, ni se acerca a su mujer durante la menstrua- 2 ción; el que no oprime a nadie y paga lo que debe; el que no roba y comparte su pan con el hambriento, viste al desnudo, no presta con usura ni exige interés, aparta

[313] El término griego *nouthétēsis* «advertencia» deriva del sustantivo *noûs* «inteligencia», «espíritu», y del verbo *títhēmi* «yo coloco».

[314] *Is.* 48, 22.

[315] Hades, hijo de Crono, dios de los infiernos. Habitaba en las moradas subterráneas junto a su temible esposa Perséfone. Su mismo nombre, el *invisible,* evidenciaba su aspecto fantasmagórico y sombrío.

[316] El Verbo, como fuente inspiradora del *Antiguo Testamento.*

[317] El término *enthymḗmata* significa «imaginaciones», «pensamientos vanos», «invenciones», «engaños».

su mano de la maldad, administra con rectitud justicia entre su prójimo, devuelve la prenda al deudor, no comete robo, da su pan al hambriento, viste al desnudo, no presta con usura ni exige interés, aparta su mano de la violencia, administra honrada justicia entre un hombre y su vecino, vive según mis leyes y observa mis preceptos para ponerlos en práctica, ese tal es justo y tendrá vida, dice el Señor»[318].

En estas palabras se esboza un modelo de vida cristiana y una admirable exhortación a la vida feliz, al premio de la bienaventuranza, a la vida eterna.

11. *El Logos nos ha educado por medio de la Ley y de los Profetas*

96 En la medida de nuestras fuerzas, hemos mostrado cómo ama a los hombres y cómo los educa. Ha realizado una magnífica descripción de sí mismo, comparándose a «un grano de mostaza»; al hacerlo, expresa alegóricamente la naturaleza espiritual y fecunda del Logos que es sembrado, y su gran poder, susceptible aún de acrecentarse.

Por otra parte, muestra, por la acritud de la semilla, que el carácter acre y purificador de su censura es provechoso.

2 Por medio de este grano diminuto, entendido en su sentido alegórico, se dispensa a toda la humanidad el gran beneficio de la salvación. En efecto, la miel, que es muy dulce, genera la bilis, como el bien genera el desprecio, que es la causa del pecado. La mostaza, en cambio, disminuye la bilis, es decir, la cólera, y corta la inflamación, esto es, la soberbia. Del Logos, pues, proviene la verdadera curación del alma y un duradero equilibrio.

---

318 *Ez.* 18, 4-9. CLEMENTE lo cita en *Strom.* II 135.

3 Antiguamente el Logos educaba por medio de Moisés; luego, lo hizo por mediación de los profetas. El mismo Moisés fue también un profeta: la Ley es la pedagogía de los niños difíciles: «Una vez saciados —dice—, se levantaron para divertirse»[319]. Dice *saciados,* no *alimentados,* para indicar el irracional exceso de alimento.

97 Y como después de saciarse irracionalmente se dedicaron a divertirse también irracionalmente, vino a continuación la Ley y el temor para alejarlos de los pecados y exhortarlos a la recta conducta, preparándolos así para obedecer dócilmente al verdadero Pedagogo: el mismo y único Logos que se adapta según la necesidad. «La Ley ha sido dada —dice San Pablo— para conducirnos a Cris-2 to»[320]. Es, pues, evidente, que el Logos de Dios, el Hijo Jesús, el único, verdadero, bueno, justo, a imagen y semejanza del Padre, es nuestro Pedagogo; a él nos ha confiado Dios, como el padre cariñoso confía sus hijos a un noble pedagogo; Él mismo nos lo ha manifestado con toda claridad: «Éste es mi hijo amado, escuchadle»[321].

3 El divino Pedagogo merece toda nuestra confianza, porque está adornado de tres[322] preciadísimos dones: de ciencia, de benevolencia y de franqueza. De ciencia, porque es la sabiduría del Padre: «toda sabiduría procede del Señor, y permanece en Él eternamente»[323]; de franqueza, porque Él es Dios y Creador: «todas las cosas fueron hechas por Él, y, sin Él, nada fue hecho»[324]; de benevolen-

319 Cf. *Éx.* 32, 6.

320 Cf. *Gál.* 3, 24.

321 *Mt.* 17, 5.

322 PLAT., *Gorg.* 487a: *epistḗmē* «ciencia», *eúnoia* «benevolencia», *parrēsía* «franqueza».

323 *Eclo.* 1, 1.

324 *Jn.* 1, 3.

cia, porque se ha entregado a sí mismo como víctima única por nosotros: «El buen pastor da su vida por sus ovejas»[325], y Él, efectivamente, la dio.

La benevolencia no es más que querer el bien del prójimo, por él mismo.

12. *El Pedagogo, con la actitud propia de un padre, emplea severidad y bondad*

98 En relación con lo anteriormente expuesto, podríamos concluir afirmando que Jesús, nuestro Pedagogo, nos ha diseñado el modelo de la verdadera vida y, asimismo, ha educado al hombre en Cristo.

Su carácter no es excesivamente terrible, ni demasiado blando por su bondad. Da preceptos, y les imprime un carácter tal que sus mandamientos pueden cumplirse. Él 2 mismo, me parece a mí, es quien formó al hombre del barro, lo regeneró con el agua, lo perfeccionó por el Espíritu, lo educó con la palabra, dirigiéndolo con santos preceptos a la adopción de hijo y a la salvación, para transformar al hombre terrestre en un hombre santo y celestial, para que se cumpla plenamente la palabra de Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»[326]. Cristo ha sido la realización plena de lo que Dios había 3 dicho; los demás hombres, en cambio, se asemejan a Dios sólo de un modo figurado. Nosotros, hijos de un Padre bueno, criaturas[327] de un buen Pedagogo, cumplamos la voluntad del Padre, escuchemos al Logos e imprimamos en nosotros la vida realmente salvadora de nuestro Salva-

---

[325] *Ibid.*, 10, 11.

[326] *Gén.* 1, 26.

[327] PLAT., *Ley.* VI 777b: en griego, *thrémmata,* derivado del verbo *tréphō* «yo nutro», «yo alimento», «yo educo».

dor. Llevando, ya desde ahora, la vida celestial que nos diviniza, unjámonos con el óleo de la alegría, siempre viva, y del perfume de la pureza, tomando la vida del Señor como un modelo radiante de incorruptibilidad, y siguiendo las huellas[328] de Dios. A Él sólo corresponde el desvelo —y en él se emplea a fondo— a ver cómo y de qué manera puede mejorar la vida de los hombres.

4 Pero, de cara a una vida libre y sin preocupaciones, nos propone el tipo de un viajero —fácil de seguir y también de dejar— para llegar a la vida eterna y feliz, y nos enseña que cada uno de nosotros debe bastarse a sí mismo: «No os preocupéis —dice— por el día de mañana»[329]; el que se ha comprometido a seguir a Cristo, debe bastarse a sí mismo, sin servidores, y vivir al día. Porque no somos educados para la guerra, sino para la paz.

99 Para la guerra hay que hacer muchos preparativos, y el bienestar necesita ricas provisiones; mas la paz y el amor, hermanas sencillas y tranquilas, no necesitan armas ni provisiones extraordinarias; su alimento es el Logos; el Logos que tiene la misión de guiarnos y educarnos; de Él aprendemos la simplicidad, la modestia, todo el amor a la libertad, a los hombres y al bien. Sólo por el Logos y unidos a la virtud nos hacemos semejantes a Dios[330].
2 Pero, tú, trabaja sin desmayo, pues serás como ni esperas, ni puedes llegar a imaginar.

Así como hay un estilo de vida propio de los filósofos, otro, de los rétores, otro, de los luchadores, así también hay una noble disposición del alma, que corresponde a la voluntad amante del bien y que es consecuencia de

328 Clemente preconiza la imitación de Cristo.

329 *Mt.* 6, 34.

330 PLATÓN, *Teeteto* 176a.

la pedagogía de Cristo. Tal educación confiere a nuestro comportamiento una radiante nobleza: marcha, reposo, alimento, sueño, lecho, dieta, y demás aspectos de la educación, puesto que la formación que nos imparte el Logos no resulta en exceso tensa sino tonificante[331].

Por esa razón, el Logos se llama Salvador; porque ha revelado a los hombres estos remedios espirituales, para conducirlos a una delicada sensibilidad moral y a su salvación. Él sabe esperar el momento oportuno, reprender los vicios, hacer patente las causas de las pasiones, cortar la raíz de los apetitos irracionales, señalar aquello de lo que debemos abstenernos, y dispensar a los enfermos todos los antídotos para su salvación. Ésta es la más grande y regia obra de Dios: salvar a la humanidad. 100

Los enfermos muestran su disgusto con el médico que no prescribe ningún remedio para la curación; ¿cómo no vamos a estar nosotros sumamente agradecidos al divino Pedagogo, que no calla ni transige con las desobediencias que conducen a la ruina, sino que, por el contrario, las reprende, corta los impulsos que llevan a ellas, y enseña las normas adecuadas para la recta conducta? Tengamos, pues, para con Él nuestro mayor agradecimiento. 2

El animal racional —me refiero al hombre— ¿qué otra cosa debe hacer —digamos—, sino contemplar lo divino? Pero es preciso también —digo yo— contemplar la naturaleza humana, y vivir guiados por la verdad, amando por encima de todo al Pedagogo mismo y sus preceptos, pues ambas cosas son armónicas y concordes. 3

---

331 Bella metáfora musical relativa a los melódicos acentos de la lira. Clemente se complace en servirse de una adecuada terminología: *hypértonos* «muy intenso»; *éutonos* «sonoro», «tensado», «fuerte».

Siguiendo dicho modelo, debemos vivir una vida verdadera, estableciendo una buena unión entre nuestros actos y el Logos, sintonizando con el Pedagogo.

101 *13. La buena acción está en conformidad con la recta razón; por tanto, el pecado es un acto contrario al Logos*

Todo lo que es contrario a la recta razón es pecado. Así es como los filósofos estiman que deben definirse las pasiones más generales: la concupiscencia es un apetito que no obedece a la razón; el temor es una aversión que no obedece a la razón; el placer es una exaltación del alma que no obedece a la razón.

Si la desobediencia al Logos genera pecado, ¿cómo no concluir necesariamente que la obediencia al Logos, que 2 llamamos fe, genera lo que llamamos deber[332]. La virtud en sí misma, en efecto, es una disposición del alma que se ajusta a la razón, a lo largo de toda la vida. Y, lo que es más importante: la filosofía se define como el estudio de la recta razón. De donde se deduce que todo fallo procedente de una aberración de la razón se llame 3 justamente error. Así se explica que, cuando el primer hombre pecó y desobedeció a Dios, «se hizo semejante —dice— a las bestias»[333].

El hombre que ha pecado contra la razón ha sido comparado a las bestias, y con toda justica considerado como irracional.

102 Por eso dice la Sabiduría: «El libidinoso y adúltero es un caballo en celo», comparándolo a un animal irracional; y añade: «relincha cuando se le quiere montar»[334]. El

[332] Ambivalencia semántica del término *lógos:* razón/Logos, Verbo divino.

[333] *Sal.* 48, 13.21.

[334] *Ecle.* 36 (33), 6.

hombre —afirma— ya no habla; pues no es ya racional el que comete una falta contra la razón, sino, más bien, un animal irracional, entregado a los apetitos desordenados, donde tienen su sede todos los placeres.

2 Los hijos de los estoicos[335] denominan a la acción recta, realizada por obediencia al Logos, «lo conveniente», y «el deber».

El deber es lo conveniente, y la obediencia se funda en los preceptos; éstos, que se identifican con los mandamientos, tiene como objetivo la verdad y conducen hasta el extremo del deseo, que es concebido como fin. Así, fin de la religión es el reposo eterno en Dios, y nuestro fin es el inicio de la eternidad.

3 El acto virtuoso de la religión cumple el deber por medio de las obras; por eso, lógicamente, los deberes consisten en obras y no en palabras.

El comportamiento propio del cristianismo es una actividad del alma racional inspirada en el buen juicio y en el deseo de verdad, realizada por medio del cuerpo, a ella unido y compañero suyo en la lucha. 4 El deber, pues, en esta vida consiste en seguir la voluntad de Dios y de Cristo, camino correcto para la vida eterna. La vida de los cristianos, que ahora enseñamos, es un conjunto de acciones racionales, la práctica perseverante de lo que nos enseña el Logos, que nosotros llamamos fe.

103 Este conjunto está constituido por los preceptos del Señor, los cuales, tratándose de máximas divinas, nos han sido prescritos como mandamientos espirituales, de gran

[335] Expresión irónica que aparece en diversos pasajes a lo largo de la obra clementina:

«Hijos de los gramáticos» (*Ped.* I 20, 1; *Protr.* 122, 1);

«Hijos de los poetas» (*Ped.* II 34, 2);

«Hijos de los filósofos» (*Strom.* II 9, 4).

utilidad para nosotros mismos y para los demás. Dichos preceptos vuelven a nosotros como vuelve rebotando la pelota hacia quien la ha lanzado. Así pues, los deberes, dentro del plan de la pedagogía divina, son necesarios: han sido prescritos por Dios y preparados para nuestra salvación.

2 Y ya que, entre las cosas necesarias, unas lo son únicamente para nuestra vida de aquí, y otras, en cambio, nos prestan alas para volar desde aquí a la vida feliz de allí arriba, de igual suerte, entre los deberes, unos conciernen a la vida y otros han sido ordenados con miras a la vida feliz. Los que están prescritos para la vida pagana, ya son conocidos por casi todos; mas los relativos a la vida feliz, y merced a los cuales se conquista la vida eterna de allí arriba, podemos examinarlos esquemáticamente, a partir de las mismas Escrituras.

LIBRO II

1. ¿Cómo debemos comportarnos en lo relativo a los alimentos?

1 Siguiendo nuestro propósito, y eligiendo los textos de la Escritura que se refieren a lo que es en verdad útil para la vida de nuestra pedagogía, debemos describir brevemente el comportamiento que debe seguir, a lo largo de toda su vida, uno que se dice cristiano.

Comencemos, pues, por nosotros mismos y, más en concreto, por nuestra manera de comportarnos. 2 Así pues, en nuestro afán de dar a nuestra exposición sus justas proporciones, debemos abordar el tema del comportamiento de cada uno de nosotros con respecto a su cuerpo o, mejor, cómo es necesario dirigirlo.

En efecto, tan pronto como uno, gracias a la realidad exterior y a la conducta de su propio cuerpo, adquiere con exactitud, con la ayuda que le brinda el Logos para reflexionar, el conocimiento de las vicisitudes internas del hombre, según las leyes de la Naturaleza, sabrá no afanarse por las cosas externas y purificar lo que es propio del hombre, el ojo del alma[336], y consagrar la propia carne.

---

[336] Imagen platónica, *Rep.* VII 533d.

3 El que ha encontrado la pureza, por haberse visto privado de su incuestionable naturaleza de polvo, ¿qué medio más ventajoso que éste podría hallar para conseguir enderezar sus pasos hacia la comprensión de Dios?

4 Algunos viven para comer, como los animales privados de razón, para quienes la vida no presenta mayor aliciente que el estómago. Pues bien, el Pedagogo nos prescribe comer para vivir; ni el comer debe ser nuestra obsesión, ni nuestro fin el placer, sino que el alimento es lícito para facilitarnos nuestra permanencia aquí en la tierra [337], que el Logos pretende trocar, siguiendo sus principios pedagógicos, en inmortalidad.

2 Que nuestro alimento sea simple y sencillo, conforme a la verdad, y que se ajuste a la conveniencia de los niños sencillos y simples, y que sirva para la vida, no para la sensualidad.

Esta vida consta de dos elementos: la salud y el vigor, relacionados con un tipo de alimentación fácil de digerir, provechosa para la digestión y la ligereza corporal. Gracias a este alimento se origina el crecimiento, y se mantiene la salud y la fuerza equilibrada, y no este vigor exagerado, peligroso [338] y plagado de miseria [339], propio de los atletas, y que resulta de una alimentación forzada [340].

2 Nuestro deber es rechazar toda variedad de manjares que produzcan diferentes perjuicios, como las indisposiciones del cuerpo, las náuseas de estómago [341]. El gusto es adul-

[337] Cf. PLAT., *Fil.* 60a-b.

[338] PLAT., *Rep.* III 404a.

[339] Juego de palabras entre *áthlios* «miserable», «desgraciado»/ *athlētḗs* «campeón», «atleta».

[340] Alude a las excesiva dieta de los atletas profesionales.

[341] El excesivo despilfarro en la comida era fácil blanco de la Comedia ática y de los filósofos; PLAT., *Gorg.* 464a.

terado por funestos artificios culinarios[342] y por el fútil arte de preparar pasteles. Así, en efecto, hay quienes se atreven a denominar alimento a la afanosa búsqueda de la glotonería[343], que nos hace resbalar por los placeres dañinos.

3 Antífanes[344], médico de Delos, ha afirmado que una de las causas de las enfermedades era esta gran variedad de alimentos; los descontentos con la verdad abominan, por una multiforme ostentosidad, la simplicidad del régimen alimenticio, y se preocupan por importar alimentos de ultramar.

3 Yo siento piedad por esta enfermedad, pero ellos no se avergüenzan de celebrar su glotonería. Su preocupación se centra en las murenas del estrecho de Sicilia, en las anguilas del Meandro, en los cabritos de Melos, en los mújoles[345] de Esciato, en los crustáceos del cabo Peloro, en las ostras de Abidos; no descuidan tampoco las anchoas de Lípari ni la naba[346] de Mantinea, ni tampoco las acelgas de Ascra y buscan los pectineros[347] de Metimna y los rodaballos[348] del Ática, los zorzales[349] de Dafne, los higos secos negros color golondrina, por los que el in-

---

342 Imagen de sabor clásico y pagano. JENOFONTE, *Ciropedia* I, muestra el excesivo refinamiento de los manjares persas; asimismo, DIOSCÓRIDES DE ANAZARBA (Cilicia), médico, habla de ello en I 160.

343 Juego de palabras: *trophḗ* «alimentación» / *tryphḗ* «lujo», «vida regalada».

344 Contemporáneo del epicúreo Filodemo.

345 Pez abundante en el Mediterráneo, muy apreciado por su carne y huevas.

346 Planta crucífera bienal, de raíz gruesa, carnosa y comestible.

347 Marisco. Concha.

348 Pez marino de carne muy estimada.

349 Tipo de pájaro del mismo género que el tordo. Vive en España durante el invierno.

fortunado persa[350] llegó a Grecia con cinco millones de hombres.

2 Y por lo que atañe a las aves, las adquieren de Fasis, las perdices de Egipto y el pavo de Media. Y tras aderezarlo con las salsas, los glotones abren su boca, de par en par, ante los platos. Y todo cuanto produce la tierra, las profundidades marinas y el espacio inconmensurable del aire, todo se lo procuran con vistas a saciar su glotonería[351]. Parece realmente como si estos infatigables golosos quisieran pescar en sus redes al mundo entero para satisfacer su gula, deseosos de oír «silbar las sartenes»[352], pasando toda su vida entre mortero y almireces, y así se unen a la materia, como el fuego.

Incluso este alimento tan simple como es el pan, lo afeminan privando al trigo candeal de sus efectos nutritivos[353], de suerte que cambian en placer vergonzoso la necesidad del alimento.

4 La glotonería humana no tiene frontera; aquélla los ha enviado hacia los pasteles, los pasteles de miel, incluso también hacia las golosinas, ideando una gran variedad de postres y descubriendo toda clase de recetas. Me da la impresión de que un hombre de estas características no 2 es más que mandíbula. Dice la Escritura: «No codicies los manjares de los ricos, porque su vida es falsa y vil»[354]. Los ricos son esclavos de los manjares, cuyos residuos, al poco rato, son expulsados a la fosa; nosotros, en cam-

---

[350] Se refiere a Jerjes, rey de Persia.

[351] Detallada enumeración de vistosas especialidades gastronómicas frecuentes en determinados ambientes culturales del Imperio.

[352] Posible alusión a un cómico.

[353] PLINIO, *Historia natural* XVIII 92, 105.

[354] *Prov.* 23, 3.

bio, que dirigimos nuestros pasos en busca del alimento celeste, debemos dominar el vientre que se encuentra bajo el cielo, y, más aún, todo aquello que le es agradable, cosas que «Dios destruirá»[355], dice el Apóstol, ya que maldice —y es natural— los deseos golosos.

3 «Porque los alimentos están hechos para el vientre» y de ellos depende esta vida realmente carnal y destructora. Y si algunos osan llamar, con un lenguaje desvergonzado, *ágapē*[356] a ciertos platos que exhalan un olorcillo de asado y de salsa, injuriando con sus platos y salsas la obra bella y saludable del Logos, el *ágapē* santificado, blasfemando su nombre en la bebida, molicie y humo, se equivocan si creen poder comprar con las comidas las promesas divinas. 4 En efecto, si clasificáramos las reuniones cuya finalidad consiste en disfrutar conjuntamente, denominaríamos «comida», «desayuno» a este tipo de reunión, y estaríamos en nuestro derecho, mas el Señor a tales festines jamás los ha denominado *ágapē*.

5 Dice en un pasaje: «Cuando fueres por alguno convidado a bodas, no te recuestes en el primer asiento, sino que, cuando te inviten, recuéstate en el último asiento»[357]; y en otro pasaje: «Cuando ofrezcas una comida o una cena», y aún, «Cuando hagas un convite, llama a los pobres»[358]; con esta intención y no otra debe celebrarse una comida; y, de nuevo, insiste: «Cierto hombre organizó una gran comida e invitó a muchos»[359].

5 Creo saber de dónde procede la artificiosa denominación de comidas, a juzgar por las palabras del cómico:

---

355 *I Cor.* 6, 13.

356 Equívoco clementino de *agápē:* «amor»/«alimento litúrgico».

357 *Lc.* 14, 8-10.

358 *Ibid.*, 14, 12-13.

359 *Ibid.*, 14, 16.

de la garganta y de la locura, huésped habitual
[en la comida.

En verdad, «la mayor parte de las cosas, para la mayoría de la gente, existen —y es cierto— sólo con vistas a la comida». Sin duda, no se han percatado de que Dios ha preparado para su obra —me refiero al hombre— alimento y bebida, para lograr su salvación, pero no para producirle placer.

2 Tampoco es natural que el cuerpo saque un gran provecho de una alimentación suntuosa, más bien todo lo contrario; quienes toman alimentos frugales son los más fuertes, los más sanos, los más vigorosos, como ocurre con los siervos respecto a sus amos, y con los labradores respecto a sus dueños. Y no sólo son los más robustos, sino también los más sensatos, como en el caso de los filósofos respecto a los ricos, ya que no han manchado su inteligencia con los alimentos, ni han pervertido su corazón con los placeres.

3 Un *ágapē* es, realmente, un alimento celeste, un festín espiritual[360]: «(el *ágapē*) todo lo disimula, todo lo soporta, todo lo espera; la caridad jamás decae»[361]. «Dichoso

4 del que coma pan en el reino de Dios»[362]. La peor de todas las caídas es la del *ágapē,* que no puede caer, cuando se precipita desde lo alto del cielo hasta la tierra, sobre la salsa. ¿Crees tú que yo considero cena la que debe ser abolida? Dice la Escritura: «Si repartiere todos mis bienes, mas no tuviere caridad *(ágapē),* no soy nada»[363].

---

360 En griego, *estíasis logikḗ* «banquete del Logos».

361 *I Cor.* 13, 7-8.

362 *Lc.* 14, 15.

363 *I Cor.* 13, 2-3.

Sobre esta caridad se cimenta toda la Ley y el Verbo[364]. Y si tú amas al Señor tu Dios y a tu prójimo, éste sí que es el verdadero banquete que se celebra en los Cielos, en tanto que al banquete terrestre se le llama *comida*[365], como lo muestra la Escritura, puesto que el banquete tiene como móvil la caridad, mas la comida no es caridad *(ágapē)*; es sólo una demostración de una generosa y comunitaria benevolencia. 6

«No hagáis, pues, que vuestro bien sea objeto de críticas. Que no es el Reino de Dios comida ni bebida», dice el Apóstol, para que lo efímero sea tenido por mejor, «sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo»[366]. Quien coma de este alimento[367] adquirirá el mejor de los bienes existentes, el Reino de Dios, preparándose desde aquí para la santa unión de la caridad, la Iglesia celeste[368]. 2

La caridad es, pues, algo puro y digno de Dios, y la finalidad de su obra no es otra que la de repartirla. Afirma la Sabiduría: «El ansia de educación es amor, y el amor es observancia de sus leyes»[369]. Los festejos tienen una cierta chispa de caridad, que habitúa a pasar del alimento vulgar al eterno. La caridad no es, por consiguiente, un alimento, más éste debe perfeccionarse con la ayuda de la caridad. «Que tus hijos a quienes amaste, Señor, aprendan que no tanto las producciones de frutos sustentan al hombre cuanto tu palabra mantiene a aquellos que 7 2

---

[364] Doble título del Salvador.

[365] En griego, *deîpnos/euōchía.*

[366] *Rom.* 14, 16-17.

[367] Nuevo empleo clementino del equívoco: *áriston* «el mejor»/«almuerzo».

[368] Nuestro autor llama a la Iglesia «en lo alto» en *Strom.* VI 108, 1; y «espiritual», *ibid.*, VII 68, 5.

[369] *Sab.* 6, 17-18.

en ti creen»[370]; «porque el hombre justo no vivirá del pan».

3 Que nuestro alimento sea frugal y ligero, que nos permita estar despiertos, sin mezcla de salsas variadas —pues no significa ello falta de educación—, ya que tenemos una excelente nodriza[371], la caridad, que posee abundante provisión: la moderación, que preside toda alimentación equilibrada y que, tasando al cuerpo la cantidad y calidad, aporta al prójimo parte de sus propios bienes. En cambio, este otro régimen de vida, que sobrepasa la moderación, es altamente nocivo para el hombre, daña su alma y provoca que su cuerpo sea propenso a la enfermedad.

4 Sí, ciertamente, los placeres de la gula reciben nombres insoportables: gula, glotonería, sibaritismo, deseo insaciable, voracidad. Semejante a éstos son los nombres de moscas, comadrejas, luchadores y

las tribus salvajes de parásitos[372],

es decir, aquellos que comparan el placer del vientre con la razón, con la amistad o con la vida misma, gente que arrastra el vientre, bestias parecidas al hombre, imagen de la bestia golosa[373].

5 Los antiguos, al llamarles *asôtoi,* sugerían —creo— dejándolo entrever, el fin que perseguían, considerándolos *asôstoi,* es decir, «perdidos», <in-salvables>, por la supresión de la letra sigma[374].

---

370 *Ibid.*, 16, 26.

371 HOMERO, *Odisea* IX 27.

372 Parodia de HOM., *Il.* XIX 30.

373 Descripción del pecado de la gula, de gran belleza literaria.

374 Clemente juega con los términos: *ásōtos* «corrompido», «miserable», «detestable», y *ásōstoi* «insalvables». Ambos vocablos denuncian la imposibilidad de salvación.

¿No son éstos, en verdad, los que centran su atención en los platos y en la fatigosa elaboración de los condimentos; seres infelices, nacidos de la tierra [375], ofuscados tan sólo por la persecución de una vida efímera, que no van a vivir?

8 El Espíritu Santo se compadece de ellos, por boca de Isaías, rehusando con dulzura el nombre de *ágapē,* dado que sus banquetes no eran conforme al Logos: «Ellos estaban alegres, sacrificando reses vacunas y degüello de ganado menor, y exclamaban: comamos y bebamos, que mañana moriremos» [376]. 2 Y, como muestra de que considera un error esta vida desenfrenada, añade: «Ciertamente no os será perdonado este delito hasta que muráis» [377]; decreta, no la absolución de la falta por una muerte insensible, sino la satisfacción de aquélla, por la muerte de la salvación. «No te dejes arrastrar por un pequeño placer», dice la Sabiduría.

3 Debemos ahora recordar —a propósito de los que reciben el nombre de *idōlóthytes* [378]— la manera con que se recomienda el deber de abstenerse de ellos [379]. Según creo, son francamente sucias y abominables estas carnes rociadas de sangre,

almas de cadáveres muertos, del fondo del Érebo [380].

---

375 En griego, *chamaigenêis.* Epíteto épico, cf. *Himnos homéricos: Afrodita* 108, *Deméter* 353; Hesíodo, *Teogonía* 879.

376 *Is.* 22, 13.

377 *Ibid.,* 22, 14.

378 Literalmente, «que sacrifican ídolos».

379 *Hechos* 15, 29.

380 Hom., *Od.* XI 37. El Érebo era hijo de Caos y hermano de la Noche. Personificación de las tinieblas infernales y del reino de los muertos.

4 Dice el Apóstol: «No quiero que entréis en comunión con los demonios»[381], ya que está preparado un doble alimento: uno, para los que se salven, y otro, para los que perezcan. Es preciso que nos abstengamos de tales alimentos, sin miedo alguno[382] —ya que los demonios carecen de poder— y sin repugnancia, tanto por nuestra conciencia pura, como por la desvergüenza de los demonios, para quienes estos alimentos están realmente consagrados, y aún por el carácter poco consistente de quienes dudan de todo, «gente cuya conciencia se contamina, porque es débil. Además, la comida no nos va a acercar a Dios»[383]. «No lo que entra por la boca ensucia al hombre, sino lo que de ella sale»[384].

9 Por tanto, el uso natural del alimento es indiferente[385]: «Ni aunque no comamos, somos menos»[386], ni aunque comamos, somos más; pero no es razonable compartir «la mesa de los demonios»[387], cuando se nos ha admitido a participar del alimento divino y espiritual. Dice el Apóstol: «¿Acaso no tenemos derecho a comer y a beber, y a traer con nosotros mujeres?»[388]. Con la abstinencia de los placeres frenamos los deseos; «mas, mirad que esta libertad que os tomáis no sea un tropiezo para los débiles»[389].

---

381 *I Cor.* 10, 20.

382 Doctrina paulina: *I Cor.* 10, 25-27.

383 *Ibid.*, 8, 7-8.

384 *Mt.* 15, 11.

385 Terminología propia de la moral estoica.

386 *I Cor.* 8, 8.

387 Bella metáfora de San Pablo, de gran alcance pedagógico: *I Cor.* 10, 21.

388 *Ibid.*, 9, 4-5.

389 *Ibid.*, 8-9.

No debemos, como si llevásemos, a imagen del hijo rico del Evangelio, una vida disipada, menospreciar los dones del Padre, antes bien, usar de ellos, como dueños, mas sin inclinarnos ante ellos. Fuimos destinados a dominar y a gobernar los alimentos, no a servirles de esclavos. 2

Es de admirar, realmente, el hecho de que, examinando con atención la verdad, podamos participar del alimento divino, y también colmarnos en la contemplación insaciable del que es, sin lugar a dudas, el Ser, gustando del placer sólido, estable y puro. Éste es el *ágapē* que debemos esperar, como lo demuestra el manjar que Cristo nos ofrece. 3

Es del todo inútil, insensato e inhumano alimentarse de muerte, como el ganado que engorda mirando sólo al suelo, formados como estamos de barro, y estar siempre recostados sobre las mesas[390], a la caza de una vida licenciosamente golosa, enterrando en ella el bien para ocuparse de una vida sin porvenir alguno y con la mirada puesta en los manjares, que proporcionan más gozo a los cocineros que a los mismos agricultores. Lejos está de nosotros rechazar cualquier lazo social; más bien nos asalta la desconfianza ante el libertinaje de la sociedad, como si de una desgracia se tratara[391]. 4

Por eso debemos alejarnos del vicio de la gula tomando pocos alimentos, y aun los más indispensables. Y si algún infiel nos invita, y decidimos ir a su casa —realmente no es cosa buena tener tratos con los que viven sin orden—, el Apóstol nos ordena comer todo cuanto se nos ofrezca, «sin más averiguaciones motivadas por la 10

---

[390] Pasaje que evoca a PLAT., *Rep.* IX 586a.

[391] Juego de palabras: *symperiphorá* «libertinaje», «condescendencia»/*symphorá* «desgracia».

conciencia»[392], y, asimismo, nos ha ordenado comprar todos los artículos que estén a un precio asequible[393].

2 Nuestra obligación no estriba en apartarnos por completo de los manjares variados, sino en despreocuparnos de ellos. Debemos tomar el alimento que se nos da como es conveniente a un cristiano, honrando así al invitado con una participación y una compañía nada dañina y que no sacia, sin conceder importancia a la suntuosidad del servicio, y desprenciando los alimentos, con la idea de que dentro de muy poco ya no existirán.

3 «El que come, al que no coma no le menosprecie; y el que no come, al que coma no le juzgue»[394]. Y en unas líneas más adelante explicará el porqué de su consejo: «El que come, para el Señor come, y da gracias a Dios»[395], y el que no come, no come por el Señor y da gracias a Dios, de suerte que un justo manjar es una acción de gracias; y el que sin cesar está dando gracias, no tiene 4 tiempo para dedicarse a los placeres. Si quisiéramos encaminar hacia la virtud a alguno de nuestros comensales, tendríamos que abstenernos de aquel tipo de alimento refinado, comportándonos como un claro ejemplo de virtud, a imagen de Jesucristo.

«Si, en verdad, alguno de estos alimentos es motivo de escándalo para mi hermano, no comeré jamás, para no escandalizarlo»[396], afirma el Apóstol.

5 «¿No tenemos acaso derecho a comer y a beber?»[397]. De nuevo insiste: «Hemos conocido la verdad, es decir,

---

392 *I Cor.* 10, 27.

393 *Ibid.*, 10, 25.

394 *Rom.* 14, 3.

395 *Ibid.*, 14, 6.

396 *I Cor.* 8, 13.

397 *Ibid.*, 9, 4.

que un ídolo no es nada en este mundo, y que tenemos realmente un solo y único Dios, de quien todo procede, y un solo Señor, Jesús.» Pero «se pierde el débil por tu ciencia, el hermano por quien Cristo murió. Los que sacuden a golpes la conciencia de los hermanos débiles, pecan contra Cristo». De este modo el Apóstol, con gran prudencia, establece una distinción entre los banquetes, afirmando: «no nos mezclemos con quien, llamándose hermano, fuese libertino, un perdido, adúltero o idólatra; con ese, ni comer»[398]; ni se debe participar de su conversación ni de su comida. El Apóstol teme, ciertamente, por la mancha que ello pueda acarrear, algo así como «la mesa de los demonios». 6

«Bueno es no comer carne ni beber vino»[399]; en este mismo sentido se pronuncia Pitágoras y su escuela. Se refiere a la carne de caza mayor, cuyos olores más espesos oscurecen, en densas sombras, el alma. Mas, si alguno la prueba, no peca; sea moderado al tomarla, no sea ávido en exceso, ni esclavo; ni saque su lengua hacia el plato, porque oirá la voz: «No arruines por causa de un manjar la obra de Dios»[400]. 11

Es de persona necia contemplar y quedarse boquiabiertos ante los platos en un festín ordinario, después de haber degustado el Logos; pero es, en verdad, mucho más insensato que nuestros semblantes se esclavicen ante los platos, y que la intemperancia sea, por así decirlo, paseada por los criados. 2

¿Cómo no va a ser inconveniente incorporarse sobre 3

---

[398] *Ibid.*, 5, 11.
[399] *Rom.* 14, 21.
[400] *Ibid.*, 14, 20.

el triclinio[401], para lanzar la mirada sobre los platos, recostado hacia adelante como en el borde de un nido, con el fin de, como comúnmente se dice, oler la fragancia errante?

¿Cómo no va a ser estúpido mojar las manos en la salsa, o tenderlas a cada instante hacia el plato[402], pero no con ánimo de probarla, sino más bien de echar mano 4 a los alimentos, sin moderación ni decoro alguno? Puede afirmarse que los que así obran se asemejan, por su voracidad, a los puercos y a los perros más que a las personas, pues tan grande es su afán de hartazgo. Hinchan los dos carrillos para llevarse a la boca recipientes en donde ocultar su cara; además, el sudor les empapa, pues les oprime su deseo insaciable, y están jadeantes de intemperancia. Depositan y empujan deprisa y confusamente los alimentos en el vientre, como si fueran a aprovisionarse, pero no a digerirlos. La falta de moderación constituye realmente un mal, y se muestra, de manera especial, en lo relativo a la alimentación.

12 La gula refinada es la absoluta carencia de moderación en el uso de alimentos; la glotonería es el placer de la garganta, y la gula es la intemperancia con los alimentos, o, como su mismo nombre indica[403], un delirio de estómago, ya que *márgos* significa «loco».

---

[401] En las antiguas casas romanas, comedor, compuesto por una mesa rodeada de tres lechos, con capacidad cada uno para tres, cuatro y, ocasionalmente, cinco personas, donde los comensales se acomodaban reclinándose en ellos mientras comían y charlaban. El término procede del gr. *klínē* «lecho», «cama».

[402] Los antiguos no usaban cubiertos durante las comidas, sino que cogían con las manos los alimentos de un plato común o fuente.

[403] Una vez más, Clemente se complace con el juego etimológico: *gastrimarguía* «gula», «glotonería»/*márgos* «loco», «furioso». Es decir,

El Apóstol, a propósito de los que celebran festines comunes, afirma que no obran rectamente: «Porque cada cual, al comer, se adelanta a tomar su propia cena, y uno pasa hambre y otro se embriaga. ¿No tenéis casas para comer y beber? ¿O acaso menospreciáis a la Iglesia de Dios, y avergonzáis a los que no tienen?»[404]. Pero en casa de los ricos los glotones intemperantes, gentes insaciables, se avergüenzan de ellos mismos. Unos y otros actúan mal: unos, porque incordian a los que nada tienen, y los otros, porque desnudan su incontinencia en casa de los ricos. Convenía que el Apóstol, después de haber hablado largamente contra aquellos que han perdido la vergüenza, y que abusan de las comidas con menos recato que los demás, en una palabra, contra los insaciables que nunca tienen suficiente, elevara por segunda vez la voz con enojo: «Así que, hermanos míos, cuando os juntéis para comer, guardaos mutuamente. Si alguno tiene hambre, coma en su casa, a fin de que no os juntéis para condenaros»[405]. 2 3

Nuestro deber es abstenernos de toda grosería y desenfreno, tomar con moderación lo que se nos ofrezca, sin ensuciarse las manos, ni el lecho, ni la barba, antes bien conservar un aspecto digno, que no conozca deformación alguna, no hacer muecas ni en el momento de la deglución, sino procurar tender la mano con orden y a intervalos. También debe procurarse no hablar mientras se come, ya que la voz se torna desagradable y confusa ante la presión de las mandíbulas llenas, y por el agobio de los 13

dicho término está formado por *gastḗr, gastrós* «vientre», y *márgos;* en consecuencia, propiamente, «loco por el vientre, por la comida».

404 *I Cor.* 11, 21-22.

405 *Ibid.*, 11, 33-34.

alimentos sobre la lengua, perdiendo con ello su espontánea naturalidad y emitiendo una pronunciación apagada.

2 Tampoco conviene comer y beber al mismo tiempo; en efecto, es indicio de intemperancia manifiesta confundir los tiempos propios de cada cosa, cuando no concuerdan a cada tiempo[406]. Y como dice el Apóstol: «Ora, pues, comáis, ora bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios»[407], tendiendo a la verdadera simplicidad, que, según creo, sugirió el Señor cuando bendijo los panes y los peces asados, y los repartió entre sus discípulos, dándoles un bello ejemplo de sencillez en los manjares.

14 Así pues, aquel célebre pez que Pedro cogió, a instancias del Señor[408], representa un alimento simple, moderado y un regalo de Dios.

El Señor, en verdad sugiere borrar, de entre los que remontan las aguas[409], cogidos al cebo de la justicia, el desenfreno y el amor a las riquezas, como la moneda del pez, para descartar nuestro amor a la vanagloria y con el fin de que, después de dar el estáter[410] a los aduaneros, se dé al César lo que es del César y se reserve para Dios lo que es de Dios.

2 El estáter encierra en sí mismo otras explicaciones, que desconoce; sin embargo, no viene al caso un comentario

---

406 Los antiguos ofrecían, tras las comidas, un servicio de vinos, *sympósion,* impropiamente traducido por «banquete», pues, en realidad, encierra la idea de «beber en compañía, en grupo, en comunidad». Los *sympósia* se enmarcaban en un ambiente distendido, culto, refinado, y apto para todo tipo de coloquios, discusiones y juegos amorosos.

407 *I Cor.* 10, 31.

408 *Mt.* 17, 27.

409 Se refiere a las aguas bautismales.

410 Múltiplo de la dracma, o *didracma;* sistema empleado en el Peloponeso (excepto Esparta), en Delfos y en Grecia Central.

exhaustivo. Sólo basta con recordarlo; nosotros aprovechamos para hablar de nuestro tema las flores, que no son nota discordante en nuestro discurso.

Así hemos actuado en repetidas ocasiones, desviando la fuente hacia la cuestión apremiante, manantial utilísimo para regar las plantas del Logos.

3 En efecto, «Si me está permitido hacer uso de todo, no va a serme todo útil»[411]; rápidamente caen en lo ilícito quienes quieren hacer todo lo lícito. Y así como a través de la avaricia no se alcanza la justicia, ni la intemperancia es el verdadero camino de la moderación, así tampoco el régimen de vida de un cristiano se adquiere con una vida placentera; porque la mesa de la verdad está lejos de «las comidas lascivas».

4 Si todo ha sido creado exclusivamente para el hombre[412], no está bien usarlo todo, y muchísimo menos a cada instante. La ocasión, el tiempo, el modo, y el porqué ejercen sobre el discípulo del Pedagogo una influencia no pequeña, capaz de determinar lo verdaderamente útil. Y lo conveniente tiene fuerza como para paralizar una vida entregada al vientre, cuyo estímulo es la riqueza, no la de la mirada aguda[413], sino la abundancia, que es ciega respecto a la gula.

5 Nadie es pobre en lo que concierne a lo estrictamente necesario, ni nadie ha sido jamás desdeñado. Hay un ser único, Dios, que alimenta a los pájaros y a los peces y, en una palabra, a los animales irracionales. Nada les falta, aunque no se preocupen de su alimento. Ahora bien, nosotros aventajamos a estos peces, en tanto que somos

---

411 *I Cor.* 10, 23.

412 Doctrina del antropocentrismo del Cosmos.

413 Expresión que recuerda a PLAT., *Ley.* I 636c.

sus dueños, y estamos más cerca de Dios, y porque somos más prudentes y sabios. Hemos nacido, no para comer y beber, sino para ser seres creados para el conocimiento de Dios. «El justo come hasta saciar su apetito, mas el vientre de los impíos sufrirá escasez»[414], porque centran su deseo en las golosinas. No debe emplearse la riqueza para satisfacer nuestros solos placeres, sino para hacerla extensiva a los demás.

15 Por eso, pues, nuestra obligación se centra en rechazar aquel tipo de alimento que, sin tener hambre, nos induzca a comer[415], por proporcionar gusto a nuestro apetito[416]. Pero, ¿acaso no puede darse una sana variedad de alimentos, en medio de una sana frugalidad? Cebollas, aceitunas, algunas legumbres, leche, queso, fruta y diver-
2 sos manjares sin salsa. Y si conviene carne asada o cocida, debe ofrecerse. «'¿Tenéis algo que comer?', dijo el Señor a sus discípulos, después de su resurrección.» Y, como los había instruido en la práctica de la simplicidad, «éstos le ofrecieron un poco de pescado asado, y, mien-
3 tras comía en presencia de ellos, les decía...». Y Lucas dice lo que dijo[417]. Además, no hay que privar de postres ni de miel a quienes toman su alimento con moderación[418]. De entre los manjares, los más convenientes son aquellos que pueden tomarse al momento, sin necesidad de calentarlos, pues ya están preparados; luego existen los más simples, como antes hemos apuntado.
4 En cuanto a los que se inclinan sobre las mesas hu-

414 *Prov.* 13, 25.
415 JEN., *Mem.* I 3, 6. CLEMENTE lo recoge en *Strom.* II 120, 5.
416 PLUT., *Quaestiones convivales* IV 663C.
417 *Lc.* 24, 41-44.
418 PLAT., *Rep.* II 372c; PLUT., *Quaest. conv.* IV 664A.

meantes[419], como si amamantaran sus propias pasiones, tienen por guía un demonio muy glotón, al que yo no me avergonzaría de llamar «un demonio de vientre»; éste es, sin duda, el peor y el más funesto de los demonios. Ese tal se asemeja a un ventrílocuo. Es, sin lugar a dudas, mucho mejor ser feliz que cohabitar con un demonio. Y la felicidad está en el ejercicio de la virtud[420].

16 El Apóstol Mateo se alimentaba de semillas y de frutos secos, de legumbres, pero sin probar jamás carne; Juan, por su parte, extremando su temperancia, «comía saltamontes y miel silvestre»[421]. 2 Asimismo, Pedro se abstenía de la carne de cerdo. Mas «le sobrevino un éxtasis —está escrito en los *Hechos de los Apóstoles*— y contempla el cielo abierto y una especie de recipiente suspendido por sus cuatro extremos sobre la tierra; en dicho recipiente había toda clase de cuadrúpedos, reptiles de tierra y volátiles del cielo. Y sonó una voz que decía: 'Levántate; sacrifica y come.' Mas Pedro repuso: 'De ninguna manera, Señor, pues jamás comí cosa profana e impura.' Y una voz desde el cielo habló por segunda vez: 'Lo que Dios purificó, no lo hagas tú profano'»[422]. 3 Por consiguiente nos es indiferente el uso de los alimentos, porque «no lo que entra por la boca mancha al hombre»[423], sino un vano concepto de intemperancia. Dios, en verdad, después de modelar al hombre dijo: «Todo será para vuestro alimento»[424]. 4 «Legumbres con amor o toro cebado

---

419 PLUT., *Quaest. conv.* IV 660F.

420 ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea* I 1098a16. Nótese el juego de palabras *daímona/eudaímona*.

421 *Mt.* 3, 4.

422 *Hechos,* 10, 10-15.

423 *Mt.* 15, 11.

424 *Gén.* 1, 29; 9, 3.

con odio.» Lo cual viene a reafirmar lo que anteriormente se ha dicho un poco más arriba: que las legumbres no constituyen el *ágapē*, pero que la caridad *(ágapē)*[425] debe presidir todo alimento. Es bueno el equilibrado temple en todo, y no menos en lo relativo a la preparación de los alimentos; ya que los extremos son peligrosos, y las posiciones intermedias son buenas. El término medio consiste en no estar necesitado de lo indispensable, dado que los deseos naturales son acallados por lo suficiente.

17 La frugalidad es proclamada a los judíos por la Ley, conforme al plan divino. El Pedagogo prohibió innumerables animales, por boca de Moisés, aduciendo, además, los motivos: ocultos, unos, los de carácter espiritual; patentes, otros, los carnales, en donde han depositado su confianza. Unos, porque tienen la pezuña hundida[426], otros, porque no rumían los alimentos[427]; y otros, porque sólo entre los acuáticos carecen de escamas[428], de suerte que queda poca variedad de animales que realmente puedan servirnos de alimento.

2 Y de entre los que están permitidos, la Ley ha descartado aún a los que han muerto por enfermedad[429], los que se han ofrecido a los ídolos y los que han sido ahogados[430]; a éstos no es lícito tocarlos.

Y ya que resulta imposible que quien gusta de cosas dulces se abstenga de aceptarlas, ha establecido[431] un sistema de conducta contrario, hasta que quede del todo su-

---

425 Cf. *supra*, n. 356.
426 *Lev.* 11, 4-5; *Dt.* 14, 7.
427 *Lev.* 11, 6-7; *Dt.* 14, 8.
428 *Lev.* 11, 10; *Dt.* 14-10.
429 *Lev.* 11, 39; *Dt.* 14, 21.
430 Prohibición de probar la sangre.
431 La Ley.

primida aquella inclinación al disfrute, adquirida por hábito. La mayoría de las veces el placer engendra en el hombre daño y tristeza, y la abundancia de alimentos genera en el alma aflicción, olvido y locura. 3

Se dice que el cuerpo de los niños, al crecer, logra un feliz desarrollo si la alimentación es parca, ya que el *pneûma* en su movimiento ascensional que impulsa el crecimiento, no es interceptado por una alimentación excesiva que opondría una barrera a la buena circulación pneumática[432].

18 De ahí que Platón, quien entre los filósofos, busca apasionadamente la verdad, acuse la vida voluptuosa y reavive la llama de la filosofía hebrea: «Al llegar yo —dice— no he encontrado satisfacción alguna en la llamada *vida feliz,* consistente en pasarse toda la vida alrededor de las mesas italianas o siracusanas, o en llenarse dos veces al día, en no dormir jamás sólo de noche, y en sufrir todas las consecuencias inherentes a una vida como ésta. En efecto, este régimen de vida no podría volver sensato a ningún ser que viva bajo el cielo, si sigue estos derroteros desde su juventud, ni le llevará tampoco al equilibrio de una naturaleza digna de admiración»[433].

2 Platón, en efecto, no desconocía a David, el cual, en su propia ciudad, había instalado el arca santa en medio de la tienda, procurando agradar a todo el pueblo a él sometido, «delante del Señor repartió entre toda la nación de Israel, a hombres y a mujeres, una torta de pan, un pastelito y una torta frita»[434].

---

[432] Según la medicina estoica, el *pnêuma* respiratorio facilita el crecimiento y desarrollo del niño y del embrión. PLUT., *Lic.* 17, se refiere a ello, a propósito del régimen alimenticio de los pequeños espartiatas.

[433] PLATÓN, *Carta VII* 326c.

[434] *II Re.* 6, 17-19; *I Crónicas* 16, 1-3.

Este alimento es más que suficiente, y es el de los is-
3 raelitas, mientras que el de los paganos es superfluo. Y quien sigue este alimento, «jamás podrá llegar a moderarse»[435], pues entierra su espíritu en el vientre, semejante al pez llamado *ónos*[436], del cual afirma Aristóteles que es el único animal que tiene el corazón ubicado en el vientre[437]. Epicarmo el Cómico lo llama *ektrapelógastron*[438]. Éstos son los que han confiado en su vientre, «su dios es el vientre, su gloria, la vergüenza, y sus pensamientos, tan sólo terrestres». A este tipo de seres del Apóstol no les predijo la felicidad: «su fin, dice, es la perdición»[439].

19

2. *¿Cómo comportarse en la bebida?*

El Apóstol dice a Timoteo, mientras bebía agua: «Toma un poco de vino para bien de tu estómago»[440], aplicando el astringente que correspondería a un cuerpo enfermizo y con exceso de líquido[441]; no obstante, aconseja una pequeña cantidad, no fuera que el remedio, tomado
2 en abundancia, necesitara otro tipo de medicamento. Realmente el agua es una bebida natural, que favorce la sobriedad, y es indispensable cuando se tiene sed. El Señor la hacía brotar para los antiguos hebreos[442] de la abrupta

---

435 PLAT., *Carta VII* 326c.

436 Merluza.

437 ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 315e.

438 Literalmente, «de vientre enorme».

439 *Flp.* 3, 19.

440 *I Tim.* 5, 23.

441 Variado vocabulario médico:
nosēleúō «estar enfermo»,
pladáō «estar húmedo, acuoso»,
boḗthēma «remedio», «medicina».

442 *Éx.* 17, 6.

roca, y la ofrecía como alimento simple y sano, pues era especialmente necesario que los que aún erraban por el desierto estuvieran sobrios.

Más tarde, la viña santa[443] produjo el racimo profético[444]. Constituye la Señal[445] para quienes el Pedagogo ha conducido desde el curso errante hasta el reposo. Es el gran racimo, el Logos que ha sido prensado para nosotros, la sangre de la uva madura, la sangre del racimo que el Logos ha querido mezclar con agua[446], como su sangre se mezcla con la salvación. 3

La sangre del Señor es doble: en primer lugar, es su carne, con la que nos ha rescatado de la perdición[447]; y, en segundo lugar, su espíritu[448], con el que hemos sido ungidos. Y beber la sangre de Jesús es participar de la incorruptibilidad divina. El espíritu es la fuerza del Logos, como la sangre, la de la carne.

Así pues, de forma análoga, el vino se mezcla con el agua y el espíritu con el hombre[449]. Lo alimenta para la fe: es la mezcla; lo otro conduce a la incorruptibilidad: es el espíritu. A su vez, la mezcla de los dos —es decir, de la bebida y del Logos— recibe el nombre de Eucaristía, gracia alabada y hermosa. Quienes de ella participan por la fe, son santificados en su cuerpo y en su alma, 20

---

443 Cf. *Is.* 5, 1.

444 Clara referencia al racimo que Josué, Caleb y otros exploradores israelitas llevaron del Valle de Eskol (*Núm.* 13, 23-24).

445 Con cierta frecuencia, Clemente se sirve del nombre *sēmeîon* «señal», «signo», para simbolizar la Cruz.

446 Clara alusión al milagro de Caná.

447 *I Pe.* 1, 18-19.

448 La sangre eucarística.

449 Se refiere a la «fuerza», al «poder divino» del Verbo, no a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

mezcla divina que es el hombre, en quien la voluntad del Padre hace mezclarse misteriosamente el espíritu y el Logos[450]. Porque verdaderamente el espíritu está unido al alma, que sostiene, y la carne[451] al Logos, por la que «el Logos se hizo carne»[452].

2 Me admiro de quienes han elegido una vida austera, y que anhelan el agua, fármaco de templanza, y que huyen lo más lejos posible del vino como de una amenaza 3 de fuego. Me agrada, en verdad, que los muchachos y las muchachas se abstengan lo más posible de esta droga, ya que no es conveniente derramar el líquido más caliente, es decir, el vino, sobre una edad hirviente, como si se echara fuego sobre fuego, por lo que se inflaman los instintos salvajes, los deseos ardientes y el ardor temperamental[453]. Los jóvenes impetuosos y calientes por dentro se dejan arrastrar por su deseo, hasta tal punto que su mal se manifiesta claramente ante los ojos de todos en su cuerpo, cuando los órganos sensuales alcanzan una gran 4 madurez, más de lo debido. Al fermentar el vino, los senos y los órganos sexuales se excitan impúdicamente y se hinchan, firme anuncio de la fornicación; el *traûma* del alma inflama necesariamente el cuerpo y las palpitaciones obscenas suscitan una curiosidad que invita al hombre moderado a infringir la ley.

21 De ahí que el dulce vino de la juventud desborde los límites del pudor. Y es necesario, en la medida de lo posible, intentar apagar las pasiones de los jóvenes, ya sea eliminando la materia combustible, la del terrible Baco,

---

450 Triple mixtura: el agua y el vino, la Eucaristía y el hombre.

451 La carne del Verbo encarnado.

452 *Jn.* 1, 14.

453 PLAT., *Ley.* II 664e.

ya sea vertiendo un antifármaco al efervescente espíritu juvenil[454], a fin de preservar el alma chamuscada, detener la turgencia de los órganos y adormecer la excitación de la pasión ya desencadenada.

2 Los que están en la flor de la edad[455], al tomar cada día su desayuno, conviene que prueben sólo pan y se abstengan totalmente de beber[456], para que el exceso de humedad sea reabsorbido embebiéndose en un alimento seco. 3 En efecto, escupir a cada momento, sonarse[457] y correr a causa de las excreciones es señal de intemperancia, pues denota un exceso de líquido en el cuerpo. Ahora bien, si se tiene sed, cúrese este mal con no mucha agua, pues no conviene llenarse inmoderadamente de agua, con el fin de que la comida no se diluya, sino que se triture para facilitar la buena digestión; de esta manera, los alimentos se distribuyen por las carnes, y sólo una pequeñísima cantidad es evacuada.

22 Por otra parte, no conviene que las divinas meditaciones se carguen de vino, porque —como dice el poeta cómico[458]— «el vino puro a pensar poco induce», y a no tener ningún pensamiento cuerdo.

Mas, por la tarde, a la hora de cenar, debe tomarse vino, ya que no nos dedicamos a la lectura de ciertos pasajes que requieren una especial sobriedad. 2 En este momento, la atmósfera es más fresca que durante el día, de suerte que es preciso suplir el calor natural que disminuye

---

454 PLUT., *Quaest. conv.* VI 694F, y VIII 734A.

455 Se refiere a los jóvenes comprendidos entre los dieciocho y treinta años, como refiere PLATÓN en *Leyes* II 666a.

456 Pasaje paralelo *ibid.*, II 666b.

457 En un pasaje paralelo, JENOFONTE diseña el mismo ideal de cortesía y de urbanidad: *Cirop.* VIII 8, 8.

458 Menandro.

por uno de fuera, es decir, tomando vino en escasa cantidad; pues no conviene ir «hasta la copa del exceso».
3 Quienes ya han sobrepasado la madurez deben participar de la bebida con más alegría: calentando, sin daño alguno, con el fármaco de la viña, la frialdad de la edad extinguiéndose por el paso del tiempo. Porque, la mayoría de las veces, los deseos de los ancianos no se inflaman hasta el naufragio de la embriaguez.

4 Anclados, por así decirlo, con las áncoras de la razón y del tiempo, soportan con mayor facilidad la tempestad de las pasiones desencadenadas por la embriaguez, y les está permitida aún cierta clase de bromas en los banquetes[459]. Ahora bien, deben ponerse como límite, cuando beban, conservar lúcidamente la razón, la memoria activa, y guardar el cuerpo de toda agitación y temblor provocado por el vino. Los expertos llaman a este tipo de persona «ligeramente ebrio».

23 Pero mejor será detenerse, por ser una cuestión harto rebaladiza.

Un tal Artorio[460], en su tratado *Sobre la longevidad* —lo recuerdo—, sostiene que sólo debe tomarse vino para humedecer los alimentos, a fin de que podamos tener una vida más duradera. Por lo que respecta al vino, conviene que unos lo usen sólo como medicina saludable, y otros
2 para recreo y diversión. En efecto, el vino vuelve al bebedor más alegre, en mayor grado que antes[461], y lo hace más agradable para los comensales, más suave con los criados y más dulce con los amigos; ahora bien, la extralimitación desencadena la violencia. El vino, al ser caliente

459 Pasaje paralelo en PLAT., *Ley.* II 666b.

460 Médico en tiempos de Augusto.

461 PLAT., *Ley.* I 649a.

y tener jugos suaves, si se le mezcla proporcionadamente, no sólo disuelve con su calor las materias viscosas de los excrementos, sino también templa con sus aromas los humores acres y groseros. Con razón ha llegado a decirse: 3 «El vino fue creado desde el principio para regocijo del alma y del corazón, con la condición de tomarlo con moderación»[462]. Lo mejor es mezclar el vino con la mayor cantidad de agua posible[463], atenuarlo contra la embriaguez, y no servirlo como agua por la afición al vino, pues ambos son obras de Dios, y su mezcla contribuye a la salud, dado que la vida consta de lo necesario y de lo útil.

24 El elemento necesario, el agua, debe mezclarse, en la mayor cantidad posible, con el elemento útil. La lengua, por efecto del vino tomado incontroladamente, se traba, se entorpecen los labios. Los ojos se alteran, como si la vista por el exceso de humedad se bañase en una piscina, y forzándoles a mentir creen que todo gira en torno a ellos, y son incapaces de enumerar uno por uno los objetos lejanos:

Me parece, en verdad, que veo dos soles[464],

decía el viejo Tebano ebrio[465]. Porque la vista, agitada 2 por el calor del vino, cree ver, la mayoría de las veces, la realidad de un objeto único; pues no hay diferencia entre que se mueva la vista o el objeto visto. En ambos casos la vista sufre lo mismo con respecto a la percep-

---

462 *Eclo.* 31, 27-28.

463 Normalmente los griegos mezclaban el vino con agua.

464 EURÍPIDES, *Bacantes* 918.

465 El rey Penteo, despedazado por las Ménades por oponerse a la introducción en su ciudad del culto de Dioniso. Eurípides nos presenta el tema en las *Bacantes*.

ción física de un objeto: no puede captarlo con exactitud a causa de la agitación. Las piernas se tambalean, como sacudidas por una corriente; los hipos, los vómitos, el delirio, hacen su aparición en una orgía.

3 Siguiendo al trágico:

> *Todo hombre agobiado por el vino es dominado por la cólera, queda vacío de espíritu y suele, al terminar de charlar neciamente, escuchar con poco agrado lo que, de grado, ha criticado*[466].

Pero, antes que la tragedia, la Sabiduría gritó: «El vino tomado en demasía llena de pasiones y de toda clase de vicios»[467].

25 Ésta es la razón por la que la mayoría sostiene la necesidad de recrearse, y diferir los asuntos realmente importantes, mientras se bebe, para el día siguiente[468]. Yo, en cambio, me inclino a pensar que debe concederse una especialísima atención en invitar e introducir el Logos[469] en los festines para contener los efluvios del vino y evitar que el banquete derive hacia la embriaguez.

2 Ya que, así como uno que sea cuerdo no querría cerrar sus ojos antes de irse a dormir, así tampoco nadie que reflexione correctamente estimaría oportuna la ausencia del Logos en el banquete, y haría mal si lo enviara a dormir antes de dedicarse a sus quehaceres. Más bien, todo lo contrario; el Logos no podrá jamás abandonar el propio trabajo, ni siquiera mientras dormimos. En efecto, incluso para ir a acostarse hay que convocarlo.

---

[466] SÓFOCLES, fr. desconocido.

[467] *Ecle.* 31, 29-30.

[468] Expresión histórica de Arquias, en PLUTARCO, *Pelópidas* 10; también en *Quaest. conv.* I 619D.

[469] De nuevo la ambigüedad de Razón/Logos.

Porque la sabiduría, la ciencia perfecta de las cosas 3 divinas y humanas[470], lo abraza todo, en la medida en que extrema su vigilancia sobre el rebaño humano[471], y se convierte en un arte de regir la vida[472]; así, nos asiste en todo momento, mientras dura nuestra vida, cumpliendo siempre su propio cometido: lograr una vida feliz.

Los desgraciados, en cambio, los que expulsan la tem- 4 perancia de los banquetes, consideran vida feliz la total anarquía en la bebida; según ellos, la vida no es más que fiesta, embriaguez, baños, vino puro, orinales, inercia y bebida.

Así, puede verse a algunos de ellos medio borrachos, 26 tambaleándose, llevando coronas en el cuello, como las urnas funerarias, escupiéndose mutuamente vino, so pretexto de brindar a su salud[473]. A otros, puede vérseles completamente ebrios, sucios, pálidos, con la mirada lívida, y añadiendo por la mañana una nueva embriaguez sobre la del día anterior. Es bueno, amigos, bueno de ver- 2 dad, que tras presenciar —pero, a poder ser, lo más lejos posible— estas imágenes ridículas y a la vez lamentables, adoptemos una actitud y una conducta mejor, por el temor de dar un día nosotros también un espectáculo parecido y una ocasión de burla.

Se ha dicho, y no sin razón, que «como el fuego prue- 3 ba el acero en el temple, así el vino prueba el corazón

---

470 Definición estoica.

471 Imagen platónica, *Político* 266c, 268c, 274e.

472 Pensamiento estoico.

473 Se refiere al juego del *kóttabos,* de origen siciliano, pero muy extendido entre la juventud ateniense. Consistía en verter parte del vino en un recipiente de metal, invocando, al mismo tiempo, el nombre de la amada. El sonido vibrante producido por la caída del líquido era signo favorable de amor correspondido.

de los soberbios en la embriaguez». Ésta es un uso excesivo de vino puro, mientras que el comportamiento del beodo deriva del mal uso del mismo; la borrachera es este estado repugnante y desagradable que se deriva de la embriaguez, y que recibe tal nombre por el bamboleo de la cabeza.

27 Éste es el tipo de vida —si así puede llamársele— llena de molicie, solícita a los placeres, apasionada por la embriaguez, que la divina Sabiduría observa con recelo y miedo para sus hijos: «No seas bebedor de vino, no te dejes arrastrar para pagar la cuenta y los gastos de la carne, ya que todo hombre que se emborracha y es libertino se empobrecerá, y la somnolencia hará que se vista de an-
2 drajos»[474]. El somnoliento es aquel que no ha despertado a la sabiduría, sino que está sumergido en el sueño de la embriaguez. Y, como dice el texto, quien se emborracha se vestirá de harapos[475], y su embriaguez hará que se
3 avergüence ante los que lo observan. Porque los agujeros del pecador son los desgarrones de sus vestidos carnales producidos por los placeres; a través de ellos puede verse en su interior el estado vergonzoso del alma, el pecado, por el cual no podrá obtener fácilmente salvación la tela, destrozada por todas partes y podrida a causa de los innumerables placeres y, alejada, por razón misma del des-
4 garrón, de la salvación. La Escritura añade esta advertencia: «¿Para quién los ayes? ¿Para quién el tumulto? ¿Para quién las disputas? ¿Para quién las charlas desagradables? ¿Para quién las vanas miserias?»[476].

Contemplad al ebrio totalmente cubierto de harapos,

---

474 *Prov.* 23, 20-21.
475 *Ibid.*, 23, 21b.
476 *Ibid.*, 23, 29.

que desdeña la razón misma y se hace esclavo de la embriaguez. ¡Cuántas amenazas le dirige la Escritura! Y, de nuevo, insiste en la amenaza: «¿quién tiene los ojos lívidos? ¿No son de quienes pasan el tiempo entre los vinos?» ¿No son de los que rastrean los lugares donde hay vino? [477].

5 Así, la Escritura muestra que el bebedor es ya un cadáver en cuanto a la razón por sus ojos lívidos, lo cual es un claro signo en los cadáveres [478], anunciándole su muerte en el Señor; porque el olvido de aquello que conduce a la verdadera vida es una pendiente que se desliza hacia la perdición.

28 Así pues, es natural que el Pedagogo, que vela por nuestra salvación, pronuncie esta fuerte prohibición: «Vino no lo bebas hasta la embriaguez.» ¿Cuál es el motivo? preguntarás; dice: «porque tu boca proferirá entonces palabras perversas, y serás como aquel que está acostado en alta mar, o como un piloto durante una gran tempestad» [479]. De ahí la poesía [480]: 2

el vino, cuya fuerza iguala al fuego, cuando hace su entrada en el seno del hombre, lo agita con violencia, como se comporta el viento del Norte o del Sur con el mar de Libia; descubre todos sus secretos, y le obliga a hablar torpemente. El vino constituye un gran peligro para quienes se emborrachan; el vino es falaz para el alma.

3 ¿Veis los peligros de un naufragio? El corazón queda sumergido por el exceso de bebida; y el exceso de vino

[477] *Ibid.*, 23, 29a-30.

[478] Cf. HIPÓCRATES, *El pronóstico* 2.

[479] *Prov.* 23, 33-34.

[480] Los tres primeros versos son de Eratóstenes, fr. 34 HILLER; los restantes, de un poeta desconocido.

es comparado al mar amenazante, en el cual se hunde el cuerpo, como la nave se sumerge en el abismo del desorden, y es sepultado bajo las olas del vino, mientras el timonel[481], el espíritu del hombre, se bambolea de un lado para otro por la tempestad de la embriaguez que le domina, y, en medio del océano, sufre vértigo ante las tinieblas de la tormenta, extraviado del puerto de la verdad, hasta que, viniendo a parar junto a los arrecifes, se embarranca en medio de los placeres y queda destruido[482].

29 Y es natural, pues, que el Apóstol nos exhorte con estas palabras: «No os embriaguéis de vino, fuente de desenfreno»[483], refiriéndose a la imposibilidad de salvación de la embriaguez debido al desenfreno[484]. Porque si en las bodas[485] convirtió el agua en vino, no lo hizo para provocar nuestra embriaguez, sino que vivificó lo acuoso del espíritu, el artífice de la ley desde Adán, llenando el mundo entero de sangre de la viña y ofreciendo a la piedad, bebida de verdad, la mezcla de la antigua Ley y del nuevo Logos, para lograr la plenitud del tiempo prometido con anterioridad.

Por consiguiente, la Escritura llamó al vino místico símbolo de la santa sangre, y, reprendiendo la mezcla de los residuos del vino, exclama: «Pendenciero es el vino y 2 orgullosa la embriaguez»[486]. La recta razón aprueba el vino en invierno por causa del frío, hasta conseguir no tiritar a quienes tiritan con facilidad; y para el resto del tiempo, como remedio terapéutico para los intestinos. De

---

481 Imagen estoica.

482 Hermosa descripción poética.

483 EF. 5, 18.

484 Cf. *supra,* n. 374.

485 Se refiere, de nuevo a las bodas de Caná; Cf. *supra,* n. 446.

486 *Prov.* 20, 1.

la misma manera que deben tomarse los alimentos para no pasar hambre, así también hay que beber para apaciguar nuestra sed, mas cuidadosamente, ya que la cuesta del vino es muy inclinada. Así nuestra alma permanecerá pura, seca y luminosa; ahora bien, «el alma seca es un rayo de luz, sapientísima y óptima». Gracias a éste, disfruta de la visión de los iniciados, y no es muy húmeda ni quedará corporeizada, cual nube, por las exhalaciones del vino. 3

No debe inquietarnos ni el vino de Quíos, si carecemos de él, ni el de Ariusto, cuando falte. Porque la sed es sufrimiento por una necesidad, y busca incesantemente el remedio oportuno para satisfacerla, no una bebida espiritosa. 30

Las importaciones de vino de ultramar son efecto de un gusto depravado por la intemperancia; un alma, en definitiva, abrumada por los deseos, aun antes de sumergirse en la embriaguez.

Existe el vino de Tasos, oloroso, el de Lesbos, aromático; existe también un cretense, dulce, y un siracusano, suave; un Mendes[487], de Egipto, y un Naxos, insular. Aún hay otra marca de gran «bouquet», y que procede de Italia: hay muchas denominaciones[488]; pero para un bebedor templado sólo existe una clase de vino, cosecha de un único Dios. 2

Pero, ¿por qué el vino del país no basta para satisfacer el deseo? Salvo que se quiera también importar agua, como hacían los reyes insensatos con el agua de Coaspes —éste es el nombre de un río de la India, de agua muy 3

[487] De la ciudad del mismo nombre, del bajo Egipto. Citado por PLUTARCO, *Agesilao* 38, y PÍNDARO, fr. 179.

[488] Notable conocimiento de Clemente sobre el particular.

preciada para beber—; transportaban el agua, como a sus amigos.

4 Compadece a los ricos que extreman tanto su delicadeza; a propósito de ellos, el Espíritu Santo pone en boca de Amós: «Los que beben un vino filtrado y los que duermen sobre divanes de marfil»[489], y otros pensamientos que siguen para castigo y oprobio.

31 Deben extremarse los cuidados en el decoro; cuenta la leyenda que incluso Atenea, a pesar de su conducta, abandonó la afición por la flauta[490], porque le deformaba el aspecto; así, cuando se bebe, no deben hacerse muecas, ni sorber hasta la saciedad, ni forzar la vista antes de beber, ni verse arrastrado a la incontinencia bebiendo a sorbos, ni mojar la barba o el vestido, derramando el líquido y lavando, por así decirlo, su rostro en las copas.
2 Hace mal efecto el violento ruido de la bebida cuando se la sorbe, junto con la inspiración de mucho aire, como si se derramara agua en un jarro, gorgoteando por el caudal de líquido que ingiere. Es indecente el espectáculo de dicha intemperancia; además, la avidez en la bebida es dañina para quien la practica.

3 No te afanes en caer en esta falta, amigo. No se te arrebata la bebida; te ha sido dada y te espera. No te afanes en estallar tragando con avidez. Tu sed se calma aunque bebas con lentitud, comportándote como debes, ya que el tiempo no te priva de aquello que tu intemperancia se apodera con anticipación. Dice la Escritura: «Con el vino no te hagas el valiente, pues ha llevado a la perdición a muchos»[491].

---

489 *Am.* 6, 6.4.

490 Clara alusión a la rivalidad existente en Grecia entre la lira y la flauta.

491 *Ecle.* 31, 25.

«La embriaguez es frecuente entre los escitas, los iberos y los tracios, razas todas guerreras, que consideran honroso dedicarse a la bebida»[492]. Nosotros, en cambio, raza pacífica, invitamos a nuestras mesas a gente sobria, para disfrutar y no para ofendernos, hacemos brindis por la amistad, para que nuestros afectos se muestren realmente con su verdadero nombre. 32

¿Cómo creéis que bebía el Señor, cuando se hizo hombre por nosotros? ¿Sin urbanidad? ¿Sin moderación? ¿Irracionalmente? Porque, bien lo sabéis: Él tomó también vino, porque también era hombre; incluso lo bendijo, diciendo: «Tomad y bebed, ésta es mi sangre.» Bajo el nombre de sangre de la viña designa alegóricamente al Logos que «ha sido derramado por muchos, en remisión de los pecados», fuente de santa alegría. 2

Que el bebedor debe mostrarse comedido, lo ha indicado claramente, ya que lo enseñaba en los banquetes; en efecto, no impartía sus enseñanzas en estado de embriaguez. Por otra parte, que era realmente vino lo que bendijo, lo ha mostrado palpablemente a sus discípulos diciendo: «No beberé de ese fruto de la vid hasta que lo beba con vosotros en el Reino de mi Padre»[493]. Y que realmente era vino lo que bebía el Señor, lo manifiesta Él mismo cuando, hablando de sí mismo, censura la dureza de corazón de los judíos: «El Hijo del Hombre ha llegado y se dice: 'Ved, aquí tenéis a un hombre que come y que bebe vino, amigo de los publicanos'»[494]. Que 3 4

---

492 PLAT., *Ley.* I 637d-e.

493 *Mt.* 26, 29.

494 *Ibid.*, 11, 19. El término *telōnēs*, propiamente «aduanero», «recaudador de contribuciones», adquirió más tarde el sentido peyorativo de «publicano», por su excesivo afán de lucro y la mala imagen que infundían a sus actos.

tales manifestaciones nos sirvan frente a los llamados *encratitas*[495].

33 Las mujeres, llevadas por una suerte de elegancia externa, evitan escanciar bebidas en las copas anchas, para no separar excesivamente sus labios al abrir la boca. Beben indecentemente con los labios cuidadosamente apretados a la boquilla de los vasos de alabastro, inclinando su cabeza hacia atrás, dejando el cuello al descubierto, en mi opinión sin recato alguno. Estiran el cuello para engullir lo que tragan, como dejando al desnudo para su convidados lo que pueden, lanzan eructos como los hombres o, mejor, como los esclavos[496] y se dejan arrastrar por una 2 vida voluptuosa. Ninguna garrullería conviene al hombre educado, pero mucho menos a la mujer, para quien el hecho de saber quién es debe bastar para inspirarle pudor.

Dice la Escritura: «Es motivo de gran ira una mujer ebria», como lo es de irritación el hecho de que una mujer se entregue a la embriaguez. ¿Por qué? «Porque no disimula su indecencia»[497]. La mujer se ve arrastrada rápidamente al desorden, si sólo opta por los placeres.

3 Tampoco hemos prohibido beber en vasos de alabastro; sino que desaconsejamos como signo de vanidad la preocupación de beber sólo en ellos, exhortando a utilizar indistintamente cualquier objeto, con el propósito de erradicar desde el principio las tendencias peligrosas.

4 El aire que quiere salir al exterior en un eructo, debe

[495] De *enkráteia* «fuerza», «continencia», «moderación»: secta que prohibía el uso eucarístico del vino. De ahí que recibieran la denominación de *hidroparastátes* «moderados», derivada de *hýdōr* «agua» y *parastátēs* «guardián».

[496] Juego de palabras: *andrṓdēs* «fuerte», «viril»/*andrapodṓdēs* «servil», «esclavo».

[497] *Ecle.* 26, 8.

ser acompañado en silencio. Bajo ningún concepto debe permitirse a las mujeres descubrir o mostrar parte alguna de su cuerpo, a fin de que ni unos ni otros se pierdan; los hombres por verse excitados a mirar, y las mujeres por atraerse sobre ellas las miradas de los hombres. Nuestra conducta debe ser en todo momento moderada, como si el Señor estuviera presente, para evitar que el Apóstol se enfade con nosotros como con los corintios y nos diga: «¡Cuando os reunís, ya no es posible comer la cena del Señor!»[498]. 5

34 Me parece que la estrella conocida con el nombre de *Acéfalo*[499] por los sabios, situada ante la estrella errante, con su cabeza hundida sobre el pecho, representa a los glotones, a los voluptuosos y a los que están dispuestos a emborracharse. En efecto, en este tipo de gente el elemento racional no se ubica en la cabeza, sino en el vientre, convirtiéndose en esclavo de las pasiones, de la concupiscencia y de la ira. Así como Elpénor 2

tenía las vértebras fracturadas[500]

a causa de una caída, efecto de la embriaguez, así también el vino produce vértigo y mareo al cerebro y lo precipita a la región del hígado y del corazón[501], es decir, al amor a los placeres y a la cólera, y su caída es aún mayor que la que los hijos de los poetas[502] atribuyen a Hefesto, cuando Zeus lo precipitó del cielo a la tierra[503].

---

498 *I Cor.* 11, 20.

499 Constelación situada entre Aries y Acuario.

500 Hom., *Od.* X 560.

501 El hígado y el corazón eran la sede del placer y de la cólera.

502 Tono irónico; cf. *supra,* n. 335.

503 Cf. Hom., *Il.* 590-593.

3 Dice la Escritura: «El insomnio, los vómitos, los cólicos se apoderan del hombre intemperante»[504]. Por esa razón, la Escritura nos describe la embriaguez de Noé, para que nos guardemos lo más posible de ella. En dicha embriaguez tenemos escrita con claridad la imagen de esta falta, que el Señor ha aprovechado para alabar a quienes 4 cubren con un velo la indecencia de la embriaguez. La Escritura, resumiéndolo brevemente, añade: «Al hombre educado le bastará un poco de vino, y reposará en su propio lecho»[505].

35

3. *No hay que anhelar la suntuosidad en las cosas*

Las tazas de plata y de oro, u otros utensilios con incrustaciones de piedras carecen de toda utilidad; no son más que un engaño para la vista. En efecto, si uno vierte en ellos líquido caliente, resulta doloroso cogerlos cuando están ardiendo; por el contrario, si se vierte líquido frío, la materia de la copa se altera y estropea el líquido.

La «opulenta» bebida resulta, sin lugar a dudas, dañina.

2 ¡Váyanse enhoramala las copas de Tericles[506] o de Antígono[507], los cántaros, las copas grandes y anchas, las copas en forma de concha, y demás innumerables objetos de este tipo, vasos para refrigerar y verter vino! «En una palabra, el oro y la plata, tanto privados como públicos, constituyen una riqueza objeto de envidia»[508]. Y por ser

504 *Eclo.* 31, 20.

505 *Ibid.*, 31, 19.

506 Célebre alfarero de Corinto.

507 General de Alejandro el Magno.

508 PLAT., *Ley.* XII 955e.

superfluos, son de adquisición cara, de difícil conservación y de nula utilidad práctica.

En verdad, el refinamiento de los cinceladores sobre los vasos, fáciles de romperse por la afiligranada fragilidad, es una vanidad que por invitar a temblar a la vez que a beber debemos proscribirlas de nuestra conducta. Los lechos de plata, las fuentes, las salseras, las poncheras, los platos y demás enseres de oro y de plata, que sirven tanto para comer, como para otros usos que me avergüenza decir; los trípodes artísticamente labrados 3

en cedro del que se parte fácilmente, y tuya[509],

en ébano y marfil; los lechos con pies de plata y con incrustaciones de marfil; los pies de los lechos tachonados con clavos de oro y adornados con caparazones de tortuga; las colchas teñidas de púrpura y de otros colores difíciles de conseguir, artículos todos que denotan un lujo de mal gusto[510]; preponderancia que conlleva envidia y molicie. Pues bien, todo eso hay que desecharlo, como si careciera del más mínimo valor.

Como dice el Apóstol: «El tiempo es breve»[511]. No debemos adoptar actitudes y poses ridículas, como algunas mujeres que pueden verse en las procesiones[512] cuyo maquillaje exterior denota una sorprendente fastuosidad, pero interiormente son miserables. 4

Y para dar una explicación más certera, añade: «Por lo demás, los que tengan mujer, que se comporten como 36

509 HOM., *Od.* V 60.

510 Las excavaciones realizadas en Campania, Pompeya y Herculano corroboran el lujo de la época y la realidad de la ostentación que con singular elegancia y erudición describe Clemente.

511 *I Cor.* 7, 29.

512 Cortejos relativos al culto religioso egipcio, en especial de Isis.

si no la tuvieran; y los que compran, como si no poseyeran»[513]. Y si habló respecto al matrimonio, lo hizo en estos términos: «Multiplicaos»[514]. ¿Cómo pensáis dejar de lado la extravagancia, si lo ordena el Señor?

2 Por esa razón insiste el Señor: «Vende tus bienes, entrégalos a los pobres y sígueme»[515]. Sigue a Dios, despojándote de toda vanidad, despojándote de toda pompa efímera, sin poseer más que lo tuyo propio, el único bien que nadie podrá arrebatarte, la fe en Dios, la adhesión a Aquel que ha sufrido, la bondad para con los hombres, la posesión más preciada[516].

3 Yo, por mi parte, acepto la doctrina de Platón cuando establece categóricamente la necesidad de ejercitarse en no tener «riqueza alguna, ni plata ni oro»[517], y además ningún efecto inútil, que no sea imprescindible, incluso los ordinarios, pero no esenciales, de suerte que el mismo objeto se divida en diversas funciones, y que se limite el número de posesiones.

4 La divina Escritura, a propósito de los egoístas y vanidosos, habla con hermosas palabras: «¿Dónde están los príncipes de las naciones y los que domeñan las fieras de la tierra? ¿Y los que se entretienen con las aves del cielo y atesoran la plata y el oro, en lo que confiaron los hombres y a cuya adquisición no ponen término? ¿Los que labran la plata y se afanan, sin que al fin quede rastro alguno de sus obras? Desaparecieron y bajaron al Hades»[518]. Éste fue el pago de su mal gusto.

---

513 *I Cor.* 7, 29-30.
514 *Gén.* 1, 28.
515 *Mt.* 19, 21.
516 PLAT., *Tim.* 59b.
517 PLAT., *Ley.* VII 801b.
518 *Bar.* 3, 16-19.

Si cuando cultivamos la tierra necesitamos un almocafre[519] y un arado, y nadie forjaría un almocafre de plata o una azada de oro, sino que empleamos para labrar la tierra lo eficaz de la materia y no su riqueza, ¿qué impide que tengamos la misma consideración respecto a los enseres domésticos, vista su semejanza? 37

Sea la medida de esto la utilidad, no la magnificencia.

¿Por qué?, dime: ¿Acaso no corta el cuchillo de mesa, si no está tachonado de clavos de oro o si el mango no es de marfil? O bien, ¿para cortar la carne debe forjarse un metal de la India, como si se llamase a algún aliado? ¿Y qué? Una fuente de tierra cocida, ¿no recibe acaso el agua para lavarse la manos? Y un recipiente para el lavado de pies, ¿no recibe tampoco el agua que lava los pies? En efecto, la mesa de pies de marfil se sentirá indignada de llevar un pan de un óbolo[520], y un candil no podrá irradiar luz por ser obra de un alfarero, y no de un orfebre. Yo afirmo que no es más incómodo un simple diván que una cama de marfil, y que una piel gruesa puede servir muy bien como colcha, de manera que no veo yo la necesidad de colchas de púrpura o escarlatas. Y, sin embargo, se condena la simplicidad por un estúpido lujo que acarrea no pocos males. 2 3

¡Qué gran error! ¡Qué extravagancia!, fijaos. El Señor comía en un simple plato, y hacía sentarse a sus discípulos en el suelo, sobre la hierba, y les lavaba los pies, ciñéndose con un lienzo, Él, el Dios que no conoce el orgullo, Señor del Universo, sin traer del cielo un recipiente de plata para lavar los pies. Y pidió de beber a la Samaritana en un vaso de tierra que utilizaba para sacar agua 38 2

519 Especie de escardillo, utensilio para limpiar de malas hierbas.

520 Moneda ateniense cuyo valor equivale a 1/6 de la dracma ática.

del pozo; lejos estaba de Él buscar el oro de los reyes, sino que enseñaba a apagar la sed frugalmente. Ponía como finalidad la utilidad, no la ostentación. Comía y bebía en los banquetes, sin desenterrar metales preciosos, sin servirse de instrumentos que despiden olor a plata o a oro; es decir, a herrumbre, como huele la herrumbre de una materia que se altera.

3 Resumiendo: los alimentos, los vestidos, los utensilios, en una palabra, todo lo de la casa debe acomodarse a la situación del cristiano, en orden a la persona, a la edad, a la ocupación y al momento. Y puesto que nosotros somos servidores de un Dios único, es preciso que nuestros bienes y el mobiliario muestren los signos de una vida hermosa, y que cada hombre, con una fe sin vacilaciones y en esta situación uniforme, muestre lo que sucesivamente se acomode y armonice con el único orden.

4 Lo que adquirimos sin dificultad y lo que alabamos por servirnos de ello sin preocupación, lo que conservamos fácilmente y lo que repartimos con suma facilidad, he aquí bienes mejores que cualquier otro.

Sin duda lo mejor es lo útil, y, por supuesto, son pre-
5 feribles los artículos baratos a los caros. En una palabra, la riqueza, si no está bien administrada, es una ciudadela del mal. Y la mayoría de los hombres que se vuelven bizcos por ella no podrán entrar en el Reino del Cielo, enfermos por las cosas mundanas y por vivir arrogantemente a causa del lujo.

39 Quienes buscan con celo la salvación deben comprender que todo lo que nosotros adquirimos es para nuestro uso[521], y su empleo tiene por finalidad lo estrictamente

[521] Antropocentrismo estoico, en un contexto bíblico.

suficiente, para cuya adquisición bastan pocos medios[522]. Son realmente estúpidos quienes, por su deseo insaciable, se alegran por sus tesoros. Dice la Escritura: «Quien recoge su grano y lo guarda, y no le hace partícipe a nadie, ve cómo su hacienda va decreciendo»[523].

2 Es irrisorio y ridículo que los hombres lleven siempre consigo bacines de plata[524], u orinales de alabastro, como si llevasen sus consejeros personales, y que las mujeres ricas pero sin inteligencia se hagan hacer de oro los recipientes para los excrementos, de manera que a las ricas no les es posible evacuar sin ostentación. Desearía que dichas personas, a lo largo de toda su vida, estimasen el oro con el mismo valor que los excrementos.

3 Pero el amor al dinero, que el Apóstol confirma como la raíz de todo mal, se revela como la ciudadela del mal: «Algunos que deseaban el dinero se descarriaron de la fe, y se envolvieron a sí mismos en muchos dolores»[525]. 4 La mejor riqueza es la pobreza de los deseos[526], y el verdadero orgullo no consiste en vanagloriarse de las riquezas, sino en despreciarlas[527]; es vergonzoso jactarse por los enseres. En efecto, no es justo afanarse con ardor por aquello que fácilmente puede uno adquirir en el mercado, mientras que la sabiduría no puede comprarse con ningún tipo de moneda terrena ni en el mercado, pues se vende en el Cielo, y se vende con la moneda de la justicia: el Logos incorruptible, el oro regio.

---

522 Pensamiento epicúreo.

523 *Ag.* 1, 6.

524 Pasaje paralelo en PETRONIO, *Satiricón* 27, 3: *matella argentea.*

525 *I Tim.* 6, 10.

526 La tradición atribuye dicha máxima a Sócrates.

527 Cf. *Ped.* III 12, 4, y *Strom.* III 59, 2.

40 4. *¿Cómo debemos recrearnos en los banquetes?*

Que la fiesta callejera se aleje del banquete del Logos, y también las vanas fiestas nocturnas, que fanfarronean con exceso de vino. La fiesta callejera provoca la embriaguez, en una extemporaneidad de una perturbación erótica.

El erotismo y la embriaguez, las pasiones más irracionales, se sitúan lejos de nuestra comunidad. La fiesta nocturna va acompañada de un comportamiento beodo debido a la bebida. Es una invitación a la embriaguez, un estímulo de las relaciones, un atrevimiento que genera desvergüenza.

2 Quienes se agitan al son de las flautas, de las arpas, de los coros, de las danzas, de las castañuelas de los Egipcios, o al son de las diversiones de este estilo, aturdidos al ritmo de címbalos y tambores, y ensordecidos por los instrumentos del error, se volverán totalmente insensatos, desordenados e ineptos. En efecto, una reunión de esta índole me parece, sin más, un teatro de embriaguez.

3 El Apóstol nos pide: «Nosotros, deponiendo las obras de las tinieblas, ciñámonos las armas de la luz. Andemos con decoro, como en pleno día, no en comilonas y borracheras, ni en fornicaciones y desenfrenos»[528].

41 Que la siringa se reserve para los pastores[529], y la flauta para los hombres superticiosos que se afanan en el culto de los ídolos[530]. En verdad, debe rechazarse de los banquetes sobrios este tipo de instrumentos, más apropiados para las fieras que para los hombres y, de entre éstos, para los privados de razón.

528 *Rom.* 13, 12-13.

529 Pasaje paralelo en PLAT., *Rep.* III 399d.

530 La flauta era empleada en los sacrificios y ceremonias paganas.

Según tenemos entendido, los ciervos quedan hechizados con las zampoñas y los cazadores que los persiguen los orientan con sus melodías hacia las trampas. También tenemos entendido que para los caballos, durante su coito, se interpreta una especie de himeneo[531], al son de la flauta, que los músicos denominan *hipóthoros*[532]. 2

Es absolutamente necesario eliminar toda visión o audición innoble y, en una palabra, todo aquello que produzca una sensación vergonzosa de desorden, la cual, realmente, sea motivo de insensibilidad. Asimismo, debemos guardarnos de los placeres que cosquillean y afeminan[533] la vista y el oído. Corrompen las costumbres las drogas engañosas de las melodías blandas y ritmos hechiceros de la música de Caria, arrastrando a la pasión con un género de música licenciosa y malsana. 3

El Espíritu Santo en el *Salmo* opone a este tipo de fiesta la liturgia[534] digna de Dios: «Alabadlo al son de la trompeta»[535], ya que al son de la trompeta resucitará a los muertos; «alabadlo con el arpa»[536], porque la lengua es el arpa del Señor[537]; «alabadle con la cítara», entendiendo por ello la boca, movida por el espíritu, como por 4

---

531 Canto nupcial.

532 En griego, *hipothóros nómos,* melodía interpretada durante el ataque sexual y copulación de una yegua y un asno; etimológicamente deriva de *híppos* «caballo», y *thórnymai* «acción de juntarse, ayuntarse, copular».

533 PLUT., *Quaest. conv.* 705E; 705A.

534 El vocablo debe entenderse como «servicio, culto rendido a la divinidad», que ya tenía en griego helenístico, más que en su sentido cristiano de «liturgia».

535 *Sal.* 150, 3a.

536 *Ibid.*, 150, 3b.

537 Hermosa metáfora.

un plectro[538]; «alabadle con el tambor y con un coro»[539], refiriéndose con ello a la Iglesia, la cual celebra la resu-
5 rrección de la carne, sobre piel resonante[540]. «Alabadle con instrumentos de cuerda y con el órgano»[541], el órgano expresa el cuerpo, y las cuerdas los nervios de dicho cuerpo[542], gracias a los cuales ha recibido una tensión armónica, y al ser tañido por el espíritu emite voces humanas; «alabadle con címbalos de ruido estremecedor»[543], entendiendo por címbalo la lengua de la boca, que resuena al golpearse con los labios.

42 Así ha hablado a la humanidad: «Que cada alma alabe al Señor»[544], ya que ha extendido su providencia a todo lo creado. En verdad, el hombre es un elemento pacífico, aunque alguno con otras preocupaciones invente instrumentos bélicos, que inflaman el deseo, encienden el amor, o excitan la ira.

2 Así pues, en campaña, los habitantes del Tirreno utilizan la trompeta; los arcadios, la zampoña; los sicilianos, el arpa; los cretenses, la lira; los lacedemonios, la flauta ordinaria; los tracios, el cuerno; los egipcios, el tambor,
3 y los árabes, los platillos. Nosotros, en cambio, no utilizamos más que un instrumento, el Logos pacífico, con el que honramos a Dios. No nos servimos del antiguo instrumento de cuerdas, ni de una trompeta, ni de un tam-

---

538 Púa para tocar instrumentos de cuerda.

539 *Sal.* 150, 4a.

540 Se refiere a la piel del tambor.

541 *Sal.* 150, 4b.

542 Comparación, muy en boga en la Antigüedad cristiana, entre el cuerpo humano y un instrumento musical. Ya se barrunta en PLAT., *Fed.* 85e-86d.

543 *Sal.* 150, 5.

544 *Ibid.*, 150, 6.

bor o de una flauta, que tenían por costumbre usar durante sus reuniones los que se ejercitaban en la guerra, desprenciando el temor de Dios, e intentando levantar su coraje abatido con tales ritmos.

Que la benevolencia en la bebida sea doble, según la Ley: si se dice «Amarás al Señor tu Dios», y luego «a tu prójimo»[545]; la benevolencia debe mostrarse hacia Dios por medio de la acción de gracias y el canto de salmos; la segunda, la benevolencia con respecto al prójimo, por medio de una honesta conversación: «Que la palabra del Señor habite en vosotros muy abundante»[546], dice el Apóstol. 43

Este Logos se adapta y se conforma a las circunstancias, a las personas, a los lugares, y ahora se ocupa de los banquetes. Y, de nuevo, añade el Apóstol: «Enseñándonos en toda sabiduría y amonestándoos unos a otros con salmos, himnos, cánticos espirituales, cantando así a Dios con acciones de gracias en vuestros corazones. Y todo cuanto hiciereis, de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, en acción de gracias a Dios Padre, por mediación de Él»[547]. 2

Que ésta sea nuestra fiesta eucarística, y si tú quieres cantar, toca la cítara o la lira; no es ello motivo de reproche para ti. Imita al Hebreo, al rey justo, que daba gracias a Dios: «Regocijaos, justos, en el Señor; a los hombres rectos conviene la alabanza —así dice la profecía—; alabad al Señor con la cítara, haciendo sonar las diez cuerdas del arpa, cantadle un canto nuevo»[548]. Y el 3

545 *Mt.* 22, 37.39.

546 *Col.* 3, 16.

547 *Ibid.*, 3, 16-17.

548 *Sal.* 32, 1-3.

salterio[549] de diez cuerdas, con el elemento de la decena, significa quizás el Logos, Jesús[550].

44 De la misma manera que antes de tomar nuestro alimento, es conveniente bendecir al Creador por todo, así también, en la bebida, debemos entonarle salmos, porque participamos de sus criaturas.

Sin lugar a dudas, el salmo constituye una armoniosa y sana alabanza; el Apóstol le da el nombre de *Canto Espiritual*[551].

2 Es, en especial, cosa santa, antes de acostarse, dar gracias a Dios, por haber gozado de su gracia y benevolencia, a fin de que nos sumerjamos en el sueño poseídos de Dios. Dice la Escritura: «Alabad a Dios con cantos de vuestros labios, porque por orden suya se cumple todo cuanto le place, y no hay impedimento para su salvación»[552].

3 Entre los antiguos griegos, durante los banquetes en los que se bebía, y en que las copas se desbordaban, se entonaba, a imagen de los salmos hebreos, un canto llamado *escolio*[553]; todos lo cantaban a viva voz y al unísono, si bien algunas veces alternativamente, a medida que cada uno brindaba a la salud de los demás. Y los más

---

549 Instrumento musical con caja de madera y cuerdas metálicas; tiene forma de prisma, y se parece al arpa.

550 Como símbolo numérico, la letra *iôta*, inicial de Jesús, equivale al número 10.

551 *Ef.* 5, 19; *Col.* 3, 16.

552 *Ecle.* 39, 15.18.

553 Género literario de la antigua cultura aristocrática griega, pero sin ningún entroque con la poesía hebrea. Acerca del origen del término y demás cuestiones suscitadas en torno a dicho género, véase, entre otros, FRANCISCO J. CUARTERO, «Estudios sobre el escolio ático», *Bol. Inst. Est. Hel.* I (Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, 1967), 5-38.

aficionados a la música se acompañaban en sus cantos con la lira.

4 Mas alejemos de nosotros las canciones eróticas y procuremos que nuestros cantos sean himnos de Dios.

Añade la Escritura: «¡Que alaben su nombre en los coros, que lo celebren con el tambor y el arpa!» Pero, cuál sea este coro que celebre a Dios, el Espíritu Santo mismo te lo indicará: «La alabanza de Dios está en la asamblea de los Santos; ¡ojalá se regocijen éstos en su rey!» E insiste: «porque el Señor se complace en su pueblo»[554].

5 Debemos tan sólo elegir las melodías simples, rechazando lo más lejos posible de nuestra mente las que son realmente húmedas, que por funestos artificios en su modulación fomentan un régimen de vida proclive a la molicie y a la bufonería.

Por otra parte, las melodías austeras y moderadas se oponen a la arrogancia de la embriaguez. Dejemos, pues, las armonías cromáticas para los excesos impúdicos[555] de los bebedores de vino, y para la música coronada de flores y de prostitución.

5. *Sobre la risa*

45 A los hombres que saben imitar las risas y, en general, cualquier situación ridícula, debemos desterrarlos de nuestra república[556]. Porque, si todas las palabras fluyen del pensamiento y responden a la manera de ser de uno, no

554 *Sal.* 149, 3, 1-2.4.

555 Juego de palabras: *khrōmatikós* «relativo al color, a los artificios retóricos»/*áchrōmos* «sin color»; es decir, «cuyo rostro no se ruboriza», «que no siente vergüenza».

556 Ambigüedad: «constitución política de la ciudad»/«modo de vida».

es posible que algunos hablen ridículamente, si no dejan entrever una manera de comportarse ridícula. Pues aún debe aplicarse el texto: «Porque no hay árbol bueno que dé fruto malo, ni, al contrario, árbol malo que dé fruto
2 bueno»[557]; la palabra es fruto del pensamiento. Por consiguiente, si debemos expulsar de nuestra república a los bufones, lejos está de nosotros autorizarnos a ser unos meros bufones. Sería absurdo que nos encontrasen imitando aquello que nos está vedado escuchar; pero aún lo sería más si nos esforzásemos en caer en el ridículo, es decir, ser despreciables y ridículos.

3 Si no soportáramos hacer el ridículo, como puede verse a algunos hacerlo en los desfiles, ¿cómo lógicamente consentiríamos que nuestro hombre interior cayese en la
4 misma actitud? Y si no cambiaríamos de buen grado nuestro rostro por uno más ridículo, ¿cómo podríamos pretender, con nuestras palabras, ser objeto de risa, y exponer al ridículo el más preciado de todos los bienes que el hombre atesora: la palabra?

Resulta estúpido afanarse por estas ridiculeces, ya que la palabra de los bufones no merece atención, pues las palabras en sí habitúan a las malas obras. Debemos ser graciosos, sí, pero no bufones.

46 Incluso la risa debemos frenarla. Porque la risa emitida debidamente da impresión de equilibrio, mientras que lo contrario denota desenfreno. En una palabra: cuanto es dado a la naturaleza humana no debe suprimirse, sino más bien darle la justa medida y el tiempo oportuno[558].

2 No por el hecho de que el hombre sea un animal que ríe, debe uno reírse de todo; ni porque el caballo relin-

557 *Lc.* 6, 43.

558 Cf. CICERÓN, *De officiis* I 110.

che, debemos relinchar siempre. Como animales racionales que somos, debemos gobernarnos con mesura, y distendernos en las ocupaciones serias y en las tensiones del espíritu con moderación, sin relajarnos hasta la disonancia.

3 La relajación ordenada del rostro, como la de un instrumento, de acuerdo con una armonía, recibe el nombre de sonrisa —su expresión se refleja en la cara— y es la risa propia del hombre prudente; en cambio, el excesivo relajamiento del rostro, si se da en las mujeres, recibe el nombre de *kichlismós:* es risa de las protitutas; y, si se da en los hombres, se denomina *kanchasmós:* es la risa de los pretendientes[559]. 4 «El tonto, cuando ríe, eleva su tono de voz —dice la Escritura—, mas el hábil apenas sonreirá en silencio»[560]. Se refiere por «hombre hábil» al santo, por oposición al necio.

47 Pero, por otra parte, no se debe ser taciturno, sino reflexivo; yo acepto aquel que se mostraba

sonriendo con un rostro terrible[561],

pues «su sonrisa sería menos ridícula»[562].

2 Incluso la risa merece una instrucción: si se trata de algo vergonzoso, es preferible enrojecer a sonreír, para no dar la impresión de consentimiento por simpatía; y si se trata de situaciones dolorosas, conviene más que se nos vea tristes que alegres. La primera actitud denota sentimiento humano, y la segunda deja entrever crueldad.

3 Ni debe reírse uno a cada momento —pues sería exce-

---

559 Alusión al licencioso comportamiento de los «pretendientes» en la *Od.* XVIII 100.

560 *Eclo.* 21, 20.

561 HOM., *Il.* VII 212.

562 PLAT., *Rep.* VII 518b.

sivo—, ni en presencia de personas ancianas o respetables, a menos que nos diviertan con alguna broma; tampoco se debe reír ante el primero que uno encuentra, ni en todos los lugares, ni ante todos, ni a propósito de todo.

En especial para los adolescentes y las mujeres, el reír facilita el paso a las calumnias.

48 Algunas veces, el hecho de mostrarse severo de lejos provoca la huida de los tentadores; asimismo, la gravedad, sólo del rostro, puede rechazar los asaltos del libertinaje. Pero a todos los insensatos, por así decirlo, el vino

les incita a la amable risa y al baile[563];

2 y excita a la molicie al carácter ambiguo. Además debemos percatarnos de que la excesiva franqueza en el hablar desarrolla la indecencia, hasta derivar en obscenidad:

y profirió cierta expresión que mejor sería no haberla dicho[564].

3 Así pues, el vino da ocasión para observar la conducta moral, despojada de hipocresía y de apariencias, gracias a esta grosera franqueza de lenguaje, propia del estado de embriaguez; a través de aquél, puede uno observar que la razón duerme en el alma, oprimida por la embriaguez, y que se despiertan las pasiones mostruosas para imponer su tiranía sobre la debilidad de la razón.

6. *En torno a las conversaciones obscenas*

49 Debemos evitar radicalmente las conversaciones obscenas, y tapar también la boca de quienes usan de ellas, ya sea con una mirada dura, ya volviendo la cabeza, o, como se dice vulgarmente, so-

563 HOM., *Od.* XIV 465.

564 *Ibid.*, XIV 466.

nándonos las narices, y utilizando también a menudo ásperas palabras[565]. Dice la Escritura: «Mas las cosas que salen de la boca contaminan al hombre»[566], y quiere decir lo vulgar, lo pagano, lo mal educado, y lo grosero, lo que no es distinguido, ni moderado ni sensato.

2 Para evitar oír conversaciones groseras y presenciar actitudes del mismo estilo, el divino Pedagogo nos aconseja, siguiendo el modelo de los niños luchadores, en su deseo de no romperse las orejas, ceñirnos de sabias palabras, a modo de orejeras, a fin de que los golpes del libertinaje no puedan llegar a rompernos el alma; y dirige nuestra vista hacia el espectáculo del bien, afirmando que es mejor resbalar con los pies que con la vista.

50 Para rechazar el lenguaje grosero, el Apóstol afirma: «No salga de vuestra boca palabra alguna corrompida, sino la que sea buena»[567]; y, de nuevo: «Cual cumple a los santos, que no se pronuncie entre vosotros torpeza, ni necedad ni chocarrería, pues no estaría bien, sino, mejor, acciones de gracias»[568]. 2 Si quien ha tildado de estúpido a su hermano se ha visto incurso en un juicio, qué decir del que profiere tonterías? A propósito de esto, está escrito: «El que haya proferido palabra inútil, dará razón de ello al Señor en el día del Juicio.» Y luego: «Porque por tus palabras serás dado por justo y por tus palabras serás condenado»[569].

3 ¿Cuáles son las orejeras de la salvación? ¿Y cuáles las instrucciones del Pedagogo respecto a los ojos resbaladi-

---

[565] EPICTETO, *Encheirídion* (=*El Manual*) 33, 15.
[566] *Mt.* 15, 18.
[567] *Ef.* 4, 29.
[568] *Ibid.*, 5, 3-4.
[569] *Mt.* 12, 36-37.

zos? Consisten en las conversaciones con los justos y en cerrar los oídos ante quienes pretenden extraviar la verdad.

Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres,

dice el poeta[570]. Pero el Apóstol aún se expresa con más nobleza: «abominando lo malo, apegándonos a lo bueno»[571]. Ya que quien frecuenta los santos será santificado.

51 Debemos abstenernos forzosamente de oír y ver lo obsceno, y, más aún, ser puros de toda obscenidad, consistente ésta en mostrar y desnudar ciertas partes del cuerpo, lo cual no es necesario, y en mirar las partes más secretas. En efecto, el hijo casto no se atrevía a mirar la desnudez del justo, ya que es obscena, pero su castidad cubrió con un velo lo que la embriaguez había desnudado, la falta muy visible de la ignorancia[572].

2 Pero no es menos necesario guardarse puro al proferir aquellas palabras, a las que no deben tener acceso los oídos de quienes tienen la fe en Cristo. De esta manera, me parece que el Pedagogo no nos permite emitir palabra alguna cargada de indecencia, para infundir de lejos el odio contra la incontinencia. Es, sin lugar a dudas, hábil para cortar la raíz de los pecados: el «no cometerás adulterio», por el «no desearás»[573]. El fruto del deseo, la raíz del mal, es el adulterio.

52 Así también, el Pedagogo ha censurado las conversaciones licenciosas, cortando de raíz cualquier referencia li-

---

570 MENANDRO, *Tais.*

571 *Rom.* 12, 9.

572 Clemente alude a la embriaguez de Noé.

573 *Mt.* 5, 28.

cenciosa al desenfreno. El mero hecho de ser desordenado en las palabras habitúa a ser incorrectos en el obrar, y el ejercitarse en mantenerse prudente en la palabra es resistir al libertinaje[574]. Hemos expuesto ya[575] de una manera más profunda que el nombre de lo que es realmente obsceno no está en las palabras, ni en los órganos de las relaciones sexuales, ni en el abrazo nupcial, razón por la que hay nombres que no se emplean mucho en la vida social; no se trata de miembros, como la rodilla y la pierna, cuyos nombres ni sus funciones propias son vergonzosas —las partes sexuales del cuerpo humano son asimismo miembros dignos de respeto y no de vergüenza—; más bien, lo obsceno estriba en su ilegítima actividad, y que, por tanto, es despreciable, censurable y digno de castigo; en realidad, sólo es deshonesto el vicio, y las acciones que de él se desprenden. 2

En consecuencia, las conversaciones obscenas pueden, con razón, definirse como un discurso relativo a acciones viciosas: conversar, por ejemplo, sobre el adulterio, la pederastia, o acciones por el estilo. Sí, debemos enmudecer toda charlatanería fútil. 3

Porque, dice la Escritura: «En el mucho hablar no escaparás al pecado»[576]; la charla será motivo de castigo: «quien se calla será tenido por sabio; quien se extralimite hablando será odiado»[577]. Más aún, el charlatán se hace odioso a sí mismo: «multiplicando sus palabras, se horroriza de su propia vida»[578]. 4

---

574 PLUT., *Quaest. conv.* VII 6, 707.

575 Posible alusión a una obra suya perdida.

576 *Prov.* 10, 19.

577 *Eclo.* 20, 5.

578 *Ibid.*, 20, 8.

53 *7. De qué deben guardarse quienes aspiran a vivir cortésmente*

Lejos, lejos de nosotros las bromas, principal causante de atropellos, y de donde toman cuerpo las querellas, las batallas y los odios. Además, ya hemos dicho que los atropellos están al servicio de la embriaguez. No sólo a partir de sus obras, sino también de sus palabras el hombre será juzgado. Dice la Escritura: «Durante un banquete no acuses a tu vecino, ni le lances expresión alguna de reproche» [579].

2 Además, si se nos ha ordenado frecuentar a los santos, resulta pecaminoso reírse de uno que sea santo; «de la boca de los insensatos nace un bastón de orgullo» [580], entendiendo por bastón la escalera del orgullo, en la que se apoya y reposa el orgullo.

3 Por eso aplaudo al Apóstol cuando exhorta a no dejar escapar expresiones de mofa o impertinentes. Ya que si en los banquetes el objeto de nuestra tertulia es el amor, y la meta que se persigue en el banquete es la disposición amistosa entre los concurrentes, y la comida y la bebida son meros acompañantes del amor, ¿cómo no nos vamos a comportar racionalmente?, ¿cómo no salvar las dificultades con la ayuda del amor fraterno?

4 Si, en efecto, el objeto de nuestra reunión es el mutuo afecto, ¿cómo vamos a levantar odios por culpa de nuestras chanzas? Mejor sería cerrar la boca a contradecir, añadiendo un pecado a una estupidez. «Bienaventurado —en verdad— el hombre que no se equivoca en sus palabras y no se queda compungido por haber cometido un pecado» [581], es decir que se arrepiente de las faltas come-

579 *Ibid.*, 31, 31.

580 *Prov.* 14, 3.

581 *Ecl.* 14, 1.

tidas mientras hablaba, o que no haya causado tristeza a nadie con sus palabras.

Resumiendo: que los jóvenes y las muchachas se abstengan, en general, de tomar parte en este tipo de banquetes, para evitar que se precipiten en lo que no les conviene. Y es que las conversaciones inhabituales y los espectáculos incovenientes inflaman su pensamiento haciendo, incluso, tambalear su fe en medio del oleaje y colaboran con la inestabilidad de su edad a precipitarlos hacia la codicia carnal. A veces sucede que son causantes de caídas, por hacer gala de su peligrosa belleza. 5

Buena consejera es la Sabiduría: «No tomes asiento, generalmente, junto a una mujer casada, ni te recuestes junto a ella.» Es decir, no comas con ella a menudo, ni lo hagas en compañía suya. Por esa razón añade: «No la cites para beber vino, para evitar que tu corazón se incline hacia ella y que por tu pasión resbales hacia la perdición» [582], ya que la libertad que acompaña a la bebida es cosa peligrosa y puede hacerte perder la cabeza [583]. Se refirió a la mujer casada, por ser mayor el peligro para el que intenta romper los vínculos de la vida en común. 54

Mas si una necesidad obliga a estar presente en tales ocasiones [584], que las mujeres cubran su cuerpo con un vestido, y su alma, de pudor. Y las que no estén casadas, para ellas está reservada la mayor ocasión de ser calumniadas por asistir a una reunión de hombres bebedores, o que ya están bebidos. 2

Y en cuanto a los jóvenes, que fijen su mirada en el 3

---

582 *Ibid.*, 9, 9.

583 Juego de palabras: *pároinos* «borracho», «ebrio»/*paranóein* «entender mal», «tener la razón perturbada».

584 Clemente se dirige a los cristianos que viven en el mundo inmersos en un ambiente aristocrático.

triclinio, inmóviles, apoyados con los codos, y sólo presentes con sus orejas. Y al acomodarse, no crucen los pies, no apoyen los muslos uno sobre otro [585] y no pongan su mano en el mentón, ya que es realmente vulgar no mantenerse firme, y tal conducta es censurable en un muchacho joven.

55 Asimismo, cambiar de postura a cada instante es signo de ligereza. Denota prudencia el hecho de tomar poca cantidad de comida y de bebida y también actuar reposadamente y sin precipitarse, ya sea en el inicio de los banquetes o en su intervalo como también ser el primero en dominarse y en mostrarse indiferente por la comida.

2 Dice la Escritura: «Come como hombre lo que te ofrezcan, sé el primero en terminar por educación y, si estás sentado en medio de muchos comensales, no seas el primero en alargar la mano» [586]. 3 No conviene saltar ante los demás dejándonos llevar por la glotonería, ni por avidez quedarse tendidos largo tiempo, haciendo gala de intemperancia con insistencia. Tampoco conviene, mientras se come, estar como fieras sobre el pasto, ni servirse excesiva comida. El hombre por naturaleza no come carne, sino pan [587].

56 Levantarse de la mesa antes que los demás comensales y retirarse discretamente del banquete, es signo de templanza en el hombre. «Cuando te levantes no te pongas a la cola, sino vete corriendo a casa» [588], dice la Escritura. Habiendo convocado los Doce a la multitud de discípulos dijeron: «No está bien que nosotros, dejando a un

---

585 Pasaje paralelo en ARISTÓFANES, *Nubes* 983.

586 *Eclo.* 31, 16-18.

587 Ya HOM., en *Od.* IX 191, a propósito del Cíclope, explicita tal signo de civilización. También, cf. JEN., *Mem.* III 14, 2.

588 *Eclo.* 32, 11.

lado la palabra de Dios, nos empleemos en servir las mesas»[589]. Si aquéllos se guardaron bien de esto, con mucha más razón huyeron de la glotonería. Y los mismos 2 Apóstoles, tras enviar un mensaje a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia, dijeron: «Pareció al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros otra carga a excepción de esto que es indispensable: que os abstengáis de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la fornicación. De lo cual, si os guardáis, obraréis bien»[590].

Debemos evitar los excesos de vino, como de la cicu- 3 ta, pues ambas bebidas llevan a la muerte[591]. «También debemos prohibirnos reír a carcajadas y llorar» desmesuradamente, pues, la mayoría de las veces, los que están bebidos se ríen a carcajadas, y luego —yo no sé cómo—, condicionados por la embriaguez, se ven arrastrados por un terrible llanto. Ambas actitudes están en completo desacuerdo con la razón: tanto la blandenguería femenina como la violencia.

Los viejos, si miran a los jóvenes como si fuesen sus 57 hijos, pueden, aunque en contadas ocasiones, bromear con ellos, mas bromeando de manera que sea una buena pedagogía para su comportamiento. Así, a uno que sea muy tímido y taciturno, puede muy bien hacérsele esta clase de broma: «Mi hijo —me refiero al que no abre la boca— no para de hablar»[592]. Así, un chiste de esta índole 2 tonifica la vergüenza del joven, manifestándole sus cualidades innatas, mediante la crítica de unos defectos que no tiene. Se trata de un artificio didáctico mediante el

[589] *Ibid.*, 6, 2.

[590] *Ibid.*, 15, 23.28-29.

[591] Alusión a la muerte de Sócrates, en PLAT., *Fed.* 117a-118e.

[592] Cf. PLUT., *Quaest. conv.* II 632d-633a.

cual, por medio de aquello que no es, se confirme algo que en realidad es. Es algo parecido como decir a un bebedor de agua, sobrio, que está ofuscado por el vino y
3 está borracho. Y si hay hombres amantes de bromas y de chistes, nuestra mejor medida será el silencio, dejando de lado los discursos superfluos, como las copas llenas; este tipo de bromas revisten gran peligrosidad: «la boca del insensato delata ruina inminente»[593]. «No propales falso rumor, ni juntes tu mano con el malvado para atestiguar en falso»[594], ni para una acusación, difamación o maldad.

58 Yo opino que incluso debe imponerse un límite en las conversaciones de los prudentes, a quienes se les permite conversar: me refiero a la réplica.

El silencio es una virtud de las mujeres[595],
un privilegio seguro de los jóvenes[596];

en cambio, la palabra es fruto de una edad experimenta-
2 da. «Habla, anciano, en las reuniones; que te conviene; pero habla sin trabarte la lengua y con la exactitud de quien conoce el tema.» Y tú, joven —también a ti dirige la palabra la Sabiduría—, «habla, si sientes necesidad, mas, tan pronto te hayan formulado dos preguntas, resú-
3 melas en pocas palabras»[597]. Ahora bien, si dos hablan a la vez, deben controlarse mutuamente el volumen de voz, ya que es de locos hablar a gritos, y de persona insensible hablar al prójimo con un hilo de voz, pues no

---

593 *Prov.* 10, 14.
594 *Éx.* 23, 1.
595 SÓFOCLES, *Áyax* 293.
596 SIMÓNIDES, fr. 66.
597 *Eclo.* 32, 3.7-8.

se oirán. Lo primero es signo de vulgaridad, y lo segundo de suficiencia.

Lejos de nosotros, en consecuencia, este afán de vana victoria en la palabra, ya que nuestra meta es la tranquilidad, esto es lo de «la paz sea contigo»[598]; «no respondas sin haber escuchado antes»[599].

Por otra parte, la inconsistencia de la voz es propia 59 de un afeminado; en cambio, es propio del sabio la mesura de la voz, e impedir la ampulosidad, la distancia, la rapidez y la profusión. Tampoco debe uno extenderse en exceso en la conversación, ni decir muchas cosas, ni entretenerse charlando con otros apresurada y atolondradamente. Se debe también, por así decirlo, dejar participar 2 de la justicia a la voz misma, y conviene también cerrar la boca a los que hablan a gritos e inoportunamente. Así, de este modo, el prudente Odiseo molió a palos a Tersites[600], porque él solo

sin poner freno a la lengua, alborotaba.
Sabía, sí, muchas palabras groseras en su corazón,
temerariamente, pero no de una forma ordenada[601].

«Un hombre linguaraz es un peligro para su ciu- 3 dad»[602]. En los charlatanes, como en los viejos zapatos, todo lo consume el vicio, y sólo la lengua sobrevive para desgracia de los demás.

---

598 Según parece, los cristianos de Alejandría continuaban la antigua usanza del saludo hebreo.

599 *Eclo.* 11, 8.

600 Guerrero griego que participó en el asedio de Troya; famoso por su fealdad.

601 HOM., *Il.* II 212-214.

602 *Eclo.* 9, 18.

4 También la Sabiduría nos brinda útiles consejos para la vida: «No andar charlando delante de un grupo de ancianos»; y, cortando de raíz nuestra charlatanería, nos prescribe velar por nuestra moderación empezando por nuestra relación con Dios: «No repitas palabras en tu plegaria»[603].

60 Emitir silbidos con la lengua, silbar y hacer ruido con dedos para llamar a los criados, deben evitarlo los hombres racionales, por tratarse de señales irracionales. Debe evitarse escupir a cada instante y rascarse violentamente; tampoco debemos sonarnos la nariz mientras bebemos; debe procurarse de alguna manera acertar con los convidados: que no sientan necesidad de devolver la comida por náuseas, claro signo de intemperancia. No hay que comportarse como los bueyes y los asnos, que comen y evacuan en el mismo establo. Muchos se suenan y escupen a la vez y en el mismo sitio que también comen.

2 Mas si a alguien le sobreviene un estornudo, sin duda como también un eructo, deberá procurar que las personas que le rodean no perciban tal estruendo y no tengan que dar fe de su falta de educación, sino, lo mejor que puede hacer es dejar escapar el eructo con extrema suavidad, con el aire espirado, evitando, eso sí, las muecas de la boca, sin emular las máscaras trágicas, estirándola

3 o abriéndola de par en par[604]. Del estornudo debe evitarse el ruido que puede llegar a sorprender, reteniendo con suavidad la respiración. Siguiendo esta norma, con gran elegancia podrá dominarse la amenaza continua del aire, procurándosele una salida que hará pasar inadverti-

---

[603] *Ibid.*, 7, 14.

[604] Todo un compendio de moral estética, inmersa en el mundo cristiano aristocrático. Es hermosa la comparación con la mascara trágica.

das, con sólo un poco de esfuerzo, las mucosidades que tal vez la fuerza del aire congregó. Resulta realmente impertinente y signo de mala educación querer exagerar el ruido en vez de acallarlo[605].

4 Quienes provocan sus dientes llenando de sangre sus encías, resultan para sí mismos repugnantes, y para los demás, repulsivos. Hacerse cosquillas en las orejas y provocar con ello los estornudos, son gustos propios de los cerdos, dispuestos a una desenfrenada vida licenciosa. 5 Deben evitarse la fealdad que se posa ante nuestros ojos, así como las palabras obscenas. Que en una conversación la mirada sea sesuda, la torsión y el movimiento de cuello tranquilo, como también los gestos de las manos. En una palabra: el cristiano está acostumbrado a una vida apacible, tranquila, serena y pacífica.

8. *¿Deben utilizarse perfumes y coronas?*

61 No tenemos ninguna necesidad de utilizar coronas y perfumes, ya que ello deriva por la senda del placer y de la molicie, especialmente cuando se avecina la noche. Ya sé que la mujer llevó «un frasco de perfume» en la Santa Cena para ungir los pies del Señor, y que éste se regocijó. 2 Sé también que los antiguos reyes de los hebreos llevaban coronas de oro y piedras preciosas[606]. Pero es que esta mujer[607] no había experimentado aún el cambio del Logos —porque aún era pecadora—, y ella honró al Maestro con el perfume que consideró como lo más hermoso que tenía; además, con el adorno de su cuerpo, con sus propios cabellos, enjugó la abundancia del perfume,

605 Pasaje paralelo en TEOFRASTO, *Caracteres* 19.

606 *II Sam.* 12, 30; *I Crón.* 2.

607 Se refiere a Magdalena.

3 derramando sobre el Señor lágrimas de arrepentimiento. De ahí que «tus pecados te son perdonados»[608]. Y el caso es que esta escena puede muy bien ser el símbolo de la enseñanza del Señor y de su Pasión: sus pies, ungidos de oloroso perfume, significan alegóricamente la divina enseñanza que camina con gloria hacia los confines de la tierra. «Su voz difúndese por todos los confines de la tierra»[609]. Y si no me hago pesado, <diré> que los pies perfumados del Señor son los apóstoles que, como lo anunciaba la fragancia de la unción, han recibido el Espíritu Santo.

62 Los Apóstoles que han ido por toda la tierra y han proclamado el Evangelio son representados metafóricamente por los pies del Señor. A éstos profetiza el Espíritu Santo por boca del salmista: «Adoremos los lugares en donde se posaron sus pies»[610], es decir, en donde han llegado sus pies, los Apóstoles, gracias a quienes él ha sido 2 anunciado por todos los confines de la tierra. Las lágrimas son el arrepentimiento, y la cabellera suelta proclama la renuncia a los vanos adornos, y las aflicciones pacientemente soportadas a causa del Señor a lo largo de la predicación, cuando la antigua vanidad ha desaparecido 3 por la nueva fe. Sin embargo también se deja entrever la Pasión del Maestro para quienes lo entienden místicamente así: el aceite es el Señor mismo, que extiende su misericordia sobre todos nosotros[611]. El perfume, un aceite adulterado, es Judas, el traidor; con él fueron ungidos los pies del Señor, al abandonar este mundo, puesto que los

608 *Lc.* 7, 47.

609 *Sal.* 18, 15.

610 *Ibid.*, 131, 7.

611 Juego de palabras: *élaion* «aceite de oliva»/*éleos* «compasión», «piedad».

cadáveres son perfumados. Las lágrimas somos nosotros, los pecadores arrepentidos, que hemos creído en Él, y a quienes ha perdonado los pecados. La cabellera suelta es Jerusalén, sumida en el dolor, desamparada, por la cual se alzan las lamentaciones de los profetas[612].

El Señor nos enseñará que Judas es falaz: «El que meta conmigo la mano en el plato, éste me entregará»[613]. ¿Ves tú este artificioso comensal? Pues bien, fue Judas quien traicionó a su Maestro con un beso. Este individuo se cubrió de hipocresía, al dar un beso engañoso, imitando a otro antiguo hipócrita[614], que delató a aquel pueblo: «Este pueblo me besa con sus labios, pero su corazón está muy lejos del mío.» 4 5

No es inverosímil, realmente, que por una parte denomine al aceite discípulo sobre el que ha recaído la misericordia de Dios, y que, por otra, llame al aceite adulterado falso traidor. Esto era, pues, lo que profetizaban los pies ungidos: la traición de Judas, mientras el Señor caminaba hacia su Pasión. Y Él mismo, cuando lavaba los pies a sus discípulos y los enviaba a realizar buenas obras, quería simbolizar los viajes que habían de realizar para el bien de los gentiles, viajes honestos y dignos, que preparaba con su propio poder. En honor de los gentiles se exhaló perfume, pues la Pasión del Señor nos ha llenado a todos de fragancia, pero, a los hebreos, de pecado. 63 2

El Apóstol ya lo ha mostrado con claridad: «Acciones de gracias a Dios, que continuamente nos hace triunfar en Cristo y descubre la fragancia de su conocimiento por medio de nosotros en todo lugar; porque somos buen olor 3

612 Alusión a las *Lam. de Jer.* 1, 1-2.

613 *Mt.* 26, 23.

614 Engaño de Joab cuando asesinó a Amasa: *II Sam.* 20, 9.

de Cristo para Dios, entre los que se salvan y entre los que se pierden; para los unos, olor de muerte para muerte; para los otros, olor de vida para vida»[615]. Los reyes judíos, cuando usaban coronas de oro cinceladas y piedras preciosas, y las llevaban simbólicamente sobre sus cabezas, ellos, los *ungidos*, no tenían la menor idea de que se estaban adornando la cabeza precisamente con el Señor[616].

Piedra preciosa, perla, esmeralda, todo eso significa el Logos, y el mismo oro es aún el Logos incorruptible, que no sufre la herrumbre de la corrupción. Al nacer, los Magos le ofrecieron oro, símbolo de la realeza. Y esta corona permanece inmortal a imagen del Señor, pues no se marchita cual flor.

64 Sé también lo que dijo Aristipo[617] de Cirene. Vivía éste una vida suntuosa, e hizo a uno el siguiente razonamiento capcioso: un caballo untado de perfume no pierde ninguna de sus cualidades naturales, ni tampoco un perro perfumado untado pierde sus cualidades innatas; en consecuencia, el hombre tampoco, concluía. Pero el caballo y el perro nada saben del perfume, mientras que para los que tienen la percepción racional el disfrute del perfume es muy censurable, si echan mano de los perfumes de las jóvenes muchachas.

Hay varias marcas de perfumes: el brentio[618], el me-

615 *II Cor.* 2, 14-16.

616 Juego de palabras: *christós* «ungido»/*Christós* «El Mesías», «Nuestro Señor Jesucristo».

617 Célebre filósofo discípulo de Sócrates y fundador de la escuela de Cirene, colonia griega de Libia.

618 La poetisa Safo lo asociaba al perfume real.

talio[619], el perfume real, el plangonio[620] y el psagdas[621] de Egipto.

3 Simónides[622] no enrojece de vergüenza cuando en sus yambos exclama:

yo me ungía con perfumes y aromas
y con olorosos aceites de nardo, pues había ahí
un comerciante.

4 Usan también la esencia de lirio y de cipre; el nardo goza de renombrada fama entre ellos, como también el ungüento de rosas y otros, que aún emplean las mujeres: 5 perfumes secos y húmedos, en polvo y para quemar. Porque cada día se inventan, para colmar sus deseos insaciables, perfumes inagotables, razón por la cual hacen gala de una total falta de gusto.

Las mujeres ahúman y rocían sus prendas, su cama y su casa. ¡Casi puede decirse que el refinamiento del perfume fuerza también a los orinales a despedir buena fragancia!

65 Yo estoy plenamente de acuerdo con aquellos[623] que, exasperados por esta manía, llegan a tener tal horror a los perfumes porque afeminan la virilidad, que hacen expulsar de las ciudades que gozan de sanas costumbres a los fabricantes, a los perfumistas o, incluso, a quienes se dedican a teñir tejidos de lana bordados. Y es que no

619 *metalleîon*, o *megal(l)eîon*, del nombre de su inventor, un tal Megalos.

620 Inventado por cierta mujer llamada Plangon. ATEN., XV 690E.

621 *Ibid.*, XV 691C.

622 Fr. 14 DIEHL; en realidad, es de Semónides de Amorgos.

623 Los spartiatas; cf. *Strom.* I 48, 5; se refieren a ellos, HERÓD., III 22, y JENOFONTE., *Banquete* II 4.

es lícito que las prendas adulteradas y los aceites olorosos
2 se introduzcan en la ciudad de la Verdad. Es absolutamente necesario que los hombres, en sus casas, no huelan a perfume, sino a nobleza, y que las mujeres exhalen olor a Cristo, ungüento de reyes, y no olor a polvos y a perfumes, y que se unjan del perfume inmortal de la moderación y se regocijen con dicho perfume santo, que es el Espíritu.

3 Es el tipo de ungüento que Cristo prepara para sus discípulos, bálsamo de excelente aroma, compuesto de esencias celestes. El Señor se ha ungido con este perfume, como dice David: «Por eso, Dios, tu Dios, te ha ungido con óleo sobre tus compañeros. Aroma a mirra, aceite perfumado y laurel canelo despiden tus vestidos»[624].

66 No obstante, no sintamos repugnancia por los perfumes como los buitres o los escarabajos —pues éstos, según se dice, mueren si se les embadurna con perfume de rosa—, sino tratemos, mejor, de elegir para las mujeres algunos perfumes que no atonten al hombre, puesto que el abuso de aceites perfumados huele más a funeral que
2 a vida comunitaria. En efecto, el aceite mismo es enemigo de las abejas y de los insectos[625]; además, mientras que presta un gran servicio a unos hombres, a otros, en cambio, los convoca a la lucha. Asimismo, a los que antes eran amigos, una vez untados, los convierte en adversarios en el estadio, prestos a batirse en las competiciones atléticas[626].

---

[624] *Sal.* 44, 8.9.

[625] CLAUDIO ELIANO, *Historia de los animales* IV 18; I 58.

[626] Sobre los ejercicios físicos practicados en la Antigüedad por los jóvenes, véase, entre otros, HENRI-IRÉNÉE MARROU, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1970, págs. 139-160.

¿No creéis que el perfume, que no es más que un aceite suavizado, puede muy bien afeminar los hábitos viriles? Sin duda. 3 Así como hemos impedido el placer excesivo del gusto, así también rechazamos de la vista y del olfato el placer, no sea que a esta intemperancia que hemos desterrado le facilitemos el acceso al alma, por medio de los sentidos, como puertas desprovistas de guarnición.

67 Cuando se dice que el Sumo Sacerdote, el Señor, ofrece a Dios el oloroso perfume, no debe entenderse que se trata de un sacrificio y un delicioso olor de incienso[627], sino que ofrece a los altares el don agradable de la caridad, la fragancia espiritual.

2 El simple aceite sirve para engrasar la piel, relajar los nervios y eliminar del cuerpo el olor desagradable, si realmente necesitáramos para ello el aceite[628]. Mas el uso de los perfumes es un cebo para la molicie, que nos arrastra de lejos hacia el deseo goloso. 3 El intemperante se deja arrastar por todo eso: por la comida, por el lecho, por la conversación, por los ojos, por los oídos, por las mejillas, e incluso por las narices. Así como los bueyes son arrastrados de un lugar a otro por la anilla y las sogas, así también el intemperante es arrastrado por los inciensos, los perfumes, y por la fragancia de las coronas.

68 Y ya que no damos rienda suelta al placer, si no está verdaderamente unido a una necesidad[629], definamos con precisión y tratemos de elegir lo que es realmente útil. Existen algunos buenos olores que no son embriagadores ni afrodisíacos, y que no rezuman abrazos ni amistad licen-

---

627 Clemente parece indicarnos que el incienso no era utilizado, en su época, en la liturgia cristiana. La primera noticia de su uso se remonta al año 400.

628 Al parecer, Clemente admite el uso del aceite.

629 PLUT., *Quaest. Conv.* III 645F.

ciosa, y que, usados con moderación, son sanos y animan el cerebro cuando está indispuesto, y que incluso fortale-
2 cen el estómago[630]. Y no es preciso refrigerarlo con flores, cuando el sistema nervioso quiere calentarse. No se trata de maldecir o de prohibir a toda costa su uso, sino que sólo debemos usar el perfume como remedio medicinal o ayuda para revitalizar una facultad que lentamente se va extinguiendo, o para cuidar los catarros, los resfriados y el malestar, siguiendo los consejos del poeta cómico:

con perfumes
se unta las narices; lo más
importante es procurar al cerebro buenos olores[631].

3 El ungüento de perfume que recalienta o enfría se usa igualmente como masaje para los pies por su gran utilidad, para que se dé una atracción y un desplazamiento (de la sangre) desde la cabeza a otras partes secundarias del cuerpo, en los que están congestionados.

4 Por el contrario, el placer, cuando no es útil, es signo acusador de costumbres desenfrenadas y una droga para las excitaciones sensuales; lo primero es propio de las mujeres; en cambio, untarse de perfume resulta, a veces, altamente provechoso.

69 Aristipo, el filósofo, repetía una y otra vez, cuando acababa de untarse de perfumes, que los libertinos deberían perecer vergonzosamente por haber echado por tierra la utilidad del perfume[632].

2 Dice la Escritura: «Honra al médico, porque es útil;

---

630 De nuevo Clemente admite el uso de perfumes como medida terapéutica.

631 ALEXIS, fr. 190.

632 DIÓGENES LAERCIO, II 76.

pues lo ha creado el Altísimo, y la curación proviene del Señor»[633]. Y añade: «El perfumista preparará la mezcla»[634], lo que parece indicar que los perfumes han sido dados para prestarnos una eficaz ayuda, no para procurarnos una vida regalada.

3 No debemos afanarnos en buscar, bajo ningún concepto, lo excitante de los perfumes, sino aprovechar su utilidad, ya que Dios permitió a los hombres la elaboración del aceite para alivio de sus penas[635]. 4 Las mujeres extravagantes tiñen sus canas y las perfuman, con lo que aún se vuelven más grisáceas, debido a los perfumes desecantes. Razón por la que quienes se perfuman muestran su piel más reseca. La sequedad motiva que los cabellos se vuelvan más grises —pues el cabello cano es consecuencia de una sequedad o falta de calor—; la sequedad absorbe el alimento propio del cabello y lo vuelve más grisáceo.

5 ¿Cómo va a ser razonable que amemos los perfumes, que provocan canas, si las evitamos? Cual perros que, husmeando el olor, siguen la huella de las fieras, así también los sabios, por medio de la superflua fragancia, llegan a dar con los lujuriosos.

70 Para esto sirven las coronas: para las fiestas placenteras y para los excesos de vino:

¡Fuera! ¡No pongas sobre mi cabeza una corona![636].

En la estación primaveral es bello vivir en las praderas blandas y cubiertas de rocío, en medio del frescor de flores multivarias, alimentándose, como las abejas, de una

[633] *Eclo.* 38, 1-2.

[634] *Ibid.*, 38, 7: se refiere al farmacéutico.

[635] Pasaje inspirado en PLAT., *Menéx.* 238a.

[636] Poeta desconocido.

2 fragancia simple y natural. Mas no es propio de personas prudentes llevar a casa

> *una corona trenzada con flores de una intacta*
> *[pradera*[637].

No es conveniente cubrir una cabellera lujuriosa de cálices de rosas, de violetas, de lirios o de cualquier otra variedad de flores, maltratando la hierba naciente.

Por otra parte, la corona, al ceñir la cabellera, la en-
3 fría debido a su humedad y a su frescor. Razón por la cual los médicos, observando que el cerebro es frío por naturaleza[638], aconsejan untarse el pecho de perfume, como también las partes superiores de los orificios nasales, de suerte que la emanación caliente, mediante un tranquilo recorrido, aporte con firmeza calor a la frialdad <del cerebro>. Mas debemos abstenernos de refrescarle con flores, ya que el sistema nervioso reclama ser calentado. Realmente, los que se coronan destrozan el encanto de
4 las flores. Pues quienes lucen su corona por encima de los ojos no pueden regocijarse de su contemplación, ni disfrutar de su fragancia, pues les quedan las flores por encima de los órganos respiratorios. Las emanaciones del perfume que por naturaleza van hacia arriba, por encima de la cabeza, dejan privada a la respiración de este goce,
5 pues esta fragancia le ha sido arrebatada. Así como la belleza produce goce en el que la mira, así también la flor, pero conviene que, cuando a través de la vista disfrutemos de lo bello, se alabe al Creador. No obstante,

---

637 EURÍPIDES, *Hipólito* 73-74.

638 Célebre postulado en la fisiología antigua: ARISTÓTELES, *de partibus animalium* 652a28; PLIN., *Hist. nat.* XI 133; HIPÓCRATES, *Sobre las carnes* I 427.

su uso es dañino y fugaz, y su precio es el arrepentimiento, dado que enseguida se desvela su caducidad: ambas se marchitan, la flor y la belleza.

71 Y si alguno las toca, la flor enfría, y la belleza calienta. En una palabra, gozar de ellas por otro medio que no sea el disfrute de la vista es un exceso, no una delicia. Nuestro deber es disfrutar con moderación, como en el Paraíso[639], siendo dóciles a la Escritura. Al hombre debe considerársele como la corona de la mujer; al matrimonio, la corona del hombre, y sus hijos, las flores de la unión matrimonial, que el divino Agricultor recoge en las praderas carnales.

2 «Corona de los ancianos son los nietos y la gloria de los hijos son sus padres»[640], así habla la Escritura. Y en cuanto a nosotros, nuestra gloria es el Padre del Universo, y la corona de toda la Iglesia es Cristo.

3 Como las raíces y las plantas, así las flores poseen sus propias cualidades, útiles unas, embarazosas otras y hay algunas, incluso, peligrosas. Así, la yedra refresca, el nogal despide un aire que produce pesantez en la cabeza, como bien indica su etimología. El narciso es una flor de olor pesado, narcotizante para los nervios, como indica su etimología[641]. 4 Las exhalaciones olorosas de las rosas y de las violetas, con su suave frescor, alejan y detienen la pesadez de cabeza. Mas no nos está permitido, no sólo embriagarnos en compañía de otros, sino estar bebido. El azafrán es la flor de Chipre que produce un dulce sopor.

5 Muchas flores templan el cerebro que, por naturaleza, es frío, disminuyendo el exceso de secreciones de la cabe-

---

639 *Gén.* 2, 15.

640 *Prov.* 17, 6.

641 Juego de palabras: *nárkissos* «narciso»/*nárkē* «entorpecimiento», «embotamiento».

za. Y de ahí el nombre de rosa —dicen—, por el hecho de emitir una olorosa fragancia. Por esta razón se marchita en un abrir y cerrar de ojos.

72 Entre los griegos antiguos no existía el uso de coronas. Ni los pretendientes[642], ni los feacios[643] afeminados las usaban. No obstante, en los certámenes atléticos hubo, en primer lugar, una distribución de premios; luego, se hizo una recogida de galardones; en tercer lugar, se procedió a lanzar hojas sobre los vencedores, y, finalmente, se les otorgó la corona: Grecia hizo este donativo voluntario a la molicie después de las Guerras Médicas.

2 Las coronas están prohibidas a los discípulos del Logos, no porque ellos crean que atan su razón (Logos), que tiene su sede en el cerebro[644], ni porque la corona sea indicio de insolente petulancia, sino porque la corona 3 está dedicada a los ídolos. Así, Sófocles llamó narciso a

la antigua corona de grandes dioses[645],

refiriéndose a las divinidades ctónicas. Por su parte, Safo corona de rosas a las Musas:

de primicias de rosas
procedentes de Pieria[646].

4 De Hera se dice que ama el lirio, y Ártemis, el mirto. Si,

---

642 Se refiere a los de Penélope, esposa de Odiseo.

643 Pueblo mítico de la isla de Esqueria, en el mar Jónico; más tarde, llamada Cercira, Corcira, en la actualidad. Homero nos presenta un bello relato de dicho pueblo en la *Odisea*.

644 Frente a la ciencia primitiva que postulaba el corazón como sede del pensamiento, se alza la escuela de Hipócrates, que defiende el cerebro.

645 SÓFOCLES, *Edipo en Colono* 683-684.

646 SAFO, fr. 63, 2-3 REINACH.

en efecto, las flores existen ante todo para los hombres, mas los insensatos abusan de ellas tomándolas no para uso particular, como signo de agradecimiento, sino para el servicio ingrato de los demonios, nosotros debemos abstenernos «por una razón de conciencia».

73 La corona es símbolo de vana intemperancia. De ahí que se corone a los muertos[647] y, por la misma razón, a los ídolos, confirmando de hecho que también están muertos[648]. Los del cortejo de Baco no celebraban los misterios orgiásticos sin coronas, sino que, apenas se ceñían en sus sienes las flores, se sentían encendidos para la iniciación religiosa.

2 En consecuencia, no hay que tener relación alguna con los demonios, ni tampoco coronar la imagen viva de Dios, a guisa de ídolos muertos. Porque la hermosa corona de amaranto está reservada para quien se comporte con corrección. Y es una flor que no puede producir la tierra, sino sólo el Cielo la sabe producir.

3 Además, no es razonable que nosotros, después de haber oído cómo el Señor fue coronado de espinas, nos burlemos de su venerable Pasión y nos ciñamos con flores. En efecto, la corona del Señor nos designaba proféticamente a nosotros, otrora estériles, que estamos alrededor de Él por la Iglesia, de la cual Él es la cabeza[649]. Ella es también el símbolo de la fe, símbolo de la vida por la substancia de la madera, símbolo de la alegría por su mismo nombre de corona[650], símbolo de peligro por las

---

[647] Como símbolo de la victoria sobre la muerte, siguiendo la interpretación agonística de tiempos de Clemente.

[648] Clemente retoma la idea para dejarlo bien claro.

[649] *Ef.* 1, 22-23.

[650] Las coronas se asociaban en la Antigüedad a los banquetes, fiestas, victorias y, en general, a celebraciones de tipo festivo.

espinas. Realmente no es posible llegar hasta el Logos sin
4 la sangre derramada. La corona trenzada se marchita, y la trenza de la perversión se disuelve y la flor se seca, pues marchita la gloria de los que no han creído en el Señor.

5 Y coronaron a Jesús cuando había sido levantado[651], dando una prueba palmaria de su necia incultura; pues su dureza de corazón no llegó a comprender el sabio alcance de esta profecía, que ellos llaman humillación suprema del Señor.

6 El pueblo, sin rumbo, no reconoció a su Señor, no era circunciso en la razón, no fue iluminado en sus tinieblas, no vio a Dios, renegó del Señor, perdió su cualidad de israelita, persiguió a Dios, esperó humillar al Logos, y quien lo ha crucificado cual bandido, lo ha coronado cual rey.

74 Por eso, quienes no han creído cuando era hombre, a Dios, que ama al hombre, lo reconocerán como Señor y Justo. Y el testimonio que le han negado al Señor, se lo rindieron cuando estaba en lo alto, coronándolo con la diadema de la justicia[652] con espinas siempre verdes a Aquel que es ensalzado por encima de todos los hombres.
2 Esta diadema es enemiga de los que andan conspirando, los rechaza, es amiga de quienes entran en la asamblea de la Iglesia y los protege. Dicha corona es la flor de quienes han tenido fe en quien ha sido glorificado, pero
3 ensangrienta y castiga a los que no han creído. En verdad, es el símbolo de la perfección del Maestro, el cual ha llevado en su cabeza, la sede más principal de su cuer-

651 En la Cruz.

652 *II Tim.* 4, 8; se refiere a la Crucifixión de Jesús.

po[653], nuestras maldades, por las que éramos traspasados, como con un alfiler. Él, por su propia Pasión, nos ha librado de escándalos, de faltas y de espinas de todo tipo, e, inutilizando las tentativas del diablo, exclamaba con razón: «¿Dónde, oh muerte, tu aguijón?»[654]. Y nosotros cogemos la uva entre las espinas y los higos sobre las zarzamoras; en cambio, ellos[655] son desollados entre crueles heridas, aquellos hacia quienes Él había extendido sus manos, es decir, sobre un pueblo rebelde y estéril. 4

Aún podría exponerte aquí otra vertiente del misterio. Porque el poderoso Señor del Universo, cuando empezaba a legislar por medio del Logos[656] y quería, por mediación de Moisés, manifestar su grandeza, se le aparece en visión divina bajo la forma de luz en el zarzal ardiente, y el zarzal es una planta espinosa. 75

Pero, después que el Logos cesó en su labor legisladora y terminó su estancia entre los humanos, luego, misteriosamente, se le corona de espinas, abandonando el lugar a donde había bajado, repitiendo el comienzo de su antigua venida, a fin de que el Logos, visto en primer lugar a través de la zarza, y después transportado a las alturas por las espinas, pudiese mostrar que todo era obra de una sola potencia, por ser Él uno solo, uno solo su Padre, comienzo y fin del tiempo. 2

Pero he dejado de lado el oficio de Pedagogo para entrar en el terreno didáctico; no obstante, de nuevo vuel- 76

---

653 Término técnico estoico. Se suscitó la problemática de la localización del *hēgemonikón* «parte dirigente del alma», «la razón», «facultad rectora o maestra». Clemente cree que es la cabeza.

654 *I Cor.* 15, 55.

655 Los judíos.

656 Clemente atribuye a la Segunda Persona de la Trinidad la revelación del *Antiguo Testamento*.

vo al tema que me he propuesto. Ya hemos demostrado que no debemos rechazar el placer que las flores puedan reportarnos, ni la utilidad de los sahumerios y perfumes utilizables como fármacos e, incluso, a veces, para recreo
2 moderado. Y si alguno reclama qué ventajas reportan las flores para quienes usan de ellas, que sepan que de las flores se obtienen los perfumes, y que son muy útiles: el *soúsinon*[657] se compone de *krínoi* y *leíria;* es recalentante, vasodilatador, estimula los humores, humedece, limpia, es muy fino, activa la bilis y es emoliente[658].

El aceite de narciso, a base de narcisos, tiene las mismas propiedades que el aceite de lirio[659]. El perfume de mirto, hecho de bayas y hojas de mirto, es astringente y retiene las emanaciones del cuerpo[660]. El perfume de rosas es refrescante[661].

3 En suma: todo ha sido creado para vuestra utilidad. «Escuchadme —dice la Escritura— y creced como la rosa plantada junto al arroyo; sed olorosos como el árbol del incienso, y bendecid al Señor por sus obras»[662].

4 Mi discurso podría ser más prolijo, si añadiésemos que las flores y los aromas fueron creados para satisfacer nuestras necesidades, mas no para la insolencia del lujo.
5 Ahora bien, si debe hacerse alguna concesión, que se contente uno con disfrutar la fragancia de las flores, pero que no se corone, porque el Padre se preocupa del hombre y a él solo ofrece los productos de su arte profesional. Así afirma la Escritura: «El agua, el fuego, el hierro,

---

657 Aceite de lirio; ungüento a base de aceite de lirio.

658 PLIN., *Hist. Nat.* XXI 127; XXIII 95.

659 *Ibid.*, XXI 129.

660 *Ibid.*, XXIII 87, 159-164.

661 *Ibid.*, XXI 121.

662 *Eclo.* 39, 13-14.

la leche, la flor de harina, la miel, la sangre del racimo, el aceite y el vestido, todo es para bien de los hombres piadosos»[663].

9. ¿Cómo comportarse en el sueño?

77 Y ahora pasemos a la temática del sueño, sin olvidar las reglas de la moderación. De esto vamos a ocuparnos ahora.

Después de un buen banquete, y tras bendecir a Dios por habernos hecho partícipes de placeres, y porque la jornada transcurriera felizmente, debe convocarse al Logos durante el sueño, dejando de lado las colchas suntuosas, las alfombras bordadas de oro y los tapices persas abigarrados de oro, las largas túnicas teñidas de púrpura, las capas preciosas, los tejidos de gran valor de que habla el poeta, las espesas lanas que penden de lo alto y los lechos

más muelles que el sueño[664].

2 Además de merecer el reproche por tanta sensualidad, es nocivo acostarse en almohadas de finas plumas, porque, al ser tan blando el colchón, el cuerpo queda hundido como en un abismo. Y nada favorece para que, quienes están acostados, puedan darse la vuelta, ya que por cada lado de su cuerpo el colchón se levanta como un dique, lo cual no facilita que se cuezan los alimentos, y más bien se abrasan, con lo que se corrompe el alimento. 3 [Las vueltas en un lecho plano, como en un gimnasio natural del sueño, facilita la buena repartición de los alimentos[665]],

---

663 *Ibid.*, 39, 26-27.

664 TEÓCRITO, V 51, XV 125; Cf. VIRGILIO, *Bucólicas* VII 45.

665 Siguiendo a Staehlin, esta frase podrá ser la primera redacción de la siguiente.

y quienes pueden dar vueltas sobre un lecho de superficie plana, teniendo éste como un gimnasio natural del sueño, distribuyen más fácilmente los alimentos y tienen mayor optimismo para afrontar las vicisitudes de la vida. Más aún, los lechos con pies de oro delatan una gran ostentación, y para las cunas «el marfil de un cuerpo separado de su alma no es propicio» para hombres santos, por ser un estúpido artilugio de reposo.

78 No debemos, pues, afanarnos por estos trastos. No es que su uso esté prohibido para quienes los poseen, sino que la prohibición estriba en ir detrás de ellos, dado que la felicidad no se encuentra en estos objetos.

Por otra parte, es pura vanagloria cínica afanarse en dormir como Diomedes:

se extiende por debajo una piel de buey agreste[666],

2 salvo que las circunstancias nos obliguen a ello. Odiseo enderezaba con una piedra el pie cojo de su lecho nupcial[667]. Tan notable era la simplicidad y el trabajo personal que practicaban no sólo los particulares, sino incluso los soberanos de los antiguos griegos.

3 Mas, ¿por qué hablar de ello? Jacob dormía en el suelo y se apoyaba la cabeza en una piedra; y fue entonces cuando pareció que era digno de tener la visión sobrehumana. Debemos utilizar, conforme a la razón, un lecho simple y sencillo, que tenga lo indispensable: si hace calor,
4 que nos proteja, y, si hace frío, que nos caliente. Que el lecho no esté recargado y que tenga las patas lisas, porque los trabajos de los torneros son a veces un refugio para

666 Hom., *Il.* X 155. Diomedes era hijo de Tideo, rey de Argos. Compañero de Odiseo en la célebre campaña de Troya.

667 Hom., *Od.* XXIII 195-200.

los animales que se arrastran; éstos se meten por entre las hendiduras de la artesanía sin resbalar. Sobre todo es preciso utilizar con mesura la blandura del lecho. Porque el sueño no debe significar un relajamiento total del cuerpo, sino un reposo. De ahí que yo sostenga la necesidad de considerarlo no como indolencia, sino como alivio de las ocupaciones.

79 En conclusión: debe dormirse ligeramente, prestos a despertarse en cualquier momento. Dice la Escritura: «Estén ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas, y también vosotros mismos sed semejantes a hombres que aguardan a su señor cuando vuelve de las bodas, a fin de que, en cuanto llegue y llame, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos a quienes cuando el Señor llegue les encuentre en vela»[668]. Porque el hombre que duerme no sirve para nada, como tampoco el que está muerto[669]. 2 Razón por la cual debemos levantarnos de noche frecuentemente y bendecir a Dios; bienaventurados los que se levantan para bendecirle, cual ángeles, que llamamos *despiertos*. 3 «Todo hombre que duerme no vale nada, no vale más que un hombre sin vida.» El que tiene la luz permanece despierto, y la oscuridad no lo domina, y menos aún el sueño, pues no vive en tinieblas. El que ha sido iluminado se despierta, pues, para Dios; y así vive: «porque lo que había en él, era vida»[670].

4 «Bienaventurado el hombre que me escucha —exclama la Sabiduría— y vigila mis caminos, velando mis puertas día tras día, guardando las jambas de mis entradas»[671].

---

668 *Lc.* 12, 35-57.

669 PLUT., *Quaest. Conv.* VIII 7, 728C; ya en PLAT., *Ley.* VII 808b.

670 *Jn.* 1, 3-4.

671 *Prov.* 8, 34.

80 «Así, pues, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios —añade la Escritura—, pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan», es decir, en la tiniebla de la ignorancia, «mas nosotros, que somos del día, seamos sobrios. Porque todos vosotros sois hijos de la luz y del 2 día. No somos de la noche, ni de las tinieblas»[672]. «Sino que, quien es para nosotros especialmente cuidadoso de la vida verdadera y del pensamiento noble, ése permanece despierto el mayor tiempo posible, sin más limitación que lo que resulte útil para su salud, lo que no es mucho, una vez que se ha habituado bien»[673].

Un ejercicio asiduo, unido al esfuerzo, permite un es- 3 tado de vela continuo. Que no nos sean un lastre los alimentos, sino que nos aligeren, para no sumirnos en el sueño, cual nadadores con los pies atados. En consecuencia, es preciso, al igual que si remontásemos los profundos abismos, que nos aligere la sobriedad y nos lleve hasta la superficie del estado de vigilia.

En efecto, la caída en el sopor del sueño se asemeja a la muerte, conduciéndonos a la insensibilidad por la ausencia de la mente e impidiendo la luz al cerrar los párpa- 4 dos. Nosotros, hijos de la verdadera luz, no cerremos la puerta a esta luz, sino que, dirigiéndola a nuestro interior, tras iluminar la visión del hombre escondido, contemplar la verdad misma y recibir parte de sus flujos, desvelemos con claridad y prudencia los sueños verdaderos.

81 Los eructos de los cargados de vino, los ronquidos de los que han comido opíparamente, los silbidos de los que están envueltos entre las mantas, los rumores de los vien-

---

672 *I Tes.* 5, 6-8; 5, 5.

673 PLAT., *Ley.* VII 808b-c.

tres atascados abruman el eje lúcido del alma, mientras que la mente se llena de infinitas alucinaciones. Realmente culpable de ello es una comida excesiva, que arrastra la razón hasta la inconsciencia. «Un profundo sueño no favorece en nada ni a nuestros cuerpos ni a nuestras almas, ni se adapta a nuestras acciones en torno a la verdad, por natural que sea»[674]. 2

El justo Lot —paso por alto la exégesis relativa al pan de la regeneración— no hubiese sido arrastrado a la unión ilegítima, de no estar embriagado por sus hijas y entorpecido por el sueño. 3

Por consiguiente, si cortamos las causas que nos inducen a un profundo sueño, dormiremos más sobriamente. Porque 4

no hay que dormir toda la noche[675]

cuando se tiene como habitante dentro de sí al Logos vigilante; es preciso estar en vela durante la noche y, en especial, cuando los días se acortan.

Uno debe aplicarse al estudio, otro ocuparse de su trabajo, las mujeres trabajar la lana y todos, por así decirlo, tenemos que luchar contra el sueño, habituándonos poco a poco a gozar, mediante la vigilia, de la mayor parte del tiempo de la vida —porque el sueño, como un recaudador, nos quita la mitad del tiempo de nuestra experiencia— y no se debe permitir que duerman de día a los que han recortado la mayor parte de la noche por estar en vela. La vagancia, la modorra, el estar tumbado y los desagradables bostezos son síntoma de un espíritu inseguro. 5

Además, es importante saber que no es el alma la que 82

674 *Ibid.*, VII 808b.
675 HOM., *Il.* II 24.

reclama el sueño, pues siempre está en movimiento[676], sino el cuerpo, que, dejándose llevar por el relajamiento, paraliza toda actividad, en tanto que el alma no obra por
2 medio del cuerpo, sino que medita por sí misma. De ahí que los verdaderos sueños, si se mira bien, son los pensamientos del alma sobria, distraída de las pasiones corporales, pero sugiriéndose a sí misma lo mejor: la ruina del alma es la inactividad.

3 Así pues, el alma con la mente puesta siempre en Dios, y con un diálogo con Él, hace coextensivo el estado de vigilia al cuerpo e iguala al hombre a los ángeles, y obtendrá la perpetuidad de la vida, merced a su entrenamiento en la vigilia.

83

10. *¿Qué extremos hay que considerar en torno a la procreación?*

Queda por examinar cuál es el momento idóneo de las relaciones íntimas, pero sólo para los que han contraído matrimonio; su objeto para los matrimonios es la procreación, y su finalidad, tener hermosos hijos, de la misma manera que el objeto que mueve al labrador a echar la simiente es la provisión de su propio alimento, y la finalidad de su cultivo es la recolección de frutos.

2 Pero mucho mejor es el labrador que siembra el campo del alma. En efecto, uno intenta obtener un alimento temporal, el otro, en cambio, se preocupa por la perduración del Universo; uno planta para sí mismo, el otro, para Dios, pues ha manifestado: «Multiplicaos»[677], y forzoso es obedecerle.

El hombre es la imagen de Dios, por lo que el hom-

---

676 PLAT., *Fedr.* 245c.

677 *Gén.* 1, 28.

bre colabora en el nacimiento del hombre. No toda tierra es apta para recibir semillas; y, si así fuera, no sería para el mismo campesino. No se debe sembrar en las piedras, ni maltratar la semilla, substancia que origina el nacimiento, y que posee, agrupadas, las ideas de la naturaleza. Y es, en verdad, una impiedad deshonrar irracionalmente estas ideas conformes a la naturaleza por unos supuestos contrarios a ella. 3

Así pues, mirad cómo el muy sabio Moisés rechaza simbólicamente la semilla estéril: «No comerás liebre ni hiena.» No quiere hacer partícipe al hombre de su natural, ni que pruebe el mismo grado de lujuria de dichos animales, pues éstos estan poseídos por un insaciable ardor para unirse y copular. Dícese que la liebre gana cada año un ano y que tiene tantos orificios como años de vida, de modo que la prohibición de ingerir liebre significaría que debemos evitar la pederastia. Y de la hiena se dice que cambia cada año: un año es macho, y al otro, hembra, lo que viene a significar que, quien se abstiene de comer hiena, no debe lanzarse a la fornicación. 4 5

Ahora bien, en interpretar que no debemos asemejarnos a este tipo de animales, por la prohibición establecida, también yo estoy plenamente de acuerdo con el muy sabio Moisés. No obstante, no comparto las explicaciones de aspecto simbólico, pues no siempre podría forzarse a la naturaleza a un cambio. Lo que ella misma ha formado, no puede jamás cambiarse en lo contrario por una afección sufrida; pues una afección no es una naturaleza, y la afección suele darnos una imagen adulterada, pero no la reemplaza por otra. 84

Se dice que muchos pájaros suelen cambiar de colores y de cantos según las estaciones: así, el mirlo cambia de color, de negro al amarillento, sin dejar de gorjear una 2

vez que ha aprendido; asimismo, el ruiseñor, con las estaciones, muda su colorido y su gorjeo; pero, en cambio, no experimentan cambio alguno profundo en su naturaleza, como lo sería volverse, por metamorfosis, hembras en 3 lugar de machos. Sin embargo, un nuevo abanico de alas, cual vestido nuevo, se abre en multivarios colores, pero, después, cuando amenaza la mala estación, se marchita su 4 colorido cual una flor. También su canto se marchita, agobiado por el frío. En efecto, si la piel se contrae por acción del medio ambiente, los canales del cuello, contraídos y encogidos, comprimen aún más el *pneûma* que, sofocado, emite un sonido ahogado.

85 De nuevo, ciertamente, al acomodarse al medio atmosférico y, con la llegada de la primavera, al distenderse, el *pneûma* se libera de su estrechez, por circular hasta entonces por canales contraídos, pero ampliamente dilatados, a partir de ahora. No emite ya el murmullo de una melodía marchita, sino que florece un canto brillante y difunde su amplia serenidad, por lo que su canto se convierte en la primavera de la voz de los pájaros[678].

2 No debemos creer que la hiena cambia de naturaleza. Porque el mismo animal no posee al mismo tiempo ambos sexos, el de macho y el de hembra, como algunos han supuesto, llenando su imaginación de monstruos hermafroditos, e inventan una tercera naturaleza andrógina, interme- 3 dia entre la masculina y la femenina. Y están en un gran error, pues no comprenden el alcance de la naturaleza, madre abnegada y creadora.

En efecto, ya que la hiena es el animal más lascivo, la naturaleza la ha dotado con una excrecencia, de forma parecida al órgano sexual femenino, situado debajo de la cola, por encima de la salida de los intestinos.

---

[678] ARISTÓTELES, *Hist. anim.* IX 632b15-25.

Mas esta forma de la carne carece de todo paso —me refiero a un paso que tenga una salida útil—: una matriz o un intestino. Posee una gran cavidad por donde recibe el semen inútil, cuando las cavidades del parto se repliegan, repletas todas de fetos. 4

Esta disposición natural se da tanto en la hiena macho como en la hembra, a causa de su excesiva lubricidad[679]. En efecto, los machos copulan entre sí, razón por la que es difícil apresar una hiena hembra. Los partos de este animal no son continuos, dada la frecuencia y facilidad de sus coitos contra naturaleza. Por esa razón, según creo, Platón, en el *Fedro,* censura la pederastia, tildándola de salvaje, pues los lascivos que se entregan a los placeres «roen los bocados del freno» y «se comportan como cuadrúpedos, y sólo se afanan en procrear.» 86 2

Y, como dice el Apóstol: «A los ateos Dios los entregó a pasiones vergonzosas», «pues sus hembras trocaron el uso natural por otro contra naturaleza. Asimismo, también, los machos, abandonando el uso natural de la hembra, se abrasaron en el deseo mutuo, ejecutando varones con varones la infamia, y recibiendo en sí mismos el pago inevitable a su extravío»[680]. 3

De manera que ni a los animales más lascivos ha permitido la naturaleza fecundar la salida de la evacuación. Porque la orina se halla separada en la vejiga; el alimento húmedo, en los intestinos; las lágrimas, en los ojos; la sangre, en las venas; el cerumen, en los oídos, y las mucosidades, en la nariz. El ano no está separado del extremo del recto, por donde se expulsan los excrementos. No obstante, la hábil naturaleza ha concebido sólo para las hienas este pequeño órgano suplementario para las cópulas suple- 87 2

[679] *Ibid.,* VI 579b15-29; *De animalium generatione* III 757a3-14.
[680] *Rom.* 1, 26-27.

mentarias. De ahí que dicho órgano sea lo suficientemente cóncavo como para que pueda penetrar el órgano excitado; sin embargo, por el otro extremo está obstruido, pues no ha sido creado para procrear.

3 Por consiguiente, es evidente que nosotros, de común acuerdo, debemos rehusar las relaciones contra la naturaleza: las cópulas estériles, la pederastia y las uniones incompatibles entre afeminados, y seguir a la naturaleza misma en lo que prohíbe, debido a la disposición que ha dado a los órganos, pues ha otorgado al hombre su virilidad, no para la recepción del semen, sino para su expulsión.

4 Cuando Jeremías exclama, es decir, el Espíritu Santo por boca de él: «Mi casa se ha convertido en una cueva de hiena»[681], dejando traslucir con ello su pavor ante los que se alimentan de cadáveres, acusa alegóricamente la idolatría. Es necesario, sin duda, que la mansión de Dios viviente esté realmente pura de todo ídolo.

88 De nuevo Moisés prohíbe comer liebre; la liebre copula en todas las épocas, y cuando la hembra se agazapa cerca del macho, la cubre viniendo por detrás. Pues tal es su costumbre. La hembra pare cada mes, y, antes del parto, vuelve a quedarse preñada, y luego, tan pronto como ha parido, se deja cubrir por no importa qué liebre, ya que no tiene bastante con una sola cópula. Y, de nuevo, concibe, mientras está amamantando: tiene una matriz de dos ramales[682].

2 No es tan sólo que el ramal vacío de la matriz la estimule a la cópula —pues todo lo vacío desea ser rellena-

---

681 *Jer.* 12,9.

682 ARIST., *Hist. anim.* VI 579b30-580a3; CLAUDIO ELIANO, *Naturaleza de los animales* II 12.

do—[683], sino que, cuando está preñada, uno de los dos ramales de la matriz está dominado por el deseo y fuertemente excitado. De ahí que quede doblemente preñada.

Así pues, esta enigmática prohibición nos brinda el consejo de abstenernos de deseos fogosos, de coitos continuos, de cópulas con mujeres encinta, de la homosexualidad, de la pederastia, de la fornicación y de la lascivia. 3

Abiertamente y sin rodeos, sino con el rostro al descubierto, el mismo Moisés ha dicho: «No fornicarás, no cometerás adulterio, ni practicarás la pederastía.» Esta disposición del Logos debemos observarla a toda costa, y no podemos infringir la ley bajo ningún concepto, ni invalidar tampoco sus mandamientos. Los malos deseos reciben el nombre de arrebato, y al caballo del deseo Platón lo ha denominado *arrebatado*[684], porque había leído: «Os habéis convertido, a juicio mío, en potros en celo»[685]. Y en cuanto al castigo que nuestro furioso arrebato merece, ya se encargarán los ángeles, que han ido a Sodoma, de hacéroslo patente. Con la ciudad, han abrasado a quienes intentaban entre ellos actos deshonrosos, sirviendo ello de ejemplo palmario de que el fuego es el fruto reservado a una vida entregada a la lascivia. Pues las catástrofes de la Antigüedad, como ya hemos indicado, han sido descritas para conocimiento nuestro, con el fin de no vernos implicados también en ellas y para evitar, en lo posible, no caer en semejantes peligros. 89 2 3

A los niños se les debe considerar hijos, y a las mujeres de otros se las debe mirar como hijas propias. Hay que dominar los placeres y ser dueño del vientre y del 90

---

[683] ARIST., *Ét. Nic.* III 111Bb18.

[684] En griego, *hýbris* y *hybristēn*, respectivamente; PLAT., *Fedr.* 238a y 254c-e.

[685] *Jer.* 5, 8.

2 bajovientre; es lo más importante. Porque si, como postulan los estoicos, la razón recomienda al hombre docto no menear el dedo al azar, ¿cómo no van a estar obligados a dominar su órgano sexual los que persiguen la sabiduría?

Me parece que reciben el nombre de «partes pudendas», porque debe hacerse uso de esta parte del cuerpo con *pudor*[686].

3 La naturaleza, como en los alimentos, también nos recomienda un comportamiento oportuno, útil y decente en las uniones legítimas, y nos recomienda el deseo de pro-
4 crear. Mas quienes persiguen los excesos chocan contra lo prescrito por la naturaleza, perjudicándose a sí mismos con cópulas ilegítimas.

No es razonable tener relaciones carnales con muchachos como si fueran mujeres[687]. Por esa razón, el filósofo, siguiendo a Moisés, exclama: «No se echen las simientes entre las piedras y las rocas, pues jamás enraizarán, ni encontrarán la fecundidad para concebir un ser de su misma naturaleza»[688].

91 Sin duda, de lo más claro son las prescripciones del Logos, por medio de Moisés: «No yacerás con varón como se cohabita con mujer; es cosa execrable»[689]. Y, además: «Abstenerse de trabajar en cualquier campo femenino, sea el que fuere», a excepción del que nos pertenece; el gran Platón, recogiéndolo de las divinas Escrituras, nos lo aconseja, haciendo de ello una ley: «No cohabitarás con la
2 mujer de tu prójimo; te contaminarías con ella. Las si-

---

686 En griego, *aidóion* «partes pudendas», «desnudeces»; derivado de *aidōs* «sentimiento de vergüenza», «pudor».

687 PLAT., *Ley.* VIII 836c.

688 *Ibid.*, VIII 838e.

689 *Lev.* 18, 22.

mientes de las concubinas son ilegítimas y bastardas»[690]; no siembres donde «no querrías ver crecer lo sembrado»[691]; y, asimismo: «No toques a ninguna mujer que no sea la tuya propia», sólo de ella es justo disfrutar los placeres carnales con vistas a una legítima descendencia. Sólo ello, sí, es lícito para el Logos. Nosotros, que somos parte activa de esta función divina de la creación, no tiremos la semilla, ni la envilezcamos, ni sembremos legumbres difíciles de cocer.

92 El mismo Moisés prohíbe, incluso, a los maridos acercarse a sus mujeres, si ellas se hallan en las impurezas de sus reglas. Porque no es razonable ensuciar con las impurezas del cuerpo la parte más fecunda de la simiente, que en poco tiempo puede convertirse en ser vivo, ni tampoco lavar la simiente en el sucio e impuro flujo de la materia, germen de un posible nacimiento, privado de los surcos de la matriz.

2 No nos ha dejado ningún ejemplo de algún antiguo hebreo que se uniese a su propia mujer encinta, pues el mero placer, aun experimentado en matrimonio, es contrario a la ley, a la justicia y a la razón.

3 Por el contrario, Moisés aparta de las mujeres preñadas a los hombres, hasta que hayan parido. De hecho, la matriz, ubicada por encima de la vejiga y por encima del intestino llamado recto, extiende su cuello entre los dos dentro de la cavidad; y el orificio del cuello, por donde penetra el semen, se cierra, cuando está lleno, y, de nuevo, se vacía limpio ya por el parto; y es cuando ha depositado el fruto cuando de nuevo admite el semen.

No debemos enrojecer de vergüenza, cuando se persi-

---

690 PLAT., *Ley.* VIII 841d.

691 *Ibid.*, VIII 839a; cf. PLUTARCO, *Preceptos conyugales* 144b.

gue la utilidad del auditorio, por citar los órganos de la gestación, de cuya creación no se ha avergonzado Dios.

93 Así pues, la matriz, deseosa de procrear, acoge el semen, acto que niega cualquier objeción censurable acerca del coito. Luego, después de la fecundación, al cerrarse el orificio, se concluye ya todo movimiento lascivo. Sus deseos que hasta este momento eran impulsados por los abrazos amorosos, cambian de aspecto, y al ocuparse de 2 procrear, colaboran con el Creador. No es lícito causar molestias a la naturaleza en acción con superfluas aportaciones, que desembocan en violencia. En efecto, ésta, que adopta varios nombres y formas, se denomina libertinaje, cuando se ejerce en la parte de la indisciplina sexual: el nombre indica un mal común, vulgar, impuro, relacionado con los coitos, y, cuando dichos desórdenes aumentan, se origina un considerable número de enfermedades: la pasión por la comida, por el vino, por las mujeres, y, especialmente, el gusto por el libertinaje y la voluptuosidad, sobre los que domina en calidad de tirano el deseo.

3 Estas pasiones se multiplican en cantidad ingente de hermanas, por las que se constituye la conducta licenciosa. Dice la Escritura: «Prestas están para los libertinos las vergas, y los castigos para las espaldas de los necios»[692]; con la expresión «las espaldas de los necios» se refiere al vigor de la vida libidinosa y a su fuerte permanencia. De ahí que añada: «Aparta de tus esclavos las vanas esperanzas, y retira de mí los deseos inconvenientes, para que no se apoderen de mí los deseos del vientre y de la copulación»[693].

4 Es necesario, pues, rechazar lejos la gran maldad de

---

692 *Prov.* 19, 29.

693 *Eclo.* 23, 5-6.

los que acechan; pues ni en el saco de Crates, ni tampoco en nuestra ciudad «entra el loco parásito, ni el licencioso glotón que se ufana de su trasero, ni la falaz prostituta», ni ninguna otra bestia de placer de este tipo. Nuestro saber es colmar toda nuestra vida de buenas acciones.

94 En conclusión: el problema suscitado en torno a la cuestión de si hay que contraer matrimonio, o hay que abstenerse totalmente de él[694] —es una cuestión digna de atención, sin duda— ya lo hemos visto en nuestro tratado *Sobre la continencia*[695]. Ahora bien, si nos hemos visto en la necesidad de estudiar la cuestión de si hay que casarse, ¿cómo se nos puede recomendar usar, como lo hacemos en la comida, siempre y en todo momento las relaciones sexuales, como algo necesario?

2 Es fácil ver cómo, después de la relación, los nervios como los hilos de la urdimbre en la tela, se tensan y se rompen por la sobretensión de la cópula; además, esta relación esparce una tiniebla sobre los sentidos y abate también la energía. 3 Fenómeno este que se evidencia en los animales irracionales y en los cuerpos en continua actividad; de éstos, los que se abstienen son los que aventajan a sus adversarios en las competiciones atléticas; y a los animales irracionales no se les puede separar después del coito, como no sea tirando de ellos, arrastrándolos, por así decirlo, pues se han quedado privados de fuerza y vigor.

El sofista de Abdera llamaba a la unión sexual «una pequeña epilepsia», considerándola un mal incurable. 4 ¿No conlleva un debilitamiento proporcional a la cuantía de la pérdida seminal? «Pues un hombre nace y es arrancado

---

694 Célebre discusión mantenida por los cínicos y estoicos.

695 Alusión a una obra perdida suya.

de otro hombre»[696]. Date cuenta del alcance del perjuicio: un hombre entero es arrancado en el transcurso de la pérdida seminal producida por la unión sexual. Y la Escritura dice: «He aquí ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne»[697]. El hombre, pues, se vacía con el semen tanto cuanto se ve en el cuerpo, ya que lo que ha expulsado es comienzo de un nacimiento. Por lo demás, también esta efervescencia de la materia perturba y transforma la armonía corporal.

95 Realmente fue muy educado aquel que, a la pregunta de cuáles eran las sensaciones que experimentaban en los placeres amorosos, respondió: «¡Calla, por favor, buen hombre, me liberé de ellos con la mayor alegría, como 2 quien se libera de un amo furioso y cruel!» No obstante, el matrimonio debe aceptarse y ser colocado en su justo lugar; es deseo del Señor que la humanidad «se multiplique», pero no dice: «Mostraos impúdicos», ni tampoco quiere que nos entreguemos a los placeres, como si hubiésemos nacido para el coito.

Que nos llenen de confusión las palabras que el Pedagogo pone en boca de Ezequiel: «¡Circuncidaos de vuestra prostitución!» Incluso los animales irracionales tienen un 3 período de tiempo establecido para la fecundación. Pero, unirse sin buscar la procreación es un verdadero insulto para la naturaleza[698], a la cual debemos designar como maestra, y observar los sabios preceptos de su pedagogía para el tiempo oportuno de la unión, quiero decir el tiempo establecido para la vejez y para la juventud —a ésta no se le permite el matrimonio, ni tampoco a aquélla—; de todas maneras, no autoriza a casarse siempre.

---

696 DEMÓCRITO, fr. 32 DIELS.

697 *Gén.* 2, 23.

698 Moral racionalista estoica.

El matrimonio es el deseo de procreación, no de evacuar el semen desordenadamente, acto contrario a la ley y a la razón.

96 Nuestra vida toda puede seguir su curso según los dictámenes de la naturaleza, si dominamos nuestros deseos desde un principio y si no damos muerte, mediante maléficas artimañas, a la progenie humana, nacida según los planes de la divina providencia[699]. Porque esas mujeres que, en su afán de ocultar su mala conducta, usan fármacos abortivos, que expulsan una materia totalmente muerta, provocan a la vez que el aborto del feto, el de sus sentimientos humanos. 2 Con todo, a quienes les está permitido el matrimonio, les es necesario un pedagogo: es decir, no deben realizar los ritos misteriosos de la naturaleza durante el día; tampoco deben unirse sexualmente, por ejemplo, a la salida de la iglesia o del ágora, desde la aurora, como los gallos, ni a la hora misma del rezo, ni de la lectura, ni a la hora de realizar cualquier tipo de actividad útil durante el día; por la tarde es conveniente reposar después de la comida, y después de las acciones de gracias por todos los bienes disfrutados.

97 La naturaleza no da siempre ocasión para realizar la unión matrimonial; por otra parte, el abrazo más diferido es el más deseado. Tampoco por la noche, pensando que se está en tinieblas, se deben cometer acciones desenfrenadas, sino que debemos encerrar en nuestra alma el pudor, cual luz de la razón.

2 En nada nos diferenciamos de Penélope, si durante el día tejemos unos principios de moderación, y de noche los deshacemos[700], cuando nos acostamos. Porque si se

---

[699] PLAT., *Ley.* VIII 838e.

[700] PLAT., *Fed.* 84a.

debe observar la dignidad, como en realidad debe ser, mucho más debemos mostrarla con nuestra esposa, evitando abrazos indecentes y la mejor prueba de que no se comporta honestamente con los vecinos, es ser consecuente en casa.

3 Porque no, no es posible ser considerado casto por la esposa, a la que no se le da el testimonio de castidad en medio de aquellos picantes placeres. Un afecto que confiesa cimentarse en el terreno resbaladizo de la unión sexual, florece poco tiempo y envejece junto con el cuerpo, y, a veces, incluso, llega a envejecer antes, cuando el deseo carnal se ha marchitado, cuando los placeres de las prostitutas han ultrajado la castidad matrimonial. En efecto, los corazones de los amantes son alados, la seducción se disipa con el arrepentimiento, y, la mayoría de las veces, el amor se troca en odio, cuando el hartazgo se da cuenta de su condena.

98 No debemos recordar expresiones desenfrenadas, ni tampoco actitudes inconvenientes, ni los besos de las prostitutas y demás actos libertinos por el estilo; obedezcamos, mejor, al bienaventurado Apóstol, que nos habla con toda claridad: «Mas la fornicación y toda impureza o codicia ni se nombren entre vosotros, cual cumple a santos»[701]. 2 Sin duda, lo que sigue está bien claro: «La relación sexual no reporta a nadie ventaja alguna; ¡dichosa, si no perjudica!»[702]. Pues incluso la que es permitida por la ley es peligrosa, si no tiende a la procreación. Y cuando lo está, afirma la Escritura: «Una mujer a sueldo vale lo que un gargajo, pero una mujer casada será una torre de perdición para quienes la usen»[703].

---

[701] *Ef.* 5, 3.

[702] DIÓG. LAER., X 118: máxima epicúrea.

[703] *Eclo.* 26, 22.

Con un jabalí o un cerdo comparó la pasión libertina, 3 y ha manifestado que el adulterio con una prostituta protegida significa la muerte. Una casa, una ciudad, sede de actos desenfrenados, uno de vuestros poetas[704] la reprocha, cuando escribe:

En tus paredes 99
se cometen adulterios y uniones ilícitas de
hombres, afeminadas e impuras, ¡ciudad perversa,
del todo impura!

No obstante, admira a los honestos: 2
que no incurran en la infamia de desear el coito
con otro, ni en el ímpetu, vergonzoso y horrible,
sobre el macho[705],

porque es *contra natura*. Muchos consideran vida regalada sus propios pecados; otros, más sensatos, reconocen que son pecados, mas son dominados por los placeres. Y las 3 tinieblas les sirven de velo para sus pasiones; pues comete adulterio con su propia mujer quien hace de cortesano con ella y no oye las aclamaciones del Pedagogo: «¿Quién me ve? A mi alrededor hay tinieblas; las paredes me ocultan, y nadie ve mis faltas; ¿por qué, pues, preocuparme? El Altísimo, ciertamente, no va a ocuparse de ello»[706]. Muy 4 digno de lástima es ese hombre, que sólo teme los ojos humanos y se imagina que pasará inadvertido a Dios.

«No comprende —dice la Escritura— que los ojos del Altísimo son diez mil veces más luminosos que el sol, pues miran todos los derroteros humanos y llegan, incluso, a escudriñar los escondrijos más ocultos»[707]. Razón por la 5

[704] *Oráculos Sibilinos:* Clemente se dirige a los Paganos.
[705] *Orác. Sib.* IV 33-34, y V 166-168.
[706] *Eclo.* 23, 18.
[707] *Ibid.*, 23, 19.

cual el Pedagogo aún nos amenaza por boca de Isaías: «¡Ay de quienes traman sus planes en la oscuridad, y preguntan: ¿Quién nos ve?»[708]. Porque quizá pasen inadvertidos, sí, a la luz sensible, mas es imposible que pasen inadvertidos a la luz espiritual, o, como afirma Heráclito: «¿Cómo puede esconderse lo que nunca se oculta?»[709].

6 Bajo ningún concepto tratemos de ocultarnos en las tinieblas, ya que la luz habita en nosotros; dice la Escritura: «Y las tinieblas no lo acogen»[710]; al contrario, la noche ilumina la mente casta. Y la Escritura ha denominado lámparas que jamás se extinguen a los pensamientos de los hombres buenos.

100 Verdaderamente, querer pasar inadvertido de lo que uno hace, implica una conciencia de culpabilidad, y todo el que comete un pecado es también injusto, no tanto con el prójimo, si comete adulterio, como consigo mismo, pues tiene la conciencia de adúltero. Sea como sea, es peor y más miserable. El que comete una falta, en cuanto que la ha cometido, es peor y más digno de desprecio que antes era; de todas maneras, algo se añade a él, además de su esclavitud al placer deshonroso: el desorden moral.

Por esa razón, el que fornica muere para Dios; el Logos y el Espíritu lo abandonan y es un cadáver. Porque lo que es santo, como es natural, se horroriza de ser hollado.

2 Siempre se ha permitido el contacto entre los seres puros[711]. No debemos, junto con nuestro vestido, despojarnos de nuestra vergüenza, pues jamás se ha permitido al justo desnudarse de su castidad. Y he aquí que este cuer-

---

708 *Is.* 29, 15.

709 Fr. 16 Diels.

710 *Jn.* 1, 5.

711 Plat., *Fed.* 67b.

po corruptible se revestirá de incorruptibilidad, cuando el insaciable deseo, en su fluir hacia la lascivia, educado por el Pedagogo en la continencia, llegue a odiar la corrupción y permita al hombre el acceso a una eterna castidad.

3 «En este siglo toman mujer o marido»[712]; y después de haber abandonado las obras de la carne y de haber revestido de incorruptibilidad nuestra carne purificada, podemos perseguir lo que está a la medida de los ángeles[713].

4 De ahí que, en el *Filebo*, Platón, discípulo de la filosofía bárbara, tilde, un tanto misteriosamente, de ateos a los que corrompen y mancillan al dios que habita en ellos, el Logos, en tanto que pueden en su familiaridad con las pasiones.

101 No debemos vivir como mortales cuando santificamos a Dios, ni tampoco, como afirma Pablo, hacer de los miembros de Cristo miembros de una prostituta, ni del templo de Dios, templo de las pasiones vergonzosas.

2 Acordaos de veinticuatro mil hombres que fueron rechazados por su fornicación; los sufrimientos de los fornicadores son, como ya antes dije, un «ejemplo»[714] que gobierna, cual pedagogo, nuestros deseos. Y el Pedagogo nos lo advierte muy claramente: «No vayas detrás de tus deseos, y difiéndete de tus impulsos»[715].

3 El vino y las mujeres ofuscarán a los hombres sensatos, y quien se una con prostitutas se volverá más audaz; los gusanos y la putrefacción lo recibirán en herencia, y será destruido, como gran ejemplo». Y la Escritura añade

---

712 *Lc.* 20, 43.
713 *Ibid.*, 20, 36.
714 *I Cor.* 10, 6.
715 *Eclo.* 18, 30.

aún —pues no se cansa de sernos útil—: «Quien resiste el placer, corona su propia vida»[716].

102 No es justo abandonarse a los placeres amorosos, ni estar ávido por los deseos sensuales, ni dejarse afectar demasiado por los impulsos irracionales, ni desear la polución. Sólo le está permitido al hombre casado sembrar, como a un labrador, cuando la semilla pueda ser recibida con oportunidad.

<10 bis. *Del lujo en el vestido*>

102,2 Para la otra incontinencia hay un excelente medicamento: la razón; también presta una eficaz ayuda el evitar la saciedad, por la que los deseos fogosamente inflamados saltan alrededor de los placeres.

No debemos pretender vestidos suntuosos, ni alimentos 3 complicados. El Señor, dividiendo sus consejos en los relativos al alma, al cuerpo y, en tercer lugar, a los bienes externos, aconseja procurarnos los bienes externos por causa del cuerpo, gobernar el cuerpo por el alma, y brinda a ésta la siguiente lección de pedagogía: «No os preocupéis por la vida, pensando qué comeréis, ni por el cuerpo, con qué os vestiréis. Porque la vida es más que alimento, 4 y el cuerpo más que vestido.» Y a su enseñanza añade este luminoso ejemplo: «Considerad los cuervos, que ni siembran ni siegan, que no tienen despensa ni granero, y Dios los sustenta; ¡cuánto más valéis vosotros que las 5 aves!»[717]. Todo esto por lo que atañe a la comida; pero también de forma análoga, a propósito del vestir, tercer apartado del estudio, el de los bienes externos: «Conside-

---

716 *Ibid.*, 19, 2-3, y 5.
717 *Lc.* 12, 22-24.

rad los lirios, cómo no tejen ni hilan; y os digo que ni Salomón se vistió como uno de ellos»[718]. Y el rey Salomón se vanagloriaba de su riqueza.

103 ¿Qué hay más hermoso y más gracioso que una flor? ¿Qué hay más agradable que los lirios o las rosas? «Y si la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al fuego, Dios la viste así, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! Vosotros no busquéis qué comeréis o qué beberéis»[719].

2 Ha suprimido todo lujo en la comida, mediante la partícula *qué*, porque eso es lo que viene a significar la Escritura: «No os preocupéis por qué tipo de comida comeréis, o qué tipo de bebida beberéis.» Preocuparse por estas menudencias denota abundancia y sensualidad; en cambio, «comer», a secas, responde a la necesidad o, como diríamos, a la satisfacción de una necesidad. Contrariamente, el *qué* denuncia sobreabundancia, y la Escritura declara abiertamente que la excesiva superabundancia proviene del diablo. Y la expresión que añade a esto aclara la com- 3 prensión: «No busquéis qué comeréis o qué beberéis», y prosigue: «ni os excitéis»[720]. La ostentación y sensualidad provoca que nos alejemos de la verdad, dado que el placer sensible, preocupado por lo superfluo, nos aleja de la verdad. Por eso muy bien ha dicho: «Porque todas estas co- 4 sas los gentiles las persiguen»[721]. Los paganos son los indisciplinados e insensatos. Pero, ¿qué quiere decir con «todas estas cosas»? La sensualidad, el placer, los condimentos exquisitos, la glotonería y la gula. He aquí el *qué*.

---

718 *Ibid.*, 12, 27.

719 *Ibid.*, 12, 28-29.

720 *Ibid.*, 12, 29.

721 *Ibid.*, 12, 30.

5 Respecto a la comida simple, seca o húmeda, ¡qué necesaria es!, exclama: «Vuestro Padre sabe la que necesitáis.» Si, en una palabra, somos seres que andamos a la búsqueda, no destruyamos este fuego interior de búsqueda en la sensualidad, sino reanimemos su llama para hallar la verdad. «Buscad el reino de Dios, y lo que concierne a la alimentación se os dará por añadidura»[722].

104 Si suprime toda preocupación por el vestir, por la comida y por lo puramente superfluo, por no considerarlo necesario, ¿cuál creemos que será su opinión acerca de la coquetería, del tinte de las lanas, del lujo en los colores, del refinamiento de las piedras preciosas y del oro trabajado, y de las cabezas artísticamente peinadas, de los rizos en espiral, y, además, de la pintura de los ojos, de la acción de depilarse y afeitarse, del blanco de albayalde, del tinte del cabello y de todos esos artilugios que sirven para 2 engañar? ¿No es para sospechar que lo que antes ha manifestado a propósito de la hierba, ha sido motivado por los desordenados enamorados de las cosas mundanas?[723]. 3 «Porque el mundo es un campo de cultivo»[724], y nosotros somos el césped, nosotros que somos rociadores por la gracia de Dios, y, una vez cortados, brotamos, como se verá más detalladamente en el tratado *Sobre la Resurrección*[725].

La hierba representa alegóricamente la masa vulgar, familiarizada con el placer efímero cuya flor brota por poco tiempo, amante de los adornos, la vanagloria y de todo lo que no sea ser amigo de la verdad, y que no sirve más que para ser lanzada a la hoguera.

---

722 *Ibid.*, 12, 31.

723 Ambigüedad del término *kósmos:* «Universo»/«adorno».

724 *Mt.* 13, 38.

725 Obra perdida de Clemente; ya se refirió a ella en I 47.

105 El Señor nos cuenta este relato: «Era un hombre muy rico, que vestía púrpura y lino fino, y que disfrutaba cada día espléndidamente —ésa era la hierba—. Por el contrario, un pobre, Lázaro de nombre, estaba tendido junto a la puerta del rico, cubierto de úlceras y deseando hartarse de lo que caía de la mesa del rico —era el césped—»[726]. Ahora bien, el primero, el rico, fue castigado en el Infierno, a compartir el fuego, mientras que el segundo florecía junto al regazo del Padre.

2 Admiro la ciudad antigua de los lacedemonios: sólo permitía a las cortesanas llevar vestidos bordados y un aderezo de oro; y prohibió a las mujeres honestas ir detrás de tales adornos, por el hecho de que sólo se permitía adornarse a las que se prostituían. 3 Por el contrario, en Atenas, los aristócratas perseguían un tipo de vida ciudadana más distinguida, olvidando las costumbres viriles, llevaban adornos de oro y lucían largas túnicas; sobre su cabeza colocaban un penacho —una especie de trenza—, y se sujetaban los cabellos con cigarras de oro, dando verdaderamente prueba, por la falta de gusto de su afeminamiento, de que eran hijos de la tierra. 4 El celo de estos aristócratas se difundió entre los demás jonios, a los que Homero, tildándolos de afeminados, llama «de rozagantes peplos»[727].

106 Ciertamente, a quienes se vuelcan hacia el deseo de los adornos, como imagen del Bien, pero no el Bien en sí mismo, a los idólatras agazapados bajo un bello nombre, debemos rechazar de la verdad[728], pues sueñan con la naturaleza del bien, siguiendo su opinión, mas no por el sen-

---

[726] *Lc.* 16, 19-23.

[727] En griego, *helkesipéplous,* epíteto homérico: *Il.* VI 442, VII 297, XXII 105.

[728] Debe entenderse: <de la ciudad de la Verdad>.

2 dero de la ciencia. Para ellos, la vida de aquí es un sueño profundo de ignorancia, del que debemos despertar, y afanarnos en lo que realmente es bueno y que responde a un orden, y desear ardientemente obtenerlo, abandonando en este mundo lo mundano, antes de entrar definitivamente en el sueño[729].

3 Así pues, sostengo que el hombre no necesita tejidos, como no sea para protegerse y defenderse de los rigores del frío y de la intensidad del calor, para que no nos perjudique el desequilibrio de la temperatura ambiental que 4 nos circunda. Si ése es el sentido del vestido, ya puedes ver que no hay por qué asignar un vestido para el hombre y otro para la mujer, pues es común para ambos el protegerse, comer y beber.

107 De manera que, si la necesidad es común, creemos razonable un mismo tipo de ropaje. Dado que lo que deben cubrirse es lo mismo, así también convendrá que la materia que cubra sea semejante; y, si así es, que oculte del 2 todo lo que no deben ver los ojos de las mujeres. Si resulta que el sexo femenino tiene ciertas exigencias, es censurable el género de mala vida, por la que los hombres, siguiendo una existencia vil, han llegado a ser más afeminados que las mujeres. Y no hay por qué bajar de tono.

3 Ahora bien, si es necesario que se compongan, debe permitírseles que utilicen tejidos más suaves, siempre que prescindan de los pequeños adornos estúpidos, las superfluas trenzas en los tejidos, y manden a paseo el hilo de oro, las sedas de la India y los sofisticados trajes de seda.

4 En primer lugar nace un gusano; luego, de él se origina una oruga velluda, tras la que, por tercera metamorfosis, nace una pequeña mariposa, a la que le dan el nom-

729 PLAT., *Rep.* VII 534c.

bre de crisálida, que produce un largo filamento, como el hilo de la araña[730].

Este raro tejido transparente delata un temperamento 5 sin vigor, prostituyendo bajo una tenue capa la vergüenza del cuerpo. Además, no es un delicado vestido protector, pues no es capaz de cubrir la silueta de la desnudez. En efecto, un vestido de este calibre, al caer sobre el cuerpo con ondulante suavidad, se modela adaptándose a la constitución de la carne, y se amolda a sus formas hasta tal punto que toda la disposición del cuerpo de la mujer se hace evidente aunque con los ojos no se vea.

Debemos hacer caso omiso de los vestidos y de los 108 tintes, por estar alejados de toda utilidad y verdad, y, además, por hacer florecer las calumnias sobre la conducta. Sin lugar a dudas, no es útil su empleo —pues no está acondicionado para el frío— y, por lo que se refiere a la protección, carece de toda ventaja sobre los demás vestidos, como no sea el reproche. La seducción de los colores fatiga los ojos curiosos, incitándoles a una mirada que no es razonable. Es necesario que los puros, no los hijos bastardos, usen en su interior vestidos blancos sin adorno alguno. Es bien claro y puro el mensaje profético 2 de Daniel: «Se pusieron unos tronos y un anciano se sentó; su vestidura era blanca como la nieve»[731]. Con un ves- 3 tido parecido ve al Señor en una visión. Y dice el *Apocalipsis:* «Vi al pie del altar las almas de los que habían rendido testimonio, y se le dio a cada uno una vestidura blanca»[732]. Y si fuera necesario buscar otro color, ya bas- 4 ta el tinte natural, el de la verdad. En cambio, los vesti-

---

[730] ARIST., *Hist. anim.* V 19, 551b9.

[731] *Dan.* 7, 9.

[732] *Ap.* 6, 9.11.

dos que se asemejan a las flores hay que reservarlos para los que pierden su tiempo en bacanales e iniciaciones. Y, además, nos dice el poeta cómico[733]: «La púrpura y la vajilla de plata son útiles para los trágicos, pero no para la vida ordinaria», y conviene que nuestra vida sea mucho
5 más que un baile de comparsas. El color de Sardes, el de frutos verdes, el verde pálido, el rosa y el rojo escarlata, así como mil y una variedades más del tinte han sido inventados para la depravada vida del placer.

109 Es ése un tipo de vestido para recreo de la vista, no para la protección: los tejidos bordados en oro, los tintes de púrpura, los adornos con motivos animales —expuestos al viento son de gran lujo—, y el tejido de color de azafrán e impregnado de perfume, y los mantos ricos y abigarrados, a base de pieles preciosas, con relieves de animales vivos tejidos en la púrpura; todo esto tenemos que mandarlo a paseo, junto con su afiligranado arte.

2 «¿Qué podremos hacer de bueno o espléndido las mujeres, que estamos sentadas, dice la comedia[734],

ataviadas con flores
con mantos azafranados acicaladas, y embellecidas?»

3 Rotundamente nos exhorta el Pedagogo: «No te glories de tu manto, ni te eleves a una gloria que resulte del todo fugaz»[735].

Burlándose de los que visten delicados atavíos, exclama en el Evangelio: «Mirad los que andan con ropaje espléndido, y que llevando una vida de lujo en los regios alcáza-

[733] FILEMÓN, fr. 105, 5.
[734] ARISTÓF., *Lis.* 42-44.
[735] *Eclo.* 11, 4.

res están»[736]. Se refiere a los alcázares terrestres, la adulación y la extraviada ilusión.

Por el contrario, los que sirven como criados en las mansiones celestes junto al rey del Universo, consagran el vestido puro del alma, la carne; con lo cual se revisten de incorruptibilidad.

4 Así como, sin duda, la mujer soltera dedica su tiempo sólo a Dios, sin que su preocupación se diversifique, y la mujer casada, al menos la casta, reparte su vida entre Dios y su esposo, mientras que, de no ser así, llega a ser toda ella del marido, es decir, de la pasión; así también, creo, la casta esposa, consagrando su tiempo al marido, honra sinceramente a Dios; en cambio, si ama las joyas, se separa de Él y del santo matrimonio, trocando a su esposo por las joyas, como el ejemplo de la hetera argiva, me refiero a Erífila:

que por oro vendió a su esposo poniéndole precio[737].

110 Razón por la cual yo acepto la actitud del sabio de Ceos[738], cuando traza el esbozo de las figuras, parecidas y paralelas, de la Virtud y del Vicio. A una la interpreta en actitud modesta, con un vestido blanco o impoluto, la virtud con el pudor como único adorno —así debe ser la fe, virtuosa con su pudor—; a la otra, el vicio, por el contrario, la presenta envuelta con ropaje sobrecargado, reluciente de un color que no le es propio. Sus movimientos y ademanes se ocupan de la seducción, y posa cual pintura ante las mujeres lujuriosas.

---

736 *Lc.* 7, 25.

737 HOM., *Od.* XI 327. Se refiere a Erífila, esposa de Anfiarao, a quien traicionó seducida por el collar de Harmonía.

738 El sofista Pródico, natural de Yúlide (Ceos).

2 El que sigue al Logos no se familiarizará con ningún tipo de placer vergonzoso. Y es que en materia de vestidos, ante cualquier opinión debe prevalecer la utilidad.

Si el Logos, en el *Salmo* cantado por David, exclama del Señor: «Hijas de reyes se regocijan en tus honores; a tu diestra está la reina ataviada con un vestido con incrustaciones y franjas de oro»[739], no es para patentizar el delicado lujo en el vestido, sino para mostrar el incólume tejido de la fe de quienes han alcanzado la misericordia como adorno de la Iglesia, en la que Jesús, en quien no hay engaño, «brilla como el oro»[740], y los elegidos son las franjas de oro.

111 Si debemos aflojar un tanto nuestro riguroso tono en torno a las mujeres, que se les teja un vestido liso, agradable al tacto, pero sin adornos cual si fuera un cuadro para regocijo de la vista. Pues, con el tiempo, el dibujo desaparece, y, además, los lavados y los líquidos corrosivos que se impregnan, componentes de los tintes, estropean las lanas de los vestidos y las desgastan; lo cual no conviene a una buena economía.

2 El mayor signo de falta total de gusto está en ocuparse apasionadamente de las túnicas de mujer, de los abrigos de lana, de las túnicas de hombres y, como dice Homero, de

todo lo que cubre el sexo[741].

Enrojezco de vergüenza, ciertamente, al ver la ingente cantidad de riqueza que cubre las partes.

3 El primer hombre del Paraíso medía la protección de

---

739 *Sal.* 44, 10.14.

740 PÍNDARO, *Olímpicas* 1, 1.

741 HOM., *Il.* II 262.

sus vergüenzas con ramas y hojas, pero ahora, puesto que las ovejas han sido creadas para nosotros, no nos comportemos como ellas; conducidos por el Logos, rehusemos el lujo en los vestidos, afirmando: «sois pelos de ovejas». Y, aunque se vanaglorie Mileto, aunque Italia se ufane, o aunque tales pelos se conserven en las cubiertas de la piel por las que muchos enloquecen, nosotros, al menos, debemos hacer caso omiso de todo.

112 El bienaventurado Juan, despreciando los pelos de las ovejas, pues olían a lujo, prefirió los pelos de camello, y se revistió de ellos, como ejemplo de vida espiritual y auténtica. Y comía miel y langosta, manjar dulce y espiritual, preparando sin orgullo y casto celo los caminos del Señor. 2 ¿Cómo podría lucir un fino manto de púrpura quien había desechado la ostentación de la ciudad y vivía como ciudadano de Dios en el apacible desierto de la tranquilidad, lejos de toda vana búsqueda, lejos de la indiferencia moral, lejos de toda mezquindad?

3 Elías usaba por vestido una piel de oveja y se la ataba con un cinturón de piel. Isaías, por su parte, el otro profeta, estaba «desnudo y sin calzado»[742], y, a menudo, se envolvía en un saco, prenda cargada de humildad.

113 Y si citas a Jeremías, éste llevaba sólo un ceñidor de lino. Y, así como los cuerpos bien alimentados, cuando están desnudos, muestran ostensiblemente el vigor, así también la belleza de una buena conducta patentiza toda su magnificencia, si no la desfigura la grosera charlatanería.

2 Arrastrar los vestidos por el suelo es signo de altivez, pues estorba la actividad de la marcha, arrastrando por los suelos, cual escoba, las briznas de paja. Incluso ni esos bailarines que pasean a lo largo y a lo ancho del escenario

---

[742] *Is.* 20, 2.

su silenciosa perversidad, permiten que sus vestidos lleguen a tal extremo de arrogancia. Sin embargo, su ajuar bien cuidado, las colgaduras de las franjas, el refinado ritmo de sus gestos, muestran la negligencia de un minucioso re- 3 lajamiento. Y si alguno trae a colación el manto del Señor, <debo decir> que esta túnica abigarrada muestra las flores de la sabiduría, las Escrituras polícromas que no se marchitan, las palabras del Señor que brillan con 4 los rayos de la verdad. Con un vestido de esta naturaleza le revistió el Espíritu al Señor, cuando dijo por boca de David en el *Salmo:* «Vestido estás de alabanza y de gloria, envolviéndote la luz, cual manto»[743].

114 Así pues, en la confección de vestidos debemos rehusar toda extravagancia y evitar también toda desmesura en su uso. En efecto, no está bien que las muchachas jóvenes de Esparta lleven, según dicen, su vestido por encima de la rodilla, pues no es decoroso que una mujer descubra 2 cualquier parte de su cuerpo. Ciertamente, puede responderse cortésmente a las exclamaciones de aquel que andaba diciendo: «¡Qué brazo tan hermoso!», con «¡Pero si no es un bien público!», y «¡Qué piernas tan bonitas!», con «¡Pero son sólo de mi marido!»; y a aquél que dice: «¡Qué cara tan linda!», con «¡Es de quien se ha casado conmigo!»

3 Yo quiero que las mujeres castas no den pie a este tipo de piropos a quienes, usando de ellos, van a la caza de actos censurables; además, aunque esté permitido descubrirse sólo los tobillos, está prescrito, en cambio, que se cubran la cabeza y se velen el rostro.

Y es que no es santo que la hermosura corporal sea 4 un anzuelo para los hombres. No es razonable, pues, que

[743] *Sal.* 103, 1-2.

una mujer lleve un gran velo de púrpura deseando ser centro de atracción de las miradas. ¡Ojalá se pudiera arrancar de los vestidos la púrpura, evitando con ello que los mirones se giraran para observar a las que la usan! Sin embargo, éstas que tejen poco su vestido y lo hacen todo de púrpura, inflaman los deseos fáciles; y de ellas, ciertamente, que se inquietan por esta púrpura estúpida y delicada,

la purpúrea muerte se apoderó[744],

como dice el poeta.

115 Precisamente a causa de esa púrpura, Tiro, Sidón y la región limítrofe al mar de Laconia son muy envidiadas[745]. Sus tintes son muy famosos, como lo son sus tintoreros, y sus conchas, pues su sangre produce la púrpura. 2 Sin embargo, también en los lujosos vestidos mezclan sus engañosos tintes estas mujeres falaces y estos hombres afeminados y, enloqueciendo en su excentricidad, no sólo se procuran finas telas de Egipto, sino también ciertos tejidos de la tierra de los hebreos o de los cilicios.

Y no digo nada de los tejidos de Amorgos[746], y de los sutiles linos. El lujo ha sobrepasado al léxico. Mi opi- 3 nión es, pues, que la cobertura debe permitir ver que lo cubierto tiene más valor que ella, como la estatua respecto al templo, el alma respecto al cuerpo, y el vestido respecto al cuerpo.

Pero el caso es que se da todo lo contrario: si el cuer- 4 po de estas mujeres se pusiese a la venta, no se encontrarían mil dracmas áticas[747]; en cambio, por un solo vesti-

744 Hom., *Il.* V 83; XVI 334; XX 477.

745 Plin., *Hist. nat.* IX 127.

746 Isla griega del archipiélago de las Cícladas, en el mar Egeo.

747 Clemente nos informa del precio del mercado de esclavos.

do que compran llegan a pagar diez mil; lo cual evidencia que ellas son de inferior utilidad y que valen menos que sus trajes.

5 ¿Por qué, pues, perseguís lo raro y lo costoso, en lugar de lo corriente y barato? Es que realmente desconocéis lo que en verdad es hermoso y bueno. Así, los insensatos se afanan por la apariencia, no por lo que es; pues están locos y ven de color negro lo que es blanco.

116

11. *Acerca del calzado*

En lo relativo al calzado, las mujeres vanidosas se comportan de manera semejante, haciendo gala de gran molicie. Son verdaderamente vergonzosas «las sandalias en las que hay flores doradas», pero también las mujeres insisten en adherirse a su suela unos clavos en espiral; son muchas las que aplican sellos con motivos eróticos, para que, al andar, quede impreso sobre la tierra el signo de sus sentimientos de hetera.

2 Hay que mandar a paseo, pues, los vanos artificios cargados de oro y de piedras preciosas de las sandalias, así como los zapatos de Atenas o de Sición[748] y los coturnos[749] de Persia o de Tiro, y, proponiéndonos, como es costumbre nuestra, una justa meta, debemos elegir lo que es conforme a la naturaleza.

---

[748] Una de las ciudades más importantes de la Grecia antigua. Estaba emplazada en la costa norte del Peloponeso, aproximadamente a unos 20 km, de Corinto. Su esplendor coincidió con la época de la tiranía de los Ortagóridas.

[749] En griego, *kóthornos;* de origen lidio, era un tipo de zapato de suela alta y que servía indistintamente para ambos pies. El poeta Esquilo lo transformó adaptándolo al teatro con el fin de realzar la estatura de los actores.

Así pues, la utilización de calzado debe justificarse como cubierta de los pies, y como protección de la planta del pie de los golpes y de las rugosidades de los montes.

117 Puede permitirse que las mujeres utilicen zapatos blancos, salvo en los viajes, en que deberán usar un modelo de calzado engrasado.

Las que parten de viaje deben utilizar unos zapatos de clavos. Conviene que la mayor parte del tiempo calcen zapatos, pues no es conveniente mostrar desnudo el pie, y más cuando es fácil el tropiezo en el mal. 2 En cambio, conviene que el hombre vaya descalzo, salvo cuando se incorpora a una expedición militar. En efecto, el hecho de ir calzado linda mucho con el estar encadenado[750]. Es, realmente, un excelente ejercicio marchar con los pies descalzos, tanto para la salud, como para alcanzar un buen temple de alma y cuerpo, a excepción de cuando alguna necesidad lo impida.

3 Si no emprendemos ningún viaje, pero no soportamos andar con los pies descalzos, podemos usar unas sandalias o pantuflas. Los atenienses llaman a este tipo de calzado *konípodas*[751], porque, según creo, los pies se aproximan al polvo.

4 Como testimonio de sencillez en el calzado vemos a Juan, el cual no se consideraba digno de desatar —él mismo lo confiesa— la correa del zapato del Señor. No calzaba nada superfluo quien mostraba a los hebreos el modelo de la verdadera filosofía. Ahora bien, si eso encierra un enigmático significado, ya se explicará en otro apartado.

---

750 Juego de palabras: *hypodedésthai* «sujetar», «amarrar»/*hypódēma* «calzado».

751 Literalmente, «de pies polvorientos»; especie de sandalia utilizada por los ancianos.

118

12. No debemos maravillarnos ante las piedras preciosas ni los adornos de oro

Es propio de chiquillos quedarse absorto ante las piedras preciosas, ya sean opacas o verdes, ante los desechos del mar y las raeduras de la tierra. Lanzarse precipitadamente sobre el resplandor de las piedrecillas, sobre sus multivarios colores, y las baratijas de vidrio, es propio de insensatos que se dejan arrastrar por lo que sólo es apa-
2 riencia impresionante. Es como cuando los niños, después de observar el fuego, se lanzan sobre él, inducidos por su fulgor, sin darse cuenta —por su inconsciencia— del grave
3 riesgo que representa tocarlo. Lo mismo les ocurre a las mujeres necias con las piedras preciosas de las cadenas que rodean el cuello: las amatistas engastadas en los collares, las keraunitas, el jaspe, el topacio y

la esmeralda de Mileto
el objeto más preciado.

4 La muy preciada perla invade alocadamente los gineceos. Nace en cierta ostra, de gran parecido con las aletas de mar[752] y de dimensiones semejantes al ojo de un pez
5 grande. Esas infelices mujeres no se avergüenzan de dedicar todo su esmero y atención a esta pequeña ostra, cuando deberían acicalarse con una piedra santa, el Logos de Dios, al que la Escritura en algún lugar ha llamado perla: a Jesús, brillante y puro, el ojo que contempla en la carne, el Logos nítido, gracias al cual la carne ha recobrado en el agua[753] todo su valor. Sin duda, aquella ostra que

---

752 Concha marina sobre la que se recoge el lino marino; nácar. ARIST., *Hist. anim.* IV 4, 6.

753 Se refiere al Bautismo.

nace en el agua protege su carne, en la que se concibe la perla.

119 Sabemos que la Jerusalén de lo alto fue construida con piedras santas, y conocemos por la tradición que las doce puertas de la ciudad celeste, parecidas a piedras preciosas, significan alegóricamente el esplendor de la gracia de los Apóstoles. Porque sobre dichas piedras preciosas están plasmados los colores —preciosos, en verdad—, mientras que el resto ha sido dejado de lado por tratarse de materia terrestre.

2 La ciudad de los santos, edificada espiritualmente, ha sido levantada —es natural— simbólicamente con estas piedras. Por el inimitable florecimiento de las piedras se ha entendido el florecimiento del espíritu, intacto y santo por esencia. Mas estas mujeres que no comprenden el simbolismo de las Escrituras están todas boquiabiertas ante tales piedras, hilvanando este maravilloso razonamiento: lo que Dios ha mostrado, ¿por qué no servirnos de ello? Me pertenece; ¿por qué no gozarlo?, ¿para quiénes ha creado todo esto, sino para nosotros? 3 En verdad, así hablan quienes no comprenden la voluntad de Dios. En primer lugar nos provee de lo necesario, como el agua y el aire, y no escapan a la vista de nadie; ahora bien, lo que no es estrictamente necesario, lo ha escondido en las profundidades de la tierra y del agua.

120 De aquí que la exploración de las mismas esté reservada a las hormigas, y su protección a los grifos[754], y el

[754] Aves fabulosas con pico de águila, poderosas alas y cuerpo de león. Estaban consagradas a Apolo. También se asociaban a Dioniso, cuya crátera de vino custodiaban. Otros autores los sitúan entre los etíopes, o incluso en ia India. Clemente sigue en este pasaje la fábula, según la cual los grifos se enfrentaban con los buscadores de oro en los desiertos del Norte de la India, ya por su calidad de animales guardianes, o porque anidaban en las montañas.

mar se ha encargado de ocultar la perla, piedra preciosa. Pero vosotros sois indiscretos y curioseáis lo que no debéis. He aquí que el cielo entero se ha extendido ante nosotros y no buscáis a Dios. Ahora bien, entre nosotros son los condenados a muerte quienes excavan el oro oculto y las piedras preciosas. Y os enfrentáis a las Escrituras que claman con toda claridad: «Buscad primero el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura»[755]. Porque por más que todo se os haya otorgado como regalo, y por más que se os haya concedido todo, por más que «todo nos esté permitido», como dice el Apóstol, «no obstante, no todo es de utilidad»[756].

Dios creó nuestra raza para que participara de sus propios bienes, no sin antes repartir y poner a disposición de todos los hombres, como bien común, su propio Logos, haciéndolo todo para todos.

Todos estos bienes son comunes, y los ricos no tienen por qué llevar la mejor parte. Así, las palabras: «Está en mi mano y me sobra, ¿por qué no disfrutar?» Tal medida no es humana, ni sociable, ni mucho menos conforme a la caridad. «Está a mi disposición, ¿por qué, pues, no repartirlo entre los necesitados?» En efecto, es perfecto quien cumple el: «Amarás al prójimo como a ti mismo»[757]. Ése es el verdadero regocijo, el tesoro de la riqueza, mientras que el desembolso para consumar los vanos deseos entra en los cálculos como pérdidas, no gastos.

Dios —bien lo sé yo— nos ha permitido hacer uso de las cosas, mas dentro de los límites de la estricta necesi-

---

[755] *Mt.* 6, 33.
[756] *I Cor.* 10, 23.
[757] *Mt.* 19, 19.

dad, y ha expresado su deseo de que tal utilidad fuese común a todos. Es absurdo que uno disfrute cuando los demás andan en la pobreza. 6

¡Cuánto más razonable es gastar en favor de los hombres que gastar en piedras preciosas y oro! ¡Cuánto más útil poseer amigos que nos ornen que adornos sin alma! ¿Y a quién los campos podrían beneficiar tanto como el prodigar favores?

Así pues, sólo nos falta aclarar esta objeción: ¿Para quién, pues, serán las riquezas, si todos eligen la simplicidad? Para los hombres, respondería yo; si usamos de ellas sin apasionamiento y sin distinción. Ahora bien, si tan complicado es que todos sean prudentes, al menos mediante el uso de lo indispensable, que se regule lo que es de fácil consecución, no sin antes haber mandado bien lejos a paseo esto que decimos superfluo. 121

En resumen: las mujeres que renuncian a todo lo mundano deben enviar al diablo los adornos, cual si fueran juguetes de niñas. Deben —eso sí— hacer gala de su aderezo interno y mostrar la belleza de la mujer interior, pues sólo en el alma se patentiza la belleza y la fealdad. 2

De ahí que tan sólo el virtuoso es realmente bello y bueno, y que sólo de lo bello se dice que es un bien, 3

sólo la virtud
a través de la belleza corporal se muestra,

y que florece en la carne, mostrando el amable encanto de la temperancia, cuando el carácter, cual luz resplandeciente, se trasluce en las formas corporales. Porque ocurre que la belleza de cada ser, planta o animal reside en su propia virtud [758]. Así, la virtud del hombre es la justicia, 4

[758] EPICTETO, III 1, 6.

la temperancia, la fortaleza y la piedad. El hombre bello
5 es justo, temperante y, en suma, bueno, no rico. Incluso ahora los soldados quieren adornarse con objetos de oro. A buen seguro no han leído el pasaje poético[759]:

que, cubierto de oro, iba al combate,
como una chiquilla.

122 Debe rechazarse del todo el amor por los adornos que no se preocupa de la virtud, sino sólo del cuerpo, cuando el amor por la belleza se ha desviado hacia la vanidad. Ésta, al aplicar al cuerpo como si le fueran propios adornos que no le son propios, origina la tendencia a la mentira y al hábito del engaño, mostrando con ello la pompa, lo afeminado y la lujuria, en lugar de la respetabilidad,
2 la sinceridad y el auténtico candor infantil. Dichas mujeres oscurecen la genuina belleza, cubriéndola de oro, y no saben qué estupidez están cometiendo poniéndose innumerables y valiosas cadenas como también

entre los bárbaros se dice que ataban a los malhechores
[con cadenas de oro[760].

3 Con esos ricos prisioneros piensan rivalizar, en mi opinión, las mujeres. ¿No son como argollas los collares de oro y las gargantillas? Y los llamados *kathetḗres* que tienen la forma de cadenas, también reciben entre los habi-
4 tantes del Ática el mismo nombre de *cadenas*. Y de los adornos en los tobillos de las mujeres, Filemón, en su *Sinefebo,* ha dicho que eran de una falta total de gusto,

vestidos transparentes y cierta áurea cadena.

---

759 Hom., *Il.* II 872-873.

760 Cita de un cómico. Heródoto se refiere a ella en III 23.

¿Qué significa este rebuscado adorno, sino que vosotras, mujeres, queréis mostraros encadenadas? Porque, aunque la materia atenúa la vergüenza, la impresión no deja de ser la misma. Mas, sea como sea, esas que se echan voluntariamente estas cadenas, me da la impresión de que pretenden gloriarse de su rica desventura. 123

Tal vez el mito de los pasajes poéticos, según el cual a Afrodita, al cometer adulterio[761], se le pusieron semejantes cadenas, quiera significar simbólicamente que los adornos no son más que símbolo de adulterio. Porque el mismo Homero afirmaba que tales cadenas eran de oro. Ahora, en cambio, las mujeres no se ruborizan luciendo los símbolos más funestos del mal. Así como la serpiente engañó a Eva, así también los adornos de oro, tomando la forma de serpiente, cual anzuelo, hacen perder el juicio a las demás mujeres, hasta el punto de que, en su orgullo, quieren emular a las murenas y a las serpientes para embellecerse. 2 3

Dice el poeta cómico Nicóstrato:

cadenas, collares, anillos, brazaletes, serpientes,
anillos para las piernas, diadema de oro.

Sin lugar a dudas, Aristófanes, en sus *Tesmoforiantes*[762], con ánimos de criticar, enumera y presenta todos los adornos de las mujeres. Citaré las palabras mismas del cómico, que evidencian de manera palmaria vuestra grosera ignorancia del bien: 124

761 Con el dios Ares; su esposo Hefesto los sorprendió juntos.

762 Fr. de las *Segundas Tesmoforiantes* perdidas en su totalidad.

2 A.—*Turbantes, cintas,*
natrón, piedra pómez, sostén, gorro de dormir,
velo, carmín, collares, negro para los ojos,
largas faldas, diadema de oro, redecilla,
cinturón, abrigo, aderezo, ropa bordada en púrpura,
[largas túnicas,
camisas, vestidos, falda corta, túnica corta,
Y no he dicho lo más importante. B.—*¿Qué más?*
A.—*Zarcillos, pendientes, piedras preciosas, collares, ra-*
[cimos,
brazaletes, corchetes, broches, guirnaldas, argollas
[para los pies,
sellos, cadenas, anillos, hebillas,
ampollas, vendas, falos de cuero, cornalina,
cintas para el cuello, pendientes.

3 Estoy cansado y malhumorado de haber enumerado tanta cantidad de atavíos, pero me maravillo de cómo no se agotan por llevar tanto peso.

125 ¡Oh vana diligencia! ¡Oh vana ambición de gloria! Como heteras, disipan su riqueza para su vergüenza y adulteran los dones de Dios por su total carencia de gusto, ri-
2 valizando con el arte del maligno. Con toda claridad, el Señor, en el Evangelio, llama loco al rico que atesoraba en sus graneros y que se decía a sí mismo: «Tienes muchos bienes guardados para muchos años; come, bebe, date a la buena vida, porque esta misma noche te exigen el alma; y lo que habías dispuesto, ¿de quién será?»[763].

3 Habiendo visto el pintor Apeles[764] a uno de sus discí-

---

763 *Lc.* 12, 18-20.

764 Natural de Colofón (Lidia), s. IV a.C. Fue, al parecer, el mejor de todos los pintores de la época clásica. Sus originales se perdieron. Retrató a Alejandro Magno, y destacó por los efectos de color. Su com-

pulos pintar una Helena cargada de oro, exclamó: «¡Muchacho!, la has representado, sí, majestuosa, porque no eres capaz de pintarla bella.»

Las mujeres de hoy día son este tipo de Helena, no auténticamente hermosas, pero sí ricamente ataviadas.

126 Con estas palabras el Espíritu profetiza por boca de Sofonías: «Ni su plata ni su oro podrán salvarnos en el día de la ira del Señor»[765]. Las que siguen las enseñanzas de Cristo no deben adornarse con oro, sino con el Logos, gracias al cual sólo el oro brilla. 2 Bienaventurados hubiesen sido los antiguos hebreos, si, después de arrebatar los adornos de sus mujeres, los hubiesen arrojado o tan sólo fundido; sin embargo, como sea que los fundieron modelando un becerro de oro y le rindieron culto, no sacaron provecho alguno ni de su arte ni de sus actos. No obstante, mostraron a nuestras mujeres de manera muy expresiva que debían rechazar los adornos. 3 Por consiguiente, el prostituirse por desear un ídolo de oro atrae sobre sí la tortura del fuego, al que sólo está destinado el lujo, en tanto que es ídolo, no la verdad. Por esa razón, el Logos reprocha a los hebreos por boca del profeta: «Han fabricado para Baal objetos de plata y de oro», es decir, adornos. 4 Y los amenaza bien claramente: «Y castigaré en ella los días consagrados a los Baales, en los que quemaba incienso, mientras se ataviaba con sus anillos y collares», y el motivo de tales aderezos lo expresa en estos términos: «y andaba tras sus amantes, y me olvidaba a mí, dice el Señor»[766].

---

posición, *La calumnia*, descrita por Luciano, inspiró más tarde a Botticelli.

[765] *Sof.* 1, 18.

[766] *Os.* 2, 10 y 15. Empleo metafórico del pueblo de Israel, refiriéndose a la esposa infiel.

127 Así pues, que las mujeres, desprendiéndose de esos falaces objetos privativos del malvado Sofista[767], no participen de tales adornos ni practiquen la idolatría bajo el 2 pretexto de la elegancia. El bienaventurado Pedro exclama maravillosamente: «<Deseo> que las mujeres se presenten, no con trenzas y oro, ni con perlas o vestidos suntuosos, sino, cual cumple a mujeres que profesan la piedad, 3 con buenas acciones»[768]. Y con razón ordena que nos alejemos de los adornos. Porque si son hermosas, ya basta su naturaleza. Que el arte no intente rivalizar con la naturaleza, es decir, que el engaño no se enfrente con la verdad. Y si son feas, por sus postizos dejan al descubierto lo que no tienen.

128 Conviene, pues, que las que adoran a Cristo se acojan a la simplicidad. Pues, realmente, la simplicidad se preocupa de la santidad e iguala toda superioridad y se procura en la vida corriente la utilidad que se persigue en lo superfluo.

Así, la simplicidad, como su nombre indica, no sobresale de sí misma, ni se hincha ni se infla, sino que es lisa, unida, no superflua y, por esa razón, suficiente.

2 Ahora bien, la suficiencia es un hábito que se dirige hacia su fin particular, sin defecto ni demasía. La madre de ambas es la justicia, y su nodriza la autosuficiencia. Consiste ésta en contentarse con lo necesario y en procurarse lo que realmente contribuye a una vida feliz.

129 Que vuestro santo adorno consista en los frutos de vuestras manos, en una generosa liberalidad y en las obras de la economía doméstica. «Porque el que da al pobre

767 Satán: curioso epíteto.

768 *I Tim.* 2, 9-10. Erróneamente Clemente lo atribuye a Pedro.

presta a Dios»[769], «y las manos viriles enriquecen»[770]. Y llama viriles a los que desprecian el dinero y a los que de corazón reparten lo suyo propio. Que vuestros pies evidencien una pronta diligencia en el bien obrar y en querer encaminarse hacia la justicia. La honestidad y la castidad son cadenas de oro y collares. Dios es el orfebre de tales joyas. «Feliz el hombre que encontró la sabiduría, y el mortal que vio la prudencia», dice el Espíritu por boca de Salomón, «porque es mejor procurarse ésta que los tesoros de plata y de oro, y es más apreciable que las piedras preciosas»[771]. Éste es el auténtico adorno. 2

No deben perforarse contra la naturaleza las orejas de las mujeres para colgar zarcillos y pendientes. No, no es lícito forzar a la naturaleza contra su voluntad, ni para las orejas puede existir otro adorno mejor que descienda por los conductos naturales del oído, que la catequesis de la verdad. Los ojos ungidos de Logos y las orejas taladradas para la percepción espiritual se disponen a oír y a ver cosas divinas, pues el Logos muestra verdaderamente la verdadera belleza, «que ni ojo vio ni oído oyó»[772] antes. 3

---

[769] *Prov.* 19, 17.
[770] *Ibid.*, 10, 4.
[771] *Ibid.*, 3, 13-15.
[772] *I Cor.* 2, 9.

LIBRO III

1. *Sobre la verdadera belleza*

Según parece, la más grande de todas las ciencias sería conocerse a sí mismo; porque quien se conoce a sí mismo conocerá a Dios, y conociendo a Dios, se hará semejante a Él, no portando oro o una larga capa, sino realizando buenas acciones y teniendo necesidad de muy pocas cosas. Sólo Dios no tiene necesidad de nada, y se alegra sobremanera al vernos puros, con el atavío de la razón, y revestidos con el adorno del cuerpo, ropa santa, la moderación. 1

Tres son, ciertamente, las facultades del alma[773]: la intelectual, que recibe el nombre de racional —el hombre interior—, que guía a este hombre visible, y que, a su vez, es guiado por otro: Dios; la irascible, que es salvaje, cercana a la locura; y, en tercer lugar, la concupiscible, que adopta muchas más formas que Proteo, el multiforme genio marino, quien, revistiendo ahora una forma, y luego otra, y más tarde otra, incitaba al adulterio, a la lascivia y a la corrupción: 2

y se convirtió, primero, en un león melenudo; 3

admito tal atavío; el pelo de la barba muestra el hombre.

[773] División platónica del alma: cf. *Rep.* IV 439d, 441a.

Pero más tarde, aquel dragón o pantera <se transformó>
[en un gran cerdo.

El amor por el adorno degeneró en desenfreno. Ya no lo soporto; el hombre se parece a una poderosa fiera;

y se convirtió en ondulante agua y en árbol de frondosa
[copa[774].

Se desbordan las pasiones, brotan los placeres, se marchita la belleza y cae a tierra más rápida que el pétalo, cuando chocan contra él los huracanes de la pasión erótica; y antes de que llegue el otoño, se marchita por la corrupción, pues la concupiscencia lo puede todo, lo transforma todo y quiere burlarse para esconder al hombre. En cambio, el hombre en quien el Logos habita no cambia, no se transforma, tiene la forma del Logos, es semejante a Dios, es bello, no es pendenciero; es la verdadera belleza, porque es Dios. El hombre se convierte en Dios, porque lo quiere Dios.

Con razón dijo Heráclito:

Los hombres son dioses, los dioses, hombres[775];

es, en efecto, el mismo Logos, misterio visible. Dios está en el hombre y el hombre es Dios, y el mediador cumple la voluntad del Padre, el mediador es el Logos, común a ambos: hijo de Dios, Salvador de los hombres, ministro de Aquél y pedagogo nuestro. Siendo esclava la carne, como testimonia Pablo, ¿cómo querría uno con razón adornar a una esclava, como seductora? Porque la carne

[774] HOM., *Od.* IV 456-458.
[775] Cf. fr. 62 DIELS.

tiene la forma de esclavo, afirma el Apóstol respecto del Señor: «Se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo»[776], llamando siervo al hombre exterior antes de que el Señor se convirtiera en siervo y se encarnara. Dios mismo, compasivo, liberó la carne de la corrupción y, apartándola de una mortífera y amarga esclavitud, la revistió de incorruptibilidad, rodeándola con este santo adorno de eternidad, la inmortalidad.

Pero aún hay otra belleza en el hombre: la caridad. «La caridad, según el Apóstol, es magnánima, servicial, desconoce la envidia, no es ufana, no se hincha de soberbia.» El adorno superfluo e innecesario es, efectivamente, pura vanagloria. De ahí que añada: «No obra el mal», porque malo es lo ajeno y no natural. Lo extraño es falso como claramente trata de explicar: «no busca lo que es suyo»[777].

La verdad, en cambio, llama natural a aquello que le es propio; la coquetería, por otra parte, anda detrás de lo que no le pertenece, alejada de Dios, del Logos, y de la caridad.

Que el aspecto del Señor carecía de belleza lo testimonia el Espíritu por boca de Isaías: «lo vimos y no tenía forma ni belleza, sino un aspecto despreciable y vil ante los hombres»[778]. ¿Quién es mejor que el Señor? Aunque la belleza de la carne no es digna de admiración, mostró, eso sí, la verdadera belleza del alma y del cuerpo: la bondad del alma y la inmortalidad de la carne.

---

[776] *Flp.* 2, 7.
[777] *I Cor.* 13, 4-5.
[778] *Is.* 53, 2-3.

4 Por consiguiente, no debemos adornar el aspecto externo del hombre, sino su alma, con el atractivo de la bondad. Lo mismo podría decirse de la carne: debe adornarse con la templanza.

2. *No debemos embellecernos*

Mas las mujeres, preocupándose sólo de la belleza externa y dejando de lado la interior, se olvidan de que se 2 adornan como los templos de los egipcios. En efecto, éstos han adornado los propíleos, los atrios, los bosques sagrados, las tierras fértiles, y han rodeado los patios de innumerables columnas. Los muros brillan de piedras extranjeras, y en ningún rincón faltan pinturas artísticas. Los templos resplandecen con oro, plata y ámbar amarillo artísticamente cincelados con piedras preciosas de la India y de Etiopía, y los santuarios de los templos cubiertos con peplos bordados de oro quedan en sombra.

3 Pero si desciendes a lo más recóndito del recinto con afán de contemplarlo todo mejor, encontrarás la estatua que tiene su sede en el templo, y un *pastophóros*[779], o a algún otro celebrante mirando fijamente alrededor del solemne recinto sagrado, entonando un peán[780] en lengua egipcia, levantando levemente el velo para mostrar al Dios, lo que provoca en nosotros una amplia sonrisa por el ob-4 jeto de culto. Porque no se podrá hallar dentro el tan ansiado Dios, objeto de nuestros anhelantes pasos, sino

779 Sacerdote egipcio encargado de transportar la estatua de la divinidad al interior de la capilla o santuario. Propiamente, «el que lleva el velo bordado del lecho nupcial»; derivado de *pastós* «bordado», de donde, «cámara nupcial», «lecho nupcial».

780 Himno, de carácter grave y noble, en honor de Apolo, ejecutado por un coro de hombres con acompañamiento de cítara o flauta, o incluso sólo instrumental, ya atestiguado en Homero.

un gato, un cocodrilo, una serpiente del país, o cualquier otro animal indigno de un templo, y sí, en cambio, propio de una guarida, de una madriguera o del lodo. El dios de los egipcios se revela como una fiera que se lanza sobre un lecho de púrpura.

Así son, en mi opinión, las mujeres cargadas de oro, 5 que se ejercitan en los rizados de sus trenzas, en los perfumes de las mejillas, en las líneas de los ojos, en los tintes de sus cabellos, y que perversamente maquinan la relajación y adornan el contorno de su carne, siguiendo realmente la costumbre establecida entre las egipcias de querer atraer a los supersticiosos amantes. Pero si alguien retira 2 el velo del templo —me refiero a la redecilla de las mujeres—, es decir, su tinte, su vestido, su oropel, su carmín, sus ungüentos, en una palabra, el entramado de todo esto —quiero decir el velo— para encontrar la verdadera belleza, lo aborrecerá, bien lo sé yo. Pues no encontrará den- 3 tro como habitante la preciosa imagen de Dios, sino que, en su lugar, hallará una prostituta, una adúltera que se ha adueñado del santuario de su alma, y el verdadero animal se mostrará con toda evidencia: «un mono pintarrajeado de blanco»; y la astuta serpiente devorando la inteligencia de la mujer por su vanagloria tiene su alma por madriguera. Llenándola de mortíferos venenos y vomitan- 4 do el virus de su engaño, este dragón corruptor convierte a las mujeres en prostitutas, pues el amor al adorno es propio de la hetera, no de la mujer. Dichas mujeres se preocupan muy poco de cuidar de su hogar y del marido y, minando la bolsa de éste, desvían los gastos hacia sus deseos, para tener a muchos como testigos de su aparente hermosura; preocupadas todo el día por su cosmética, se divierten con esclavos sobornados.

Endulzan su carne cual funesta golosina y consumen 6

todo el día embelleciéndose, encerradas en su habitación, para que sus rubios cabellos no parezcan teñidos; y por la tarde, como de una madriguera, sale a relucir a la vista de todos su falsa belleza. La embriaguez y la escasa luz son sus principales colaboradores ante los hombres para su fraudulento estilo.

2 El cómico Menandro expulsa de su casa a las que se han teñido de rubio sus bucles:

Y ahora, sal de esta casa; pues a la mujer honesta
no le va que se tiña de rubio sus cabellos,

ni siquiera colorearse las mejillas, ni pintarse la línea de 3 los ojos. No saben las desgraciadas que con el añadido de elementos extraños destruyen la belleza natural. Al amanecer, desgarrándose, frotándose y poniéndose cataplasmas, se friegan la piel con una especie de pasta; ablandan la carne con los fármacos y marchitan la flor natural con 4 el excesivo refinamiento del jabón. Están pálidas por las pastas, y son presa fácil de las enfermedades por tener una carne ya consumida al haber sido sombreada por los productos, ofendiendo así al Creador de los hombres, como si no se les hubiera otorgado una digna belleza. Es natural que sean perezosas para las faenas domésticas, como si estuvieran pintadas, expuestas a la contemplación, no nacidas para el trabajo del hogar.

7 De ahí que aquella mujer prudente exclame en el cómico[781]:

¿Qué podríamos hacer de bueno o brillante las mujeres,
nosotras que estamos sentadas con los cabellos rubios?

---

781 ARISTÓF., *Lis.* 42-43; asimismo, *supra, Ped.* II 10, 109.2.

Destruyen su condición de mujeres libres, causando la ruina de sus hogares, la disolución del matrimonio y la sospecha de ilegitimidad de sus hijos. El cómico Antífanes, 2 en su *Malthákе*[782], se burla de la condición de prostituta de las mujeres, con palabras comunes a todas ellas, palabras escogidas para pasar su tiempo:

Va,
luego vuelve, ya se acerca, se aleja,
llega, ya está aquí, se lava, viene,
se frota, se peina, entra, se frota,
se lava, se mira, se viste, se perfuma,
se adorna, se embadurna. Y si algo le ocurre, se ahorca.

Tres veces, no una sola, merecen morir estas mujeres 3 que utilizan excrementos de cocodrilos, que se embadurnan con espuma de podredumbre, que modelan el negro de sus cejas y que se untan las mejillas con blanco de cerumen.

Pues bien, si éstas son odiosas, incluso para los poetas 8 paganos, por su manera de comportarse, ¿cómo no van a ser rechazadas por la verdad?

Otro cómico, Alexis, les echa en cara su proceder; citaré también sus palabras, que hacen bajar la vista, con una detallada exposición de su obstinada desvergüenza. Él no llegó a detallarlo tanto. Yo, por mi parte, me avergüenzo muchísimo del gineceo caricaturizado en la comedia, el cual, creado como ayuda del hombre,

---

[782] *La sensual.* Antífanes, nacido a finales del siglo V a.C. Según el léxico Suda, compuso 280 o 365 piezas, de las que conocemos 134 títulos, aunque es posible que exista una confusión con un poeta más reciente del mismo nombre.

lo lleva luego a la perdición:
2 *En primer lugar, mira sólo su provecho: saquear a sus [vecinos.*
Todas sus acciones restantes son subsidiarias de éstas.
¿Por casualidad es baja? Corcho en sus suelas se cose.
¿Es alta? Lleva un calzado ligero,
y al andar echa su cabeza sobre el hombro.
Así disminuye su altura. ¿No tiene caderas?
Se las cose debajo de su vestido, de suerte que ellos
al verla claman: ¡Hermosas nalgas! ¿Tiene el vientre gran- [de?
Coloca unos pechos de esos que llevan los cómicos.
Enderezándolos con palos, la grasa de su vientre eliminan.
3 *¿Tiene las cejas pelirrojas? Se las pinta de negro.*
¿Se han puesto morenas? Se untan de cera blanca.
¿Tiene la piel demasiado blanca? Se aplica ungüentos.
¿Tiene alguna parte del cuerpo hermosa? La muestra al [desnudo.
¿Tiene hermosa dentadura? Se ve forzada a reír,
para que los mirones presentes puedan apreciar la hermo- [sura
de su boca.
Y si su sonrisa no agrada, pasa el día
con una delgada rama de mirto en los labios,
para contraer su boca con sonrisas,
quiera o no quiera[783].

9 Os presento estos argumentos de la sabiduría mundana, para lograr que os apartéis de las odiosas maquinaciones mundanas, pues ¡tan grande es el interés del Logos

[783] Curiosa descripción de las prostitutas; por su parte, ATENEO, tomándolo de Alexis, presentó dicho retrato en su libro XIII 568A.

por salvaros luchando con todos los medios a su alcance! En breve os reprenderé con las Sagradas Escrituras.

Quien no pretende pasar inadvertido a causa de la vergüenza de la represión, desea apartarse de los pecados.

Y, así como la mano con un emplaste y el ojo amoratado externamente dejan entrever una supuesta enfermedad, así también, los ungüentos y las tinturas denuncian un alma profundamente enferma. 2

El divino Pedagogo nos exhorta a «no traspasar el río ajeno»[784], refiriéndose alegóricamente a la mujer de otro, a la impúdica, que a todos inunda, que se vierte sobre todos: lanzándoles al placer pornográfico, debido a su liviandad. «Absténte del agua ajena, y no bebas de fuente extraña»[785], exclama, exhortándonos a abstenernos de la corriente del placer, «para que vivamos mucho tiempo y aumenten los años de nuestra vida», ya sea no yendo a la caza de placeres ajenos, ya evitando incluso las inclinaciones. 3 4

En verdad, el excesivo amor a la comida y a la bebida, aunque sean pasiones grandes, no son tan considerables en magnitud como la coquetería. «La mesa llena y las incesantes copas» bastan para saciar la glotonería. Pero a los amantes del oro, de la púrpura y de las piedras preciosas, no les basta ni el oro almacenado en la tierra o bajo ella, ni las mercancías procedentes del mar Tirio ni las de la India o de Etiopía, ni del río Pactolo, que arrastra riqueza en su corriente. Ni aunque alguno de éstos se convirtiera en Midas[786] quedaría satisfecho, sino 10 2

---

784 *Prov.* 9, 18a. También en *Strom.* I 96, 1.4.

785 *Ibid.*, 9, 18b-c: posible alusión al adulterio.

786 Rey de Frigia. Célebre, según la leyenda, por sus inagotables riquezas.

que sería aún pobre y desearía riquezas, dispuesto a morir junto al oro.

Y si Pluto[787] es realmente ciego, como lo es en realidad, quienes lo admiran y simpatizan con él, ¿cómo no 3 van a ser ciegos? En verdad, lejos de poner un límite a su deseo van a la deriva hacia la desvergüenza. Dichas mujeres necesitan el teatro, los desfiles, una multitud de mirones, viajes por los templos, entretenerse por las esqui- 4 nas, para hacerse notar por todos. Se arreglan para gustar a los demás, gloriándose de su cara y no de su corazón.

Así como las marcas del hierro delatan al esclavo fugitivo, así también los adornos revelan a la mujer adúltera: «Aunque vistieras de púrpura, aunque te adornaras con joyas de oro, aunque te untaras con afeites los ojos, en vano te hermosearás», exclama el Logos por boca de Jeremías[788].

11 Según eso, ¿no es absurdo que los caballos, las aves y otros animales se levanten del césped y de los prados y vuelen satisfechos de su natural adorno: la crin, el color natural, el variopinto plumaje, y que, en cambio, la mujer, sintiéndose inferior a la naturaleza animal, se considere tan privada de hermosura que necesite una belleza extraña, comprada y artificiosa?

2 Las redecillas de las mujeres, los diversos velos, los superfluos bucles, los mil y un cabellos adornados, el costoso equipo de espejos, con los que se transforman para cazar a los que, cual niños pequeños, admiran las formas, son, en suma, propios de mujeres que desconocen la vergüenza, a las que ninguno erraría llamándolas prostitutas, pues convierten su rostro en una máscara.

---

[787] Hijo de Deméter y de Yasión, según Hesíodo. Personificación de la riqueza.

[788] *Jer.* 4, 30.

El Logos nos recomienda: «No debemos mirar las cosas visibles, sino las invisibles. Pues aquéllas son efímeras, mas las que no se ven, eternas»[789]. 3

Ahora bien, lo que ha llegado al colmo de lo absurdo es que algunos hayan inventado espejos que reflejen su falsa belleza personal, como si ello fuera una acción noble y virtuosa, cuando, en realidad, sería mejor que cubriesen ese engaño con un velo. Porque, como dice la fábula griega, ni a Narciso le sirvió el contemplar su propia imagen. Y si Moisés ordenó a los hombres no construir ninguna 12 imagen que rivalizara con Dios, ¿cómo van a obrar cuerdamente esas mujeres que reflejan su imagen, con el objeto de falsificar su rostro?

A Samuel, el profeta, cuando fue llamado a ungir rey 2 a uno de los hijos de Jesé, viendo al mayor de ellos hermoso y grande, cuando Samuel, complacido, se disponía a ungirle, le dijo el Señor: «No te fijes en su aspecto, ni en lo elevado de su porte, pues lo he descartado, ya que el hombre mira la apariencia externa, mas el Señor, el corazón»[790]. Y no ungió al hermoso de cuerpo, sino al hermoso de alma. Si el Señor estima menos la belleza natural 3 del cuerpo que la del alma, ¿qué pensará de la corrompida belleza, Él que rechaza plenamente toda falsedad? «Caminamos en la fe, no en visión»[791].

El Señor, por medio de Abraham, enseña con toda 4 claridad que quien sigue a Dios, debe despreciar la patria, los familiares, los bienes y toda la riqueza, considerándolo como algo extraño. Y por esa razón lo llamó *amigo*, pues había despreciado su hacienda.

---

789 *II Cor.* 4, 18.
790 *I Sam.* 16, 7.
791 *II Cor.* 5, 7.

5 En efecto, tenía una hermosa patria y muchas riquezas. Así pues, con trescientos dieciocho esclavos sometió a cuatro reyes que habían hecho prisionero a Lot. Sólo a Ester la hallamos adornada de toda justicia. Ester se embellecía místicamente para su rey, mas su hermosura se la considera como rescate de un pueblo condenado a morir.

13 Que el hecho de embellecerse convierte en heteras a las mujeres, y en afeminados y adúlteros a los hombres, lo atestigua el trágico, cuando afirma:

Tras llegar de Frigia aquel célebre juez
de las diosas —según cuenta le leyenda argiva—
a Lacedemonia, con refulgente vestido
y reluciente de oro, con bárbara suntuosidad,
loco de amor, partió a sus establos del Ida,
después que hubo raptado a Helena,
sorprendiendo a Menelao ausente[792].

2 ¡Oh belleza adúltera! El bárbaro deseo de belleza y el afeminado placer provocó la ruina de Grecia. El vestido, el lujo, la sazonada hermosura corrompieron la moderación espartana.

El bárbaro amor a la belleza denunció como hetera a 3 la hija de Zeus. Carecían de un pedagogo que cortara su concupiscencia y les dijera: «No fornicarás y no desearás»[793], no te dejes arrastrar por tu pasión hacia el adulterio, ni dejes inflamar tu apetito por el amor a la belle-4 za. ¿Cuál fue su fin y cuántos males no sufrieron quienes no quisieron frenar su egoísmo? Dos continentes se han conmovido por los desenfrenados placeres, y todo se agita

792 EURÍPIDES, *Ifigenia en Áulide* 71-77. Se refiere a Paris.
793 *Éx.* 20, 13.7.

por un jovencito bárbaro[794]. Grecia toda se hace a la mar, y el Ponto siente angustia de llevar los continentes. Una larga guerra se desencadena, estallan crueles combates y los campos de lucha se llenan de cadáveres. El bárbaro ultraja el puerto. Impera la violencia, y el ojo del ingenioso Zeus observa a los tracios. Las llanuras bárbaras se sacian de noble sangre, y las corrientes de los ríos se ven detenidas por los cadáveres. Los pechos son golpeados al son de los trenos[795], y el dolor se extiende por todo el orbe. Todos tiemblan y 5

los pies del Ida, abundante en manantiales, sus cimas, la [ciudad
de los troyanos y las naves de los aqueos[796].

¿Adónde huir, Homero, y dónde detenerse? Muéstranos una tierra que no sufra temblores. 14

No toques las riendas, niño, que eres inexperto;
no subas al carro, si desconoces el arte de guiar caballos[797].

El cielo se contenta con dos aurigas, a quienes sólo conduce el fuego. La razón se extravía ante el placer, y la pureza de pensamiento, si no recibe la educación del Logos, deriva hacia la molicie; y la caída recibe como recompensa el fracaso. Como ejemplo para ti tienes los án- 2

---

794 Paris (Alejandro), que raptó a Helena provocando con ello la célebre Guerra de Troya, según la leyenda. Los dos continentes se refieren a Europa (Grecia) y Asia (Troya).

795 Canto de lamento.

796 Hom., *Il.* XX 59-60.

797 Referido a Faetón, hijo de Helios, dios del Sol. Probablemente pertenezcan a la obra *Faetón*, de Eurípides.

geles del cielo, que abandonaron la belleza de Dios por otra que se marchita, cayendo así desde el cielo a la tierra.

Sin embargo, también los sicimitas sufrieron el castigo de su caída, por ultrajar a la santa virgen. El sepulcro fue su castigo, y el recuerdo de su desgracia es fuente de educación para la salvación.

15

3. *Contra los hombres que se embellecen*

Hasta tal extremo ha llegado el afeminamiento que no sólo el sexo femenino enferma ante esa afanosa búsqueda de futilezas, sino que también el hombre emula esta enfermedad. En efecto, los que no se han purificado del afán de embellecerse carecen de salud; es más, por su inclinación a la molicie, se comportan cual mujeres; se cortan el cabello cual golfos y prostitutas

visten sutiles mantos brillantes,
y mascan goma, oliendo a perfume.

2 ¿Qué diría uno al verlos? Sencillamente, como buen fisonomista, uno adivina por su aspecto que son adúlteros, afeminados, que van a la caza de uno y otro sexo, que odian los cabellos, que van sin ellos, que sienten repugnancia por la belleza viril y que adornan sus cabelleras como las mujeres. Tramposos «que viven en una no sagrada audacia, y que cometen actos con orgullo insensato y mali-

3 cia», dice la Sibila [798]. Por su causa, las ciudades están repletas de hombres que untan de pez, de barberos, de depiladores, para placer de esos afeminados. Sus locales están dispuestos y abiertos a todas horas, y los artistas de esa fornicación de prostitutas hacen el gran negocio.

---

798 *Orác. Sib.* IV 154-155.

Los que les untan de pez y les cortan los cabellos se les entregan totalmente y no sienten vergüenza ante quienes los miran y pasan por su lado, ni se avergüenzan de sí mismos, que son hombres. 4

Individuos de esa ralea son partidarios de innobles pasiones, depilándose todo el cuerpo con violentos tirones de pez.

No hay, en verdad, quien los supere en desvergüenza. Si nada dejan de hacer ellos, yo no tengo por qué callarme. 16

Diógenes, mientras era vendido, queriendo reprender, como maestro, a uno de esos degenerados, dijo virilmente: «Ven aquí, jovenzuelo, cómprate otro hombre»[799], corrigiendo con expresión ambigua la deshonesta conducta de aquél.

Rasurarse y depilarse los cabellos tratándose de hombres, ¿cómo no va a ser una acción degenerada? Debemos rechazar el uso de tintes para el pelo, de ungüentos para cabellos canosos, de tintes amarillentos para los sofisticados peinados como las mujeres, ocupaciones estas propias de hombres totalmente afeminados. 2

Creen suprimir de la cabeza la vejez, al igual que las serpientes, pintándose y haciéndose jóvenes. Pero, aunque traten de cambiar hábilmente sus cabellos, no pueden disimular las arrugas, ni podrán escapar a la muerte falseando el tiempo. No, no es malo parecer viejo y no poder ocultarlo. Cuanto más se afana el hombre por llegar al final, tanto más es digno de aprecio, teniendo sólo a Dios como más viejo que él. Porque también Dios es aquel eterno anciano, el más anciano de todos los seres. La profecía lo llamó «antiguo de días», y «los cabellos de su cabeza son 3 4

[799] Sentencia a la que aluden también Diógenes Laercio y Filón.

pura lana»[800], dice el Profeta. «Y ningún otro —dice el Señor— puede convertir en blanco un cabello negro»[801].

17 ¿Por qué rivalizan con Dios y se esfuerzan en oponerse a Él esos impíos que cambian de color el cabello que Él mismo ha hecho encanecer?

«La mucha experiencia es la corona de los viejos», dice la Escritura[802], y las canas de su rostro son las flores de la experiencia. Aquéllos, en cambio, deshonran el privilegio de su edad, tiñéndose las canas. No, no puede traslu-2 cir un alma verdadera quien tiene una cabeza falaz: «Mas vosotros —exclama— no es así como habéis aprendido de Cristo, si es que lo habéis oído y habéis sido instruidos según la verdad de Jesús, a despojaros del hombre viejo, de vuestra vida anterior»[803], no del hombre canoso, sino del «que se corrompe siguiendo la concupiscencia del error. Renovaos», no con tintes y adornos, sino «en el espíritu de vuestra mente, y revestíos del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad»[804].

3 Mas uno que sea hombre y se peine, se rasure la barba ante el espejo, se depile, se pula las mejillas, ¿no es un afeminado? Si no se les viese desnudos, se les tomaría por 4 mujeres. Pues, aunque no les está permitido llevar objetos de oro, no obstante, por su inclinación mujeril, orlan con hojas de oro las correas y las franjas de sus vestidos, o, construyendo algunas figuras esféricas con la misma materia, se las atan en sus tobillos y se las cuelgan al cuello.

18 Semejantes artificios son propios de hombres afeminados que merecen ser llevados al gineceo, de vida anfibia

---

800 *Dan.* 7, 9.
801 *Mt.* 5, 36.
802 *Eclo.* 25, 6.
803 Cf. *Ef.* 4, 22.
804 *Ibid.*, 4, 20-24.

y lasciva, propia de las bestias. Este modo de engaño es lujurioso e impío.

En efecto, Dios quiso que la mujer fuese imberbe y que se enorgulleciera sólo de su cabellera natural, como el caballo de su crin: en cambio, adornó al hombre con una barba, como los leones, y le otorgó fuerza viril en su velludo pecho, como signo de fuerza y de imperio. Así 2 también adornó a los gallos que combaten en defensa de las gallinas con crestas como yelmos. Tan alto es el aprecio que Dios profesa por estos cabellos, que en el hombre los hace nacer junto con la prudencia y, complaciéndose en su majestuosidad, honró la gravedad del aspecto con las seniles canas.

La prudencia y los razonamientos agudos, blancos por 3 la sabiduría, alcanzan su cota máxima con el tiempo, y refuerzan la vejez con el toque de la experiencia, exponiendo las canas a una fe racional, cual flor de venerable sabiduría.

Sin duda, este distintivo del hombre, la barba, por la 19 que se muestra hombre, es más antiguo que Eva y es el símbolo de una naturaleza superior. Dios juzgó oportuno que conviniese al hombre el vello y sembró todo su cuerpo de pelos, y quitó de sus costados cuanto de liso y delicado había, formando —bien adaptada para recibir el semen— a Eva, una mujer colaboradora suya en la procreación de la prole y en el gobierno del hogar. Y él —en efecto, lo 2 liso había sido eliminado— permaneció varón y lo muestra como tal. A él le corresponde el papel activo, como a ella, el pasivo[805]. Y es que, por naturaleza, lo peludo es más seco y caliente que lo que carece de pelo; de ahí que el varón sea más piloso y caliente que la mujer, los ma-

[805] Cf. Arist., *De anim. gen.* I 729a.

chos cabríos más que los castrados, y los adultos más que
3 los que no han llegado a su madurez. Así, pues, maltratar lo peludo, símbolo de una naturaleza viril, no es cosa santa, y embellecerse con la depilación —sin duda estoy inflamado por el Logos— a causa de los hombres, es propio de afeminados. Pero si es a causa de las mujeres, es propio de adúlteros. Ambas acciones deben alejarse lo más
4 posible de nuestra comunidad. Dice el Señor: «Hasta los pelos de vuestra cabeza están contados»[806]. También lo están los pelos de la barba y de todo el cuerpo.

20 De ningún modo debe arrancarse contra la voluntad de Dios lo que está numerado por su voluntad, «a no ser que no os deis cuenta —exclama el Apóstol— de que Cristo está en vosotros»[807], a quien no sé cómo nos habríamos atrevido a ofender, si nos diésemos cuenta de que habita en nosotros.

2 Untarse de pez —me da reparos referirme a la torpeza de dicho acto—, girarse y encorvarse, dejando al descubierto las partes íntimas de la naturaleza, danzar e inclinarse hacia atrás sin ruborizarse por su figura, ni sentir vergüenza de sí mismos, obrar con torpeza cuando van en grupo y en medio del gimnasio, donde se pone a prueba la virilildad de los hombres, y hacer todas estas cosas contra la naturaleza, ¿cómo no va a ser eso el colmo del libertinaje? En efecto, quienes así actúan en plena luz del día, difícilmente en sus casas sentirían vergüenza ante al-
3 gunos. Y su falta de pudor en público los acusa de su evidente libertinaje. Pues el que a la luz del día niega su condición de hombre, es evidente que de noche se muestra mujer.

---

806 *Mt.* 10, 30, y *Lc.* 12, 7.

807 *II Cor.* 13, 5.

«No habrá —dice el Logos por boca de Moisés— prostituta entre las hijas de Israel, ni existirá fornicador entre los hijos de Israel.» 4

No obstante, la pez es útil, dirá alguien; mas conlleva mala fama, respondo yo. Nadie que estuviera en su sano juicio querría asemejarse a un fornicador, a no ser que padeciese dicha enfermedad, ni nadie desearía espontáneamente desacreditar su bella imagen.

Porque, si «a los llamados según su designio, a los que Dios conoció de antemano, los predestinó a ser conformes con la imagen de su hijo», y por los que, según el bienaventurado Apóstol, «lo hizo primogénito entre muchos hermanos»[808], ¿cómo no van a ser ateos quienes ultrajan su cuerpo conformado según el Señor? 5

El hombre que quiere ser hermoso debe adornarse con lo que es más bello en el hombre: la razón, que, día a día, debe mostrarse más noble, y no debe arrancarse los pelos, sino la concupiscencia. 6

Yo compadezco a los muchachos de los mercaderes de esclavos adornados para sufrir la deshonra; pero esos infelices chiquillos no se deshonran a sí mismos, sino que están obligados a embellecerse en aras de la codicia. Sin embargo, ¿cómo no despreciar a quienes voluntariamente eligen aquello que, en caso de mandárselo, si fueran hombres, preferirían la muerte? Hasta tal punto de desenfreno ha llegado la vida, complaciéndose en la maldad, que la lujuria se ha extendido por las ciudades, convirtiéndose en ley. Bajo sus techos hay mujeres dispuestas a vender su propia carne para la lujuria del placer, y también muchachos que, amaestrados para renegar de su naturaleza, se hacen pasar por mujeres. Todo lo ha transformado la lu- 21 2

[808] *Rom.* 8, 28-30.

3 juria. La curiosidad afeminada deshonra al hombre. Todo lo busca, todo lo intenta, todo lo violenta, trastoca la naturaleza, los hombres adquieren el papel pasivo de mujeres y las mujeres actúan como hombres, siendo poseídas *con-* 4 *tra natura* al unirse a mujeres. No hay entrada inaccesible al desenfreno. El placer del amor se proclama común a todos: se familiariza la lujuria.

¡Oh lamentable espectáculo! ¡Oh costumbres indecibles! Éstos son los trofeos de vuestra incontinencia ciudadana: 5 las prostitutas son la prueba de vuestras acciones. ¡Cuán gran desprecio por las leyes!

Mas los infelices no comprenden que las relaciones sexuales ocultas son causa de muchas tragedias. A menudo, sin saberlo, los padres se unen a su hijo fornicador y a sus hijas lascivas, pues no se acuerdan de los hijos expósitos, y el libertinaje convierte a los padres en maridos.

22 Las sabias leyes permiten tales cosas. Pueden pecar legalmente y llamar felicidad al innominable placer. Los que adulteran la naturaleza creen apartarse del adulterio; mas la justicia, vengadora de su atrevimiento, los persigue [809]. Atrayéndose sobre sí una inevitable desgracia compran la muerte por poco dinero. Los infelices comerciantes de dichas mercancías navegan llevando por cargamento la prostitución, como pan y vino.

2 Otros, a su vez, mucho más infelices, compran placeres, como pan y comida, sin haber comprendido el mensaje de Moisés: «No deshonrarás a tu hija prostituyéndola, y la tierra no se prostituirá ni se colmará de iniquidad» [810]; todo esto está profetizado desde hace mucho

---

809 Cf. PLAT., *Ley.* IV 716a.

810 *Lev.* 19, 29.

tiempo; y la consecuencia está a la vista: la tierra toda está llena de prostitución y de injusticia.

23 Admiro, ciertamente, a los antiguos legisladores romanos: odiaron el hábito del afeminamiento y sancionaron con la muerte en la fosa, según ley de justicia, a quien afeminaba su cuerpo contra la naturaleza. No es lícito ra- 2 surarse la barba, la innata belleza, la belleza natural

a quien comienza a salir el bozo y está graciosísimo en /la flor de la juventud[811].

Y ya avanzando en edad, se unge radiante la barba, sobre la que descendió el perfume profético del venerable Aarón[812].

Conviene que quien haya recibido una correcta educación del Pedagogo, en quien reside la paz, deje tranquilos sus cabellos. ¿Cómo no se comportarían las mujeres que 3 se afanan por la lujuria, si viesen, como en un espejo, que los hombres se atreven a tales acciones? A ésos no hay que llamarlos hombres, sino libertinos y afeminados, porque tienen la voz delicada y el vestido afeminado tanto por su tacto como por el tinte. Hombres de esa calaña 4 dejan entrever de forma palmaria su manera de ser, por el vestido, por el calzado, por el porte, por la forma de andar, de cortarse los cabellos, y por su forma de mirar. «El varón se conocerá por su aspecto —dice la Escritura—, y por la forma de presentarse se conocerá al hombre; el vestido, el paso y su risa lo denunciarán»[813]. Por- 5 que éstos, tras haber entablado un gran combate con sus cabellos, sólo centran su atención en su cabeza y sólo fal-

---

811 HOM., *Il.* XXIV 348; *Od.* X 279.

812 Cf. *Sal.* 132, 2.

813 *Eclo.* 19, 29-30.

ta que se pongan unas redecillas en el pelo como las mujeres.

24 Los leones se ufanan de su vellosidad, mas, cuando luchan, se defienden merced a ella; asimismo, los jabalíes se vanaglorian de sus pelos, mas los cazadores los temen cuando los erizan,

Y las ovejas lanudas se oprimen bajo el peso de los me-
[chones de lana[814];

así también, el Padre, que ama al hombre, multiplicó el número de pelos de esos animales para bien tuyo, hombre, enseñándote a esquilar los vellones de lana.

2 Entre los pueblos, los celtas y los escitas llevan largas melenas, pero no se adornan. El hermoso cabello del bárbaro tiene un algo de temible, y el rubio de su pelo amenaza guerra, por ser dicho color afín a la sangre. Ambos 3 pueblos odian la molicie. Muestran, como claro testimonio del pueblo germano, el carruaje, y del pueblo escita, el carro.

A veces, los escitas desdeñan incluso el carro —su desproporcionado tamaño parecía al bárbaro un excesivo lujo—, así es que, dejando de lado el lujo, viven sencilla-4 mente. El escita adquiere una casa suficiente y algo más veloz que el carro: el caballo, a cuya grupa se desplaza adonde quiere. Luego, cuando enferma de hambre, reclama de su caballo el alimento, y aquél le ofrece sus venas, donando al amo lo único que posee: la sangre[815]; de forma que el caballo es para el escita alimento y medio de transporte.

---

814 HES., *Trabajos* I 234.

815 Cf. HERÓD., IV 2 s.

Entre los árabes —otros nómadas—, los que se hallan en edad de guerrear montan en camello. Montan en las camellas cuando están preñadas; éstas pastan y corren al mismo tiempo llevando a sus dueños, y transportan con ellos su casa. Si les hace falta bebida, ordeñan la leche, y, si necesitan comida, no ahorran su sangre, como, según dicen, hacen los lobos rabiosos[816]. Y las camellas, más mansas que los bárbaros, no recuerdan las ofensas que han recibido, sino que recorren plácidamente el desierto, llevando a sus dueños y alimentándolos al mismo tiempo. 25

¡Ojalá perezcan las fieras que están al acecho y se alimentan de sangre! No es lícito para el hombre, cuyo cuerpo no es más que carne labrada con sangre, tocar la sangre. La sangre humana participó del Logos y participa de la gracia por el Espíritu; y si alguien la ultraja, no pasará inadvertido. Puede, incluso desnuda en su aspecto, hablar al Señor. Yo, por mi parte, apruebo la sencillez de los bárbaros. Por amor a una vida ágil, los bárbaros abandonaron el lujo. El Señor nos exhorta a que seamos así: libres de vulgaridad, desnudos de ambición, desarraigados del pecado, llevando únicamente encima de nosotros el árbol de la vida, dirigiendo nuestros pasos sólo hacia la salvación. 2 3

4. *¿Con quiénes debemos pasar el tiempo?*

En mi periplo por aguas del Espíritu se me había pasado por alto el séquito, al que forzoso es que vuelva; y debo reprochar la posesión excesiva de servidores. 26

En efecto, huyendo de la virtud y del servicio a sí mismos, se refugian en los criados, adquiriendo una gran

816 CLAUD. EL., *Hist. anim.* VII 20.

multitud de cocineros, de camareros y de personas que cortan artísticamente la carne en porciones.

2 Muchas son las clases de servidores. Unos trabajan para la glotonería de sus amos, como los trinchadores y los cocineros expertos en preparar guisos, salsas, pasteles de miel y pastas; otros, en cambio, se preocupan de los vestidos de lujo; otros guardan el oro como grifos; otros guardan la plata, lavan las copas, disponen lo necesario para los banquetes; otros almohazan los animales de tiro; y un gentío de escanciadores se adiestra para ellos y una banda de bellos muchachos, cual cachorros, de los que chupan su belleza.

3 Criados y camareras sirven con afán a las mujeres; unas con los espejos; otras con las redecillas; otras con los peines; y, además, hay muchos eunucos: son alcahuetes, y por su garantía de no poder disfrutar del placer, sirven sin sospechas a quienes desean arrojarse en brazos del placer. Ahora bien, el verdadero eunuco no es el que no puede sentir placer, sino el que no lo desea[817].

27 El Logos, por boca de Samuel, testimonia contra los judíos prevaricadores, y al pueblo que pedía un rey, le promete no un Señor benigno, sino que lo amenaza con un tirano duro y libertino, el cual —dice— «tomará a vuestras hijas como perfumeras, cocineras, panaderas»[818], dominando bajo la ley de la guerra, sin buscar con celo

2 una administración pacífica. Son muchos los celtas que levantan las literas de sus mujeres y las transportan a hombros[819]; en ninguna parte hay tejedores, ni gentes para el oficio del hilado, ni para trabajos de telar, ni para activi-

---

817 Cf. *Mt.* 19, 12.

818 *I Sam.* 8, 13.

819 Cf. JUVENAL, III 240; VII 141-142.

dades de gineceo, ni para custodia de la casa; pero los seductores de las mujeres pasan el día con ellas charlando y soltando palabras eróticas, desgarrando su cuerpo y su alma con expresiones y ademanes llenos de falsedad. «No estés entre la muchedumbre para hacer el mal, ni te sumes a la multitud»[820], porque la sabiduría se muestra en pocos, y, en cambio, el desenfreno, en la multitud. No es por la modestia de querer pasar inadvertidas por lo que estas mujeres contratan a portadores de litera —porque, en efecto, estaría bien que con esta disposición pasaran ocultas—, sino que lo hacen por vanidad, deseando vivamente que las transporten los servidores con el objeto de dar el gran espectáculo. Y con la cortina levantada miran fijamente a quienes las observan, dando prueba de su condición, y, las más de las veces, se inclinan hacia adelante deshonrando la aparente honestidad con una resbaladiza curiosidad. «No andes mirando por las calles solitarias de la ciudad, ni deambules por ellas»[821], porque hay realmente soledad, aunque exista una multitud de libertinos, allí donde no encontremos a un hombre prudente.

Estas mujeres son llevadas por los templos, hacen sacrificios, consultan el porvenir, alternan todo el día con mendigos, sacerdotes hambrientos y viejas charlatanas corruptoras de los hogares, soportan a las viejas chismosas en medio de las copas, y aprenden de las charlatanas ciertos filtros y ensalmos para la disolución de los matrimonios; pues ellas tienen unos maridos, pero desean otros y los adivinos les prometen aún otros[822]. No saben que las engañan, y que se entregan a sí mismas como objeto de

[820] *Éx.* 23, 2.

[821] *Eclo.* 9, 7.

[822] Cf. JUV., VI 543 s.

placer de los lujuriosos, y, cambiando su pureza por la más vergonzosa deshonra, valoran como acción de elevado precio su ignominiosa corrupción.

5 Los servidores de la lujuria de la prostitución son muchos y van de una parte a otra. Los intemperantes son lanzados a la lascivia, como los cerdos son transportados al fondo del barco.

29 Por esa razón la Escritura advierte con insistencia: «No admitas a cualquiera en tu casa, pues son muchas las asechanzas de la astucia»[823]; y en otro pasaje: «Los justos sean tus comensales, y no te glories sino en el temor de Dios»[824].

¡Al infierno[825] la prostitución!, porque dice el Apóstol: «Pues habéis de saber que ningún fornicador, impuro o avaro, que es idólatra, tendrá parte de la herencia del reino de Cristo ni de Dios»[826].

2 Mas estas mujeres se deleitan en compañía de afeminados; y una turba de depravados, de lengua desenfrenada, invade los hogares, impuros de cuerpo e impuros por sus palabras; viriles cuando se trata de servicios licenciosos, servidores del adulterio, que ríen a carcajadas y cuchichean; olfatean todo lo que despide lujuria, intentan deleitar con palabras y gestos impúdicos, y provocan la sonrisa 3 que desemboca en fornicación. Pero, a veces, inflamados por una ira casual, disolutos como son, imitando para su propia ruina a la turba de depravados, profieren un sonido con su nariz, semejante al emitido por las ranas, como si en sus narices tuviesen como habitante a la ira.

---

823 *Eclo.* 11, 29.

824 *Ibid.*, 9, 16.

825 Literalmente: a los cuervos.

826 *Ef.* 5, 5.

Pero las más refinadas de ellas crían pájaros de la India y pavos de Media, y se recuestan jugando con los animales de cabeza picuda[827], deleitándose con los monstruos danzantes. Y se ríen cuando oyen hablar de Tersites, pero, comprando a otros Tersites por un elevado precio, se enorgullecen no ya de sus cónyuges, sino de aquellos que son una carga para la tierra[828]; y desdeñan a la viuda casta, que supera en mucho al perrito de la isla de Melitea, y desprecian al anciano justo, más noble —creo— que un monstruo comprado con dinero. 30 2

Tampoco aceptan al niño huérfano, ellas que crían loros y chorlitos, sino que, una vez que han dado a luz, abandonan a sus hijos y recogen, en cambio, a las crías de los pájaros. Prefieren las criaturas irracionales a las racionales, cuando deberían alimentar a los ancianos que hacen gala de moderación, y que son —en mi opinión— más hermosos que los monos, y que puedan hablar mejor que los ruiseñores. 3

Por eso se dice: «En verdad, cuanto hicisteis a uno de estos más pequeños, a mí me lo hicisteis»[829]. Contrariamente, éstas prefieren la ignorancia a la moderación, fosilizando su hacienda en perlas y en esmeraldas de la India. Y hablan a tontas y a locas acerca de sus tintes inconsistentes y de sus esclavos comprados con dinero, y desparraman su dinero como las aves de corral saciadas, excavando en los estercoleros de la vida. 4

«La pobreza —exclama— rebaja al hombre»[830]. Y lla-

---

827 En griego, *phoxoîs;* HOMERO se sirve de dicho epíteto en *Il.* II 219, referido a la legendaria fealdad de Tersites.

828 HOM., *Il.* XVIII 104; *Od.* XX 379.

829 *Mt.* 25, 40.

830 *Prov.* 10, 4.

ma pobreza a la tacañería, por la que los ricos son pobres, pues no comparten nada.

5. *¿Cómo comportarse en los baños?*

31 Pero, ¿cómo son sus baños? Artísticas casas, sólidas y portátiles, cubiertas de velos transparentes; sillas de oro y de plata, al igual que sus innumerables vasos: unos, para beber; otros, para comer, y otros, que llevan para lavarse.
2 Sí, también hay braseros de carbón. En efecto, llegan a tal extremo de incontinencia que cenan y se embriagan mientras aún se bañan. Los vasos de plata con los que, majestuosas, avanzan, los exhiben groseramente en los baños, en un alarde de ostentación y fanfarronería de su superflua riqueza y, en especial, de su voluntaria incultura, por la que acusan a los hombres dominados por las mujeres de poco hombres, al tiempo que ellas mismas no son capaces de estar ni de sudar sin el concurso de muchos utensilios.

También, las humildes, que no participan de tanta fas-
3 tuosidad, comparten los mismos baños. Así pues, la suciedad de la abundancia tiene una gran protección contra la mala reputación. Con este cebo pescan a los infelices que abren sus fauces ante los destellos de oro. Sin lugar a dudas, con tal estratagema, dejan embobados a los inexpertos y se las apañan para que sus amantes las admiren, los cuales, poco después, las deshonran desnudas.

32 No se atraverían a desnudarse ante sus maridos, esforzándose por parecer recatadas, y, en cambio, quienes lo desean pueden contemplarlas —a ellas bien encerradas en casa— desnudas ante los mirones, cual comerciantes de su
2 cuerpo. Hesíodo exhorta así:

No te regocijes por bañar tu piel en un baño de mujeres[831].

Los baños permanecen abiertos por un igual, tanto para los hombres como para las mujeres, y allí se desnudan en busca de la incontinencia. «Por la vista nace la pasión», como si en los baños se lavara el pudor.

Y las que no lo han perdido excluyen a los extraños, pero se bañan juntamente con sus criados particulares, se desnudan ante los esclavos y se hacen frotar por ellos, permitiendo al amante del deseo, inhibido por el temor, la impunidad de tocar. 3

Quienes en los baños están cerca de sus esposas desnudas se afanan en desnudarse llevados por su ardiente concupiscencia, «borrando el temor con una malévola costumbre».

Los atletas de la Antigüedad, sintiendo vergüenza de mostrarse desnudos, participaban en los certámenes gimnásticos provistos de un ceñidor y cubrían sus vergüenzas[832]. Las mujeres, en cambio, arrojan el pudor con la túnica y, queriendo parecer hermosas, sin proponérselo, ponen en evidencia su maldad. Ya que, a través de su cuerpo, se evidencia su lujuriosa lascivia: como en el caso de los hidrópicos la humedad cubre totalmente la superficie; la enfermedad de ambos se descubre, en efecto, a simple vista. 33

Es deber de los hombres avergonzarse de desnudarse en compañía de las mujeres, como noble ejemplo de ver- 2

[831] HES., *Trabajos* 753.

[832] Según testimonio de TUC., I 6, 5, el desnudo integral se normalizó a partir del año 450 a.C. Con anterioridad a esta fecha, usaban una especie de calzón propio de los cretenses.

dad para ellas, y evitar así las resbaladizas miradas. 3 «Quien mira con excesiva curiosidad ha pecado»[833]. En casa debe respetarse a los hijos y a los criados; en la calle, a los transeúntes; en los baños, a las mujeres, y en la soledad, a nosotros mismos; y siempre, al Logos, pues se halla en todas partes, y «sin Él nada fue creado»[834].

Así que, sólo siguiendo esta conducta, nos mantendremos firmes, sin caer, teniendo bien presente que Dios está siempre con nosotros.

6. *Sólo el cristiano es rico*

34 Debemos hacer uso de las riquezas de una manera razonable, y hacer partícipes de ellas a los demás con generosidad, no a disgusto, ni con avaricia, y no cambiar el amor a lo bello por el amor a sí mismo y por lo grosero, no sea que alguien en alguna parte nos diga: «su caballo está valorado en quince talentos, o su campo, o su esclavo o 2 su oro, pero él, en cambio, vale poco más de tres». Es decir, quita el maquillaje a las mujeres, y los esclavos a sus amos, y verás que los amos no se diferencian de sus esclavos, ni en el andar, ni por su aspecto, ni por su forma de hablar; por tanto, se asemejan a sus criados. Es más, se diferencian de sus esclavos por el hecho de ser 3 más débiles y más propensos a las enfermedades. Conviene, pues, lograr esta magnífica sentencia: «el hombre bueno, si es prudente y justo, atesora riquezas en el cielo». Éste, vendiendo los bienes terrenales y repartiéndolos a los necesitados, encuentra un tesoro imperecedero, «donde no 4 existe polilla ni ladrón»[835]. Este hombre realmente biena-

[833] *Mt.* 5, 28.

[834] *Jn.* 1, 3.

[835] Cf. *Mt.* 6, 20; 19, 21; los términos son de PLAT., *Ley.* II 660e.

venturado, por más insignificante, enfermo y despreciable que parezca, posee, en verdad, el mayor de los tesoros. Ahora bien, aunque aventajare en riquezas a Ciniras y a Midas[836], si es injusto y soberbio, como aquel que vivía voluptuosamente rodeado de púrpura y fino lino de la India, mas despreciaba a Lázaro[837], ése es desgraciado, está en la miseria y no vivirá.

35 La riqueza se asemeja, según creo, a una serpiente, que, si uno no la sabe capturar sin sufrir ningún percance, alzando el reptil por la punta de la cola, se enroscará en su mano y lo morderá. Así, la terrible riqueza, enroscándose tanto en el experto como en el inexperto, ataca y muerde. Pero si uno se sirve de ella con gran prudencia, y con destreza caza la fiera con el ensalmo mágico del Logos, saldrá ileso.

2 Según parece, olvidamos que es rico sólo quien posee las cosas de más elevado precio: y las de más alto precio no son las piedras preciosas, ni la plata, ni los vestidos, ni la belleza corporal, sino la virtud, que es Logos transmitido por el Pedagogo para que lo pongamos en práctica. 3 Este Logos es quien repudia el lujo, quien exhorta —como servidor— al trabajo personal, y quien celebra la moderada frugalidad, hija de la templanza. Dice la Escritura: «Recibid la enseñanza y no la plata, y el saber antes que el oro puro; pues la sabiduría vale más que las piedras preciosas, y todas las joyas no la igualan»[838]. Y de nuevo: «mejor es mi fruto que el oro, las piedras preciosas y la plata; mis bienes son mejores que la plata escogida»[839].

---

836 Reyes de Chipre y de Frigia, respectivamente; famoso este último por sus inmensas riquezas.

837 Cf. *Lc.* 16, 19.

838 *Prov.* 8, 10-11.

839 *Ibid.*, 8, 19.

4 Y si aún conviene distinguir, es rico el que mucho posee, el que está cargado de oro, como un saco sucio; y es, en cambio, justo el que es honrado, pues la honradez es un orden que fija la medida en los gastos y en las gratificaciones en la forma debida.

5 «Los que siembran son quienes recogen los mejores frutos»[840]; de ellos está escrito: «Fue generoso y distribuyó a los pobres; su justicia permanece para siempre»[841]. De modo que no es rico el que tiene dinero y lo conserva, sino el que lo reparte. Y la donación y no la retención hace a uno feliz.

36 La generosidad es fruto del alma; de ahí que la riqueza tiene su sede en el alma. Pero las cosas buenas sólo pueden ser poseídas por los buenos, y los buenos son los cristianos.

El hombre insensato e intemperante no puede tener sentido de lo bueno, ni tampoco obtener su posesión. Únicamente los cristianos pueden poseer las cosas buenas. Además, nada hay más preciado que lo bueno; en consecuencia, sólo ellos son ricos. 2 En efecto, la verdadera riqueza es la justicia, y el Logos el más estimado de todos los tesoros, tesoro que no aumenta con los animales y las fincas, sino que sólo es dado como regalo por Dios, riqueza que no puede ser usurpada —sólo el alma es su cofre—, excelente posesión para quien la posea, y que hace al hombre verdaderamente feliz. 3 Sin duda, quien no desea nada de lo que no está a su alcance[842], y obtiene todo lo que desea, y lo que honestamente desea puede obtenerlo con solo pedirlo a Dios, ¿cómo no va a ser rico y no va

840 *Ibid.*, 11, 24.

841 *Sal.* 111, 9.

842 Pensamiento estoico: EPICT., I 1.

a poseerlo todo, si tiene a Dios como eterno tesoro? «A todo el que pide se le dará y al que llama a la puerta se le abrirá»[843]. Si Dios no niega nada, el que es piadoso lo posee todo.

7. *La sencillez es un buen compañero de viaje para el cristiano*

37 Una vida de lujo que aboca en los placeres es para los hombres un terrible naufragio. En efecto, esta vida muelle y sin gloria del vulgo es ajena al verdadero amor a la belleza y a los placeres civilizados. Porque el hombre es, por naturaleza, un animal excelso y majestuoso que busca lo bello, como obra de la única belleza; sin embargo, la vida para el vientre es para él deshonrosa, ignominiosa, torpe y ridícula.

2 El polo más opuesto a la divina naturaleza es el amor al placer, es decir, comer como los gorriones y copular como los cerdos y los machos cabríos. Considerar el placer como un bien es propio de una perfecta grosería y el amor a las riquezas desvía al hombre de su recto género de vida, persuadiéndole a no avergonzarse de las acciones deshonrosas; «como si sólo tuviera capacidad de comer como las fieras, de beber de la misma manera y de saciar, sea como sea, sus ansias de placer»[844]. 3 Por esa razón, difícilmente heredará «el reino de Dios».

¿A qué se debe tanta preparación de alimentos, sino para llenarse el vientre? La inmundicia de la glotonería queda manifiesta en las cloacas, en donde nuestros vientres expulsan los residuos de los alimentos. 4 ¿Por qué, pues reúnen a tantos coperos, pudiendo satisfacerse con

[843] *Mt.* 7, 7.

[844] Cf. PLAT., *Ley.* VIII 831d-e.

una sola copa? ¿Para qué los guardarropas? ¿Para qué el oro? ¿Para qué los adornos? Esto está preparado para ladrones de vestidos, malhechores, y para los ojos insaciables. «Que la bondad y la fidelidad no te abandonen»[845], dice la Escritura.

38 Y he aquí que tenemos un buen ejemplo de frugalidad en el tesbita Elías, cuando «se sentó debajo de una retama» y el ángel le trajo comida: «un pan cocido bajo ceniza y un jarro de agua»[846]. Ése es el alimento que el Señor le envió.

2 Debemos ceñirnos mientras caminamos hacia la verdad. «No llevéis bolsa, ni saco, ni calzado»[847], dice el Señor, es decir, no poseáis aquella riqueza que se guarda como tesoro en la bolsa, ni llenéis vuestros graneros, como si colocarais en el saco la semilla, sino compartidlo con los necesitados. No os proveáis de yuntas, ni de servidores, como lo son —metafóricamente— los calzados de viaje de los ricos, pues son demasiado pesados.

3 Así pues, debemos dejar de lado los excesivos bagajes: los vasos de plata y de oro, la ingente multitud de criados, tomando del Pedagogo los buenos y venerables compañeros: el trabajo personal y la sencillez.

Debemos también caminar de acuerdo con el Logos, por más que uno tenga mujer e hijos; la casa no debe ser para él ningún obstáculo, si realmente aprende a seguir al viajero prudente.

39 Hay que equiparse también para el camino con una mujer que ame a su marido. Y, al igual que el hombre, porten, como hermoso equipaje del viaje hacia el cielo, la simplicidad junto con una respetuosa castidad.

---

845 *Prov.* 3, 3.

846 *I Re.* 19, 4-6.

847 *Lc.* 10, 4.

Como el pie es la medida del zapato, así también el cuerpo es la medida de las posesiones de cada uno [848]. Lo superfluo, es decir, las riquezas y el ajuar de los ricos son una carga, no un adorno para el cuerpo.

2 Es necesario que el que se esfuerza por alcanzar el cielo lleve consigo un hermoso bastón: la buena conducta, y que sea partícipe del verdadero reposo, tras haber compartido con los afligidos. En efecto, la Escritura dice que «la propia riqueza es el rescate del alma del hombre» [849], es decir, el rico se salvará con las riquezas que reparta; 3 porque, así como el agua que mana naturalmente de los pozos, aunque se saque, mantiene siempre el mismo nivel, así, la generosidad, que es fuente de benevolencia, al dar de beber a los sedientos, crece de nuevo y se llena; al igual que suele afluir la leche a los pechos ordeñados y exprimidos.

4 Sí, quien posee al Logos, Dios omnipotente, no carece de lo necesario, ni le falta nada de lo que tenga necesidad, pues el Logos es una posesión sin deficiencia y es causa de toda abundancia.

40 Y si alguien afirma haber visto con frecuencia al justo necesitado de pan, <responded que> es francamente raro, y sólo se da allí donde no hay otro justo. No obstante, que lea aquello de «No sólo de pan vivirá el justo, sino de la palabra del Señor» [850], 2 que es pan verdadero, pan de los cielos. El hombre bueno no necesita nada mientras tenga a salvo su fe en Dios. Puede, sin lugar a dudas, pedir y recibir del Padre Eterno lo que necesita, y

---

848 Cf. Epicteto, *Enquiridión* 39; Plutarco, *De tranquillitate animae* 446F.

849 *Prov.* 13, 8.

850 *Dt.* 8, 3.

gozar de todos los bienes propios, si se conserva fiel al Hijo.

También es posible esto: tener la sensación de no ca-
3 recer de nada. Nuestro Logos educador nos da la riqueza, y el ser rico no suscita la envidia de quienes tienen de Él lo necesario. Quien posee dicha riqueza heredará el Reino de Dios.

41

8. *Las imágenes y los ejemplos constituyen la parte más esencial de la recta enseñanza*

Si alguien de vosotros rehúye definitivamente el lujo, guardando la simplicidad, se ejercitará con facilidad en soportar las dificultades involuntarias entrenándose continuamente en las tribulaciones voluntarias con vistas a las persecuciones, para que, cuando se enfrente con los temores y las penalidades impuestas, no se encuentre desentrenado para afrontar tal situación. Por esa razón, al no tener patria en la tierra, despreciaremos los bienes terrenales.

2 La simplicidad es la más rica de las posesiones, y es un hábito capaz de hacer frente a los gastos que hay que pagar y mientras se deban pagar. En efecto, los gastos son los impuestos.

3 Acerca de cómo debe la mujer convivir con su marido, y de lo relativo a su trabajo personal, al cuidado de la casa, al trato de los sirvientes y, en especial, a la época para casarse, así como acerca de lo que conviene a las mujeres, ya hemos hablado en anteriores capítulos al referirnos al matrimonio. Ahora, debemos exponer lo que compete a la buena educación, diseñando, a modo de es-
4 bozo, la vida de los cristianos. La mayor parte de ello ya se ha formulado y se ha enseñado, de modo que nos limi-

taremos a añadir lo que resta por decir. Los ejemplos no son de escasa importancia en orden a la salvación:

Mira —dice la tragedia—,
a la mujer de Ulises no la mató
Telémaco, pues no añadió boda sobre boda;
sino que en su palacio la cámara nupcial permanece in-
[violada[851].

Alguien, reprochando el desenfrenado adulterio, mostraba, como un hermoso ejemplo de continencia, el amor al marido. Los espartanos obligaban a los hilotas[852] —así 5 se llamaba a los siervos— a mostrarse ebrios cuando estaban sobrios, para que la misma imagen de la embriaguez, a manera de remedio, les sirviera de enmienda.

Y, además, al ver la torpeza de los hilotas, para no 42 caer en los mismos reproches, se formaban merced a la reprensión de los ebrios, sacando como provecho el no cometer ellos esta falta. Sin duda, algunos hombres fueron salvados gracias a este tipo de enseñanzas; otros, en cambio, se esforzaron en buscar la virtud por sus propios medios, de forma autodidacta.

Superior en todo es aquel que todo lo sabe por sí mis- 2
[mo[853].

Éste es el caso de Abraham, el que buscó a Dios.

Noble es aquel que confía en los buenos consejos[854].

Éste es el caso de los discípulos que creyeron en el Logos. 3

---

[851] EURÍPIDES, *Orestes* 588-590.

[852] Esclavo público lacedemonio.

[853] HES., *Trabajos* 293.

[854] *Ibid.*, 295.

Por esa razón, Abraham recibió el nombre de «amigo», y éstos, el de «apóstoles»; aquél, por ocuparse del único y mismo Dios, y éstos, por anunciarlo. Ambos fueron pueblo. Y ambos tuvieron oyentes; unos se beneficiaron por la búsqueda, y otros alcanzaron la salvación por haberlo encontrado.

43 *El que no entiende por sí mismo, ni escuchando a otro, que se lo meta bien en la cabeza: es un hombre inútil*[855].

Hay otro tipo de inútil: el pueblo pagano. Es el pueblo 2 que no sigue a Cristo. No obstante, el Pedagogo, que ama a los hombres, prestando su ayuda de muchas maneras, exhortó, reprendió, y, cuando los demás pecaron, nos mostró su infamia y, por ende, el castigo, dándonos al mismo tiempo luz para conducir nuestras almas y brindándonos consejos. Y al mostrar los castigos sufridos por 3 otros, logra con amor que nos apartemos del mal. Con ayuda de estas imágenes, evidentemente, hizo desistir a los que estaban dispuestos al mal y detuvo a quienes se atrevían a acciones iguales; a unos los afirmó en la paciencia; apartó a otros de mal, y a otros los sanó, convirtiéndose a una vida mejor, por la contemplación de lo semejante. 4 Porque, ¿quién no se pondría en guardia para no caer en el mismo peligro, si sigue por la calle a una persona y ésta cae en una zanja, procurando no seguirle en la caída? Y es más, ¿qué atleta, que haya aprendido el camino de la gloria y haya visto el premio que ha conseguido el luchador que le precede, no se lanza también él con afán 5 en pos de la corona, tratando de emularlo? Muchas son las imágenes de la divina sabiduría; no obstante, no recordaré más que una, y la expondré brevemente: el desastre

[855] *Ibid.*, 296-297.

de los habitantes de Sodoma no fue más que un castigo por sus pecados y una enseñanza para los que de él tuvieron noticia.

44 Los sodomitas, dejándose llevar a la deriva por el excesivo placer hasta el libertinaje, cometiendo impunemente actos de adulterio y transtornados apasionadamente por la pederastia, fueron vistos por el Logos que todo lo ve, al que no le pasan inadvertidos quienes cometen actos impíos, ni, centinela vigilante de la humanidad, concede reposo a su desenfreno. 2 Apartándonos de la imitación de aquéllos, guiándonos con sus enseñanzas hacia la moderación, infligiendo un castigo a los pecadores para que la impunidad del desenfreno no se desborde, decretó que Sodoma fuera pasto de las llamas, vertiendo un poco de aquel prudente fuego sobre el desenfreno, para evitar que su libertinaje impune abriese sus anchas puertas a los que se dejan llevar por la molicie. 3 De modo que el justo castigo de los habitantes de Sodoma no es más que una imagen de la razonable salvación para la humanidad.

Porque los que no cometen pecados semejantes a los castigados, jamás sufrirán una sanción parecida a la de los pecadores, al verse preservados de sufrimiento por no pecar. 4 Dice Judas: «Quiero que sepáis que Dios, tras salvar una vez el pueblo de manos de Egipto, destruyó la segunda vez a los que no creyeron, y que a los ángeles que no conservaron su poder, sino que abandonaron su propia morada, los tiene con cadenas eternas para el juicio del gran día, en la tiniebla de los ángeles salvajes»[856]. 45 Y, poco después, muestra de forma didáctica las imágenes de los que son juzgados: «Ay de ellos, porque anduvieron

856 *Jn.* 5, 6.

por el camino de Caín, se extraviaron en el error de Balaam y perecieron en la contradicción de Core»[857].

En efecto, el temor de ser insolentes preserva a quienes no pueden exhibir el carácter de adopción. De ahí, los castigos y las amenazas: para que, temiendo tales castigos, nos apartemos del pecado.

2 Puedo explicarte castigos motivados por el lujo, venganzas engendradas por la vanagloria, no sólo por la lujuria, y, además, las maldiciones contra quienes se ufanan por las riquezas, con las que el Logos, mediante el temor, impide el pecado. No obstante, en mi afán de ahorrar extensión a mi disertación, te expondré otros preceptos del Pedagogo para que te guardes de sus amenazas.

9. *¿Por qué debe tomarse el baño?*

46 Cuatro son los motivos del baño (en mi digresión me aparté del tema) por los cuales asistimos a él: limpieza, o calor, o salud o, finalmente, placer. En verdad, no debe uno bañarse por placer, pues debe cortarse de raíz el placer vergonzoso. Las mujeres deben tomarlo por razones de limpieza y de higiene; los hombres, en cambio, sólo

2 por higiene. Resulta superfluo el baño con vistas a calentarse, cuando son posibles otros procedimientos para mitigar el agarrotamiento producido por el frío. El uso frecuente del baño debilita el vigor, relaja la energía natural y, la mayoría de las veces, lleva a la debilidad y al des-

3 mayo. Porque, en cierto modo, el cuerpo, al igual que los árboles, no bebe sólo por la boca, sino que, durante el baño, bebe por todo el cuerpo, según se dice, por la apertura de los poros.

---

[857] *Ibid.*, 11.

He aquí una prueba de ello: los que tienen sed, a menudo, después de sumergirse en las aguas, la calman. Ahora bien, si el baño comporta alguna utilidad, no debemos permitir que nos debilite. Los antiguos llamaban a esto *antrōpognafeîon*[858], ya que, más rápidamente de lo que conviene, arruga el cuerpo y lo envejece ablandándolo por cocción, como sucede con el hierro, pues la carne se reblandece por el calor. De ahí que, como si de un temple o de un barniz se tratara, necesitamos el frío. 4

Ciertamente, no debe uno bañarse en todo momento, sino que debemos rehusar el baño cuando se tiene el vientre vacío, o cuando se está excesivamente lleno, y muy especialmente según la edad del cuerpo y la estación del año, pues no siempre a todos aprovecha, según afirman los sabios que entienden de eso. Para nosotros basta la justa proporción a la que, en todos los instantes de nuestra vida, invocamos como eficaz colaboradora. En efecto, no debemos usar tanto la bañera, que necesitemos un guía; ni tampoco debemos bañarnos continuamente ni muchas veces durante el día, cuando frecuentamos el ágora. 47 2

Consentir en hacerse verter agua por muchos esclavos es signo de orgullo frente al prójimo, y es propio de quienes pretenden ser superiores en lujo y no quieren comprender que el baño debe ser común e igual para todos los que se bañan. 3

Es necesario, de manera muy especial, lavar el alma con el Logos purificador[859] y, a veces, el cuerpo, ya sea del barro que se le adhiere, ya sea para relajar a los que están fatigados. Dice el Señor: «¡Ay de vosotros, escribas 4

---

[858] Es decir, bañera. Propiamente, lugar o instrumento para abatanar, golpear, prensar. *Hápax* clementino. Nótese el matiz irónico de tal vocablo.

[859] Clara referencia al Bautismo.

y fariseos hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados; un sepulcro externamente parece hermoso, mas dentro está repleto de huesos de cadáveres y de toda inmundicia»[860].

48 Y, de nuevo, les dice: «¡Ay de vosotros, que laváis el exterior del vaso y del plato, mas por dentro estáis llenos de suciedad! Limpia primero el interior del vaso, para que lo de fuera también lo esté»[861].

2 El mejor baño, en definitiva, limpia las impurezas del alma y tiene un carácter marcadamente espiritual, del cual la profecía dice textualmente: «El Señor lavará la suciedad de los hijos y de las hijas de Israel, y purificará la sangre de en medio de ellos», la sangre de la maldad y la matanza de los profetas.

3 El Logos añade la forma en que se va a operar dicha purificación diciendo: «En espíritu de juicio y en espíritu de cauterización»[862]. El baño del cuerpo, el corporal, se realiza sólo con agua, como ocurre las más de las veces en los campos, donde no hay instalaciones para el baño.

49 10. *Los ejercicios gimnásticos deben permitirse sólo a los que viven conforme al Logos*

A los jóvenes les basta el gimnasio, aunque exista el baño. No es malo aceptar dichos ejercicios físicos para los hombres, más bien antes de los baños, dado que revisten cierta utilidad para los jóvenes, en orden a su salud, y confieren un afán y pundonor para preocuparse no sólo del buen estado del cuerpo, sino también del alma. Y eso, si se hace sin desdeñar las actividades superiores, es realmente agradable y no nocivo.

---

860 *Mt.* 23, 27.

861 *Ibid.*, 23, 25.

862 *Is.* 4, 4.

No debe privarse a las mujeres de la fatiga corporal, 2 pero no se les debe exhortar a la lucha ni a las carreras[863], sino deben ejercitarse en las labores de hilar la rueca y el telar, y en ayudar a la cocinera, si fuera menester. Las mujeres deben traer de la despensa, con sus pro- 3 pias manos, lo que necesitemos, y no es para ellas motivo de vergüenza ir al molino. Tampoco es deshonroso ocuparse de la comida para complacer al hombre, ella que es esposa guardiana y colaboradora. Y si sacude con brío 4 el colchón, ofrece bebida a su esposo cuando tiene sed y le sirve la comida, hará el ejercicio más decoroso en orden a una equilibrada salud. El Pedagogo acoge con agrado 5 a la mujer que «extiende sus brazos hacia las cosas útiles, aplica sus manos al huso; abre sus manos al desvalido, y tiende su brazo al indigente»[864]; imitando a Sara, no se avergüenza del más hermoso de los servicios: socorrer a los caminantes. A ésta le dijo Abraham: «Apresúrate y amasa tres medidas de harina candeal y haz el cocido al rescoldo, bajo las cenizas»[865], y exclama: «Raquel, hija 6 de Labán, venía con el ganado de su padre.» Y esto no bastaba, sino que, mostrando su modestia, añadió: «Porque apacentaba el ganado de su padre»[866].

Innumerables son los ejemplos de frugalidad y de tra- 50 bajo personal que ofrecen las Escrituras, y, además, ejemplos de ejercicios corporales. Que los hombres, unos participen desnudos en las luchas, otros jueguen a la pelota pequeña[867], especialmente a pleno sol —a este juego lo

---

863 En la época helenística fue notable el incremento de participación de las mujeres en el deporte.

864 *Prov.* 31, 19-20.

865 *Gén.* 18, 6.

866 *Ibid.*, 29, 9.

867 GALENO se refiere a ella en *De parva pila;* al parecer, era un ejercicio saludable e higiénico.

llaman *faináinda*[868]—. Para otros será suficiente un paseo
2 yendo a pie por el campo o regresando a la ciudad. Y si toman el azadón, no es innoble este complemento económico de trabajo rural. Pero poco ha faltado para que me olvide de aquel célebre Pítaco, rey de los mitilenos, que, con trabajoso ejercicio, se aplicaba al molino[869].

Es bueno también sacar agua por sí mismo, y cortar
3 la leña que uno mismo va a necesitar. «Jacob apacentaba el resto del ganado de Labán»[870], con un símbolo regio, un «bastón de estoraque», afanándose por mejorar la naturaleza por medio del leño. Para muchos, a veces, la lectura en voz alta constituye un excelente ejercicio.

51 También la lucha de atletas, que hemos admitido, no debe practicarse por vana emulación, sino como secreción del sudor viril. No hay que afanarse por lo artístico, mera ostentación, sino sea lucha de pie, a base del juego de cuellos, manos y cadenas. Pues tal ejercicio, acompañado de esfuerzo equilibrado en orden a una provechosa y útil salud, es más elegante y viril, en tanto que los demás ejercicios gimnásticos denuncian la práctica de posturas impropias de hombres libres.

2 Hay que tender siempre a la justa medida. Porque, así como lo mejor es que el esfuerzo físico preceda a la comida, así también lo peor, fatigoso y nocivo, es el ejercicio desmesurado[871].

---

868 Los autores presentan diversas variantes:
Feninda (Hesiquio); *Fennís* (Suda); *Efeninda* (Eustaquio); *Fainnída* (Pólux).
Al parecer, debe su nombre al inventor de dicho juego, un tal Fenides.

869 Cf. Dióg. Laer., I 81.

870 Cf. *Gén.* 30, 36-43.

871 Hipócrates se refiere a ello en *Afor.* IV 23.

En conclusión: no debe uno estar por completo inactivo, ni excesivamente ocupado. Porque, como indicábamos 3 a propósito de la comida, lo mismo hay que decir ahora: en ninguna parte ni en ningún momento debe volverse a un género de vida dedicada a la molicie y al desenfreno, ni tampoco lo contrario, a una vida tensa en exceso, sino que debe buscarse una existencia intermedia entre ambas, armoniosa y prudente, y limpia de uno y otro mal, es decir, de la molicie y del excesivo rigor.

Como hemos apuntado anteriormente, el trabajo personal es un tipo de ejercicio gimnástico sin pretensiones: 52 el calzarse, lavarse los pies y, además, frotarse después de haberse untado de aceite. Corresponder del mismo modo con quien nos ha untado es un ejercicio de justicia conmutativa, prestar ayuda al desvalido, y asistir al necesitado.

Dice: «Abraham ofreció a los tres comida al pie del 2 árbol, y estuvo con ellos mientras comían»[872]. Lo mismo cabría decirse acerca de cómo fue la pesca de Pedro si hiciéramos una digresión por las enseñanzas del Logos. Pero mejor es la pesca que el Señor ofreció al discípulo, enseñándolo a pescar hombres, como peces en el agua.

11. *Descripción fundamental de la vida mejor*

Así pues, no debe excluirse por 53 completo el llevar oro y lucir los más delicados vestidos, sino que deben frenarse los deseos irracionales, para que no nos impulsen a una vida muelle, arrastrados por un gran desenfreno. La mo- 2 licie, cuando se escora hacia la saciedad, arrastra y derriba a tierra al auriga, al Pedagogo, que, al poco, tirando de las riendas, guía y lleva la salvación al caballo humano,

872 *Gén.* 18, 8.

la parte irracional del alma[873], que se transforma en bestia salvaje por los placeres, los apetitos censurables, las piedras preciosas, el oro, los vestidos bordados y demás lujo.

3 Tengamos bien presente lo que nos dice santamente: «Que vuestra conducta entre los gentiles sea buena, a fin de que, a pesar de aquello en que os calumnian como malhechores, al observar vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios»[874].

4 El Pedagogo nos permite usar un vestido simple, de color blanco, como antes hemos dicho, con el fin de que, familiarizados, no con una artificiosa variedad, sino con la madre naturaleza, despreciando todo lo engañoso y falaz, recibamos la verdad sencilla y unipersonal.

5 Sófocles, censurando a un joven que vivía regaladamente, exclama:

Te distingues por tu atuendo propio de mujeres[875].

Al igual que es propio del soldado, del marinero y del gobernante, así también es propio del hombre prudente el vestido no recargado, decente y limpio.

54 Así como en la ley promulgada por Moisés, la lepra es objeto de rechazo, como algo no santo, así también la variedad de colores y los vestidos moteados, por su semejanza con las escamas de multivarios tonos de la serpiente.

Sin ir más lejos, considera puro al que no está adornado con profusión de colores, y que va todo de blanco, de pies a cabeza, a fin de que, dejando de lado la artificiosa y perversa pasión de la mente por el cambio del

---

873 Cf. PLAT., *Fedr.* 246a.

874 *I Pe.* 2, 12.

875 SÓF., fr. 702; cf. EUR., 185.

cuerpo, amemos el color único, indudable y sencillo de la verdad.

El gran Platón, imitador también de Moisés, aprueba 2 aquel tejido que es fruto del trabajo de una mujer prudente. Afirma: «Los colores blancos pueden ser convenientes como signo de veneración, ya sea por otros motivos, ya por el tejido en sí; en cambio, los tintes no convienen sino como adornos destinados a la guerra»[876]. Así pues, el blanco es un color apropiado para los hombres pacíficos y lúcidos.

Del mismo modo que los signos, por estar más cerca 55 de las causas, evidencian por su presencia y, aún más, muestran la existencia de lo que lo produce, como, por ejemplo, el humo, el fuego, y el buen color y el pulso regular, la salud, así también en nosotros un vestido de estas características denuncia la índole del carácter.

La moderación es pura y sencilla, ya que la pureza es 2 un hábito que genera una conducta limpia, sin mezcla de acciones torpes, y la sencillez es un hábito que suprime lo superfluo. Además, el vestido grueso, y no digamos el 3 de tela no abatanada, protege el calor del cuerpo, no porque el vestido tenga en sí la capacidad térmica, sino porque hace volver el calor que sale del cuerpo y no le da salida, y si entra algo de calor, lo retiene guardándolo dentro y, caldeado, calienta el cuerpo; de ahí que en invierno es del todo conveniente usarlo[877]. Y es simple.

La simplicidad es un hábito que no acepta lo super- 4 fluo, sino que admite lo estrictamente suficiente para que nada falte a una vida racional, sana y feliz.

Por lo demás, que la mujer use también un vestido 56

---

876 PLAT., *Ley.* XII 956a.

877 PLUT., *De virtute et vitio* 100b-c.

simple y respetable, más delicado del que conviene al hombre, pero no absolutamente impúdico, ni que rezume molicie. Que los vestidos estén acordes con la edad, con la persona, con el marco ambiental, con la naturaleza y
2 con la manera de ser. El divino Apóstol nos aconseja con hermosas palabras «revestirnos de Jesucristo y no preocuparnos del cuerpo con vistas a los deseos»[878].

3 El Logos nos prohíbe horadar los lóbulos de las orejas, violando con ello la naturaleza. ¿Y por qué no la nariz? Precisamente para que se cumpla aquel dicho: «como anillo de oro en hocico de puerco, así es la belleza de la
4 mujer perversa»[879]. Porque, en general, si alguien piensa adornarse con oro, es inferior al oro, y quien es inferior al oro no es dueño de sí mismo. Confesarse más desordenado e inferior que la arena de oro de Lidia, ¿cómo no
5 va a ser el colmo de lo absurdo? Así, al igual que el oro se ensucia debido a la inmundicia del cerdo que, con su hocico, revuelve la basura, así las mujeres excesivamente sensuales, excitadas por lo superfluo a mostrarse impúdicas, insultan la verdadera belleza con las manchas de los placeres amorosos.

57 Ahora bien, permite que las mujeres lleven anillos de oro, no como adorno, sino como distintivo de lo que es digno de custodiarse en casa, es decir, para el cuidado del buen gobierno del hogar. Ya que si todos fueran educados, no haría falta sellos, puesto que esclavos y señores serían justos por igual. Pero, como sea que la falta de educación comporta una inclinación a cometer acciones reprobables, estamos necesitados de anillos de sellos.

2 Mas ha llegado el momento de suavizar el tono, por-

878 *Rom.* 13, 14.

879 *Prov.* 11, 22.

que, a veces, en un matrimonio moderado puede muy bien permitirse a las mujeres poco agraciadas adornarse para agradar a su esposo. Pero, eso sí, deben limitarse a ser sólo queridas por sus propios maridos. Yo, en verdad, no quisiera que cultivasen la belleza corporal, sino que, mejor, se atrajeran a sus maridos mediante un honesto amor conyugal, remedio eficaz y justo. Por otro lado, cuando ellos desean la infelicidad del alma, debe proponerse a sus mujeres que, si quieren ser prudentes, mitiguen poco a poco las pasiones irracionales y los deseos carnales de los maridos. 3

Que se les conduzca tranquilamente a la simplicidad, acostumbrándoles poco a poco a una vida más moderada. Y es que la condición noble se obtiene no por sobrecarga de cargos, sino por despojo de lo superfluo. 4

De las mujeres deben eliminarse las riquezas sensuales[880], como si de veloces alas se tratase, pues engendran vanidad inestable y vanos placeres, por los cuales, exaltadas y animosamente aladas, se van volando del matrimonio. De donde se deduce la necesidad de retener a las mujeres en una vida ordenada y de atarlas a un recatado pudor, a fin de que, por su vanidad, no se desvíen de la verdad. 58

Es hermoso, sin duda, que los maridos, confiando en sus propias esposas, les den carta blanca en la administración del hogar, como colaboradoras que se les han concedido para dicho menester.

Ahora bien, si hemos de intervenir en política o administrar algún que otro negocio en el campo y, frecuentemente, nos apartamos de nuestras mujeres, debe uno sellar por seguridad; los sellos nos están permitidos, sólo para 2

[880] PLUTARCO, *Amatoriae narrationes* 752F.

esto; pero los otros anillos sobran, ya que «la educación para el sabio es un adorno de oro», dice la Escritura[881].

3 Me da la impresión de que las mujeres cargadas de oro temen que, si se les arrebatan sus joyas de oro, uno piense de ellas que son esclavas por ir sin aderezos. Mas la verdadera nobleza que se prueba en la noble naturaleza del alma distingue al esclavo, no por la compra o la venta, sino por su conciencia servil. Adoptados y educados por Dios, nosotros no damos la impresión de ser libres, sino que lo somos realmente.

59 Así pues, nuestros movimientos, nuestros pasos, nuestro vestuario, nuestra vida toda, debe elevarse lo más posible a la dignidad del hombre libre. Pero el hombre no debe llevar su anillo en la articulación —lo cual es propio de la mujer—[882], sino en el dedo meñique, y en el fondo, ya que así la mano estará presta para la acción, en el preciso momento que la necesitemos.

Además, el sello no se caerá fácilmente, por la protec-2 ción que le depara la unión con la articulación. Que las figuras grabadas en nuestros sellos sean la paloma, el pez[883], la nave llevada por el viento, o la lira musical que usó Polícrates, o el áncora de nave, que llevaba grabada Seleuco en su anillo. Y si alguno es pescador, recordará al apóstol y a los niños sacados del agua[884].

No, no debemos grabar imágenes de ídolos, pues volver la mente hacia ellos está prohibido; ni espada, ni arco, porque nosotros anhelamos la paz; ni una copa, pues somos prudentes.

---

881 *Eclo.* 21, 21.

882 Cf. PETR., *Sat.* 32,3; SÉNECA, *Quaestiones Naturales* VII 31, 2.

883 Signo acróstico de Cristo.

884 De nuevo alude Clemente al Bautismo.

Muchos licenciosos han grabado a los amantes o a las heteras, de suerte que no pueden olvidar, por más que quieran, las pasiones eróticas, por tener, a cada instante, el recuerdo de su desenfreno. 60

Y he aquí mi opinión respecto al cabello: la cabeza de los hombres esté rapada, salvo si se tienen cabellos rizados; la barba espesa. Que los cabellos no lleguen por debajo de la cabeza, asemejándose a los rizos mujeriles. Los hombres ya tienen bastante con una hermosa barba. Y aunque uno se rasure un poco la barba, no está bien afeitársela del todo, pues es un espectáculo vergonzoso, y también es reprobable afeitarse la barba a ras de piel, por ser una acción semejante a la depilación y al afeite. 2 3

Así, el salmista, deleitándose por la espesa barba, exclama: «cual ungüento que desciende por la barba, la barba de Aarón»[885]. Celebrando con la repetición de la palabra «barba» su excelencia, llenó de luz su rostro con el ungüento del Señor. 4

Así, pues, el corte de pelo debe hacerse no en aras de la belleza, sino por circunstancias, el de la cabeza, para que, cuando crezca, no descienda, hasta impedir la vista y, asimismo, también conviene cortar los pelos del bigote, pues se ensucian al comer; no con navaja de afeitar —pues es una acción baja—, sino con las tijeras de barbero; deben dejarse en paz los pelos de la barba, ya que, lejos de causar alguna molestia, contribuyen a dar un aspecto solemne que produce admiración. 61

Para muchos, sin duda, el aspecto es un firme aliado para no cometer algún que otro desafuero, por ser fácilmente reconocibles; en cambio, a quienes desean cometer abiertamente acciones criminales, les resulta muy agrada- 2

---

[885] *Sal.* 132, 2.

ble tener un aspecto que pase inadvertido y no llame la atención, ocultos en el cual, les es posible delinquir sin ser conocidos, por ser semejantes a la mayoría y disfrutar impunemente de sus fechorías.

62 La calvicie no sólo muestra al hombre austero, sino que hace al cráneo insensible al dolor, acostumbrándolo al frío y al calor, y evita sus molestias que los cabellos absorben, actuando cual esponja e introduciendo en la cabeza el constante efecto nocivo de la humedad.

2 A las mujeres les basta con atusar sus cabellos y recogerlos sencillamente con un simple lazo junto al cuello, y así dejan crecer con un cuidado sencillo una discreta cabellera, hasta alcanzar una belleza natural.

3 En efecto, los bucles y las lazadas con cadenillas propios de las heteras, aparte de darles un feo aspecto, cortan los cabellos y los arrancan con complicadas trenzas; razón por la que no se atreven a poner las manos en sus cabezas por miedo a despeinar su tocado. Además, duermen sobresaltadas por temor a deshacer, en un momento de descuido, la forma del bucle.

63 Finalmente, deben desecharse las pelucas, pues es francamente impío colocar en la cabeza cabellos de otro, revistiendo así el cráneo de trenzas mortuorias. Pero, además, ¿a quién impondrá su mano el presbítero?, ¿a quién bendecirá? No, desde luego, a la mujer adornada, sino a los cabellos ajenos y, a través de ellos, a la cabeza de otra.

2 Y si «el varón es cabeza de la mujer, y Cristo es cabeza del varón»[886], ¿cómo no será una acción impía que éstas cometan un doble pecado? Pues engañan a los hombres con su falsa cabellera, y avergüenzan al Señor cuanto está de su mano, al acicalarse como heteras simulando la verdad y al ultrajar su cabeza, que es realmente hermosa.

---

[886] *I Cor.* 11, 3.

3 Tampoco deben teñirse los cabellos, ni cambiar el color de las canas, de la misma manera que tampoco está permitido llevar un atuendo abigarrado. Y, sobre todo, no debe ocultarse la edad senil, que es digna de confianza, sino que debe mostrarse a plena luz como don de Dios, para respeto de los jóvenes. 4 Además, en ocasiones, la aparición de un hombre canoso que se presenta a guisa de pedagogo convierte a los desvergonzados a la templanza, y con el fulgor de su mirada paraliza las pasiones propias de la juventud.

64 Las mujeres no deben maquillar su rostro con las sutilezas de una malvada sabiduría. Propongámosles una cosmética basada en la moderación. Como hemos venido diciendo a menudo, la mejor belleza es la del alma, cuando está adornada del Espíritu Santo e insuflada de sus luminosos rayos: justicia, sabiduría, templanza, honestidad y pudor, cuyo color jamás se ha visto en ninguna flor. 2 Luego, sí, que cada uno cuide la belleza corporal, «la armonía de los miembros y de las partes del cuerpo junto con una saludable complexión» [887].

La cosmética de la salud tiene aquí su sitio; por ella se produce el paso de la imagen artificial a la verdad, según el esquema dado por Dios. La sobriedad en la bebida y el equilibrio de los alimentos tienen un gran poder en orden a la belleza natural, ya que no sólo proporcionan la salud al cuerpo, sino que hacen que su belleza aflore. 3 En efecto, el calor hace al cuerpo espléndido y brillante; la humedad, claro y gracioso; la sequedad, viril y robusto; y el aire le da buena respiración y el equilibrio. De todas estas cosas se adorna esta armoniosa y bella imagen del Logos.

---

[887] Definición estoica de la belleza; FILÓN, *De vita Moysis* III 140; CICERÓN, *Tusculanas* IV 31.

La belleza es la noble flor de la salud; ésta opera dentro del cuerpo, y aquélla, brotando como una flor fuera de él, muestra abiertamente una hermosa tez.

65 Los regímenes de vida más bellos y sanos que hacen esforzarse a los cuerpos producen la auténtica y duradera belleza, ya que el calor atrae hacia sí a todos los humores y al aire fresco. El calor, efectivamente, inflamado por el movimiento, tiene un alto poder de atracción, y, una vez los ha atraído, evapora por la misma carne el excedente de la nutrición que se calienta suavemente con cierta canti-
2 dad de humedad y por el exceso de calor[888]. Por esa razón, el alimento que se toma el primero se evacua. La comida no se adhiere al cuerpo inmóvil, sino que se desprende como el pan de un horno frío, ya entero, ya quedando sólo lo del fondo.

3 Es natural que los que tienen un excedente de alimento tengan en sus evacuaciones un exceso de orina y de excrementos, como, asimismo, de otros residuos de las comidas y, además, sudor, porque el alimento no es asimilado por el cuerpo, sino que es expulsado en las secreciones.

66 A partir de aquí se desencadenan los impulsos lascivos, por efluir el excedente de secreción a los órganos genitales. Por esto, con movimientos adecuados deben disolverse estos excedentes y canalizarlos hacia la digestión, merced a la cual la belleza adquiere un color rosado.

2 Resulta absurdo, ciertamente, que quienes han sido creados «a imagen y semejanza de Dios»[889], como despreciando el arquetipo atraigan hacia sí un arte de embellecerse extraño, y prefieran el mal artificio humano a la
3 divina creación. El Pedagogo les ordena que avancen:

---

[888] Galeno, *Sobre la denominación de las partes del cuerpo* IV 4-5.

[889] *Gén.* 1, 26.

«con un largo vestido decente, y que se adornen con el pudor y la modestia»[890], «sometiéndose a sus maridos, a fin de que, si alguno de ellos no obedece al Logos, sin palabras sean aventajados por el comportamiento de las mujeres, al ver —prosigue— vuestro puro comportamiento en el Logos. Su adorno ha de ser, no el exterior, con trenzas de cabellos y aderezos de oro o gala de vestidos, sino el hombre interior escondido en el corazón, ataviado con la incorruptibilidad de un espíritu apacible y sosegado, que es precioso a los ojos de Dios»[891].

67 Por otra parte, el trabajo personal reporta a la mujer, de forma especial, la belleza auténtica, ejercitando su propio cuerpo y adornándolo por sí misma, sin añadir adorno alguno fruto del esfuerzo ajeno, que no adorna, vil y propio de prostitutas, sino el que es propio de una mujer prudente, elaborado y realizado totalmente con sus propias manos, siempre que convenga. Es preciso que las mujeres que viven conforme a la Ley de Dios se muestren adornadas, no con objetos adquiridos en el mercado, sino confeccionados en su propio hogar. 2 La mejor acción es que la mujer hogareña se vista a sí misma y a su marido con adornos ideados por ella misma, motivo de gozo por parte de todos: los hijos, contentos de su madre; el esposo, de su mujer; ésta, de ellos; y todos, en definitiva, de Dios. 3 En una palabra, «tesoro de virtud es la mujer fuerte», que «no come ociosa el pan, y sobre su lengua están los preceptos de misericordia; la que abre su boca con sabiduría y según la ley, sus hijos la proclamaron dichosa», como dice el Santo Logos por boca de Salomón: «y su marido la colmó de alabanzas; pues la mujer pru-

890 *I Tim.* 2, 9.

891 *I Pe.* 3, 1-4.

dente es alabada; que ella celebre su temor de Dios»[892]. Y de nuevo: «La mujer valerosa es la corona de su marido»[893].

68 Deben cuidarse, lo mejor posible, las apariencias, las miradas, los pasos y la voz. No como algunos que, imitando a los comediantes y conservando los ademanes afeminados de los danzarines, se comportan en cualquier conversación como si estuviesen en escena, adoptando un cierto aire afeminado, con pasos afectados, con voz modulada, con mirada lánguida, ejercitándose como cebo de

2 placer. «De los labios de una mujer prostituta destila miel, que, con su grácil hablar, humedece tu garganta; pero, a la postre, la encontrarás más amarga que la hiel y más hiriente que una espada de doble filo. En efecto, los pies de la insensata conducen junto con la muerte al Hades a quienes la frecuentan»[894].

3 Por ejemplo, la prostituta venció al noble Sansón y otra mujer[895] domeñó su fuerza. En cambio, ninguna mujer logró embaucar a José, sino que la prostituta egipcia fue abatida, y las ataduras de la moderación se manifiestan superiores al poder sin trabas.

69 Podría citar aquel notabilísimo canto:

Yo no sé en absoluto murmurar
ni, girando el cuello, hasta casi romperlo
andar un paso, como muchos otros
depravados que veo por aquí, en la ciudad, depilados[896].

---

892 *Prov.* 31, 25-30.

893 *Ibid.*, 12, 4.

894 *Ibid.*, 5, 3-5.

895 La filistea Dalila.

896 Pasaje desconocido, de un cómico.

Los ademanes mujeriles, la molicie y el afeminamiento deben eliminarse del todo. La languidez del movimiento en el andar, y el *lento caminar,* como dice Anacreonte[897], es, sin duda, propio de las heteras; al menos ésta es mi opinión. La comedia dice: «Es hora de rechazar los pasos de las prostitutas y el lujo.» Los pasos de las prostitutas no se apoyan en la verdad, porque no se dirigen por los senderos de la vida; sus vías son errabundas, difíciles de reconocer»[898].

De manera muy especial hay que guardar la vista, pues es mejor resbalar con los pies que con la mirada.

En efecto, el Señor, en un abrir y cerrar de ojos, cura esta enfermedad: «Si tu ojo te escandaliza, arráncalo»[899], extirpando la concupiscencia desde sus raíces. Las miradas lánguidas de placer y el guiñar el ojo, es decir, parpadear con los ojos, no es sino fornicar con los ojos, pues el deseo lanza, a través de ellos, furiosos ataques. Porque, antes que cualquier parte del cuerpo, se corrompen los ojos: «El ojo que contempla cosas hermosas alegra el corazón»[900], es decir, el que ha aprendido a contemplar lo bello alegra el corazón, «y el que hace señales maliciosamente con los ojos acumula desgracias para los hombres»[901].

Así presentan al afeminado Sardanápalo, rey de los asirios, que, sentado con los pies en alto sobre un lecho, cardaba la púrpura y mostraba el blanco de sus ojos. Las mujeres que así se comportan se ofrecen al placer con sus propios ojos. «Porque el ojo es la lámpara del cuerpo»[902],

---

897 Fr. 168: *saulá baínein.*

898 *Prov.* 5, 5-6.

899 *Mt.* 5, 29.

900 *Prov.* 15, 30.

901 *Ibid.,* 10, 10.

902 *Mt.* 6, 22.

dice la Escritura, por donde se muestra lo interior, revelándose a la luz visible. «La prostitución en la mujer está en su caída de ojos»[903].

71 «Mortificad, pues, vuestros miembros terrenales: la fornicación, la impureza, la pasión, la concupiscencia perversa y la codicia, que es una idolatría, acciones por las cuales se desata la ira de Dios»[904], exclama el Apóstol; pero nosotros reavivamos nuestras pasiones y no sentimos 2 vergüenza. Unas, «mascando goma»[905], yendo de un lado para otro, sonríen a los que se cruzan con ellas; otras, como si no tuviesen dedos, se envanecen rascándose la cabeza con las horquillas que llevan, y se las agencian de caparazón de tortuga o de marfil, o de algún otro animal 3 muerto. Otras, como si tuviesen eccemas, para complacer a los mirones, se adornan con ungüentos de todos los colo- 4 res y así manchan su cara. Salomón denomina a este tipo de mujer: «insensata, atrevida, ignorante de lo que es la vergüenza; se sienta a la puerta de su casa en una silla, provocando descaradamente a los viandantes, a los que siguen recto su camino», diciendo claramente con su figura y con su vida toda: «¿Quién es el más necio de vosotros? Apóyese en mí.» Y a los que carecen de seso los exhorta diciendo: «Probad con placer el pan escondido, y el agua dulce robada»[906]; se refiere a Afrodita Epíclopos[907].

72 Inspirándose en la Escritura, el beocio Píndaro exclama:

---

903 *Eclo.* 26, 9.

904 *Col.* 3, 5-6.

905 Pasajes paralelos en: PLIN., XIV 24; DIOSCÓRIDES, I 77; MARCIAL, *De dentiscalpio* (= *El mondadientes*) XVI 17.

906 *Prov.* 9, 13-17.

907 Expresivo epíteto de la diosa del amor; propiamente, «astuta», «ladina», «hábil», «artera».

Es algo dulce la furtiva solicitud de Cipris[908].

Afirma el Pedagogo: «Pero él, infeliz, no sabe que los hijos de la tierra perecerán por Afrodita, y que él la encontrará en lo profundo del Hades. Pero, ¡salta! —dice el Pedagogo—. ¡No pierdas el tiempo en este lugar! ¡No lances tu mirada hacia ella!, porque, si lo haces, el agua ajena te inundará y te deslizarás hacia el Aqueronte»[909]. Así, 2 el Señor, por boca de Isaías, exclama: «Por cuanto que las hijas de Sión avanzaron con el cuello erguido y con ademanes provocativos en sus miradas, y en sus andares arrastraban al unísono sus mantos y jugaban con sus pies, Dios humillará a las hijas de Sión y descubrirá su condición»[910], su vergonzosa condición.

Yo pido a las sirvientas, que van a la izquierda de 73 sus señoras o que las siguen, que no hablen impúdicamente y que no cometan acción alguna vergonzosa, sino que se comporten prudentemente ante ellas. El cómico Filemón dice en tono de fuerte reproche:

> *Al salir veo detrás de una mujer libre a una única esclava que la acompaña, hermosa de aspecto, y que uno la sigue de cerca guiñándole el ojo desde el monumento de Platea.* 2

El desenfreno de la esclava se vuelve, efectivamente, 3 contra la señora, pues da pie a quienes intentan acciones insignificantes a no tener miedo de mayores empresas, po-

---

908 PÍNDARO, fr. 217 SCHROEDER.

909 *Prov.* 9, 18. El Aqueronte era el río infernal, que habían de atravesar los muertos para entrar en los Infiernos, según la mitología griega.

910 *Is.* 3, 16-17.

niendo en evidencia la señora, al no reprocharlas, su indulgencia con las acciones vergonzosas.

Ciertamente, no irritarse con los licenciosos es indicio inequívoco de una mente que tiende a una conducta semejante. «Tal la señora —dicen los amantes de los proverbios— tales sus perros»[911].

4 También debemos desterrar la excentricidad en el andar, y preferir la dignidad y la serenidad, no el paso lento en exceso, ni el contonearse por las calles, ni atropellando, buscar con la mirada a los que nos vamos encontrando para ver si nos miran, como el que avanza en escena 5 solamente y es señalado con el dedo. Tampoco debe uno dejarse empujar por sus criados cuesta arriba, como vemos hacer a los más fastuosos, a pesar de que parecen robustos, si bien, en realidad, están destrozados por la debilidad de su alma. El hombre noble no debe mostrar en su rostro ningún signo evidente de molicie, ni tampoco en ninguna otra parte de su cuerpo.

74 Así pues, que ni en los movimientos, ni en la forma de comportarse se encuentre jamás la vergüenza del afeminamiento. Ni tampoco el hombre con salud debe tratar 2 a los esclavos, como si fuesen bestias de carga. Porque, así como a ellos se les manda «que se sometan respetuosamente a sus amos, no sólo a los buenos y afables, sino también a los de genio áspero», dice Pedro; así la equidad, la magnanimidad y la humanidad deben ser practicadas por los amos. «En definitiva —exclama—, sed todos razonables, compasivos, amantes de vuestros hermanos, tened buenas entrañas, sed humildes», y, añade: «para que heredéis la bendición»[912].

---

911 EPICARMO, fr. 168 KAIBEL; PLAT., *Rep.* VIII 563c.

912 *I Pe.* 3, 8-9.

Me parece noble y amable la imagen que Zenón de Citio esboza del joven, y la esculpe así: «Que su rostro esté limpio, que sus cejas no estén fruncidas, que su mirada no sea descarada ni languideciente, que no eche su cuello hacia detrás, ni estén flojos los miembros de su cuerpo, sino erguidos y tensos, que sea agudo en correcta conversación, que retenga lo que se ha dicho correctamente, y que sus actitudes y movimientos no den pie a esperanza alguna para los libidinosos. Florezca en él el pudor y la virilidad. Quede apartado el relajamiento de las perfumerías, de los talleres de los orfebres, y de los mercados de lana, y de los demás talleres, en donde, acicalados cual prostitutas, pasan el día, como las que están sentadas en sus casas.» 3 4

Así pues, que los hombres no pierdan el tiempo parloteando en las barberías y tabernas y que acaben, de una vez, de ir a la caza de las mujeres que pasan; además, no cesan de hablar mal de muchos con el fin de provocar carcajadas. También debe prohibirse el juego de dados y el afán de ganar con los *astrágalos*[913], juego que les gusta practicar. Tal es el pago que la falta de control cobra a quienes pueden malgastar su tiempo en el libertinaje. 75 2

Sin duda, la inactividad es su principal causa. Y es que hay quien se enamora de lo vano que reside fuera de la verdad, por no ser capaz de ninguna otra satisfacción sin causar daño; la elección del plan de vida es fiel reflejo del pensamiento de cada hombre. Pero, como es natural, sólo las relaciones con hombres honestos reportan utilidad. Según esto, consciente de que el trato con los hombres malvados es una acción grosera, el sapientísimo Pedagogo, por boca de Moisés, prohibió al antiguo pueblo 3

913 Las tabas; propiamente, «huesecillo», de donde, «dado».

comer carne de cerdo, mostrando con ello que los que invocan a Dios no deben tener tratos con los impuros que, cual cerdos, se regocijan con los placeres del cuerpo, con alimentos fangosos y con los cosquilleos lujuriosos deseando escarbar en el placer de Afrodita que se goza en el
4 mal. Mas dice también que no pueden comerse: «milanos, o alucón de veloces alas, o águila»[914], dando a entender que no se acerquen a quienes pretenden ganarse la vida por medio de la rapiña. También se sirve de la alegoría para otros ejemplos.

76 Así pues, ¿con quiénes debemos alternar? Con los justos, insiste de nuevo alegóricamente. Porque todo «lo que tiene la uña hendida en dos y que rumia»[915] es puro. Pues la uña hendida simboliza la justicia, la de la balanza de platos iguales, que rumia el alimento propio de la justicia, es decir, el Logos, que entra desde fuera, cual alimento, por medio de la catequesis, y que, de nuevo, es enviado desde dentro, como desde lo hondo del pensamiento,
2 hacia un recuerdo racional. El justo, con el Logos en la boca, rumia el alimento espiritual, y la justicia tiene, con razón, pezuña hendida porque nos santifica aquí, en esta vida, y nos lleva al siglo futuro.

3 El Pedagogo, ciertamente, no nos conducirá a los espectáculos. No sin razón alguien podría tildar a los estadios y a los teatros de «cátedra de pestilencia»[916]. En efecto, «la reunión» aquí es malvada e injusta, pues hay un «Consejo» malvado en contra del Justo, razón por la
4 cual maldice la asamblea que va contra él. Ese tipo de reuniones rebosan mucho desorden e ilegalidad, y los pre-

---

914 *Lev.* 11, 13-14.
915 *Ibid.*, 11, 3.
916 *Sal.* 1, 1.

textos de las reuniones son la causa del desorden, por reunirse, indistintamente, hombres y mujeres, con el único objeto de contemplarse mutuamente.

De ahí que la reunión en sí resulte frívola, ya que los apetitos se inflaman cuando la mirada es ansiosa, y los ojos, habituados a mirar a los vecinos con descaro, al tener el ansiado ocio, encienden los deseos eróticos. Por lo tanto, deben suprimirse los espectáculos y las audiciones, por estar repletos de bufonería y de clarlatanería. 77 2

Y, vamos a ver, ¿qué acción torpe no se muestra en los teatros? ¿Qué desvergonzadas palabras no pronuncian los bufones? Pues, quienes disfrutan con los vicios de aquéllos, es evidente que, cuando están en sus casas, tratan de imitar tales representaciones, y, al contrario, quienes no se dejan seducir y son insensibles a ellos, no podrán resbalar jamás hacia los fáciles placeres.

Pero, si alegan que toman los espectáculos como un tipo de juego, a modo de pasatiempo, yo afirmo que no son prudentes aquellas ciudades que centran su preocupación en el juego. No, ya no es un juego el despiadado afán de vanagloria, que llega al extremo de la muerte, ni tampoco las cosas fútiles, las ostentaciones sin sentido, ni el gasto sin sentido de la hacienda, ni tampoco son juegos de niño las sediciones que se suscitan entre ellos. 3 4

La indolencia jamás debe comprarse con futilidades, porque el que sea razonable no preferirá jamás lo placentero antes que el bien. 78

Pero, se dice, no todos somos filósofos. Ahora bien, ¿no vamos todos hacia la vida? ¿Qué dices tú? ¿Cómo, pues, has llegado a creer? Y más aún, ¿cómo amas a Dios y a tu prójimo, si no filosofas? ¿Cómo te amas a ti mismo, si no amas la vida?

No sé leer, exclama. Pero, si no aprendiste a leer, no 2

puedes excusarte de escuchar, pues esto no se enseña. La fe, sin duda, es una posesión, no de los sabios según el mundo, sino de los que viven según Dios. La fe se enseña incluso sin letras; su código, acomodado a ignorantes, al mismo tiempo que divino, recibe el nombre de caridad:
3 obra espiritual. Podemos escuchar la divina sabiduría y practicarla; además, no se nos prohíbe dirigir los asuntos del mundo ordenadamente siguiendo a Dios.

4 Que el vendedor o el comprador no diga dos precios, según venda o compre, sino que diga sencillamente uno solo y se esfuerce en decir la verdad, pues, aunque no consiga este precio, conseguirá la verdad y se enriquecerá.

79 ¡Quede suprimido el elogio y el juramento acerca de los artículos que se venden[917], quede también suprimido el juramento para lo demás! Así filosofen los comerciantes del ágora y los mercaderes al por menor: «No tomes en vano el nombre del Señor, porque el Señor no juzgará inocente a quien tome en vano su nombre»[918].

2 Y a los que actúan al margen de esto, a los avaros, a los farsantes, a los hipócritas, a los que comercian con la verdad, el Señor los expulsó de la casa de su Padre, pues no quería que la santa mansión de Dios fuese casa de comercio fraudulento, o de palabras o de posesiones materiales.

3 La mujer y el varón deben ir decentemente vestidos a la Iglesia[919], con paso natural, saludándose con gran reserva, llenos de «sincera caridad»[920], puros de cuerpo y de alma, dispuestos a orar a Dios.

---

917 Cf. PLAT., *Ley.* XI 917b-c.

918 *Éx.* 20, 7.

919 Referido a «Asamblea cristiana», y no exclusivamente al «templo» o «edificio».

920 *Rom.* 12, 9; *II Cor.* 6, 6.

Que la mujer, además, observe esto: vaya siempre con velo, excepto cuando está en casa, pues su figura debe ser respetable e inaccesible a las miradas. Con la vergüenza y el velo ante sus ojos no se extraviará jamás, ni incitará a otro a caer en el pecado, por desnudar su rostro. Sí, ésa es la voluntad del Logos: es muy conveniente que ore cubierta. Dícese que la mujer de Eneas, por su gran modestia, no se descubrió, ni siquiera cuando fue presa del miedo en la toma de Troya, sino que, mientras huía del incendio, permaneció cubierta[921]. 4 5

Sería necesario que los iniciados en Cristo se mostrasen y se comportasen, a lo largo de toda su vida, como aparecen en las iglesias, en actitud modesta, y que fueran —no sólo parecieran— tan pacíficos, tan piadosos y tan amables. Pero el caso es que no sé cómo cambian de proceder y de figura según los lugares, como los pulpos que, según dicen, asemejándose a las rocas en las que están, muestra también ese color de su piel. Así pues, después de la reunión, abandonando lo inspirado por Dios en la asamblea, se asemejan a la multitud con la que tratan. Es más, desprendiéndose de la falsa e hipócrita modestia, son sorprendidos como ignorando lo que son; y después de haber venerado la palabra de Dios, la dejan donde la oyeron y, una vez fuera del templo, andan de acá para allá con los ateos, contaminados totalmente por los sonidos y los acordes de música erótica: por la flauta, por el ritmo, por la embriaguez y por cualquier agitación popular. 80 2 3 4

Esto cantan en respuesta quienes primero celebran con himnos la inmortalidad, y luego cantan con salmos la más

921 Se refiere a Creúsa, que pereció en dicho incendio.

depravada palinodia: «comamos y bebamos, que mañana moriremos»[922].

81 Mas éstos morirán, no mañana, ciertamente, sino que ya han muerto para Dios, sepultando sus propios cadáveres, es decir, enterrándose a sí mismos en la muerte. El Apóstol los combate con singular dureza: «No os engañéis; ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los codiciosos, ni los borrachos, ni los ultrajadores», ni todo cuanto les acompaña en su canto, 2 «heredarán el reino de Dios»[923]. Si hemos sido llamados al Reino de Dios, debemos comportarnos como exige este Reino: amando a Dios y al prójimo.

El amor no se juzga por un beso, sino por la benevolencia. En efecto, hay quienes hacen resonar las iglesias 3 con un beso, sin tener el amor dentro de su corazón. Hacer un uso desmedido del beso, que debería ser místico —el Apóstol lo llamó «santo»—, ha desencadenado vergonzosas sospechas y blasfemias. Gustado[924] dignamente el Reino, dispensemos la benevolencia del alma a través de la boca casta y cerrada, por la que se muestra su carácter pacífico.

4 Existe también otro beso impuro, plagado de veneno, que finge santidad. ¿No sabéis, acaso, que también las tarántulas con sólo el contacto de su boca consumen de dolor a los hombres y que los besos, las más de las veces, inyectan el veneno del libertinaje?

82 Así pues, está bien claro para nosotros que el beso en sí no es amor, porque «el amor procede de Dios»[925],

---

922 *I Cor.* 15, 32.

923 *Ibid.*, 6, 9-10.

924 Nosotros adoptamos la lectura *apogeuoménēs*, frente a: *apophainoménēs* y *apagoreuoménēs*.

925 *I Jn.* 4, 7.

y «éste es el amor de Dios: que observemos sus mandamientos», dice Juan; para que no nos demos alegrías unos a otros con la boca; pues «sus mandamientos no son pesados»[926]. Ahora bien, los afectuosos abrazos de 2 los amantes en plena calle, llenos de una estúpida franqueza, propios de los que quieren dejarse ver por los extraños, carecen de la más mínima elegancia. Si conviene 3 «rogar» a Dios «en el granero», en secreto, de ello se sigue que también al prójimo, al que estamos obligados a amar en segundo lugar, le mostremos nuestro afecto en casa, en secreto, igual que a Dios, eligiendo el momento oportuno. Porque «nosotros —dice— somos la sal de la 4 tierra»[927], y «quien bendice a su amigo a grandes voces de madrugada, no parecerá diferenciarse de uno que lo está maldiciendo»[928].

Mi opinión es que debemos abstenernos, sobre todo, 5 de mirar a las mujeres, porque no sólo tocándolas, sino simplemente mirándolas, se puede pecar, acción que debe rehuir necesariamente todo hombre que haya recibido una recta educación.

«Miren de frente tus ojos, y tus párpados den su 83 aquiescencia a lo que es justo»[929]. ¿No es posible que el que incluso ha visto se mantenga firme? Hay que vigilar en no caer. En efecto, porque quien mira puede caer, mientras que quien no mira difícilmente puede llegar a desear. Los prudentes no sólo deben mantenerse puros, 2 sino que deben esforzarse por mantenerse al margen de todo reproche, evitando toda causa de sospecha, para reu-

[926] *Ibid.*, 5, 3-4.
[927] *Mt.* 5, 13.
[928] *Prov.* 27, 14.
[929] *Ibid.*, 4, 25.

nir en sí toda la pureza, con el fin, no sólo de ser fieles, sino de parecer también dignos de fe.

3 En conclusión: debe observarse este mensaje, «para que —como dice el Apóstol— nadie nos censure; porque procuramos hacer lo que es bueno no sólo a los ojos del Señor, sino también a los ojos de los hombres»[930]. «Aparta tu ojo de la mujer agraciada, y no observes la 4 belleza ajena», dice la Escritura. Y si no sabes el porqué, te lo explicará debidamente: «Muchos, en Verdad, se extraviaron por la belleza de una mujer, y, a causa de ella, la amistad se inflama como el fuego»[931]. La amistad que tiene su origen en el fuego y que recibe el nombre de pasión amorosa, conduce a un fuego inextinguible, por ser pecaminosa.

12. *Exposición sumaria sobre la vida mejor. Aspectos de las Sagradas Escrituras que caracterizan la vida de los cristianos*

84 Yo exhortaría a los maridos a no besar a sus mujeres en casa en presencia de los criados. Ya Aristóteles no permitía que se sonriera a los esclavos; razón de más por la que, mucho menos, nos conviene manifestar ante su vista el afecto a la mujer. La mejor medida es que, ya desde los primeros días de matrimonio, se dé muestras de respetable dignidad. Efectivamente, un 2 matrimonio lleno de templanza, que respira un placer puro, es lo óptimo. Así, la tragedia exclama maravillosamente:

¡Ay! ¡Ay!, mujeres, de todo lo que el hombre posee,
ni el oro, ni la tiranía, ni el lujo del dinero
engendran tan variados placeres,

---

[930] *II Cor.* 8, 20-21.

[931] *Eclo.* 9, 8.

como las justas y prudentes sentencias
del varón bueno y de la mujer piadosa[932].

No, no deben rehusarse estos mandatos de la justicia, ni siquiera aunque hayan sido expresados por quienes siguen la sabiduría mundana. Por tanto, conscientes del deber de cada cual, «vivid en temor durante el tiempo de vuestra peregrinación, sabiendo que no con cosas corruptibles, plata u oro, fuimos rescatados de nuestra vana manera de vivir, recibida por tradición de nuestros padres, sino con la preciosa sangre de Cristo, como cordero sin tacha ni mancilla»[933]. «Basta ya de hacer, como en tiempo pasado —dice Pedro— la voluntad de los gentiles, cuando andabais en lascivias, concupiscencias, borracheras, orgías, festines y nefandas idolatrías»[934]. 85 2

Tengamos como meta la Cruz del Señor, en la que nos atrincheramos y protegemos de nuestros anteriores pecados. Regenerados, seamos clavados en la verdad, volvamos al ayuno y santifiquémonos, «porque los ojos del Señor miran a los justos, y sus oídos están atentos a su plegaria; más el rostro del Señor está contra los que obran el mal. Y ¿quién será el que nos hará mal, si somos celadores de lo bueno?»[935]. Sin duda, la mejor conducta es el buen orden, que es decencia en su totalidad, y reglamentada y firme, que da cuenta perfectamente en el trabajo de los sucesivos proyectos y es insuperable por su virtud. 3 4

Debía expresar estos razonamientos, aunque los haya proferido con excesiva severidad, y dirigir vuestra salva- 86

---

932 Versos citados por Estobeo; también atribuidos a un tal Apolonio.

933 *I Pe.* 1, 17-19.

934 *Ibid.*, 4, 3.

935 *Ibid.*, 3, 12-13.

ción con corrección, afirma el Pedagogo, ya que «el que censura con franqueza obra la paz»[936], y vosotros, si me escucháis, os salvaréis, mas, si no prestáis atención a mis palabras, no me importa. No obstante, aun así, me preocupa, «porque prefiere el arrepentimiento del pecador a 2 su muerte»[937]. «Y si me escucháis, comeréis los bienes de la tierra»[938], afirma de nuevo el Pedagogo. Y llama bienes de la tierra a los bienes humanos, la belleza, la riqueza, la salud, la fuerza y el alimento. Pues, bienes son realmente «lo que jamás oído oyó ni remontó hasta el corazón»[939], bienes relativos al que realmente es rey, bienes que realmente son buenos y que nos aguardan. Él es, en efecto, el dador y el guardián de los bienes. Por participar en ellos, los bienes de aquí abajo reciben el mismo nombre, pues el Logos educa divinamente la debilidad humana, pasando de las cosas sensibles al conocimiento.

87 Así pues, cómo debemos comportarnos en casa y cómo corregir nuestra vida, el Pedagogo nos lo ha mostrado suficientemente.

Los temas de conversación que prefiere mantener con los niños por la calle, mientras los conduce al maestro, nos los sugiere y expone brevemente por medio de textos de la Sagrada Escritura. Los expone con suma sencillez, los adapta al tiempo de su período de guía y deja para el maestro las explicaciones pertinentes.

2 Realmente, su ley desea quitar el temor, liberando la buena voluntad para que acepte la fe. Dice: escucha, niño, que has recibido una hermosa instrucción, los puntos principales de la salvación. Me desnudaré tal como soy y te

---

[936] Cf. *Prov.* 10, 10.

[937] *Ez.* 18, 23.

[938] *Is.* 1, 19.

[939] *I Cor.* 2, 9.

propondré estos bellos mandamientos, por los cuales llegarás a la salvación. Te llevo por el camino de la salvación. Aléjate de los caminos del extravío, «porque el Señor conoce el camino de los justos, y el camino de los impíos tendrá un final desgraciado»[940].

En consecuencia, sigue, niño, el buen camino que yo te mostraré; mantén atentos tus oídos, «y yo te daré tesoros ininteligibles, ocultos, invisibles»[941] para los gentiles, y visibles para nosotros. «Los tesoros de la sabiduría son inagotables», de los que, tras admirarlos, exclama el Apóstol: «¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría!»[942]. Muchos tesoros nos son suministrados por un único Dios; unos, por medio de la ley; otros nos son revelados por los profetas; otros, por boca divina, y otro acompaña cantando a los siete dones del Espíritu Santo. Y el Señor, que es uno solo, es también, por medio de estos dones, el Pedagogo.

He aquí, pues, un precepto capital y un consejo práctico que lo abarca todo: «Como queréis que actúen con vosotros los hombres, actuad vosotros con ellos»[943]. Es posible resumir en dos los preceptos, como dice el Señor: «amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza, y al prójimo como a ti mismo»[944]. Luego añade: «De estos dos mandamientos dependen la ley entera y los profetas»[945]. Y así, al que le preguntaba: «¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?», le res-

---

940 *Sal.* 1, 6.
941 *Is.* 45, 3.
942 *Rom.* 11, 33.
943 *Mt.* 7, 12.
944 *Ibid.*, 22, 37.39.
945 *Ibid.*, 22, 40.

pondió: «¿Sabes los mandamientos?»[946]. Y habiendo dicho que sí, díjole: «Haz eso, y te salvarás»[947].

3 No obstante, debo exponer bien claramente el Amor del Pedagogo valiéndome de abundantes y salvadores preceptos, a fin de que, merced a una amplia distribución de los textos de las Escrituras, podamos encontrar más fácilmente la salvación.

89 Tenemos el Decálogo por mediación de Moisés, representado alegóricamente por una simple y sola letra, que esboza la salvadora descripción de los pecados. «No cometerás adulterio, no adorarás a los ídolos», no serás pederasta, «no robarás, no pronunciarás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre»[948], y otros que siguen a éstos.

Nuestro deber estriba en la observación de esto y de cuantas otras cosas nos sean recomendadas en la lectura 2 de la *Biblia*. Nos ordena por boca de Isaías: «Lavaos, purificaos, apartad la maldad de vuestras almas lejos de mi vista. Aprended a obrar bien, buscad la decisión justa; proteged al oprimido, haced justicia al huérfano, defended 3 a la viuda. Venid, y dialoguemos, dice el Señor»[949]. Y muchos más preceptos podríamos encontrar respecto a otros puntos; por ejemplo, los relativos a la plegaria: «Las buenas acciones son una plegaria acogida por el Señor», 4 dice la Escritura. Y se sugiere el modo de la plegaria: «Cuando veas al desnudo, vístele, y no desprecies al que es de tu misma raza. Luego, tu luz se mostrará pronto, tu curación surgirá deprisa, y ante ti caminará la justicia,

946 *Ibid.*, 19, 16-17.

947 *Lc.* 10, 28.

948 *Éx.* 20, 13-16.

949 *Is.* 1, 16-18.

y la gloria de Dios te circundará». Ahora bien, ¿cuál es el fruto de esa plegaria? «Entonces clamarás y Dios te escuchará. Y aún estarás hablando, y te dirá: 'Heme aquí'»[950]. 5

Y por lo que al ayuno se refiere, alega: «¿Por qué ayunáis por mí? No escogí yo este ayuno, ni el día en que el hombre debe humillar su alma. Ni aunque inclines tu cuello hacia la argolla, ni aunque te cubras con un saco y te manches de ceniza; ni aun así dirás que un ayuno es aceptable.» 90

Pero, ¿qué enigmático significado encierra el ayuno? Dice el Señor: «He aquí, exclama, el ayuno que yo he elegido: desata todo lazo de maldad, suelta los lazos de los contratos forzados, deja libres a los oprimidos y abandona todo contrato injusto; comparte tu pan con el hambriento y lleva a tu casa a los pobres que carecen de techo. Cuando veas un hombre desnudo, vístelo»[951]. Asimismo, respecto a los sacrificios: «¿De qué me sirve la multitud de sacrificios que me ofrecéis?, exclama el Señor; estoy harto de holocaustos de carneros; no quiero grasa de cebones, ni sangre de toro, ni de cabritos, y menos si venís para que yo os vea. Pues, ¿quién os ha pedido que hagáis esto con vuestras manos? No consintáis en hollar mi atrio. Si traéis flor de harina de trigo, es inútil. El incienso me resulta repugnante. No soporto vuestros novilunios y sábados»[952]. ¿Cómo, pues, ofreceré un sacrificio en honor del Señor? Dice: «Es un sacrificio para el Señor el espíritu contrito»[953]. ¿Cómo, pues, coronaré o ungiré 2 3 4

950 *Ibid.*, 58, 7-9.
951 *Ibid.*, 58, 3-7.
952 *Ibid.*, 1, 11-13.
953 *Sal.* 50, 19.

de perfume? ¿Qué incienso quemaré para el Señor? «Es aroma de perfume para Dios —dice— un corazón que glorifica a quien lo ha modelado.»

Éstas son las coronas, sacrificios, aromas y flores de Dios.

91 Sobre el perdón, dice: «Si peca tu hermano, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Y si siete veces al día peca contra ti y siete veces se vuelve a ti diciendo: 'me arrepiento', perdónalo»[954].

2 A los que están en campaña, por boca de Juan, les indica que tienen más que suficiente con su única soldada; y a los recaudadores de impuestos, a su vez, les ordena que no exijan más de lo estrictamente fijado.

Y dice al juez: «No hagas en juicio acepción de personas, porque el soborno ciega los ojos de los que ven y corrompe las palabras de los justos»[955]. «Protege al que 3 es objeto de atropellos»[956]. Asimismo, a los administradores: «una posesión adquirida ilegalmente viene a menos»[957].

Y con respecto a la caridad, prosigue: «La caridad oculta una multitud de pecados»[958]. Y por lo que a la conducta cívica se refiere: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios»[959].

4 Y con referencia al juramento y al rencor: «Yo no ordené a vuestros padres, cuando salieron de la tierra de Egipto, que me ofreciera holocaustos y sacrificios; sólo les

---

954 *Lc.* 17, 3-4.

955 Cf. *Dt.* 1, 17; 16, 19.

956 *Is.* 1, 17.

957 *Prov.* 13, 11.

958 *I Pe.* 4, 8.

959 *Mt.* 22, 21.

di esa orden: que cada uno de vosotros no guarde rencor en su corazón contra el prójimo; no ame el falso juramento.»

92 Respecto a los mentirosos y soberbios, los amenaza con estos términos: «¡Ay de los que a lo dulce llaman amargo, y amargo a lo dulce!»; y a los otros les dice: «¡Ay de los que se creen inteligentes y sabios ante sus propios ojos!»[960]. «Quien se humilla será ensalzado, y quien se ensalza será humillado»[961].

2 A los misericordiosos los llama bienaventurados «porque conseguirán misericordia»[962], y la sabiduría llama desgraciada a la ira, porque «destruirá incluso a los prudentes»[963]. 3 Ordena amar a los enemigos y a los que nos maldicen y rogar por los que nos maltratan. Dice: «Al que te hiera en la mejilla, preséntale también la otra; y si alguien te quita la túnica, no le impidas tomar la capa»[964].

4 Y refiriéndose a la fe: «Y todo cuanto pidiereis en la oración con fe, lo conseguiréis»[965], afirma.

Nada es convincente para los incrédulos[966],

según Píndaro. Debemos servirnos de los esclavos como de nosotros mismos, pues son hombres como nosotros.

93 En efecto, «Dios —si te fijas bien— es el mismo para todos, para los libres y para los esclavos». Es más, incluso a los criados que incurren en falta no debemos castigarlos, sino amonestarlos; «porque el que se abstiene del

---

960 *Is.* 5, 20-21.

961 *Mt.* 23, 12.

962 *Ibid.*, 5, 7.

963 *Prov.* 15, 1.

964 *Lc.* 6, 27-29.

965 *Mt.* 21, 22.

966 Fr. 233 SCHROEDER.

2 bastón odia a su hijo»[967]. Rechaza también la vanagloria, al decir: «¡Ay de vosotros, fariseos, que amáis los primeros asientos en las sinagogas y los abrazos en las plazas!»[968].

3 Acoge con cariño la conversión del pecador, porque ama el arrepentimiento que sigue al pecado. Sí, sólo el Logos carece de pecado. «El errar es natural y común a todos; ahora bien, corregirse, no es propio de un hombre cualquiera, sino de un ser excepcional»[969].

4 Y acerca de la generosidad exclama: «Venid a mí todos los benditos, tomad posesión del reino que está preparado para vosotros desde la creación del mundo. Pues tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me acogisteis con vosotros; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; 5 hallábame en prisión, y a mí vinisteis»[970]. Pero, ¿cuándo hicimos nosotros algo de todo eso con el Señor? El mismo Pedagogo, a su vez, responderá, adjudicándose amorosamente para sí las buenas acciones realizadas con los hermanos, y dirá: «Cuanto hicisteis con estos pequeños, conmigo lo hicisteis. Éstos irán a la vida eterna»[971].

94 Éstas son las leyes del Logos: las exhortaciones no están escritas en tablas de piedra por el dedo del Señor, sino inscritas en el corazón de los hombres, lo único que no conoce corrupción. Razón por la cual fueron rotas las tablas de los duros de corazón, a fin de que la fe de los niños fuese impresa en las mentes dóciles. Pero, ambas leyes servían al Logos para la educación de la humanidad:

---

[967] *Prov.* 13, 24.

[968] *Lc.* 11, 43.

[969] Posiblemente del comediógrafo Menandro.

[970] *Mt.* 25, 34-36.

[971] *Ibid.*, 25, 40.46.

una, por mediación de Moisés, y la otra, por medio de los Apóstoles.

2 Creo que es necesario hablar de cómo era la pedagogía de los Apóstoles, pero, por tener más memoria que yo, habla el Pedagogo, del que expondré, a modo de sembrador, sus preceptos: 3 «Desechando toda mentira, hable cada uno la verdad con su prójimo, ya que unos somos miembros de otros. No se ponga el sol sobre vuestra ira, ni deis ocasión al diablo. El que robaba, no robe ya, sino que trabaje con sus manos en algo provechoso para poder compartir con el indigente. 4 Toda amargura, ira, indignación, griterío y maledicencia, destiérrese lejos de vosotros, junto con todo tipo de vicio. Sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos recíprocamente, como Dios en Cristo os perdonó. Haceos, pues, sabios e imitadores de Dios, como hijos queridos, y caminad en el amor, como también Cristo nos amó»[972].

5 «Las mujeres sométanse a sus maridos como al Señor, y los varones amen a sus esposas, como Cristo amó a la Iglesia»[973].

95 Que los que están unidos en matrimonio se amen recíprocamente, «como a sus propios cuerpos»[974]. «Hijos, obedeced a vuestros padres.» «Y vosotros, padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino educadlos en la disciplina y en la instrucción del Señor. Siervos, obedeced a vuestros señores, como a Cristo, sirviéndoles de corazón con amabilidad. Y vosotros, señores, tratad bien a vuestros esclavos, sin recurrir a la amenaza, conscientes de que el Señor, vuestro y de ellos, está en los cielos y que no hace

972 *Ef.* 4, 25-28.31 y 5, 1-2.

973 *Ibid.*, 5, 22.25.

974 *Ibid.*, 5, 28.

2 acepción de personas»[975]. «Si en espíritu vivimos, en espíritu también obedezcamos. No codiciemos la vanagloria, provocándonos unos a otros ni envidiándonos mutuamente. Llevad unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. No os engañéis: de Dios nadie se burla. No nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido
3 tiempo cosecharemos, si no desfallecemos»[976]. «Que entre vosotros haya paz. Os exhortamos, asimismo, hermanos, a que corrijáis a los desordenados, que alentéis a los pusilánimes, que acojáis a los débiles, que seáis magnánimos con todos. Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal. No apaguéis el espíritu; no despreciéis las profecías. Probadlo todo, y retened el bien. Absteneos de toda clase de
4 mal[977]. Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias. Proceded prudentemente con los de fuera, aguardando el momento oportuno. Sea vuestra conversación con gracia, salpicada de sal, de modo que sepáis responder oportunamente a cada uno»[978].

96 «Nutríos con la palabra de la fe.» Ejercitaos en la piedad, pues el ejercicio corporal es poco provechoso, mas la piedad es útil para todo y posee promesas para la vida presente y para la futura»[979].

2 «Los que tienen amos fieles, no los menosprecien, pues son hermanos; sino que, sírvanles mejor, puesto que son fieles»[980].

3 «El que dé de lo suyo, que lo haga con sencillez; el que preside, con solicitud, y el que practica la misericor-

---

975 *Ibid.*, 6, 1.4-7.9.
976 *Gál.* 5, 25-26; 6, 2.7.9.
977 *I Tes.* 5, 13-15.19-22.
978 *Col.* 4, 2.5-6.
979 *I Tim.* 4, 6-8.
980 *Ibid.*, 6, 2.

dia, con gozo; la caridad no es hipócrita; odiando el mal, 4 adheríos al bien amándoos los unos a los otros con amor fraterno; en la estima, adelantaos los unos a los otros; no seáis negligentes a la solicitud; sed fervorosos de espíritu, sirviendo al Señor, alegrándoos en la esperanza, siendo pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración, practicando la hospitalidad y participando en las necesidades de los santos»[981].

97 Éstos son unos pocos de los muchos ejemplos que el Pedagogo muestra a sus niños, entresacándolos de las Sagradas Escrituras, ejemplos con los que se erradica —por así decirlo— el vicio y se suprime la injusticia. 2 Otros innumerables consejos destinados a personas determinadas están escritos en los libros santos: unos para presbíteros, otros para Obispos y diáconos, otros para las viudas, sobre los que en otra ocasión podríamos hablar. 3 Muchos, mediante enigmas, y muchos, valiéndose de parábolas, pueden, en determinados momentos, ser de gran utilidad para quienes los leen.

Pero no es de mi incumbencia, dice el Pedagogo, enseñar estas cosas. Para la exégesis de estas santas enseñanzas necesitamos la ayuda de un maestro al cual dirigir nuestros pasos. Sí, ha llegado el momento de que yo cese en mi oficio de Pedagogo y de que vosotros escuchéis al Maestro.

98 Él, en verdad, tomándoos a vosotros, que habéis sido educados con una buena formación, os hará comprender sus palabras.

La Iglesia esta es la escuela, y el esposo, el único maestro, voluntad buena de Padre bueno, sabiduría genuina, santidad de conocimiento. 2 «Él es propiciación por nues-

[981] *Rom.* 12, 8-13.

tros pecados»[982], como dice Juan; el médico de nuestro cuerpo y de nuestra alma, el hombre eterno: Jesús; «no sólo por nuestros pecados, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que lo hemos conocido, si 3 guardamos sus mandamientos. Quien dice conocerlo, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso y la verdad no está en él. Mas el que guarda su palabra, en ése la caridad de Dios es verdaderamente perfecta. En eso conocemos que estamos en Él. Quien dice que permanece en Él, debe también vivir como Él vivió»[983].

99 ¡Oh retoños de la bienaventurada pedagogía! Completemos la hermosa faz de la Iglesia y, cual niños, corramos a esta buena madre; y si nos convertimos en oyentes del Logos, glorifiquemos la bienaventurada providencia, por la que el hombre es educado y santificado como hijo de Dios y, por ser formado por el pedagogo en la tierra, se convierte en ciudadano del cielo y recibe allí al padre que ha aprendido a conocer en la tierra.

2 Todo lo hace, todo lo enseña y todo lo educa el Logos. El caballo es guiado por el freno; el toro, por el yugo; la fiera salvaje es apresada con un lazo; y el hombre es transformado por el Logos; con su ayuda se domestican las fieras, se pescan los peces con anzuelo y se abaten las aves. Él es, realmente, quien prepara el freno para el caballo, el yugo para el toro, el lazo para la fiera, la 3 caña para el pez y la trampa para el pájaro. Él gobierna las ciudades y cultiva los campos, domina, sirve y todo lo crea:

982 *I Jn.* 2, 2.

983 *Ibid.*, 2, 2-6.

Hizo la tierra, el cielo, el mar,
y todos los astros que coronan el cielo[984].

¡Oh divina creación! ¡Oh divinos mandatos! Que estas aguas se mantengan en sus límites; que ese fuego contenga su cólera; que este aire planee por el éter; que la tierra se mantenga firme y se mueva cuando yo lo disponga. Quiero, además, modelar al hombre. Dispongo de los elementos como materia; habito con mi criatura. Si llegas a conocerme, el fuego te servirá. ¡Tan grande es el Logos! Él es el Pedagogo, el creador del mundo y del hombre y, por él, también pedagogo del mundo. A requerimiento suyo, ambos fuimos constituidos y esperamos el juicio. 100 2

Porque no hay nada oculto en la clara palabra que
la sabiduría transmite a los mortales,

como dice Baquílides[985].

«Irreprochables, puros, hijos de Dios sin tacha, brilláis en el mundo como luminosos astros, en medio de una generación perversa y descarrilada»[986], según Pablo. 3

Así pues, lo que falta por hacer, tras un generoso elogio del Logos, pidámoslo al mismo Logos: sé propicio a tus hijos, Pedagogo, Padre, Guía[987] de Israel, Hijo y Padre, ambos uno solo, Señor. Concede a quienes seguimos 101

[984] HOM., *Il.* XVIII 483 y 485; Clemente omite el verso 484: «y el infatigable Helios, y la Luna llena».

[985] Fr. 26 BLASS-SNELL.

[986] *Flp.* 2, 15.

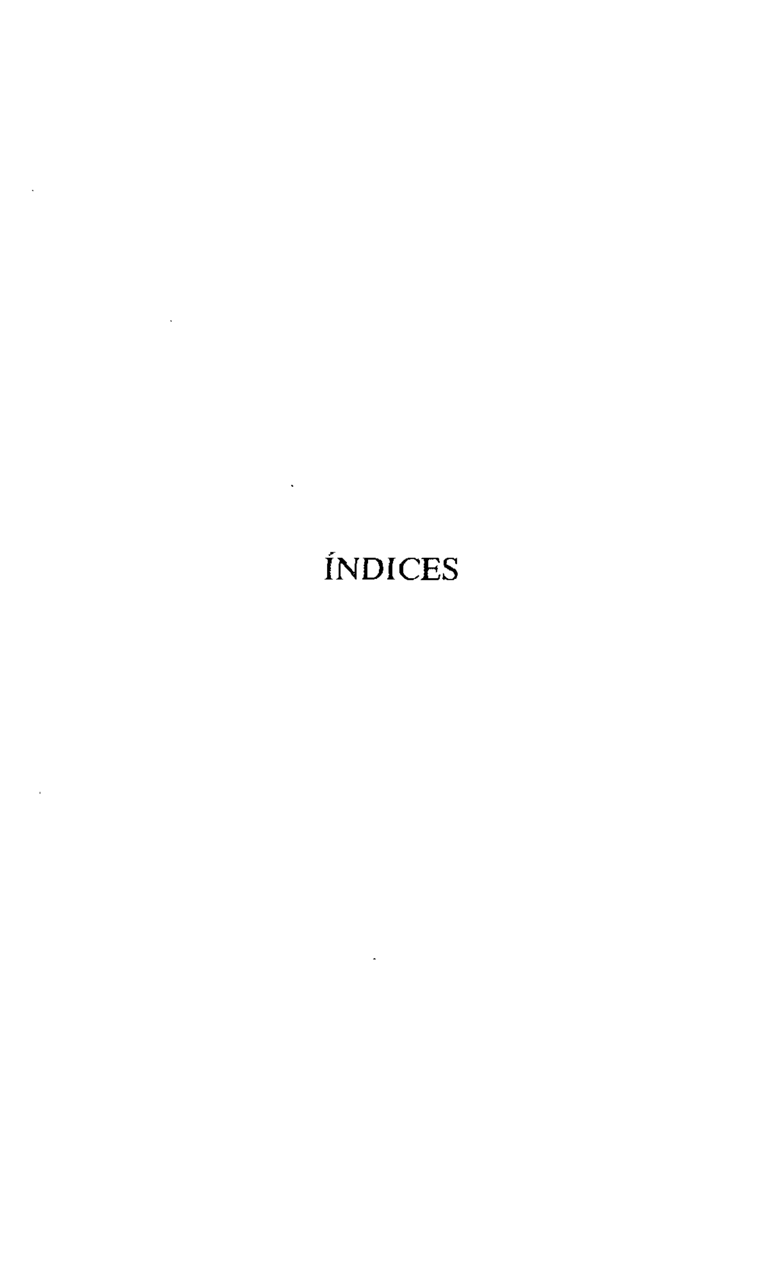
[987] Sugestivo empleo de Clemente del epíteto homérico *ēníochos* «compañero y amigo del guerrero que va a su lado en el carro», «auriga», «conductor». Propiamente, «el que lleva las riendas».

tus preceptos completar la similitud de la imagen y sentir con toda la fuerza a Dios, como juez bueno y no amargo; tú concédenos todo: la gracia de ser ciudadanos en tu paz, de ser trasladados a tu ciudad, tras haber cruzado, sin haber sido sumergidos por las olas, el tumultuoso oleaje del pecado, y que, en plena calma, seamos transportados juntamente con el Espíritu Santo. Y alabando a la inefable sabiduría de noche y de día, hasta el día final, demos gracias y ensalcemos al único Padre e Hijo, Hijo y Padre, al Hijo, Pedagogo y Maestro, junto con el Espíritu Santo. Todo está en el Uno, pues en Él son todas las cosas, por quien todo es uno, por quien la eternidad es, de quien todos somos miembros; de Él, la gloria y los siglos, pues por siempre Él es bueno, Sabio y
3 Justo. A Él la gloria, ahora y por los siglos de los siglos, amén. Y, puesto que el Pedagogo, tras establecernos en la Iglesia, se nos ha entregado a sí mismo, es decir, al Logos que enseña y que todo lo ve, sería hermoso que nosotros, reunidos allí, eleváramos al Señor una alabanza digna de su cultivada pedagogía, como recompensa de justo agradecimiento.

HIMNO DE CRISTO SALVADOR, SEGÚN SAN CLEMENTE

Brida de potros indómitos,
ala de aves que no van errantes,
timón auténtico de naves,
pastor de corderos del Rey.
A tus candorosos
hijos congrega,
para cantar con voces puras santas alabanzas,
para entonar himnos sinceros
a Cristo que guía a los niños.
Rey de Santos,
Logos omnipotente,
Hijo del Padre Altísimo,
Príncipe de sabiduría,
Fortaleza de los débiles,
eternamente complaciente,
de linaje humano,
Salvador Jesús,
Pastor, Labrador,
Timón, Brida,
Ala celestial
del santo rebaño,
Pescador de mortales,
de los que se salvan
del piélago del mal;
a los peces puros
en medio del adverso oleaje
lanza el anzuelo
para una dulce vida.

Pastor Santo, sé guía,
Rey, de niños puros.
Huella de Cristo,
Senda celeste,
Logos eterno,
Perpetuidad inconmensurable,
Luz eterna,
Fuente de piedad,
Dispensador de virtud.
Alimento sagrado
de quienes en respetuosa vida alaban a Dios, Cristo Jesús.
Leche celestial
de pechos dulces
de los encantos de una doncella,
exprimida por tu Sabiduría.
Criaturas,
en tiernas bocas
criadas,
con el fresco espíritu
del seno espiritual
saciadas;
sencillas alabanzas,
auténticos himnos,
a Cristo Rey,
santas recompensas
por su enseñanza de Vida
cantemos al unísono.
Acompañemos en procesión con sencillez,
al poderoso Niño,
como Coro de Paz,
los hijos de Cristo,
pueblo prudente, y
cantemos todos juntos un salmo al Dios de paz.



ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL